

Barcelona

METROPOLIS

Revista de información
y pensamiento urbanos
Núm. 75
Verano 2009
Precio 3€

Cuaderno central

Ciudades, energía y cambio climático

**Entrevistas con Avishai Margalit y
David Rieff**

**La ciudad entre la desposesión y la
reconquista**

Decrecimiento contra decadencia

La ciudad perdida

Epicuro y la burbuja gastronómica

Con artículos de Ana Alba, Ramon Alcoberro, Jordi Borja, Anil Markandya, F. Xavier Medina, Isabel Núñez, Javier Pérez Escohotado, Ferran Sáez Mateu, Daniel Vázquez Sallés, Joan Vergés Gifra, Harald Welzer.



Editorial

La naturaleza, prehistoria de la ciudad

Manuel Cruz

Fotos Albert Fortuny

Hay ciudades cuya imagen previa incluye a sus habitantes y otras que, por razones en principio difíciles de determinar, se las fantasea vacías. Luego, cuando el sueño de conocerlas se materializa, cuando se tiene la oportunidad de visitarlas, las personas que allí viven pasan a ser un elemento inesquivable: ya no se puede pensar en esos lugares sin recordar a sus vecinos. Debe de haber algo de sintomático en este proceso. Un urbanista probablemente lo atribuiría a la influencia de un modelo de ciudad como las del sur de los Estados Unidos, que son casi por definición urbes sin gente, llenas de túneles y pasadizos, pensadas para ser utilizadas sin participar en lo público. Ciudades diseñadas valorando la movilidad por encima de la comunidad, en las que las personas desaparecen incluso de nuestro campo visual –o, en el mejor de los casos, quedan relegadas a la condición de imágenes fugaces, de meros perfiles borrosos a través de alguna ventanilla.

Algo de esto debe de haber. Pero es más probable que esa predisposición inicial a no incluir a las personas en la representación de su ciudad tenga que ver con otra cosa. Tal vez funcione porque esté muy cerca de la fantasía del hombre contemporáneo: la ciudad es *la nueva naturaleza*. La antigua naturaleza es ya sólo nuestra prehistoria, algo que conviene que conservemos por razones que están a medio camino entre la melancolía y la supervivencia, pero que ocupa todo otro lugar en nuestra representación imaginaria del mundo. Ya no es *el exterior* que rodea los espacios humanizados (un exterior que todavía parecía estar presente en expresiones como “salir al campo de excursión”), sino a la inversa. Y, así, hablamos de *reservas naturales* o proponemos leyes que regulen *el acceso a la naturaleza* (expresión que invierte la imagen clásica: es ahora la naturaleza la que está rodeada –aunque tal vez fuera mejor decir asediada– por la ciudad).

La ciudad es hoy, como diría un filósofo, *lo dado*: aquello con lo que hay que contar, la realidad de la que no queda más remedio que partir. Manteniendo esto,

se da un paso más allá de la simple afirmación de que todo cuanto ocurre, ocurre en la ciudad: se está pensando que el concepto de sociedad ha sido absorbido por el de ciudad, como parece probarlo el hecho de que en el lenguaje ordinario el término *la sociedad* sin más, tal como aparecía, por ejemplo, en los discursos de los años sesenta, tiende a desaparecer –y, cuando no lo hace, arrastra unas connotaciones ingenuamente anacrónicas–. Ahora todo es ciudad. Quedaría confirmada así la intuición de Marx: de la misma forma que toda la historia se encuentra contenida en la antítesis ciudad-campo, también el destino de la ciudad moderna resume el futuro de la humanidad.

Sin embargo, denominando a esta situación “fantasía del hombre contemporáneo”, como se hizo hace un momento, se intentaba deslizar alguna reserva respecto a este panorama. Efectivamente, de un lado, resulta equívoco pensar la ciudad bajo la figura de la naturaleza porque, a diferencia de ella, la ciudad es un producto, un resultado de nuestra actividad. Esta afirmación resulta rigurosamente obvia, sin embargo parece quedar olvidada en esa consideración, tan frecuente en el hombre de la calle, de la ciudad como un entramado de servicios y posibilidades a su alcance, que esta ahí con la misma mezcla de necesidad y de disponibilidad con la que en la naturaleza están los árboles o los pájaros. De otro lado, la absorción de la idea de sociedad por la de ciudad también puede dar lugar a sus propios equívocos, como por ejemplo el de suponer que la problemática vinculada al concepto absorbido ha quedado superada. Pero no se trata tanto de que dejemos de pensar en los viejos problemas de la sociedad para pasar a preocuparnos por los problemas de las grandes ciudades, como de que aquéllos deben ser pensados en este nuevo marco teórico. Lo que significa revisar al mismo tiempo y conjuntamente las formas tradicionales de entender los conflictos sociales y la idea de ciudad. Bien mirado, no a otra cosa viene consagrándose esta revista.



Barcelona METRÓPOLIS
número 75, verano 2009

Editor

Direcció de Comunicació Corporativa i Qualitat de l'Ajuntament de Barcelona.
Director: Enric Casas.

Edició y producción

Imatge i Serveis Editorials.
Director: José Pérez Freijo.
Passeig de la Zona Franca, 66. 08038 Barcelona.
Tel. redacció: 93 402 31 11 · 93 402 30 91

Direcciones electrónicas

bcnrevistes@bcn.cat
www.bcn.cat/publicacions
www.barcelonametropolis.cat

Dirección

Manuel Cruz.

Dirección editorial

Carme Anfosso.

Edición de textos

Jordi Casanovas.

Gestión editorial

Jeffrey Swartz.

Gestión de redacción

Jaume Novell. Tel. 93 402 30 91 · Fax 93 402 30 96.

Coordinación Cuaderno central

Jordi Ortega.

Colaboradores habituales

Martí Benach, Jordi Coca, Bernat Dedéu, Sergi Doria, Daniel Gamper, Gregorio Luri, Eduard Molner, Lilian Neuman, Jordi Picatoste Verdejo, Karles Torra, Jaume Vidal.

Colaboradores en este número

Hany F. Abd-Elhamid, Ana Alba, Luis Albentosa, Ramon Alcoberro, Francisco Beltrán, Jordi Borja, Eduard Bru i Bistuer, Àngel Duarte, Monica Frassoni, Carles Geli, Leónidas Osvaldo Girardin, Akbar A. Javadi, Mario López-Alcalá, Gregorio Luri, Anil Markandya, F. Xavier Medina, Emilio Menéndez, Nelson Morgado Larrañaga, Cristina Narbona, Isabel Núñez, Mercedes Pardo Buendía, Mónica Pérez de las Heras, Javier Pérez Escototado, Gabriel Pernau, Luis Picas Asmarats, Ferran Sáez Mateu, Nicholas Stern, Eric Suñol, Matthew Tree, Miquel Trepal i Celis, Daniel Vázquez Sallés, Joan Vergés Gifra, Harald Welzer.

Consejo de Ediciones y Publicaciones

Carles Martí, Enric Casas, Eduard Vicente, Jordi Martí, Jordi Campillo, Glòria Figuerola, Víctor Gimeno, Màrius Rubert, Joan A. Dalmau, Carme Gibert, José Pérez Freijo.

Diseño original

Enric Jardí, Mariona Maresma.

Diseño y maquetación

Santi Ferrando, Olga Toutain.

Fotografía

Albert Armengol, Josep Casanova, Dani Codina, Laura Cuch, Albert Fortuny, Antonio Lajusticia, Guido Manuilo, Enrique Marco, Christian Maury, Pere Virgili.

Ilustraciones

Guillem Cifré, Pilar Villuendas.

Archivos

Age Fotostock, Corbis, Cover, Feria de Colonia, Iberdrola, Magnum Photos, Prisma Archivo, Reuters.

Corrección y traducción

Tau Traductors, L'Apòstrof SCCL, Daniel Alcoba.

Edición de web

Miquel Navarro.
Manfatta SL.

Administración

Ascensión García. Tel. 93 402 31 10

Distribución

M. Àngels Alonso.
Tel. 93 402 31 30 · Passeig de la Zona Franca, 66.

Comercialización

Àgora Solucions Logístiques, SL. Tel. 902 109 431
info@agorallibres.cat

Depósito legal

B. 37.375/85 ISSN: 0214-6223

Los artículos de colaboración que publica Barcelona. METRÓPOLIS expresan la opinión de sus autores, que no ha de ser necesariamente compartida por los responsables de la revista.

Consejo de redacción

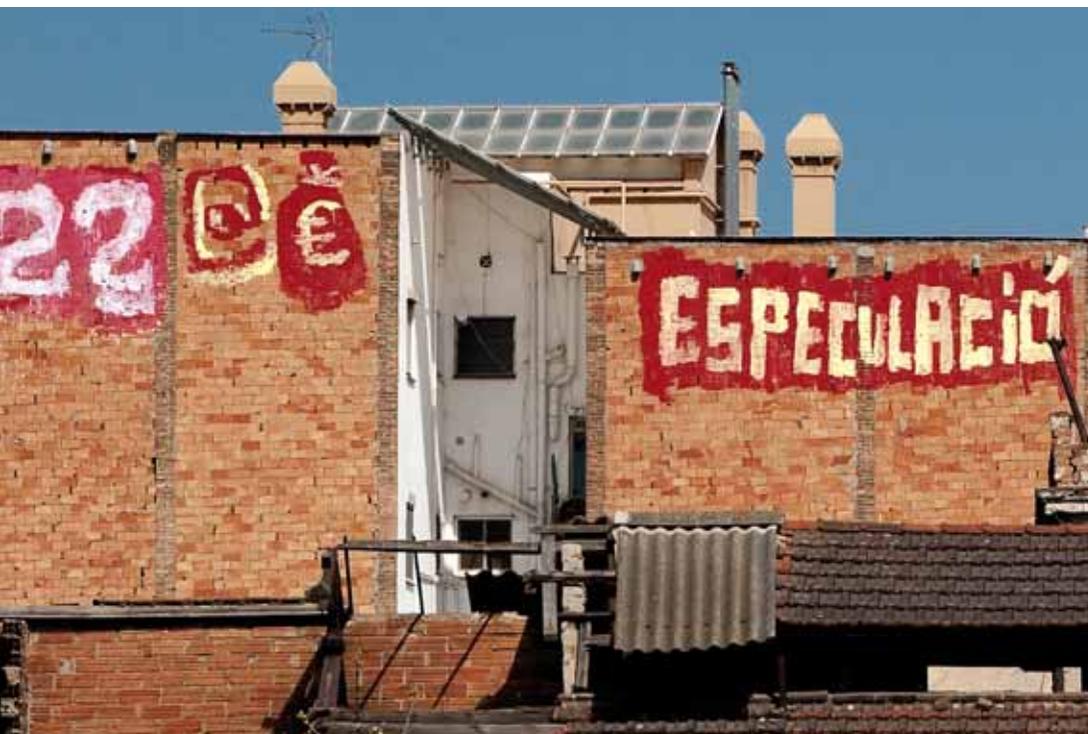
Carme Anfosso, Jaume Badia, Mireia Belil, Fina Birulés, Judit Carrera, Enric Casas, Carme Castells, Manuel Cruz, Daniel Inglada, Jordi Martí, Francesc Muñoz, Ramon Prat, Héctor Santcovsky, Jeffrey Swartz.

Comité asesor

Marc Augé, Jordi Borja, Ulrich Beck, Seyla Benhabib, Massimo Cacciari, Victòria Camps, Horacio Capel, Manuel Castells, Paolo Flores d'Arcais, Nancy Fraser, Néstor García Canclini, Salvador Giner, Ernesto Laclau, Carlos Monsiváis, Sami Naïr, Josep Ramoneda, Beatriz Sarlo, Fernando Vallespín.

Fe de erratas

El nombre correcto del coautor del artículo Sabotaje cultural: la resistencia creativa, que apareció en la sección "Metropolítica" del número 74 de la revista, es Israel Rodríguez Giralt.



1 Editorial

Manuel Cruz

Plaza pública

4 Desde la otra orilla

Ciudades imaginadas y ciudades imaginarias
Ferran Sáez Mateu

6 La mirada del otro

Barcelona, Valparaíso y sus identidades
Nelson Morgado Larrañaga

8 El dedo en el ojo

La ciudad perdida
Isabel Núñez

10 Metropolitica

Decrecimiento contra decadencia
Ramon Alcoberro

16 Masa crítica

Avishai Margalit: "La ideología se hunde cuando no se aviene con la psicología"
Entrevista de Joan Vergés Gifra

26 De dónde venimos / A dónde vamos

Epicuro y la burbuja gastronómica
Javier Pérez Escotado
La urbe como espacio crisol: cocinas y gastronomía
F. Xavier Medina

33 Historias de vida

Tiempo de cambio. Tiempo de incertidumbre.
Gabriel Pernau

38 Voz invitada

La ciudad, entre la desposesión y la reconquista
Jordi Borja

Cuaderno central

Ciudades, energía y cambio climático

52 ¿Qué estamos aprendiendo?

Jordi Ortega

54 Dos escenarios ante el cambio climático

Harald Welzer

62 Distorsiones en el mercado de emisiones

Luis Albetosa

68 ¿Pueden ayudarnos las políticas?

Eric Suñol

70 El lento camino hacia las energías renovables

Emilio Menéndez

72 Cambio climático: un reto y una oportunidad

Anil Markandya

76 La revolución de las inversiones verdes

Luis Picas Asmarats

78 La intrusión de agua marina en las costas

Hany F. Abd-Elhamid i Akbar A. Javadi

81 La crisis, catalizadora de sostenibilidad urbana

Mario López-Alcalá

84 Proteger la biodiversidad, también en la ciudad

Miquel Trepal i Celis

86 La política climática de la UE aún se puede salvar

Monica Frassoni

88 El desarrollo limpio en América Latina

Leónidas Osvaldo Girardín

90 El cambio "climático" de Barack Obama

Mónica Pérez de las Heras

92 Propuestas / respuestas

La crisis, oportunidad hacia el futuro, por Cristina Narbona. *El cambio climático como riesgo socionatural*, por Mercedes Pardo Buendía. *Sostener el crecimiento y proteger el mundo*, por Nicholas Stern

Ciudad y poesía

98 Mi oda a Barcelona

Joan Margarit

Observatorio

100 Palabra previa

CSI Barcelona: el caso de la ciudad resquebrajada
Carles Geli

103 Zona de obras

Obras completas de Manuel Azaña. Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940), por Ángel Duarte. *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*, por Eduard Bru i Bistuer. *Odio Barcelona*, por Matthew Tree. *Los enemigos del comercio*, por Francisco Beltrán.

108 Artes plásticas

Flavio Morais, reciclaje que se recicla. Miquel Fuster y los fantasmas del pasado. Mejorar el mundo mediante el humor Jaume Vidal

110 Teatro

Los orígenes de un aniversario feliz
Eduard Molner

111 Artes en la calle

Roger Aixut o el arte de reinventar instrumentos
Martí Benach

112 Música

La consagración telúrica de Roger Mas
Karles Torra

113 Cine

Isaki Lacuesta, en busca de los rastros perdidos
Jordi Picatoste Verdejo

114 Rincones vivos

Los miércoles poéticos del Horiginal
Gregorio Luri

116 En tránsito

Entrevista con David Rieff, por Ana Alba

120 Nueva memoria

La Plaça del Monestir
Daniel Vázquez Sallés

Portada y contraportada

Fotos: Jose Casanova
Albert Armengol

Cuando la ciudad fantaseada por cierto tipo de turismo ya no tiene nada que ver con los gustos y las necesidades de la gente que vive en ella de verdad, se produce una asimetría que, si sobrepasa ciertos límites, puede llegar a tener efectos catastróficos.

Ciudades imaginadas y ciudades imaginarias

Texto **Ferran Sáez Mateu** Universidad Ramon Llull

Hace cuatro o cinco años, en la habitualmente distendida última sesión de un curso de postgrado, mantuve una conversación informal con un grupo de estudiantes extranjeros. Había una chica norteamericana, una neerlandesa, una alemana, dos chicos de México DF, un italiano y más personas cuyas nacionalidades ahora no recuerdo. La mayoría hacía más de un año que vivían en Barcelona y, por lo que pude comprobar, tenían unos conocimientos de la ciudad que iban mucho más allá de las esquemáticas coordenadas turísticas habituales. Habían cambiado numerosas veces de domicilio, hasta que encontraron “lo que buscaban”. La mayoría se había instalado en el barrio de Gràcia, o en lugares de características urbanas similares. La idea de este artículo surgió de un comentario en apariencia banal, pero que en realidad contenía una enorme carga de profundidad. “Vinimos [a Barcelona] porque es una gran metrópolis europea, pero nos quedamos porque podíamos vivir en un pueblecito mediterráneo [el barrio de Gràcia]”.

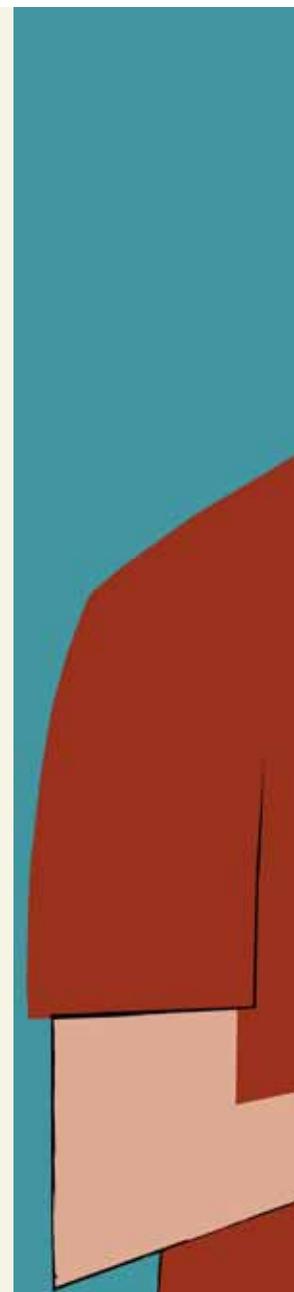
Ciertamente, calificar el barrio de Gràcia de “pueblecito mediterráneo” resulta, cuando menos, atrevido. En cualquier caso, y dejando de lado los matices semánticos, es interesante y significativa la distinción entre la *motivación inicial* (la ciudad imaginada) que les llevó a Barcelona y la *decisión posterior* (la ciudad imaginaria) de establecerse en ella de un modo más o menos estable. Obviamente, ni que decir tiene que estamos hablando de un *target* humano muy concreto: personas con una buena preparación académica, expectativas laborales razonables y, en apariencia, pocos problemas de supervivencia material. Quiero decir que lo que hemos señalado más arriba no vale para el ecuatoriano que viene a trabajar de albañil, ni para el nigeriano que se dedica a la venta ambulante, ni para la mujer magrebí que hace faenas. Estamos hablando de otra cosa, y sería conveniente que esto quedase claro. Este no es el contexto para especificar la diferencia entre valores materiales y valores postmateriales teorizada por el sociólogo norteamericano Ronald Inglehart, pero la dejamos sobre la mesa.

¿Por qué una persona que se desplaza hasta una gran metrópoli acaba buscando, al fin y al cabo, un pueblecito,

mientras que mucha gente que vive en pequeñas poblaciones simula la vida del urbanita para sentir que forma parte activa del vértigo del mundo actual? A principios de la década de 1990, el ensayista francés Jean-Didier Urbain analizó esta extraña pregunta en un ensayo irreverente y a veces hilarante, lleno de intuiciones de gran magnitud, que llevaba por título *L'idiot du voyage*, publicado por Plon (existe traducción española en Endymion: *El idiota que viaja. Historias de turistas*, 1993). La tesis central es curiosa, y está bastante bien argumentada. El turista, en sus múltiples versiones –que van del clásico consumidor estival de paella y sangría al estudiante Erasmus, pasando por el asistente a congresos que alarga su estancia un fin de semana, y mil variaciones más–, no se quiere reconocer como tal. Sabe que durante unos días es un simple elemento en el engranaje de la industria más importante del mundo, el turismo, pero se niega a admitirlo. Según Urbain, la razón de esta actitud en apariencia absurda radica en la mitificación de la figura del “viajero”, propia de la era victoriana y de otros contextos coloniales y poscoloniales. Pero la cosa no acaba aquí: el supuesto “viajero”, por su parte, no era más que una mistificación igualmente risible de determinadas conductas del héroe romántico. Schliemann descubre Troya en el siglo XIX, Carter y Carnarvon encuentran la tumba de Tutankamon en los años veinte, etc. Posteriormente, una legión de chicos de buena familia –en general vinculados familiarmente a los altos oficiales de los ejércitos coloniales– simulan hacer lo mismo hasta casi el final de la década de los años sesenta del siglo pasado, cuando el fin del colonialismo coincide con la eclosión del turismo de masas. El último “viajero” que se adscribe a esta tradición, pese a que con motivaciones diferentes, es el *hippy* que cree haber *descubierto* (!) Katmandú, o Formentera, tanto da.

A partir de aquel preciso momento, el turista se autoubica mentalmente en una trayectoria histórica más o menos vergonzosa, una línea descendiente que va desde las heroicas exploraciones románticas hasta las sórdidas excursiones *low cost* que se ofrecen en cualquier lugar del mundo. La incapacidad de admitir esta identidad –en sus diferentes facetas– genera, simultáneamente, la reinención de los lugares que

© Guillem Cifré





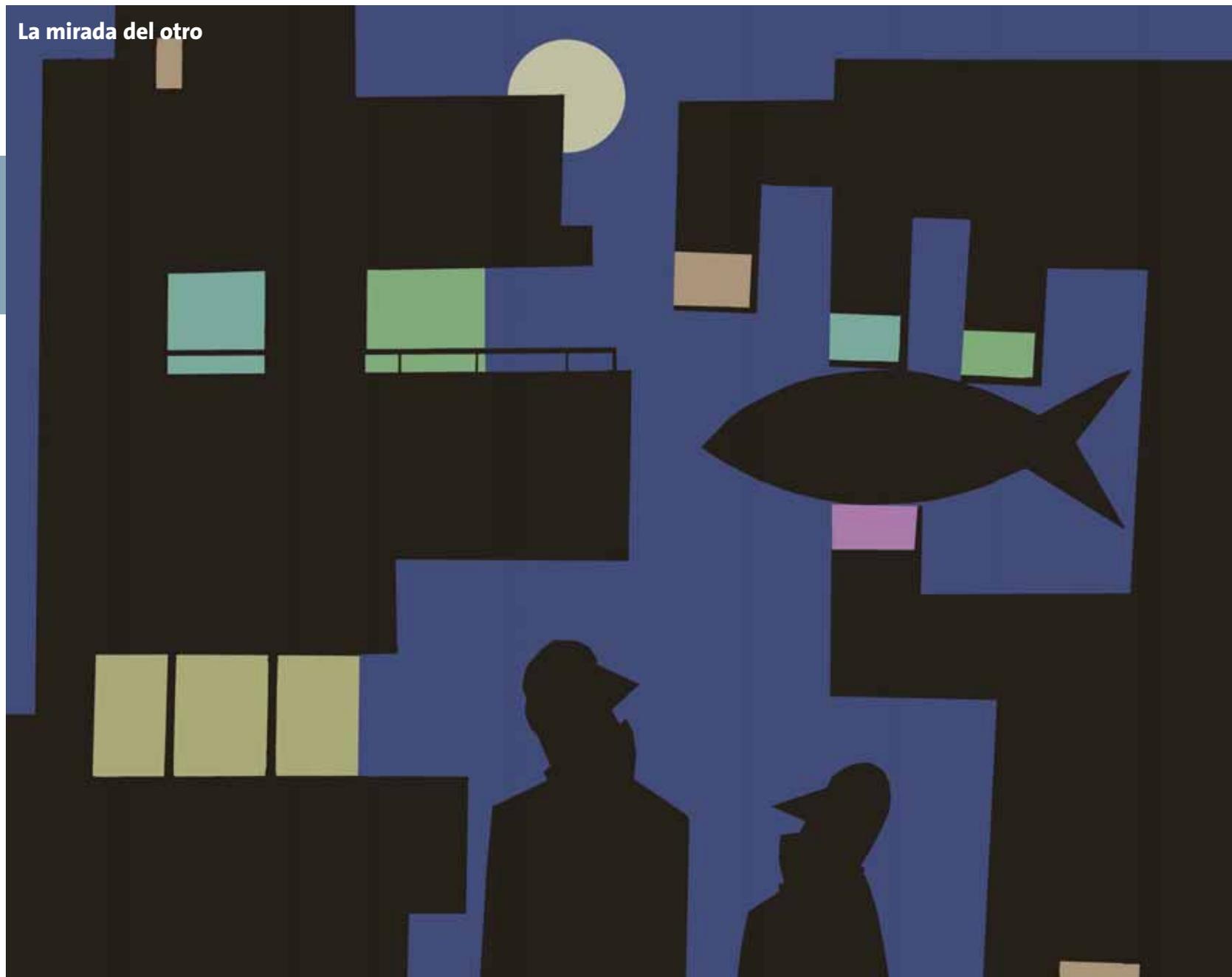
se van a visitar. El viajero imaginario (es decir, el turista o el viajero ocasional que no se acepta a sí mismo como lo que es en realidad) abre paso así a la ciudad igualmente imaginaria. De hecho, la acaba construyendo más allá de su propia mente. Y eso, por razones obvias, tiene consecuencias urbanísticas importantes y totalmente tangibles. El problema –jay!– llega cuando la ciudad fantaseada por cierto tipo de turismo ya no tiene nada que ver con las expectativas, los gustos y las necesidades reales de la gente que vive de verdad en ella todo el año, o toda la vida. Si esta asimetría sobrepasa ciertos límites, la consecuencia puede tener un efecto catastrófico: la sensación de haber dejado de formar parte de un proyecto colectivo que se percibe como algo ajeno en el mejor de los casos, y directamente hostil en el peor.

Sobre las vicisitudes de la ciudad imaginada en relación con la imaginaria, Joan Ramon Resina ha publicado un ensayo que recorre todos los fotogramas de la película desde la Exposición Universal de 1888 hasta el Fórum de las Culturas de 2004. Se titula *La vocació de modernitat de Barcelona. Auge i declivi d'una imatge urbana* (Galàxia Gutenberg). Los novelistas y los políticos, los tenderos y los urbanistas, los turistas voluntarios y los inmigrantes expulsados por la necesidad de su lugar de origen, todos ellos, sin excepcio-

nes, han ido imaginando una metrópolis a medida. Los últimos son, quizás, la legión de estudiantes-turistas adscritos al programa Erasmus, que un buen día creen haber descubierto un “pueblecito mediterráneo” entre la Diagonal y la Ronda de Dalt, y al día siguiente están convencidos de haber localizado la capital mundial de la música electrónica.

En 1992, durante las Olimpiadas, se produjo una insólita y feliz coincidencia entre las expectativas y necesidades de los barceloneses (la ciudad imaginada) y las que se habían formado millones de turistas de todo el mundo (la ciudad imaginaria). El éxito fue rotundo, indiscutible. La tentación de repetirlo, también. Y así, con sólo doce años de diferencia, llegó el Fórum. “La naturaleza del acontecimiento –dice Resina– era irrelevante: lo que importaba era que tuviera eco internacional”. Pero no tuvo ninguno. Fue un fracaso, tan rotundo e indiscutible como el éxito de las Olimpiadas.

Hay ciudades imaginadas, como la de Cerdà, y ciudades imaginarias, como las de las guías turísticas. Muy raramente pueden llegar a converger pero, en general, no tienen nada que ver. Los hippies que iban a Katmandú en 1970 querían espiritualidad; los habitantes de la ciudad, alcantarillas. Esperamos que en Barcelona no se acabe produciendo una diferencia de expectativas tan preocupante. 



La integración del ciudadano en la sociedad urbana futura estará fuertemente ligada al sentido de identidad con el lugar en que habita. El diseño de la ciudad afecta a la condición psíquica de las personas.

Barcelona, Valparaíso y sus identidades

Texto **Nelson Morgado Larrañaga** Arquitecto ETSA Barcelona. Vicepresidente del Colegio de Arquitectos de Chile

Barcelona y Valparaíso son dos ciudades diferentes en cuanto a tamaño, potencialidad y riqueza, pero ambas están enfrentadas por igual al problema de la identificación de sus habitantes con las nuevas intervenciones urbanas, tan distantes de sus historias ciudadanas y tan ajenas.

Las experiencias urbanísticas de Barcelona han abierto un campo a nuevas experiencias de intervención urbana que, pese a tratarse de dos realidades distintas, nos son de gran utilidad en el desarrollo urbano de Valparaíso. Los nuevos procesos de transformación urbana y las nuevas ideas para intervenir en la ciudad deben analizarse para extraer lo valioso de sus aportaciones. Dichos procesos representan un cambio de escala de la pequeña a la gran actuación en la que la precalificación urbana pasa por pensar la ciudad desde sí misma, con sus atributos y carencias.

Valparaíso se enfrenta al desafío, entre otras cosas, de resolver gran parte de su frente marino. Barcelona ha vivido este proceso al enfrentarse a la definición de su frente marino, que había sido durante mucho tiempo una aspiración, y con el hecho de aceptar este desafío, además de abrirse al mar, ha tenido que recalificar el espacio obsoleto y buscar la forma de integrar y vertebrar las áreas residenciales popula-

res. Esta experiencia muestra la variedad y riqueza instrumental del planeamiento y diseño de las ciudades, que cada ciudad, como Valparaíso, debe manejar de acuerdo a sus circunstancias administrativas y económicas.

Hoy nuestra historia cotidiana está llena de paradigmas, puesto que el desarrollo tecnológico, Internet y otros descubrimientos hacen posible un desarrollo inimaginable, en el que la riqueza adquiere niveles inconmensurables, en el que se sostiene que el mundo es más pequeño, en el que todos estamos comunicados y en fracciones de segundo estamos en contacto con cualquier lugar del mundo.

Así, tanto podemos observar las bellezas y grandezas humanas y admirar las grandes obras de arte y deleitarnos con Mozart, como, en pocos minutos, podemos pasar a ver las miserias humanas, como la guerra, la hambruna, las violaciones de los derechos humanos, por señalar algunas. Sin embargo, no conocemos a nuestro vecino, a nuestro prójimo, y eso que la mayoría vivimos en ciudades densamente pobladas, pero en un permanente autismo.

No conocemos lo que pasa en nuestro entorno, desconocemos nuestra historia local, aunque sabemos que estamos en el mundo global, pero es otro mundo, en el que el grado de adherencia o identificación es casi nula; no es el mundo del día a día. La ciudad y su construcción, su diseño y su urbanismo adquieren entonces la forma de ese vecino, esa persona que siente que tiene una pertenencia a un territorio, donde nada es ajeno, sino todo lo contrario, donde todo le pertenece, tanto los elementos tangibles como el imaginario colectivo, lo intangible, en el que surgen con fuerza las tradiciones, las leyendas, los mitos; es decir, su historia. Hoy, ver ciudad y construir ciudad no solo es una respuesta natural y obvia de los arquitectos, urbanistas y planificadores, sino que responde a una necesidad de ese imaginario común colectivo de ubicarse en un tiempo y en un lugar determinado, recogiendo sus pequeñas historias y vivencias comunes, es decir, su reconocimiento de identidad personal y social.

En el caso de Valparaíso, la ciudad tiene su fortaleza en el hecho de ser un territorio singular: es decir, unos cerros que abrazan y cobijan el mar; su loca trama urbana, que no tiene diseño alguno sino que es un “hacer colectivo constante” que da respuesta a las necesidades de sus habitantes durante su pequeña y larga historia de construcción; el barrio, expresión “de territorio humano” que acoge a ese ciudadano simple y común, que se encuentra todos los días mirando al mar desde sus cerros, donde se ve el influjo determinante de los inmigrantes que llegaron a estas latitudes y construyeron una identidad peculiar, lo que hace que estos habitantes tengan un sello de identidad propia. Nuestro desafío es revitalizar y reconstruir en el día a día ese imaginario colectivo, el sello común que distingue al habitante de esta ciudad, quien, sin saber definir esa identidad, mágicamente se reconoce como “porteño”. Ciertamente, ponemos nuestro énfasis en trabajar en lo cotidiano, en rescatar ese patrimonio intangible de Valparaíso. Ese patrimonio que vivimos en los bares, los colmados, las fiestas del barrio y ese inolvidable olor a calamar frito de los barrios de Barcelona.

Nosotros, los urbanistas que hemos tenido el privilegio de vivir ambas realidades, debemos hacer un análisis crítico de lo ejecutado y poder resolver problemas, de distinta escala, pero de similares opciones.

Hago esta reflexión motivado por las respuestas que recibí en Barcelona de barceloneses de pura cepa quienes, al ser preguntados por su opinión sobre las zonas creadas por los grandes proyectos urbanos de la Villa Olímpica y de la zona del Fórum, me contestaron que ellos, a veces, las visitaban como turistas, ya que sus barrios y sus bares eran los del Eixample, Sarrià, Gràcia, etc. Por otra parte, muchos de los pisos de esas nuevas zonas han sido adquiridos por inversores y desconozco el grado de ocupación permanente de las edificaciones.

La calidad y la vitalidad de la futura vida urbana dependen principalmente de la armonía entre el entorno físico-natural y el cultural. La integración del ciudadano en la sociedad urbana futura estará fuertemente ligada al sentido de identidad con el lugar en el que habita y la ciudad en la que se desarrolla. Es obvio y natural que el diseño de la ciudad afecte a la condición psíquica del ciudadano, sobre todo de aquellos que, como los barceloneses y porteños, se identifican intensamente con su ciudad y más intensamente aún con su barrio, entendiendo por barrio una zona con una tipología urbana común en la que existen una identidad local, una historia y/o una vocación que lo caracteriza.

El ciudadano estará siempre influenciado por el medio ambiente que lo rodea, el espacio circundante.

La labor realizada por el Institut del Paisatge Urbà i la Qualitat de Vida es una experiencia innovadora que ha tenido una gran influencia en los programas de rehabilitación urbana de Valparaíso y que ha contribuido a la creación del programa “Valparaíso ponte en forma”.

En Barcelona esta labor se ha centrado en tres ejes de actuación que se complementaban y estaban destinados, entre otros fines, a mejorar la calidad de vida de los ciudadanos. La rehabilitación, el ordenamiento y la difusión –los tres ejes en torno a los cuales se han desarrollado los trabajos del instituto– se han llevado a cabo en estrecha colaboración con la ciudadanía. Ahora bien, desde mi perspectiva creo que el instituto tiene por delante un gran reto, que podría ser un cuarto eje: la identidad.

Es necesario elaborar un programa para estas zonas que les dé vida y características de barrio, con identidad, historia y vocación que las caractericen, y además, que los barceloneses vayan poco a poco integrándolas a su identidad de ciudad. En Valparaíso nos enfrentamos a la tarea de intervenir en los barrios, que aquí se definen por cerros, sin romper ese valor derivado del sentimiento de pertenencia a cada uno de ellos que tienen sus habitantes. En Barcelona la tarea es darle identidad y permanencia a los nuevos barrios. Debemos crear un nuevo marco de referencia que pueda sacar provecho de la herencia recibida y de las potencialidades disponibles. Estoy convencido de que, en el caso de Barcelona, esta será una tarea que volverá a ser resuelta de forma innovadora y ejemplar. 



Además de las grandes mansiones, en Sant Gervasi se han destruido casitas con jardines escondidos. Del distrito han desaparecido los pájaros, la frescura y el silencio. Existe la impresión generalizada de un resentimiento histórico de la administración municipal contra Sant Gervasi.

La ciudad perdida

Texto **Isabel Núñez** Escritora

Durante los últimos años he visto cómo se degradaba el paisaje de Sant Gervasi. La lista de patrimonio a proteger era muy reducida en el barrio, como si los responsables municipales ya hubieran previsto no poner límites al gran negocio que implicaría la libre destrucción de esta parte de la ciudad. ¿Cómo entender, si no, que tantas mansiones modernistas y novecentistas hayan caído bajo la piqueta?

Además de las mansiones derruidas, han destruido muchas casitas, con jardines invisibles ocultos detrás. Eran jardines rodoledianos, con árboles históricos y hospitalarios en los que se posaban los pájaros. Esos jardines no han desaparecido sólo por la codicia de los propietarios y constructores, sino sobre todo por la normativa que obliga a construir aparcamientos bajo las casas. El patio de manzana donde vivo tenía el encanto caótico de este barrio: ahora está lleno de edificios mediocres, con cemento y sin verde. Desde un balcón de la calle Sant Màrius, una vecina regaba un jardín abandonado, con palmeras y espinos como los de *La bella durmiente*; recuerdo su desolación el día que entraron los *bulldozers*.

Con los jardines, han desaparecido los pájaros y la frescura –antes, al salir de los ferrocarriles, la temperatura bajaba

dos o tres grados con respecto al centro, y el silencio reinaba. Ahora, Sant Gervasi es el distrito más ruidoso de la ciudad¹, pero no hay conciencia del derecho al silencio diurno. Sólo se habla del ruido nocturno, como si la gente, alienada, sintiera aversión contra aquellos que se divierten, pero aprobase el ruido “justificado” de las obras y el tráfico. La Guardia Urbana me confirmó que Barcelona, a diferencia de otras ciudades de Europa, no tiene limitación de decibelios para las obras: pueden hacer un ruido infinito, siempre y cuando se ajusten a los horarios diurnos.

Cunde la impresión de un resentimiento histórico de la administración socialista contra Sant Gervasi, tal vez por el voto tradicional a CiU, o por una apreciación inexacta de la composición social de sus habitantes, que incluye sectores acomodados (Mandri, Ganduxer, Tres Torres), pero también una densa población de artesanos, profesionales, tenderos, jóvenes e inmigrantes que comparten pisos y muchos ancianos empobrecidos que no llegan a final de mes, según la asociación de vecinos. Las autoridades municipales son unánimes: los vecinos de Sant Gervasi no nos podemos quejar. Más grave que los déficits de bibliotecas y recursos municipales es que el Ayuntamiento no sólo no ponga límite a la destrucción del paisaje y la calidad de vida, sino que contribuya a ello (por ejemplo, con la tala de encinas centenarias en Collserola para instalar una montaña rusa; la tala inminente de los almeces de la plaza Joaquim Folguera por la construcción de la línea 9; la tala de palmeras, plátanos y acacias en la avenida Diagonal, para que pase un tranvía; tala del setenta por ciento de los árboles de los Jardins de Vil·la Florida para construir un parking). En otras ciudades de Europa los trazados de los transportes y las obras respetan los árboles.

El paisaje de un barrio de la ciudad pertenece a todos y no sólo a los que lo habitan. Todos podemos pasear por el Turó Parc o por la Diagonal, aunque no tengamos una casa allí. En el Turó Parc las obras han compactado la tierra, sin pasajes internos para airear las raíces, y mueren magníficos árboles históricos, porque la administración municipal no consultó a ningún experto. Parques y Jardines ha dejado de ser una institución protectora de lo verde para convertirse en taladores de árboles y perpetradores de unas podas que los expertos califican de escabequinas: favorecen infecciones, malformaciones, invasiones de parásitos y a menudo provocan la muerte de los árboles.

En ese contexto de frustración por la pérdida de la belleza histórica y la degradación del entorno, surgió la historia del azufaifo. Era el árbol de la calle, sobresalía del jardín de una casa bonita, daba sombra y llenaba la acera de unas flores pegajosas y unos frutos que yo no había identificado. Un día, mi prima V., que había vivido en China, me dijo: “Tu calle me recuerda a Beijing, por el azufaifo.” Esta revelación fue el detonante. El azufaifo era protagonista de una de aquellas escenas simbólicas de la infancia que configuran mi autoficción, el esqueleto de mi psicoanálisis y la ética que me construí. De pequeña, en el colegio, saltábamos el

muro encalado de un huerto en el que había un azufaifo, y un día los frutos rojos se me indigestaron. Al llegar a casa, mi tía Rottenmeyer me pegó y antes de encerrarme, como siempre, en el cuarto de las calderas, me gritó: “¡Esto te pasa por comer azufaifas!”. Y esa palabra exótica, que confería al sabor rojo y dulce un aire misteriosamente árabe, se asoció en mi mente a un espacio de rebelión sensual, con la luz del sol de septiembre en aquel patio prohibido.

Cuando V. y yo visitamos al azufaifo, ya tenía un cartel de derribos. Escribí en mi blog la rabia que sentía por el futuro del azufaifo y por la ciudad perdida. La traductora Isabel Lacruz me ofreció la experiencia jurídica de traductora europea. Revisamos el expediente en el distrito y descubrimos que, para conceder la licencia, un responsable de Parques y Jardines había firmado que había un serbal en lugar de un azufaifo. Un azufaifo y un serbal no se parecen en nada, pero así el dueño podía construir tranquilo.

La gerente del distrito nos dijo, condescendiente, que la Constitución protege la propiedad privada. Yo objeté que la Constitución también protege el patrimonio verde. “¿Y para qué querría el Ayuntamiento más zonas verdes?”, preguntó ella, “¿Para que aparquen las motos y caguen los perros?”. Era “demasiado tarde” para salvar Sant Gervasi, dijo; “no ganaréis”.

Los expertos fueron apareciendo. Supimos que nuestro azufaifo era el mayor ejemplar documentado en Europa, bicentenario y valioso. Enrique Vila-Matas nos hizo un artículo titulado “El fin de Barcelona” en *El País*. Oriol Bohigas escribió otro² pidiendo la placita para nuestro árbol. Imma Mayol me respondió que lo trasplantarían. Presentamos tres informes de ingenieros técnicos y de botánicos para demostrar que el árbol no resistiría un trasplante y que, si sobrevivía, la poda radical para sacarlo de la calle lo convertiría para siempre en bonsái. Vinieron de TV3, del programa de Josep Cuní. Después, las radios. Por fin, el árbol se declaró de interés local, aunque el Ayuntamiento amenaza con construir en la parte baja del terreno y, según el experto Joan Bordas, eso matará al azufaifo.

Habíamos tocado un punto sensible. Y de nuevo lo he visto con el manifiesto para salvar los plátanos, las palmeras y las acacias de la Diagonal, o los almeces de Joaquim Folguera (la plaza será pronto una pequeña Lesseps, destripada, sin frondosidad, otro desierto de hormigón y ruido): lo han firmado personalidades significativas de la ciudad y la cultura.

¿Tal vez los políticos, alejados de la sensibilidad de las ciudades, inmersos en la cultura del cemento, han perdido la confianza de sus interlocutores? ¿Tal vez esa actitud arborícola, insensible a la sequía, al cambio climático y la sostenibilidad, es dolorosamente contraria a las promesas de la izquierda? 

Notas

1. *El País*, 30/11/2008, y *La Vanguardia*, 15/09/2008.
2. “El ejemplo del azufaifo”, *El Periódico de Catalunya*, 11/07/2007.

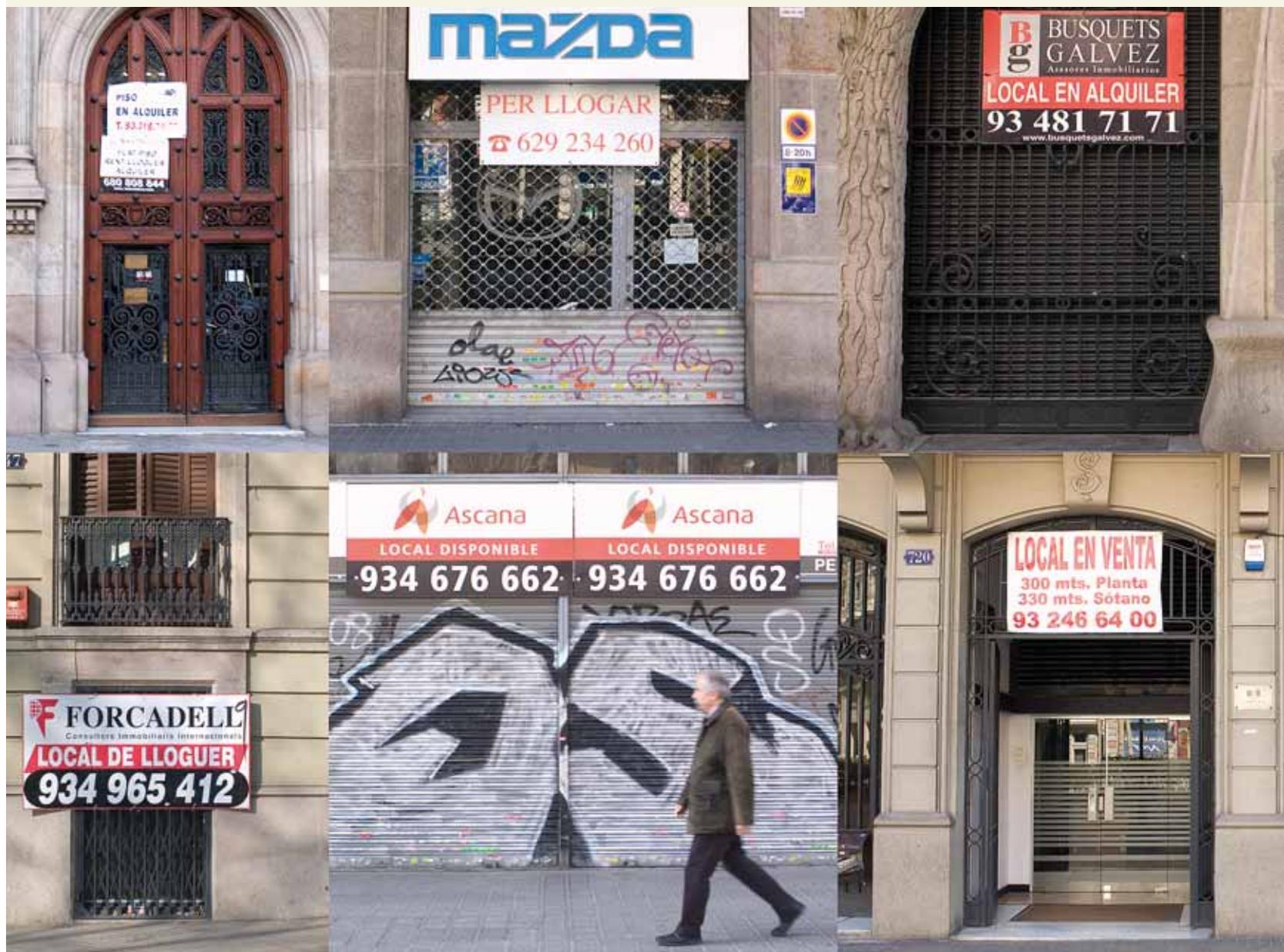
Pensar el decrecimiento no significa una ruptura con el crecimiento, sino con la ideología de la acumulación. Decrecer quiere decir optar por una revalorización de las cosas y de nuestra relación con el entorno. Si nos preguntaran qué vale nuestro equilibrio emocional, sería sencillo comprender que, llegados a un determinado nivel, tener “más” puede llegar a ser menos.

Decrecimiento contra decadencia

Texto **Ramon Alcoberro** Profesor de Ética de la Universidad de Girona.

Administrador de la web www.alcoberro.info

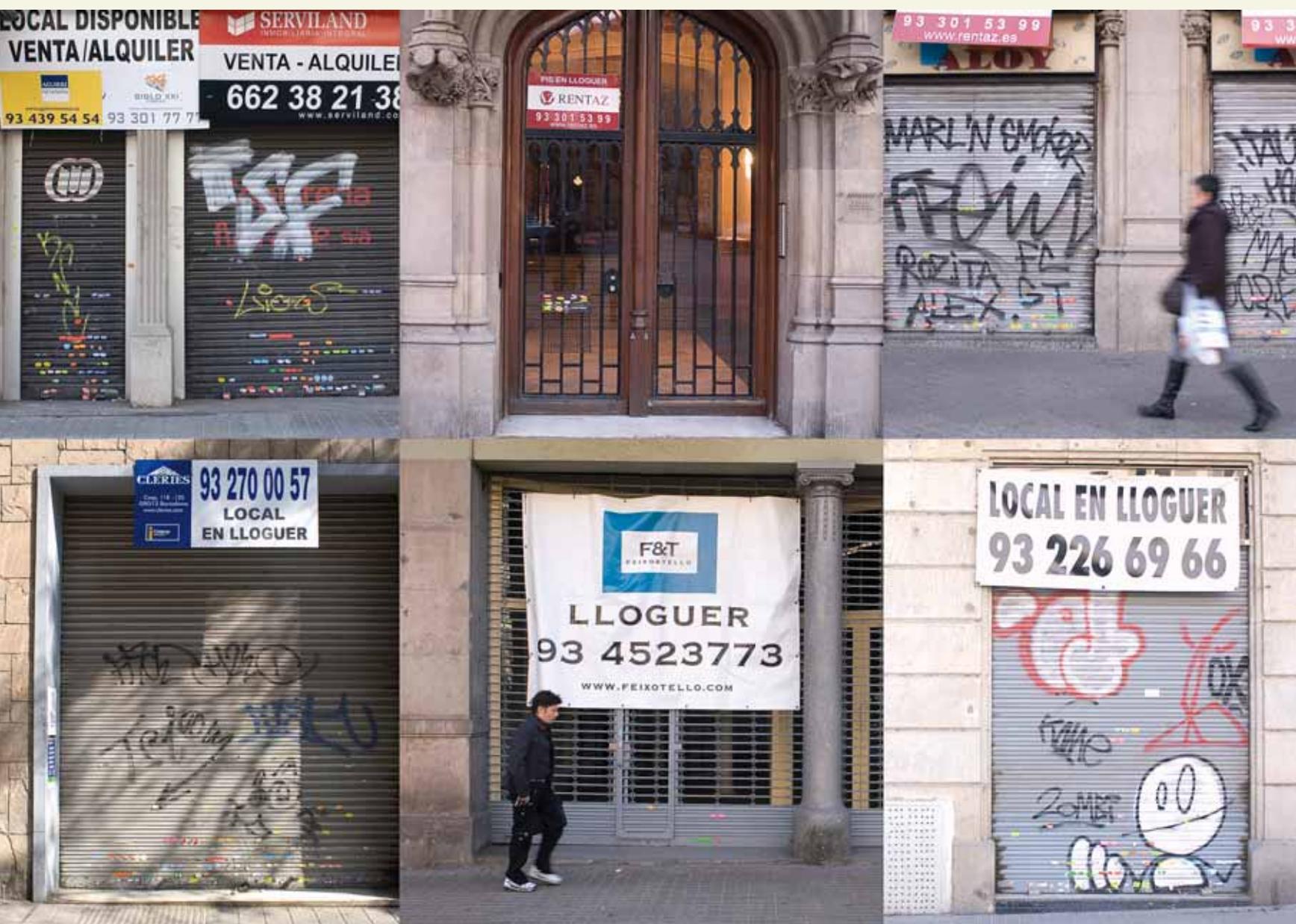
Fotos **Albert Armengol**



A los filósofos no les gusta demasiado la economía porque muestra la parte más brutal de los humanos. O, mejor dicho, no les gusta la moral de la avaricia (pecado cristiano) que se esconde bajo una economía conservadora y, sobre todo, detestan la presuposición antropológica liberal que se arrastra como si se tratara de un dogma en el ámbito económico. Convencionalmente, los economistas liberales presuponen que su ciencia se fundamenta en la existencia de un individuo modelo que se denomina *homo oeconomicus*, que de manera aproximada podemos describir como el egoísta inteligente. En teoría, los mercados se rigen por las decisiones tomadas por un sujeto que es definido, ni más ni menos, que como “maximizador de sus opciones, racional en sus decisiones y egoísta en su comportamiento”. El mercado hipotéticamente racional gira en torno a las decisiones que adopta esa abstracción de la conducta humana que actúa como calculador hiperracional en el momento de elegir entre sus diferentes opciones. Y para remachar el clavo, estaría “completamente loco”

–tal, como dice Adam Smith– quien no actuase concienzudamente en provecho propio.

El debate sobre la naturaleza humana que encierran las consideraciones de los economistas liberales es absolutamente apasionante. Si todo hombre busca la felicidad –arguyen los economistas clásicos–, y suponiendo que el dinero da la felicidad porque permite la seguridad y la posesión, entonces el individuo humano debería ser definido en términos de acumulación. Éste sería el mundo real por mucho que los filósofos –unos auténticos tarambanas– expliquen que los humanos también pueden ser solidarios y que tienen virtudes comunitarias muy poco explicables a partir de una teoría de la acumulación racional. Los filósofos, sin embargo, se lo pasan bien haciendo frases como “somos *homo sapiens*, no *homo oeconomicus*”, aunque actúan de una manera tan racional y acumulativa como cualquiera. Acumular y crecer constituye “la ley y los profetas” del liberalismo, pero es lo que hace todo el mundo –también un lector de Pierre Bourdieu– con mejor o peor conciencia.



Entendámonos: un *homo oeconomicus* no es un avaro. Como mucho, el avaro sería un antecedente, porque la avaricia, de una u otra manera, es una pasión con un punto ciego, mientras que la buena economía está basada en el cálculo racional y la gestión prudente. La avaricia tiene algo de vicio del Antiguo Régimen porque resulta de pocos vuelos, demasiado inmediata y previsible. Plutarco decía que “beber apaga la sed, comer satisface el hambre, pero el oro nunca satisface la avaricia”. El viejo avaro pensaba en términos de acumulación, sin emplear el dinero necesariamente para nada práctico. En cambio, para un *oeconomicus*, que es hijo de la Ilustración, la economía es fluida y ya no se trata de vender el alma, sino de sacarle el máximo rendimiento. Y para eso no hace falta mucho: básicamente, comparar alternativas y ser coherente en la elección, escogiendo siempre aquella opción en la que el beneficio supere al gasto. Eso y sólo eso es ser “racional”.

La difícil economía del filósofo

Un buen *oeconomicus*, sin embargo, no se dejará cegar por el oro, ni por las *subprimes*, porque tiene claro que el mundo económico está regido por leyes de estrategia a más largo plazo. Como decía aquel sobre el alma, como máximo, accedería a alquilarla. Es obvio que el filósofo moral no hace una gran distinción entre la actitud del avaro y la del *homo*

oeconomicus, cuando los califica de idiotas morales, porque confunden riqueza con felicidad y confunden la parte con el todo. En el capítulo 4 de *Utilitarismo*, Mill ya explicitó que “el dinero no se desea para conseguir un fin, sino como una parte del fin; [pero] de ser un fin para la felicidad se ha convertido en el principal ingrediente de alguna concepción individualista de la felicidad”.

Al filósofo le gustaría una economía moral que no se centrara en la productividad, sino en la felicidad, y no deja de preguntarse, con cierta ingenuidad, por qué cuando existe un mayor crecimiento económico también aumenta el consumo de antidepressivos. Además (parece que a esto se le llama “óptimo de Pareto”), resulta que a partir de una cierta cantidad de uso de un bien, el placer que se extrae de él comienza a decaer peligrosamente, de forma que un aumento de acumulación no produce necesariamente un aumento de felicidad. En otras palabras, si tenemos un jersey, comprar otro o conseguir otro duplica nuestro bienestar; pero cuando alguien tiene treinta jerséis, uno nuevo no lo hace más feliz y, como mucho, le supone un problema en el armario. En estas condiciones, la pregunta del filósofo es sencilla: una vez alcanzado un cierto nivel de bienestar /felicidad, ¿vale la pena esforzarse más o sería mejor vivir tranquilo, dedicado, quizás, a goces inmateriales o, como mínimo, poco expresables en términos de cantidad?

El antídoto contra un decrecimiento caótico es quitarnos de encima neorriquismos absurdos. Frente a un modelo basado en la incentivación permanente del consumo y de la acumulación de bienes, decrecer significa optar por revalorizar nuestra relación con el entorno. Al pie de estas líneas, tienda de electrodomésticos. En las páginas anteriores, expresión gráfica de la crisis inmobiliaria, una de las manifestaciones de la recesión actual.



“Cuando se discute sobre ética, el economista liberal tiene algún argumento contra el filósofo moral. Si ha triunfado la ideología del crecimiento, no es por casualidad. Forma parte de la propia lógica de la Ilustración”.

La cuestión, claro está, podría ser descartada por cínica, pero no deja de ser significativa. Es casi un tópico recordar que en griego había dos palabras para referirse a la actividad que hoy denominamos economía: la *oikonomia* era sencillamente la administración prudente de la casa –y, por extensión, de la ciudad como “casa grande”–, mientras que la *krematistiké* tenía algo de deshonor porque sólo ofrecía una acumulación sin calidad de vida. Los sabios en economía dicen que cuando la *krematistiké* escapa a todo control, lo único que se puede esperar es un periodo de crecimiento especulativo y, al final, un decrecimiento salvaje, en forma de crisis económica. El filósofo, ya se sabe, está mal preparado para aceptar las impurezas y la ganga del mundo.

Cuando se discute sobre ética, el economista liberal tiene, sin embargo, algún argumento contra el filósofo moral. Si desde la revolución industrial hasta ahora ha triunfado la ideología del crecimiento, no es, de ninguna manera, por casualidad. Forma parte de la propia lógica de la Ilustración la promesa de una vida mejor en la tierra y no en el cielo. Y el crecimiento del pastel es la única manera conocida de asegurar eso. Pedir a la gente un “empobrecimiento voluntario” tiene incluso un punto de crueldad cuando el recuerdo histórico de la miseria y el hambre, especialmente en países como el nuestro, enriquecidos recientemente, está todavía tan cercano. En última instancia, suponer que un “orden moral” es en principio preferible al orden económico implica dar por sentadas muchas cosas, como, por ejemplo, saber que este orden está hecho a la medida humana y no a la medida de los santos y de los profetas. Cosa que al filósofo le resulta, como mínimo, difícil de demostrar.

¿Crecer, decrecer, sostenerse?

Pero en el debate actual sobre pensamiento ecológico, el filósofo está dejando de encontrarse solo e incomprendido. No sólo Daniel Kahneman y su economía del comportamiento han demostrado la centralidad de los factores emocionales en las decisiones económicas, sino que también estudios sobre “economía ética” más tradicionales (que se preguntaban sobre responsabilidad social, banca ética, cooperativismo...) han abierto el camino al debate sobre el decrecimiento, comenzado por Serge Latouche, en Francia, con el antecedente de los estudios del economista rumano, trasplantado a Estados Unidos, Nicholas Georgescu-Roegen, autor de *The Entropy Law and the Economic Process* (1971).

Cada vez son más numerosos los economistas convencidos de que el modelo clásico de crecimiento nos lleva a un callejón sin salida. No se puede crecer indefinidamente en un sistema finito (como es el planeta Tierra), porque los recursos se agotan inevitablemente. El crecimiento produce

trabajo y riqueza (al menos riqueza a corto plazo), pero también echa a perder el futuro del planeta y nos lleva a la destrucción del entorno (que es un capital disponible que estamos destruyendo), de forma que estamos actuando partiendo de la base de “pan para hoy y hambre para mañana”. Sin crecimiento económico aumenta la pobreza, pero con crecimiento económico aumenta la destrucción del planeta. Y hasta ahora no sabemos cómo salir de esta contradicción.

Hoy por hoy, se enfrentan tres modelos macroeconómicos: las políticas de crecimiento, el desarrollo sostenible y las políticas de decrecimiento.

El crecimiento, en breve

Las políticas de crecimiento corresponden hoy a la lógica del *oekonomicus*: se caracterizan por incentivar el consumo, de una manera más o menos keynesiana; es decir, con una participación directa del poder público a través de políticas que hacen imposible el ahorro de los particulares (“el rentista es el cuentacorrentista”), obligando a consumir para no perder el valor del dinero. Consumir produce puestos de trabajo y hay que consumir no importa qué, empleando si es necesario todo tipo de instrumentos de control psicológico (marketing). Las obras públicas (carreteras, trasvases) ayudan a las grandes empresas, se potencia el transporte privado y, sobre todo, se trabaja con un concepto clave: “obsolescencia programada”; las cosas tienen que estropearse rápidamente para poder gastar más: la moda y los medios de comunicación actúan como aliados en la tarea de hacer crecer el consumo, creando necesidad. La pregunta es si esta postura, considerada a largo plazo, puede tener continuidad y, sobre todo, qué tipo de felicidad resulta de esta opción vital.

Pero si la senda del crecimiento presenta dudas –y no en Barcelona, sino en todo el mundo–, quizá haya llegado la hora de pensar en una alternativa de “decrecimiento” reformista: una opción personal por la simplicidad voluntaria que, nos guste o no, estará vinculada a la cultura, al respeto prioritario por la gente que sufre y a un estilo de vida aún minoritario, pero quizá conveniente. El decrecimiento viene precedido de una larga temporada de experiencias piloto en grupos minoritarios que practican una sobriedad voluntaria. Convendría discutirlo de momento como opción académica, más que como opción política, por la propia obsolescencia del concepto de crecimiento en época de cambio climático y de energía cara (por no hablar de crisis bancaria). La pregunta es si la ética (el cerebro racional) puede imponerse al cerebro reptil y acumulativo.

Hagan el favor de no acusarme de antipatriótico si les digo que uno de los días más depresivos que he visto en Barcelona en los últimos años fue el quince de mayo de



2008, cuando llegó al puerto de la ciudad un barco cisterna procedente de Marsella lleno de agua potable para abastecer una ciudad que vivía una sequía crónica y un miedo aún más crónico. No se trata de flagelarse; pero aquel día algo se rompió dentro de mucha gente al comprobar la debilidad de los equipamientos y la gravísima carencia de apoyos institucionales y de complicidades políticas de una “Gran Hechicera” (“*amb tos pecats, nostra, nostra!*”) en horas bajas.

El ciclo del mito olímpico (fue bonito mientras duró) acababa a manos de una de las sequías más brutales e inusuales que este país haya sufrido en los últimos ciento cincuenta años. Si el filósofo fuese hegeliano, diría que la antítesis se estaba imponiendo a la tesis. Después, claro está, el clima imprevisible se “normalizó” (catalana palabra para los imposibles) y mis conciudadanos olvidaron el barco de Marsella. Si hemos aprendido algo de la pesadilla de la sequía, es que en nuestros cálculos no todo puede ser sumas. Algunos sueños de crecimiento traen en secreto el anuncio de una crisis aún más desequilibrada y decadente (por irreversible) que la educada propuesta del filósofo que sugiere que quizá algún día tendríamos que asumir nuestros límites.

Las pesadillas de la llegada del AVE, los problemas climáticos, el apagón de julio de 2007, la difícil reconversión de una ciudad industrial en una postindustrial (en términos de 22@), etc., aparte de ponernos frente al desagradable escenario de la pérdida de muchas complicidades con las que creíamos contar y que después no funcionaron, conviene que nos sirvan para preguntarnos cómo tenemos que situarnos en lo sucesivo en un nuevo horizonte en el que la ciudad se ha mostrado vulnerable y no se ha gustado a sí misma.

Decrecimiento: ¿palabra fea o necesidad?

Sé muy bien que decrecer es una palabra fuerte, que para los bienpensantes suena casi a insulto y que, además, viniendo de un país que hace treinta años estaba “en vías de desarrollo”, decrecer puede parecer incluso cruel. Pero creo que es urgente ponernos a reflexionar sobre el decrecimiento antes de que una crisis ambiental nos lo imponga por vía de urgencia, y quien sabe si de manera violenta. Antes de que la ciudad se vuelva excesivamente agresiva y la vida imposible de disfrutar por demasiado cara, conviene que pensemos cuál es el “coste/ciudad” que estamos dispuestos a soportar (en lo que respecta a contaminación, incomodidades, etc.) antes de que simplemente haya que decir basta. Hacerse partidario de un decrecimiento ordenado no significa que me haya vuelto partidario de la vida en el campo (al fin y al cabo, cuando los barceloneses llegan al Empordà no hacen más que llevar allí Barcelona), ni mucho menos que reclame “ciudad verde” (sé muy bien que las ciudades son grises) o que me haga ilusión cualquier Rousseauismo, poco o muy ingenuo. Sencillamente soy de los que piensan que tenemos que poner voluntariamente unos límites al crecimiento antes de que la obsesión por crecer se convierta en una pesadilla, más o menos escasa de agua.

Se entra en crisis sin que casi nadie nos prevenga y, a veces, con una rapidez que bloquea o impide pensar a medio plazo; se decrece, en cambio, de forma premeditada, optando libremente por un modelo diferente, que hace prevalecer las

relaciones humanas y la calidad de vida sobre el productivismo. Tampoco se trata de hacer pedagogía con la catástrofe. Si hay recesión es por un error de modelo, no por un designio cósmico. Simplemente, se ha elegido un modelo económico pensado para maximizar el crecimiento –por confundir grande con grandioso– y no para procurar el bienestar de las personas. Pero, simplemente, llegados a un nivel de consumo determinado, lo que se puede esperar del modelo son contradicciones, porque el consumo ya no sirve para resolver necesidades, sino que las provoca.

¿La crisis o el aterrizaje suave?

Por tanto, esperar a que el decrecimiento nos llegue de una manera brutal (como consecuencia de derrotas económicas, o vinculándolo a un desempleo incontrolable, por ejemplo) resulta, además de cruel, perfectamente injustificado. Uno de los peores errores de los ecologistas es su absurda “pedagogía de la catástrofe”. La historia demuestra que frente a las catástrofes lo que triunfa es el egoísmo más galopante, o en el peor de los casos la solución totalitaria de un Hitler o un Stalin. Cuando hablamos de decrecimiento, la propuesta es muy diferente: no se trata de confesar (derrotados) que la ciudad “no puede”, sino de proclamar (orgullosos) que la ciudad “no quiere”. Frente a un decrecimiento con tinta negra (desempleo, cierre de fábricas), hay que tomarse un tiempo para pensar un decrecimiento cívico que vele por una ciudad amable, que ponga los derechos de los ancianos y los niños por encima de los derechos de los automóviles, dicho esto (si es necesario) con un punto de demagogia.

Crecimiento y decrecimiento no son conceptos que entren mutuamente en contradicción. Más bien al contrario: existe el peligro de un decrecimiento caótico si seguimos pensando en una economía que ha perdido de vista la escala humana, y el antídoto es saber decrecer en condiciones y quitarnos de encima *neorriquismos* absurdos, que, dicho sea de paso, atentan directamente contra un modelo de vida plural y mediterráneo. Un modelo que quizá sea más pobre en dinero pero valorativamente mucho más rico si se mide con esa magnitud del capital social que se denomina bienestar comunitario.

Pensar el decrecimiento no significa una ruptura con el crecimiento, sino con la ideología de la acumulación. Decrecer quiere decir optar por una revalorización de las cosas y de nuestra relación con el entorno. Si nos preguntásemos qué vale nuestro equilibrio emocional, quizá sería mucho más sencillo comprender que, llegados a un cierto nivel, tener “más” puede llegar a ser menos.

Comprendo que un discurso por el decrecimiento plantea un atentado a las buenas costumbres de la economía, pero llegados a cierto punto, conviene preguntarse si el “nivel de vida” no se está volviendo incompatible con la calidad de vida. ¿Podemos promocionar experiencias comunitarias (de barrio, de ciudad) que no tengan que valorarse necesariamente por su nivel de gasto material, sino por la felicidad o por las emociones que puedan desplegarse en la comunidad?

La elección real que se atisba en el horizonte no es entre crecimiento y decrecimiento, sino entre recesión (decrecimiento salvaje) y decrecimiento (cívico). Por supuesto, el



Decrecer es negarse a considerarlo todo desde el punto de vista de una economía que ignora el dolor de los individuos. Hay que tomarse un tiempo para pensar un decrecimiento cívico que vele por una ciudad amable, que ponga los derechos de niños y ancianos por encima de los derechos de los automóviles.



espejismo del crecimiento seguirá siendo un discurso oficial y no por ninguna supuesta hipocresía de los políticos, sino porque todavía circula el tópico socialdemócrata según el cual la única manera de disminuir la pobreza consiste en hacer que crezca el pastel. “Crecer” es un sedante de la tensión social, dicen los manuales. Según la teoría económica oficial sólo el crecimiento garantiza la disminución de las desigualdades y, como somos ricos, disminuye la urgencia de planteamos el problema del reparto. O de la justicia, por decirlo en términos clásicos. Decrecer puede ser problemático porque pone en el propio centro la insoslayable cuestión de los criterios de justicia. Pero, ahora que no me oye nadie, peor sería un escenario de energía cara, desempleo, reivindicación política y huelgas “antirricos”, por decirlo de algún modo.

Conviene preguntarnos qué elegiríamos: ¿un decrecimiento tranquilo o una presión social insostenible? La pregunta que tenemos que planteamos es si las consecuencias de cambiar el modelo serían peores que las de mantener un sistema que piensa en las personas como herramientas, que promueve el uso de antidepresivos y que, en definitiva, nos convierte en átomos negándonos la dimensión cualitativa y

comunitaria. Decrecer no tendría que significar “hacer bien” (para el medio ambiente, por ejemplo) lo que el capitalismo hace de forma malhumorada y triste. Antes al contrario: es ir contra una lógica de la acumulación que produce infelicidad en los individuos concretos y alegrías a las estadísticas.

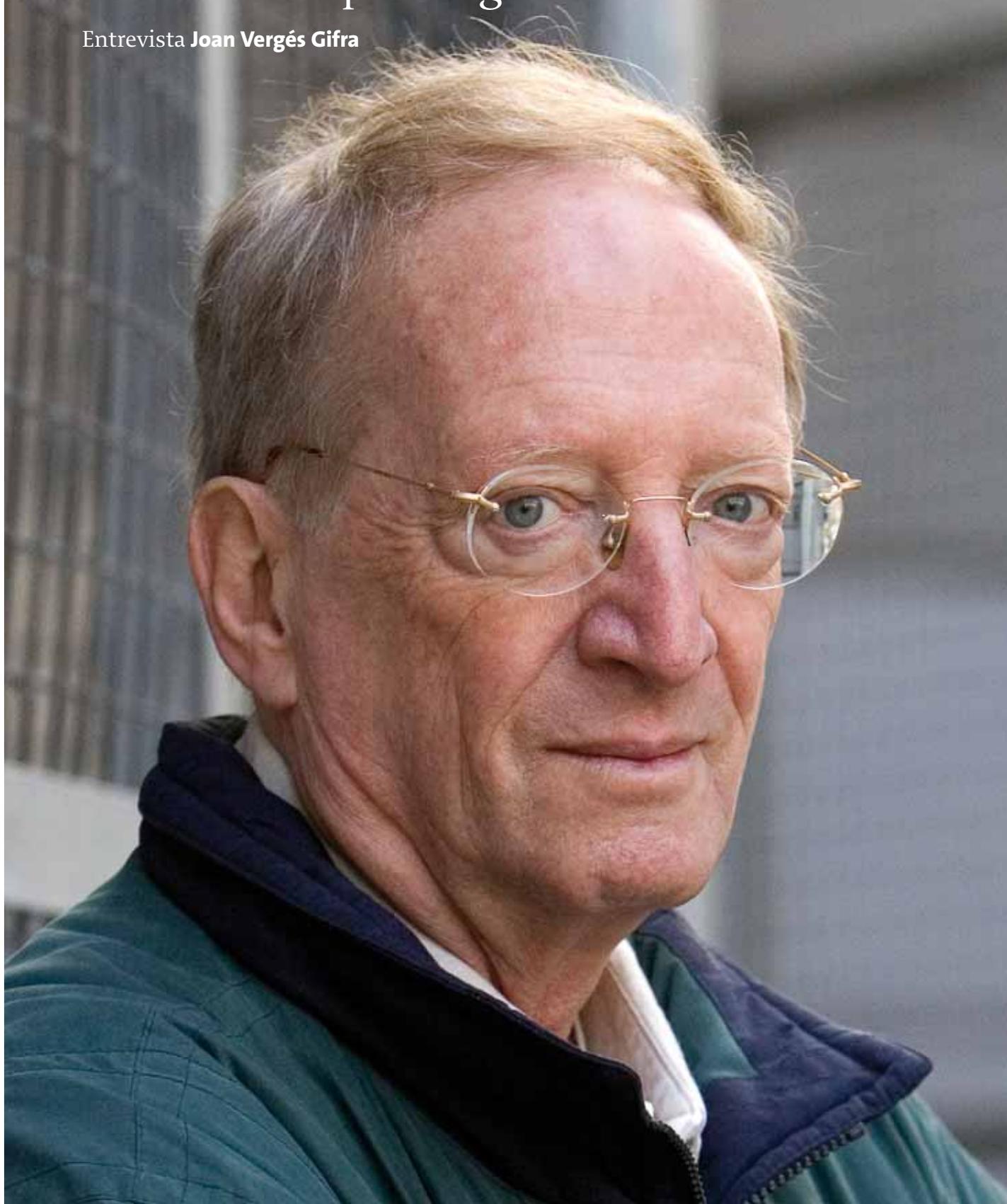
Decrecer es optar por el desarrollo de la calidad y por las personas concretas (por la gente de mi barrio) contra los discursos vacíos de la solidaridad abstracta. Decrecer es negarse a considerarlo todo desde el punto de vista de una economía que sabe de números pero ignora el dolor de los individuos. Decrecer es liberarse de la necesidad que hoy se llama automóvil y televisión y optar por la lectura (un entretenimiento sin publicidad), por el teatro en la calle y por la conversación. Decrecer es plantearse qué sentido tiene el teléfono móvil y por qué tenemos que consumir verduras producidas con pesticidas. Decrecer es optar por el tren, por el consumo local, por la comida vegetariana (o como mínimo por disminuir el consumo de carne). Decrecer es negarse a aceptar que toda la realidad se resume sólo en forma de economía. O, si lo preferís, es luchar contra la confusión mental. Como sugirió Epicuro, para aumentar la felicidad quizá lo mejor sea disminuir las necesidades. Los viejos sabios nunca fallan. **M**

Masa crítica

Avishai Margalit

“La ideología se hunde cuando no se aviene con la psicología”

Entrevista Joan Vergés Gifra



Avishai Margalit (Afula, Israel, 1939) es profesor jubilado de la Universidad Hebrea de Jerusalén, en donde ha desarrollado la mayor parte de su carrera profesional y, actualmente, es profesor de filosofía en el Institute for Advanced Study de la Universidad de Princeton (EE.UU.). Además de haber escrito un gran número de artículos sobre temas de filosofía moral y política, Margalit es autor de cinco libros. Junto con su esposa, Edna Ullman-Margalit, publicó *Isaiah Berlin: A Celebration* (1991). Posteriormente, publicó *La sociedad decente* (1996; traducción al castellano en Paidós), probablemente el libro que le ha valido más celebridad y una de las aportaciones más originales a la filosofía política de la década pasada. La idea del libro es que la literatura política está mal enfocada. La filosofía política se ha ocupado casi exclusivamente de la cuestión de la justicia. Sin embargo, deberíamos centrarnos en la idea de decencia, una noción normativa aplicable en condiciones sociales no ideales y, por tanto, mucho más urgente. A continuación publicó, junto con Moshe Halbertal y Naomi Goldblum, *Idolatría* (1998; traducción al castellano en Gedisa), libro en el que se aborda la importancia del concepto de idolatría en las religiones monoteístas y las culturas resultantes, como, por ejemplo, la cristiana, la musulmana y la judía. Un tercer libro importante en la carrera de Margalit es *Occidentalismo* (escrito en 2004 junto con Ian Buruma; traducción al castellano en Península), obra que, en cierto modo, constituye la réplica especular de la obra *Orientalismo*, de Edward Said. En *Occidentalismo*, Margalit y Buruma identifican los estereotipos que articulan el odio hacia Occidente y muestran cómo esos estereotipos provienen a menudo del propio Occidente. Por último, Margalit también ha publicado *Ética del recuerdo* (2004; traducción al castellano en Herder), en el que se plantea la pregunta de si existe una ética de la memoria; es decir, si se nos puede juzgar moralmente en función de nuestro recuerdo u olvido de las personas o de los hechos pasados. La entrevista que reproducimos a continuación tuvo lugar el pasado 13 de febrero, en Barcelona, al día siguiente de que Avishai Margalit diese una conferencia titulada “Libertad y hogar” en el marco de un ciclo sobre la figura de Isaiah Berlin en Caixafòrum.

En la conferencia sobre Isaiah Berlin, usted habló de la libertad y de sentirse en casa. Berlin, cuando teorizó sobre la libertad, distinguió entre la libertad negativa –la libertad como ausencia de interferencia de los demás– y la libertad positiva –la libertad como autorrealización o autocontrol–. Sin embargo, en su opinión, habría otro sentido más de libertad, un sentido de ser libre que sólo puede darse en casa. ¿Podría explicárnoslo, por favor?

Efectivamente, Berlin ya se había metido de lleno en ese problema, pero yo intento conceptuar un sentido de libertad que podemos denominar “libertad psicológica”. Existe un sentido de libertad, la libertad política, que tiene que ver con la relación entre el individuo o la colectividad y el gobierno o el estado. Hay otro sentido de libertad, social y psicológica, que está relacionado con la forma en que los demás pueden constreñirnos como individuos. Estoy constreñido por los demás por lo que pensarán de mí. Me obligan a no salir desnudo a la calle, por ejemplo, porque me da miedo cómo me mirarán. Éste es un constreñimiento social o psicológico. La idea es que la noción de hogar, de estar en casa, está más relacionada con esa noción de constreñimiento social que con la noción de constreñimiento político. Pero para crear casa, una casa nacional, necesitas medios políticos. No sé: si los catalanes no tuviesen autonomía, si no tuviesen posibilidades de expresarse, si no se sintiesen en casa en España, entonces sufrirían por el hecho de no considerarse en casa y querrían disponer de medios políticos para poder sentirse así. Una de las luchas mantenidas por los catalanes ha sido defender su propia lengua, sus propias costumbres, con el fin de poder vivir en un lugar en el que se sintiesen en casa, como catalanes.

Sin embargo, el nacionalismo, cuando se ha preocupado por la libertad, lo ha hecho principalmente por la libertad entendida como emancipación, ¿no?

Bien, el nacionalismo ha pasado por diferentes etapas. La primera etapa fue la etapa de emancipación, contra el monarquismo autoritario, entre otros. Fue una etapa progresista. Después vino otra etapa, una etapa reaccionaria, marcada por la xenofobia, por el aferrarse sólo a la propia nación, una etapa que acaba en imperialismo, en la idea de que el objetivo de la nación es conquistar otras. Así pues, el nacionalismo puede ser un movimiento de emancipación, de liberación de la dominación extranjera, o bien un movimiento reaccionario. Puede ir en cualquier dirección, como todos los demás movimientos e ideologías. Cualquier ideología corre el riesgo de acabar siendo lo contrario de lo que había empezado por ser. El nacionalismo está en tensión con el liberalismo porque éste habla del hombre universal, que es un concepto ilustrado, y el

“El nacionalismo está en tensión con el liberalismo porque éste habla del hombre universal, que es un concepto ilustrado, y el nacionalismo habla de una comunidad de personas que pertenecen a una nación. Existe una tensión, aquí. Pero tensión no quiere decir contradicción”.

nacionalismo habla de una comunidad de personas que pertenece a una nación. Existe una tensión, aquí. Pero tensión no quiere decir contradicción.

Es cierto que se han producido intentos de vincular el liberalismo y el nacionalismo, por ejemplo el de Yael Tamir¹ en el propio Israel. ¿Qué cree usted, que el nacionalismo puede ayudar al liberalismo, o que, por el contrario, cualquier intento de vincular ambas ideologías más bien debilitará al liberalismo?

Verá, una de las cosas a las que Berlin prestó mucha atención y por la que mostró gran preocupación fue que el liberalismo, en su opinión, es la ideología correcta, pero es una ideología con una psicología errónea. Hay algo naíf en la manera en que los liberales tratan la psicología de los seres humanos. Por eso llegó a creer que, a veces, los miembros de la anti-ilustración y los románticos habían captado mejor la psicología humana que los pensadores liberales. El principal desafío es crear un liberalismo con una psicología humana convincente. El atractivo del nacionalismo no es tan sólo de carácter ideológico. Los nacionalistas acertaron con la cuestión de la pertinencia de la gente, con la idea de crear una comunidad. Sin duda, aquí existe una tensión. Puede pasar que una minoría nacionalista quiera imponerse al resto de la sociedad. Quizá sea esto lo que está pasando en el País Vasco, en donde básicamente se quiere cortar la relación con España y en donde existe un porcentaje muy reducido de personas que pueden hablar vasco –no sé si el 15% o el 16%, al contrario de lo que sucede en Cataluña, donde el 60%, el 75%, el 80% de la población o más habla catalán–. Existe, entonces, el peligro de que surja el fanatismo y la xenofobia y, a pesar de tratarse de una minoría, se convierte en una minoría totalitaria porque quiere imponer su voluntad. Así pues, no hay una receta universal. Tienes que analizar los casos, las situaciones particulares. Es necesario tener en cuenta las condiciones. Yo soy un socialdemócrata, no diría un liberal, pero, aquí, los socialdemócratas tienen el mismo problema que los liberales. No obstante, es cierto que los socialdemócratas, a diferencia de los socialistas revolucionarios, se asientan en una comunidad en particular e intentan mejorarla a través de medios socialdemocráticos. El principal reto al que deben enfrentarse ambas ideologías, el liberalismo y la socialdemocracia, es el de disponer de una psicología creíble que se avena con la ideología. Si la psicología no se aviene con la ideología, entonces, la ideología se hunde. Eso es lo que ha sucedido en muchas ocasiones.

¿Ha sido éste, quizá, el caso del comunismo?

Creo que sí. Verá, la naturaleza humana no es una naturaleza fija, sino que en parte se construye y en parte viene dada. Hay aquí dos intuiciones básicas. Le diré qué entiendo por psicología y por qué pienso que, aquí, los socialdemócratas han comprendido algo bien. Hay una explicación de la psicología humana, desde el punto de vista del interés político, centrada en la virtud, en la idea de que hay que mejorar el carácter de las personas. Yo no creo en eso, no creo que las personas tengan carácter. Lo que creo es que, en la mayoría de los casos las personas reaccionan ante las situaciones. Le pondré un famoso ejemplo de lo que quiero decir. Hace muchos años, en Princeton, escogieron a algunas personas de un seminario religioso y les dijeron que tenían que ir a dar una conferencia sobre la parábola del buen samaritano. A la mitad de ellos les dijeron que tenían que irse enseguida a dar la conferencia. A la otra mitad, les dijeron que todavía tenían tiempo. En el camino que conducía al lugar en el que supuestamente se hacía la conferencia, había una persona estirada en el suelo que, en apariencia, necesitaba ayuda. Aquellos que tenían tiempo suficiente, la ayudaron, fueron buenos samaritanos. Aquellos que no tenían tiempo, no le prestaron ninguna atención. Bien, se trata de una manipulación trivial, pero enseña que ser un buen samaritano o no serlo no depende del carácter. Si tienes tiempo libre y no estás sometido a presión, puedes comportarte como tal; si no es así, no. Cómo reaccionamos ante una situación no depende del carácter. Piense, por ejemplo, en el hecho de ser valiente: serás valiente en una situación pero no en otra; no hay nadie valiente en cualquier situación. Los socialdemócratas han sabido ver la importancia de eso. En Escandinavia, la gente se comporta mejor, pero no porque sean mejores personas, sino por las circunstancias. No actúas bien en virtud del carácter, sino del entorno. Ésta es la intuición básica y pienso que es una intuición correcta. Los socialdemócratas no se proponen cambiar la naturaleza humana. El comunismo era una ideología que se proponía crear un hombre nuevo. Bien, el comunismo basculó entre ambas perspectivas.

Esta perspectiva sobre la psicología humana, ¿no va en contra de la comprensión que tiene el liberalismo del individuo, de la importancia que concede al individuo?

Existe una ambigüedad en el liberalismo y en otros pensamientos sobre el individuo. El individuo puede ser el supuesto básico, el destinatario de las instituciones sociales, o bien puede ser el mayor logro. Yo utilizo el individuo



© Pere Virgili

en el primer sentido, como supuesto básico del pensamiento social: si haces algo en la sociedad, no lo haces sino para individuos; es importante darles la oportunidad de desarrollarse, de educarlos. Una cosa es crear unas condiciones, un entorno en el que el individuo puede llegar a desarrollarse, y otra cosa es actuar directamente sobre él.

Así pues, discreparía de la finalidad que tiene la política para Aristóteles o para los perfeccionistas.

Creo que las personas pueden volverse mejores, pueden perfeccionarse. Pero la manera de volverse mejor es viviendo en mejores entornos. Eso es lo que puedes hacer políticamente. Lo que haces socialmente o en las relaciones con los demás individuos es otra cosa. El principal desafío para los socialdemócratas es el tema de la solidaridad. Para generar una acción común necesitas solidaridad. ¿Cuál es la base de la solidaridad? Pero déjeme plantearlo desde el principio. El eslogan de la Revolución Francesa fue libertad, igualdad y fraternidad. Todo el pensamiento político ha girado en torno a la libertad y a la igualdad. Los liberales dicen que la libertad es lo que más cuenta; los socialistas dicen que es la igualdad; y los socialdemócratas sostienen que hay que encontrar el equilibrio adecuado entre ambos ideales. Estoy haciendo una caricatura de cómo han ido las cosas, pero bien. El único concepto que no se pensó adecuadamente fue el de fraternidad. Sonaba a sentimentalismo,

Avishai Margalit (Afula, Israel, 1939), profesor del Institute for Advanced Study de Princeton, ha escrito un gran número de artículos sobre filosofía moral y política y cinco libros, entre ellos *La sociedad decente*, una de las aportaciones más originales a la filosofía política de la década pasada.

mo, poco serio y naíf. Pero es la noción más importante. Para conseguir la libertad y la igualdad, necesitas la acción colectiva, necesitas la solidaridad. Éste fue el principal problema que se le planteó a la ideología de la clase obrera. ¿Qué motivará a la gente para que sea solidaria? Lenin pensó que la solidaridad quedaba determinada principalmente por las relaciones de producción. Todas las personas de la clase obrera, de todas las naciones, se sentirán solidarias con los miembros de su clase. Pero la Primera Guerra Mundial fue un desastre para el movimiento obrero porque de repente quedó claro que los trabajadores no pensaban en primer lugar en términos de clase, sino de nación. Los socialdemócratas mantienen una posición complicada en este asunto. Porque piensan que la solidaridad tiene que ver con la clase obrera y con la nación y mantiene alguna relación con la clase obrera internacional. Esa doble lealtad los hace sospechosos. Al socialdemócrata le toca a

menudo poner a prueba su patriotismo, su lealtad a la nación. Por eso los socialdemócratas no se desenvuelven bien en la guerra. Por ejemplo, los socialdemócratas franceses durante la guerra de Argelia. Siempre existe una tensión entre esas dos lealtades. Pero no creo que se pueda resolver la solidaridad en abstracto.

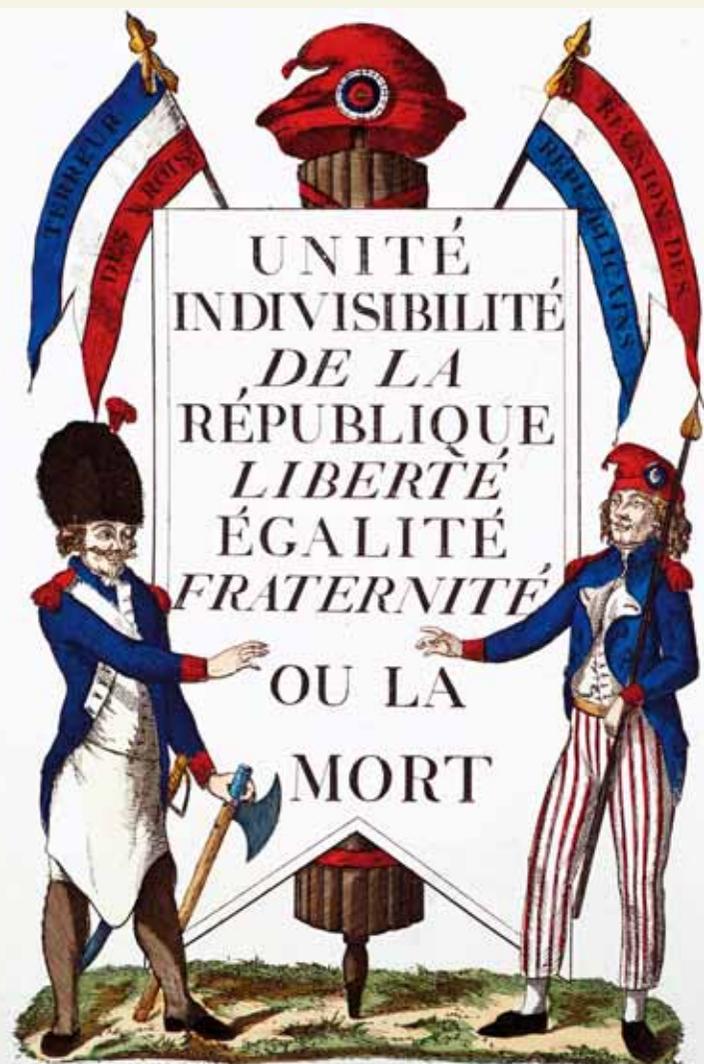
De acuerdo, pero recientemente un buen número de pensadores, los denominados *cosmopolitas*, reclaman una solidaridad global, ¿no? Plantean la necesidad de buscar una justicia global.

Precisamente, éste es el problema. Nadie puede estar en contra de la justicia global. Argumentar en contra de la justicia global es como argumentar en contra de la amistad. La cuestión es qué electorado sacará adelante la justicia global. El problema con el cosmopolitismo es que el cosmos no tiene política. Aquí no hay ningún cuerpo político. El cosmopolitismo, o bien hace referencia a Nueva York y a su estilo de vida, sus restaurantes, a una multitud de gente que viene de todas partes del mundo; o bien significa algo serio. Y, entonces, la cuestión es qué tipo de política le corresponde, es decir, quién vota, quién toma las decisiones... ¿Un gobierno mundial? Eso sería un desastre total, porque llevaría al despotismo. El problema con el cosmopolitismo no es el ideal, es la concepción que tienen de la política. Sé qué es el cosmos, pero no sé qué es la política del cosmos.

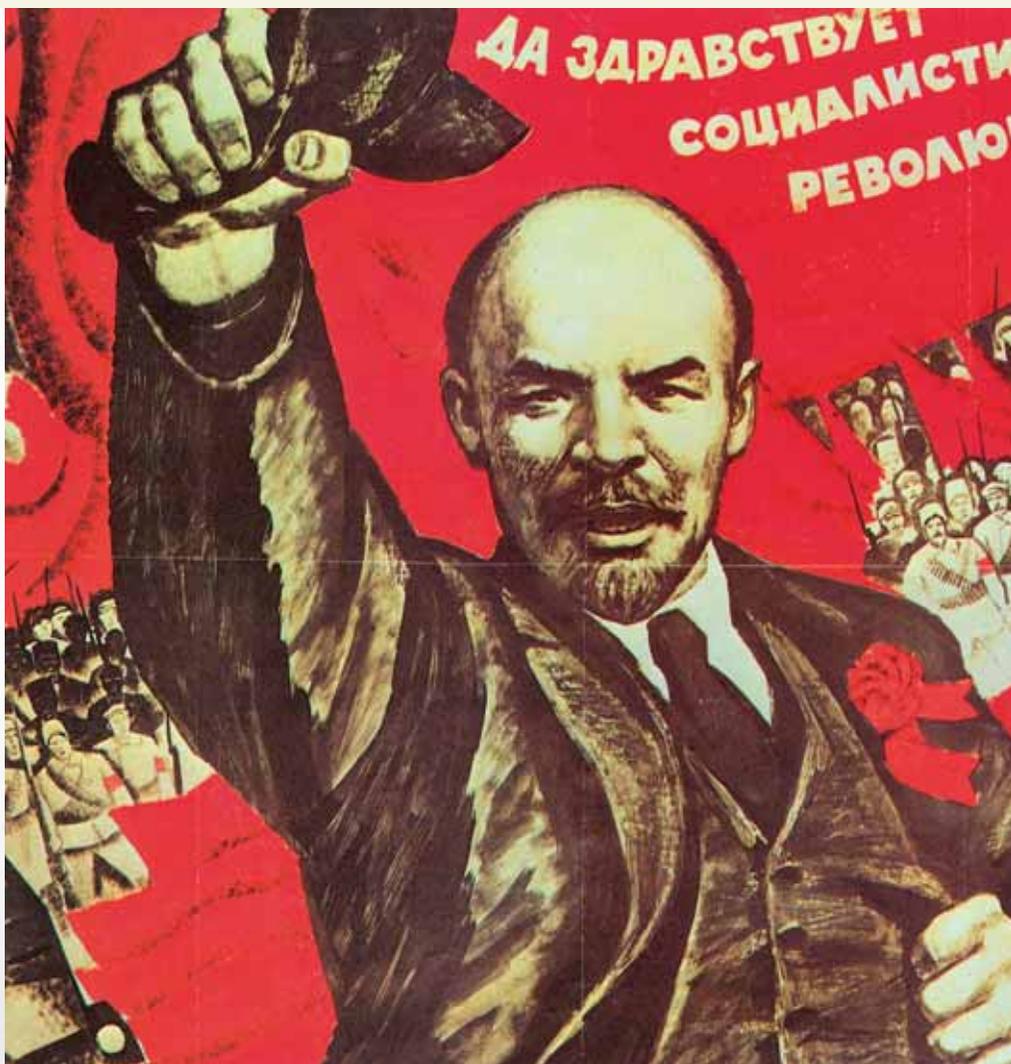
Quizá el problema sea que también tienen una política errónea, ¿no?

Lo que quiero decir es que, a no ser que todo cambie dramáticamente... Verá, todo lo que decimos está condicionado históricamente. Vaya usted a saber, quizá la tecnología haga que las fronteras dejen de tener sentido, y otras cosas también. No puedo ver qué política tienen los cosmopolitas. Tal vez sea una llamada vacua para convertir el mundo en una gran Nueva York, pero Nueva York tiene límites, tiene un alcalde, tiene semáforos, etc. O pongamos el ejemplo de Cataluña: se trata de una sociedad coherente, formada a partir de una historia de luchas, en tensión con el gobierno central, en lucha contra el régimen de Franco, etcétera. En esta sociedad existe el Barça, por ejemplo, que es un club internacional pero con un gran apoyo de carácter nacional. Ésta es la combinación deseable, disponer de una nación que también acoge a los demás. La contribución de los holandeses al Barça ha sido muy significativa. La cuestión es si tienes una sociedad abierta o no, cómo tratar a los demás: si los tratas como a simples mercenarios o como elementos que pueden acabar formando parte de la sociedad. No estoy haciendo hincapié tanto en el nacionalismo sino más bien en una noción más profunda, a saber, la de comunidad de memoria. Lo que configura una comunidad es una memoria, la comunidad está unida por una memoria. Lo que une a los catalanes no es sólo su lengua, es una

Para Margalit, el concepto de fraternidad, como sinónimo de solidaridad, es el elemento más importante del triple eslogan de la Revolución Francesa, ya que para conseguir la libertad y la igualdad se necesita la solidaridad. Para el comunismo, la solidaridad está determinada por las relaciones de producción, de modo que los obreros son solidarios con sus iguales de clase, sea cual sea su nación. Debajo, cartel de la Revolución Francesa y póster de Vladimir Kalenski con la figura de Lenin y el lema "¡Viva la revolución socialista!" (1968).



© Leemage / Prisma



© The Granger Collection, NYC / Prisma

“No hago hincapié tanto en el nacionalismo como en una noción más profunda, la comunidad de memoria. Lo que une a los catalanes no es solo su lengua, es una memoria. La memoria colectiva es crucial para cimentar la solidaridad, y sin solidaridad es muy difícil llevar a cabo una acción política”.

memoria. La memoria colectiva es crucial para cimentar la solidaridad. Y, sin solidaridad, resulta muy difícil llevar a cabo una acción política. ¿Quién puede estar en contra de la justicia global, si eso significa dar más dinero al Tercer Mundo y evitar la explotación? Pero el problema que veo en esto no es el ideal, es la política.

Aprovecho la idea que acaba de expresar. Ciertamente usted concede una importancia capital a la noción de memoria o recuerdo. En el libro *Ética del recuerdo*, usted distingue entre memoria común y memoria compartida². Memoria común es el recuerdo que tienen diferentes personas de las mismas experiencias; en ese sentido, es una memoria acumulativa. Por el contrario, la memoria compartida es la integración de las diferentes perspectivas en una versión única. La idea es muy interesante. Ahora bien, piense en nuestro caso, el caso español y catalán. Como sabe, el parlamento español aprobó hace poco la Ley de la Memoria Histórica, que ha generado mucha polémica. Para algunos, se trata de hacer justicia a los muertos, a aquellos que no pudieron ser enterrados dignamente, por ejemplo. Para otros, recordar por ley episodios dolorosos como la Guerra Civil o la dictadura franquista no ayudará a la conciliación, sino que reabrirá heridas. Sería un caso, éste, de lo que usted ha dicho en algún otro sitio relativo a que la cuestión política más importante no es la relación entre la libertad y la igualdad, tal como se ha mantenido a menudo, sino la relación entre la justicia y la paz.

Se trata de un caso muy interesante. Evidentemente, los recuerdos pueden dividir y pueden generar polémica. Una vez se me ocurrió crear un instituto sobre memoria compartida discutida que sirviese para que partes enfrentadas por cuestiones relacionadas con la memoria pudiesen discutirla. Por ejemplo, israelíes y palestinos, serbios y croatas, etc. Se trataría de llegar a acuerdos con respecto a lo que pasó; ponerlo en los libros de texto y enseñarlo. Creo que hay necesidad de una memoria compartida discutida, de que historiadores de las diferentes partes enfrentadas se encuentren y digan qué pasó en realidad. Muchas veces los desacuerdos tienen que ver con qué pasó en realidad y, por tanto, con qué tenemos que recordar.

Pero, ¿usted cree, entonces, que en el fondo lo que hay que resolver es una cuestión fáctica? ¿No hay siempre valoración en el recuerdo?

El desacuerdo radica en buena medida en la determinación de los hechos. Se sorprendería de hasta qué punto discre-

pan con respecto a los hechos. No estoy sugiriendo que exista una interpretación neutral por lo que se refiere a la valoración de los hechos. Lo que sugiero es la necesidad de llegar a un acuerdo sobre qué pasó, qué hechos se produjeron. Si las partes enfrentadas llegan a un acuerdo en ese sentido, entonces, puedes redactar libros de texto, enseñarlos, etc. Ahora bien, es cierto que existe un problema de justicia transitoria. Cuando pasas del franquismo a una democracia liberal, ¿qué haces con el pasado? ¿Llevas a juicio a quienes abusaron del poder en el régimen anterior? En este punto, no me siento inclinado a resolver los asuntos del pasado por la vía judicial. Sin embargo, hay que hacer memoria. De todos modos la memoria vuelve.

Normalmente hay un vacío temporal. Los judíos que fueron expulsados de España tardaron setenta años en ser conscientes de ello y en comenzar a recordarlo. Lo mismo pasó con las personas que sobrevivieron al Holocausto. Al principio hubo un silencio profundo. Después, irrumpió la memoria. En el caso español han pasado unos treinta años. Bien, si me lo pregunta, le diré que si la memoria no sale ahora, saldrá más adelante, dentro de cincuenta o setenta años. Una nueva generación querrá saber cosas.

Muy bien. Si le parece, cambiaremos de tema. En la conferencia de ayer defendió que hay diferentes imágenes de la política. Por una parte, hay una imagen económica de la política, por otra, una imagen religiosa. De acuerdo con la primera, todo puede ser sustituido de algún modo por otra cosa mediante un acuerdo o compromiso. De acuerdo con la segunda, existen ciertas cosas que no pueden someterse a ningún compromiso. En este segundo caso, se entiende que ciertas cosas son sagradas, insustituibles. En algún momento, para ilustrarlo, habló del compromiso “podrido” (rotten) de los Pactos de Munich, que permitieron, en 1938, que Checoslovaquia quedara parcialmente anexionada a la Alemania nazi. El pacto estuvo “podrido” porque los países occidentales que firmaron el acuerdo no se dieron cuenta de que, al pactar con los nazis, se estaba comprometiendo algo que no se puede comprometer, como, por ejemplo, la propia posibilidad de la ética. Sus palabras me hicieron pensar en lo que dijo una vez Václav Havel, precisamente aquí en Barcelona, cuando la Generalitat de Cataluña le concedió el Premio Internacional Catalunya³. Havel dijo que su país, en el siglo XX, había renunciado dos veces –la segunda sería con ocasión de la invasión soviética– a defender todos sus principios por culpa del miedo a las consecuencias. Según Havel eso había desmoralizado a su





© David Turnley / Corbis

país, le había restado temple moral. Quizá deberíamos haber plantado cara, dijo.

Bien, ayer me ocupé sobre todo de compromisos que haces libremente, no de compromisos que aceptas bajo coerción. La cuestión de qué tienes que hacer cuando estás bajo coerción es una cuestión amarga. Hay un libro checo, *Las aventuras del buen soldado Svejek*, que para nosotros fue casi como una biblia⁴. El buen soldado Svejek es una metáfora, la metáfora checa, sobre cómo puede hacerse frente a los conflictos: nos lo tomamos a broma, nos reímos de ello y esperamos tiempos mejores. Ésta es una de las estrategias. Otra, la de plantar cara y defender los propios ideales es la que defiende Havel. Y es la que responde a la imagen religiosa de la política. Por tanto, su referencia al discurso de Havel me parece pertinente.

Sin embargo, toda una serie de autores criticaría de algún modo la idea de que la política sea o tenga que consistir en poca cosa más que compromisos. Estoy pensando, por ejemplo, en el filósofo inglés John Gray. Para Gray, la política solamente tiene que buscar *modus vivendi* entre las partes enfrentadas.

Es cierto que habrá casos en los que sólo puedes negociar. Pero tenemos ideales. Un ideal es como la cumbre de una montaña. A veces no puedes llegar arriba del todo porque algo interrumpe o bloquea el camino. Puedes decir, bien, no llegaré arriba pero me acercaré lo más que pueda a la cumbre. En mi opinión –hay estudios que lo refuerzan– la segun-

da mejor opción no suele ser intentar acercarse lo máximo posible a la cumbre, sino hacer otra cosa. Si quieres ir de vacaciones al Caribe y no tienes suficiente gasolina en el depósito, no intentes acercarte al máximo, cambia de objetivo. En lugar de ir al Caribe, plantéate ir a Mallorca, por ejemplo. Haz algo diferente. Eso es lo que comprendió san Pablo. La mejor opción para un hombre es mantener el celibato y dedicarse a Dios. Pero si no puedes realizar la mejor opción, la segunda mejor opción no consiste en fornicar y tener muchas mujeres, sino en casarse y llevar una buena vida de familia. Por tanto, la segunda mejor opción a menudo suele ser hacer otra cosa. A veces no podemos realizar nuestros ideales porque chocan con lo que piensan otras personas. En estos casos, la segunda mejor opción es intentar hacer otra cosa en lugar de pretender acercarnos lo máximo posible a la cumbre, como si no hubiese obstáculos en el camino. Porque con independencia de cómo entiendas la segunda mejor opción, se trata de una opción referida al ideal.

Hablando de ideales, eso me hace pensar en la noción de decencia que usted introdujo con éxito en la filosofía política, especialmente en el libro *La sociedad decente*⁵. El objeto teórico privilegiado de la filosofía política, desde Platón hasta John Rawls⁶, ha consistido en la justicia. Una sociedad decente, si me permite decirlo así, deprisa, es una sociedad en la que las instituciones no humillan a las personas que viven en ella. Ahora bien, Rawls también utiliza

El dramaturgo y activista Václav Havel, primer presidente de Checoslovaquia tras la caída del régimen comunista, encarna para Margalit una de las posibles estrategias ante los conflictos: la defensa de los propios ideales como consecuencia de una “imagen religiosa de la política”. Arriba, Havel durante la revuelta popular conocida como la Revolución de Terciopelo. En la página de la derecha, una de las masivas manifestaciones de Praga, en noviembre de 1989.



© David Turnley / Corbis

esta noción de “sociedad decente” en su concepción de la justicia internacional⁷, ¿no?

Efectivamente, y en una nota al pie de su texto me menciona. Sin embargo, también dice que utiliza el término en un sentido ligeramente diferente del mío.

Es evidente que Rawls sólo habla de sociedades decentes cuando aborda el problema de la justicia internacional. Según él, el objeto de la teoría internacional es diseñar un orden internacional equitativo entre los pueblos liberales eminentemente justos y los pueblos decentes. Por tanto, acepta que ciertos pueblos sean menos justos. ¿Cómo ve esta aceptación?

Bien, antes de eso, tenemos que preguntar a Rawls por qué no utiliza la noción de sociedad decente en la teoría que se aplica a la nación-estado, por qué no es deflacionista en el caso doméstico. Elaboró una teoría ideal de la justicia. Pero la cuestión es qué teoría no ideal de la justicia debemos tener. Mi tesis es que, en la situación no ideal, lo que nos ayuda es la noción de sociedad decente, que es una noción deflacionista. Rawls de repente aplica el término en el orden internacional. Pero, ¿por qué no antes? ¿Qué concepción debemos tener en condiciones normales, no ideales? Ésta es mi pregunta. No lo acuso de incoherencia, pero no entiendo por qué lo utiliza en un caso y en el otro no. Si se quiere elaborar una teoría de la justicia global que se avenga al máximo con sus ideales, vale, adelante, hará una teoría ideal.

Pero si lo que haces es prestar atención a la política real y a las condiciones que hay en el mundo, y te das cuenta de que hay sociedades decentes y no tan decentes, ¿por qué no prestar el mismo tipo de atención en el caso doméstico?

Ciertamente, cuando usted habla de sociedad decente hace referencia al trato que ofrecen las instituciones de una sociedad a sus habitantes. Ahora bien, en el momento de poder decir que una sociedad es decente, ¿no debemos tener en cuenta también las relaciones que mantiene con otras sociedades?

Existe una pregunta previa a ésta. Weber pensó que el principal atributo del estado es el monopolio del poder. En mi opinión, hoy en día, el principal atributo del estado tiene que ver con la capacidad de decidir quién entra y quién no entra. No es el ejército, sino el funcionario que pone un sello en el pasaporte, la figura que define al estado hoy; tener el monopolio de estampar sellos. La cuestión esencial es la pertenencia, quién es miembro y quién no lo es. Si hablamos de Noruega, incluso la persona más pobre del país está mejor que el 80% de la población mundial. Por tanto, hablar de justicia en Noruega es evitar los problemas difíciles, porque la pertenencia determina un marco en el que ya no se presentan. En mi libro no hablé de las condiciones de pertenencia. La pertenencia, la inmigración, son cuestiones capitales. Y no está nada claro que los liberales universales puedan sentir simpatía por las fronteras. ¿Cómo justifican que haya fronte-

“A veces no podemos realizar nuestros ideales porque chocan con lo que piensan otras personas. En esos casos, la segunda mejor opción es intentar hacer otra cosa en vez de pretender acercarnos lo máximo posible a la cumbre”.



© Henri Cartier-Bresson / Magnum Photos

El líder indonesio Sukarno en 1949, cinco años después de haber asumido la presidencia de la antigua colonia holandesa. En la página siguiente, soldado francés en la Casbah de Argel en 1960, durante la guerra de independencia del país magrebi. Las atrocidades de las potencias colonialistas son ejemplos de cómo una sociedad puede ser “relativamente decente” con sus miembros y a la vez comportarse indecentemente con los demás.

ras? Tengo mis propias ideas sobre algunas de estas cuestiones, pero no creo que haya ninguna explicación buena, en pensamiento político, con respecto a la pertenencia. Por tanto, partí de un punto de vista en el que se toma la situación como dada y hablé de un estado y de las personas que se encuentran bajo su jurisdicción. No hablé de ciudadanos, sino de personas bajo la jurisdicción de un estado, porque no todas las personas que viven en él son ciudadanos.

De acuerdo, pero yo le planteaba la pregunta de hasta qué punto una sociedad decente dentro de sus fronteras puede ser calificada de decente si no se comporta decentemente con otras sociedades.

Sí. Pondré algunos ejemplos. Pensemos en el caso de la Holanda colonial y en las atrocidades indecentes que cometió en Indonesia; o en el caso de Bélgica y lo que hicieron los belgas en el Congo; o en el caso de Israel y los territorios ocupados. Así pues, encontramos casos de sociedades que son relativamente decentes con sus miembros, pero se comportan de manera indecente con los demás. Pero, ¿eso hace que la sociedad en cuestión sea indecente? Yo diría que no. Es una

situación que se produce entre sociedades diferentes. El concepto de sociedad decente se aplica a una sociedad y a las personas que están bajo su jurisdicción. También existe la posibilidad de que una sociedad preste su apoyo mediante pactos a regímenes que son indecentes. En este caso, no lo sé. No tengo una idea formada al respecto. Pero creo que diría que se comporta mal, en términos de relaciones internacionales.

Con el concepto de decencia, usted ha llamado la atención sobre la necesidad de elaborar conceptos normativos útiles para condiciones no ideales. Ahora bien, algunos dicen que en el planteamiento no ideal, el problema político más importante hoy día, en muchas partes del mundo, ya no es la decencia, sino simplemente el problema del caos, la falta de orden político y social. Éste sería el caso de países desmembrados, pero también el de los refugiados.

Es un problema de pertenencia. Las personas tienen que poder pertenecer a algún sitio para poder hacerse responsables de su propia vida. Hay sitios, pues, en los que apenas si podemos hablar de decencia. En mi libro hablo de sociedades en las que la decencia se encuentra en el horizonte, en las que



© Nicolas Tikhomiroff / Magnum Photos

puede ser una noción viable. Pero es cierto que hay circunstancias muy extremas en las que nuestro discurso apenas tiene sentido. Cuando no hay comida o agua, cuando faltan las medicinas básicas, nuestro discurrir se vuelve ridículo.

Pero, ¿de quién es entonces este tipo de problema? ¿Quién se tiene que hacer cargo?

España, por ejemplo, tiene que hacerse cargo de él.

Los cosmopolitistas, por ejemplo, entienden que es un problema de todos, porque todos contribuimos al mantenimiento del orden mundial.

Es necesario que haya solidaridad humana para ayudar a esa gente y a esos pueblos. Es curioso que a Bush lo odien en todas partes menos en África. Ha hecho mucho más por África que otros gobiernos de izquierdas. La cuestión es hacer algo. La pregunta es: ¿hay algún movimiento serio de ayuda a África en España, no sólo humanitario? ¿Se demuestra realmente que es un problema de España? ¿Se envía allí suficiente dinero? No una cantidad insignificante del PIB, sino un dos o un tres por ciento. No veo ningún

movimiento en ese sentido. Ahora bien, si España no hace suficiente para ayudar a los pueblos africanos, eso no la convierte en una sociedad indecente. Lo que demuestra es que es poco generosa humanamente.

Ya que hablamos de España, ¿qué le parece si para acabar hablamos de un problema que afecta al país profundamente, sobre todo ahora con la crisis económica: el problema del paro? Usted trató el tema en su libro. En su opinión, una sociedad con un paro estructural no necesariamente es indecente. Ahora bien, ¿no es cierto que en nuestras sociedades lo primero que nos identifica es nuestro trabajo? El drama de no tener trabajo, es, de alguna manera, que no eres nadie, ¿no?

Bien, si tú preguntas a alguien en Los Ángeles o en San Francisco “¿quién eres?”, es fácil que te contesten: “Quiero ser actriz, pero ahora trabajo de camarera”. Hay profesiones en las que es cierto que la actividad profesional marca profundamente la identidad. Pero no siempre es así. Muchas veces la profesión es sólo un medio para ganar dinero. La gente se identifica en primer lugar con el hobby o el ideal personal que tiene. La sociedad tiene que ofrecer la oportunidad de encontrar un trabajo, una opción que te resulte significativa. No tiene que coincidir necesariamente con tus preferencias. Quizá querrías ser director de películas, pero trabajar como periodista es un trabajo significativo para ti. La sociedad no tiene que proporcionar todas las opciones, sino alguna opción que te resulte significativa. Estoy de acuerdo con usted en que mucha gente da importancia al trabajo. Freud se preguntó una vez qué quiere decir ser normal, y su respuesta fue: ser normal es poder trabajar y poder amar. Creo que con “trabajar” se refería a trabajar creativamente. Desde mi punto de vista, ser normal es ser capaz de trabajar, poder trabajar en algo significativo, y poder amar. Es un ideal de mucha gente, casi una idea normativa. **M**

Notas

- 1 Véase Yael Tamir (1993), *Liberal Nationalism*, Princeton: Princeton UP.
- 2 Avishai Margalit (2001), *Ethik der Erinnerung*, Frankfurt: Fischer Taschenbuch Verlag. Traducción castellana en la editorial Herder (2002), *Ética del recuerdo*. La distinción entre memoria común y memoria compartida puede encontrarse en la página 43 de esta edición castellana.
- 3 Véase Václav Havel, Jordi Pujol y R. von Weizsäcker (1995), *L'ètica i la política*, Barcelona: Proa.
- 4 Jaroslav Hasv Ek (1995), *Les aventures del bon soldat Svejk*, Barcelona: Proa.
- 5 Véase Avishai Margalit (1996), *The Decent Society*, Cambridge Ma.: Harvard University Press. Traducción en castellano en la editorial Paidós, de 1997, con el título *La sociedad decente*.
- 6 John Rawls fue profesor de filosofía política en la Universidad de Harvard. En el año 1971 publicó *A Theory of Justice*, un clásico del pensamiento contemporáneo que todavía hoy marca las discusiones en filosofía política y social.
- 7 Véase John Rawls (1999), *The Law of Peoples*, Cambridge Ma.: Harvard University Press. Traducción al castellano en la editorial Paidós.



De dónde venimos

Despilfarro y polémica
entre fogones

A dónde vamos

Revaloración de la
cocina de siempre

Se observan indicios de que la crisis que nos afecta impondrá la frugalidad epicúrea, tras una etapa de optimismo culinario desbordante que probablemente no ha sido más que otra burbuja oportunista.

Epicuro y la burbuja gastronómica

Texto **Javier Pérez Escohotado** Profesor y escritor
Fotos **Enrique Marco**

La campaña “Probablemente Dios no existe, disfruta de la vida” fue contestada por la pastoral declaración categórica de que “Dios sí existe, disfruta de la vida...”. A estos enunciados, se les podría añadir un tercero: “Probablemente la vida existe, disfruta como Dios”. Pero lo que llama la atención de las dos primeras consignas es su imperativo hedonista: disfruta. Esta fervorosa batalla coincide con una situación política y económica cruda y sin aliño, una crisis generalizada que afecta y afectará no sólo a la economía, sino, a partir de ahora, al modo de entender el mundo y las relaciones sociales. Coincide también con una crisis gastronómica larvada: cocina de vanguardia frente a cocina tradicional. ¿Corresponden estas tendencias a dos “filosofías” distintas? ¿Son los partidarios de la cocina de vanguardia epicúreos sin fe, hedonistas obstinados, y los de la tradicio-

nal, conservadores recalcitrantes? Los primeros sostienen que probablemente no hay cocina que no sea de los sentidos y, por tanto, disfrutan del más acá y del más allá. Y los segundos creen que la cocina sí existe y, por tanto, disfrutan ya del cielo que nos tienen prometido.

En los períodos de crisis, pueden aparecer hasta tres tipos de entidades salvíficas: líderes carismáticos, religiones redentoras y nuevas filosofías. De los primeros, tenemos suficientes muestras; pero de las nuevas filosofías, menos. Epicuro es un caso ejemplar, cuya vida (342-270 a.C.) transcurre en memorables tiempos revueltos, que coinciden con la crisis de la polis griega y la emergencia del individualismo, del “sálvese quien pueda”. A la muerte de Aristóteles (322 a. C.), tres nuevas escuelas se disputan su trono, tres escuelas para una crisis: la Estoa, el Jardín y la

“El epicureísmo es una terapia, una medicina para tiempos de crisis. Y la alimentación tiene también su propio componente terapéutico: la dieta. La filosofía de Epicuro y la alimentación pueden ser empleadas como recetas”.

Nueva Academia. Y con ellas, tres propuestas para la supervivencia: la impassibilidad de los estoicos, la imperturbabilidad o ataraxia de los epicúreos y la *epokhé*, la duda ética, de los escépticos. Los estoicos defienden que la felicidad está en la virtud, en la abnegación y en el rigor contra sí mismos. Los epicúreos, en cambio, sostienen que “el placer es el principio y el fin de la vida feliz”. A Epicuro y a todos sus seguidores les habría gustado saber que “en los procesos cerebrales hay un foco central que es el principio de la búsqueda del placer. El placer es la meta final de todo comportamiento animal”¹. Desde otro punto de vista, García Gual² sostiene que, con la crisis de la *polis* griega, “la filosofía se convierte en fármaco soteriológico, cauterio medicinal, instrumento para la salvación en una circunstancia caótica y ruinosa”. El epicureísmo es, por tanto, una terapia, una medicina para un tiempo de crisis. Y la alimentación posee también su propio componente terapéutico: la dieta. Así pues, la filosofía de Epicuro y la alimentación pueden ser usadas como medicinas o remedios, como “recetas”.

El primero que denigró el epicureísmo fue Timócrates, que difundió la idea de que, en el Jardín de Epicuro –en realidad, un sencillo huerto en el que crecían nabos, berzas, puerros, cebollas, apio, albahaca...–, se entendía el placer como “un afán desmesurado por los placeres del vientre”. En su obra *Delicias*, acusa a Epicuro de “disoluto, glotón, propagador de escandalosas fiestas nocturnas, ignorante y plagiaro”. Estas acusaciones son las responsables primeras de la imagen vulgar y grosera de Epicuro. Su descrédito llega al colmo en la Edad Media, en la que, simplificando, los Padres de la Iglesia condenan a Epicuro como padre de una nueva herejía. Tras la condena, se difunde esa imagen vulgarizada, que coincide con la opinión de las clases populares, intensamente evangelizadas por la Iglesia y vigiladas por la Inquisición; en cambio, en las clases letradas, algunos piensan que Epicuro probablemente es un hereje, pero podría ser rescatado en una síntesis de estoicismo y epicureísmo.

En el prerrenacimiento, a la par que comienza el rescate de los autores grecolatinos, se realiza un cambio de perspectiva mental que revoluciona Occidente; se reivindica que el individuo, su libertad y su felicidad tienen prioridad sobre otros mandamientos ciegos, claramente medievales. Con el horno de la imprenta, un latente hedonismo se difunde por la sociedad del Quattrocento.

Lorenzo Valla escribe *De voluptate* (*Sobre el placer*) en 1431. Valla vivió en Barcelona y Nápoles bajo la protección de Alfonso V el Magnánimo, y es posible que el cocinero de este rey o, más probablemente, el de su hijo bastardo Fernando I de Nápoles, fuera Ruperto de Nola, autor de uno

de los más difundidos recetarios de cocina, el *Libre de coch*, escrito al parecer a finales del XV. Algunos años antes (1423), don Enrique de Villena, con fama de epicúreo y mujeriego, había escrito un “manual de etiqueta” titulado *Arte cisoría*, que él justificaba por “la curiosidad de los príncipes e ingenio de los epicúreos”. Sin duda, en este medio aristocrático, se conocía la *Epístola a Meneceo* de Epicuro: “Ciertamente todo placer es un bien por su conformidad con la naturaleza y, sin embargo, no todo placer es elegible. Pues ni banquetes ni orgías constantes ni disfrutar de muchachos ni de mujeres ni de peces ni de las demás cosas que ofrece una mesa lujosa engendran una vida feliz, sino un cálculo prudente que investigue las causas de toda elección y rechazo, y disipe las falsas opiniones de las que nace la más grande turbación que se adueña del alma”.

Sin embargo, la tesis oficial de la Iglesia consideraba a Epicuro un herejarca y a todos sus seguidores, unos herejes. Se había divulgado, además, entre el pueblo la idea de que un epicúreo era alguien entregado a excesos en el comer y el beber, y a otros placeres de la cintura para abajo. Cuando Erasmo escribe *El epicúreo* (1533), lo hace para defenderse precisamente de la acusación de epicúreo que le había lanzado Lutero. Pero Erasmo insiste en que para Epicuro y para él mismo, “la felicidad no es el placer o gozo físico, corporal, sino la paz del alma”, o sea, la ataraxia. Erasmo se encuentra aquí entre los fuegos cruzados de la Iglesia católica y del mismo Lutero, que en este asunto coincidían.

Antonio de Medrano, al que procesa la Inquisición por “alumbrado epicúreo”, sufrió en carne propia ese mismo fuego cruzado. Medrano es un erasmista interesado, un buen conocedor del valor terapéutico de los alimentos e, incluso, un curioso cocinero. En 1530, el fiscal de la Inquisición de Toledo, le acusa de “hereje epicúreo”. En otro proceso anterior (1527), el médico de la Inquisición le detectó *tremor cordis* o palpitaciones, diagnóstico que, a través de una dieta apropiada, le obligó a automedicarse el resto de su vida. Estando en la cárcel de Toledo, le escribe a su hermano unas notas en las que le pide vino tinto fresco, verdura y fruta, abundantes huevos, manjar blanco y, de vez en cuando, “pastelicos de vaca”. Para el dolor de cabeza, “confites de culantro”; y para sobrellevar el régimen carcelario, sahumerios varios, la Biblia, un *Marco Aurelio* y una vihuela.³ Cuando se comparan todas estas peticiones de Medrano con los repertorios médicos del momento, por ejemplo, con la *De materia médica*, de Dioscórides, se ve con meridiana claridad que todos y cada uno de esos alimentos están recomendados directa o indirectamente para esa dolencia de Medrano, el *tremor cordis*. Incluso el vino tinto fresco lo reco-



Santi Santamaría entre su equipo, fotografiados en pleno trabajo en la cocina del restaurante Racó de Can Fabes de Sant Celoni.



Albert Pons, productor de quesos de Meranges, en la Cerdanya. Debajo, desayunos “de tenedor” en la Fonda Europa de Granollers, y la patata mora, típica del área de Olot. En la página siguiente, Pere Castell, jefe del departamento científico de la Fundació Alícia.



mienda, mucho antes, Arnau de Vilanova en su tratado *De las palpitaciones del corazón*. Por tanto, más bien automedicación y dieta, que epicureísmo desmesurado.

A pesar de todo, el fiscal de la Inquisición le requisa todas estas notas gastronómicas para acusarle de que “toda su felicidad y bien está en bien comer y beber”, y así poder juzgarlo como “hereje epicúreo”. Medrano fue condenado a cárcel perpetua. Su proceso, ahora editado,⁴ es un riquísimo arsenal de información no sólo sobre el pensamiento y la espiritualidad de la época, sino sobre la vida cotidiana. Es, además, un caso demostrado de manipulación inquisitorial de la interpretación vulgar de Epicuro para retener encarcelado a este peculiar clérigo. Todavía en 1627, Gonzalo Correas trata de corregir esta vulgar interpretación, diciendo que Epicuro “puso la felicidad en el deleite, y, entendiéndolo él del ánimo, se lo interpretó el vulgo por deleite corporal”. Muchos testimonios confirman que en el Jardín se llevaba un régimen de vida frugal y sencillísimo, que no justifica la visión deformada que poseía la gente en el siglo XVII ni la evangelización torticera de la Iglesia.

Sin embargo, y volviendo al presente, algunos indicios parecen indicar que la crisis en la que estamos moderará nuestro reciente optimismo gastronómico e impondrá la frugalidad epicúrea. El polémico derroche gastronómico de los últimos años probablemente era otra burbuja oportunista: la burbuja gastronómica; mejor, una laboriosa esferificación o una robusta croqueta. En ella, junto a la creatividad desbordada de Ferran Adrià, aparecía una ristra de cocineros de merecido prestigio que, aprovechando el tirón, aplicaron a sus fogones un *aggiornamento* ecuménico. El resto, con frecuencia, malas imitaciones de Adrià o de la cocina japonesa: cocina única o *kitsch* gastronómico. El historiador Le Goff decía que el lujo y la ostentación alimentarias medievales revelaban “un concepto de clase”. Y efectivamente, a muchos nos parece que buena parte de esta fecundidad gastronómica parece estar dirigida a subrayar esa distinción de clase, típica, en ocasiones, de esnobs y de nuevos ricos, en un país que viene oscilando entre el milagro económico y el pelotazo urbanístico. Lo acaba de decir el cocinero neoyorquino Seamus Mullen *el Epicúreo*: lo más sencillo es lo mejor. 

Notas

- 1 H. J. Campbell. *Las áreas del placer*. Madrid: Guadarrama, 1976.
- 2 C. García Gual y E. Acosta, *Epicuro. Ética. La génesis de una moral utilitaria*. Barcelona: Barral eds., 1974.
- 3 Para el episodio de las notas gastronómicas, J. Pérez Escotado. *Crítica de la razón gastronómica*. Barcelona: Global Rhythm, 2007.
- 4 J. Pérez Escotado. *Antonio de Medrano, alumbrado epicúreo. Proceso inquisitorial (Toledo, 1530)*. Madrid: Verbum, 2003.



Conviene no olvidar que las cocinas mayoritarias de Barcelona son las cocinas de quienes comen cada día, en casa o fuera de ella. Con calidad, pero también a buen precio. Con innovación, pero realizadas “como siempre”.

La urbe como espacio crisol: cocinas y gastronomía

Texto **F. Xavier Medina** Antropólogo

A finales de la década de los años treinta del siglo XX, el sociólogo norteamericano de la Escuela de Chicago Louis Wirth decía que la ciudad ha sido históricamente crisol de pueblos y culturas, y un vivero propio de híbridos culturales nuevos. No sólo ha tolerado las diferencias, sino que las ha impulsado. Ciertamente, el espacio urbano es un espacio de acción continuada en el que las diferentes manifestaciones culturales se crean y se desarrollan constantemente.

Dentro de este contexto, la alimentación –y las cocinas como su expresión práctica– es un hecho social y cultural de primer orden. Entre las manifestaciones de la cultura, quizás la alimentación es una de las más activas: podemos

o no leer libros, visitar museos o asistir a acontecimientos públicos, pero lo que sí es seguro es que solemos comer un mínimo de dos o tres veces diarias.

En el caso de Barcelona, su trayectoria histórica y su estatus como ciudad de una cierta importancia en relación con diferentes ámbitos geográficos y políticos, han propiciado una dinámica de creación y de expresión culinaria que le ha sido propia, sin renunciar nunca, evidentemente, a unos rasgos definitorios claramente arraigados en su entorno. Las influencias exteriores han encontrado muy a menudo en Barcelona un espacio claramente permeable e interesado en las novedades, al mismo tiempo que la ciudad ha procurado integrarlas dentro de esquemas y de ela-

“Gracias a Barcelona y a través de ella, la cocina catalana es, quizás, la única de todas las cocinas hispánicas que ha creado una tradición propia a partir de las pastas italianas”.

boraciones propios en un conjunto coherente que, con el tiempo, ha pasado a ser tanto *local* como *tradicional*.

Arraigada en su territorio, la cocina barcelonesa –si es que podemos denominarla en singular– se convierte en históricamente mestiza y propicia y arrastra el mestizaje de su área de influencia. En este sentido, es gracias a Barcelona y a través de ella, por ejemplo, que la cocina catalana es quizás, de todas las cocinas hispánicas, la única que ha creado una tradición propia reformando la cocina italiana de las pastas –fruto de su íntima relación con este país– y haciendo de ellas un elemento propio. Hay quien afirma que esta tradición se remonta a las antiguas relaciones de la Corona catalanoaragonesa con Nápoles y Sicilia; y hay quien sitúa, posiblemente con mucha razón, su influencia en el gusto por

los restaurantes y las recetas italianizantes de finales del siglo XIX. Lo cierto, sin embargo, es que los canelones son indiscutiblemente un plato típico de las fiestas familiares, mientras que, por su parte, los macarrones son más propios de las clases populares y con ellos se han creado en la Barcelona obrera recetas muy especiales.

Otra muestra de este espíritu cosmopolita de las cocinas de Barcelona es también el hecho de que a principios del siglo pasado los platos típicos de la ciudad, además de los catalanes y de las ya mencionadas pastas italianas, tenían las influencias de la inevitable modernidad francesa, de la cocina valenciana –sobre todo de la paella y otros arroces– y de los cada vez más comunes y conocidos platos de los diferentes lugares de la Península. En el caso de la paella, Barcelona ha creado recetas muy propias de este plato y lo ha convertido (mucho más allá de aquellos que, despectivamente, creen que ha sido debido al fenómeno turístico) en uno de los emblemas de su propia gastronomía urbana.

En esta dinámica histórica de innovación y de cambio constante dentro de un marco de respeto y de valorización de la tradición, no es extraño que el debate entre unas posturas y otras se haya desarrollado a lo largo de los años y se haya reproducido hasta nuestros días. Nos encontramos hoy en día, en lo que a la alimentación se refiere, con diná-



Al pie de estas dos páginas, de izquierda a derecha, dos elaboraciones del Celler de Can Roca, de Girona, y unos canelones de queso de la Fundació Alicia. En la página siguiente, plato del restaurante asiático Indochine, de Barcelona.

micas productivas y de consumo que han ido acelerando los cambios hasta límites insospechados hace tan solo un siglo. Unos cambios que precisamente han afectado de manera muy especial a las ciudades y sus habitantes.

En las sociedades con un mayor nivel de desarrollo socioeconómico, con mercados muy llenos de alimentos, la industrialización y la mayor producción de alimentos a gran escala han provocado una mejor distribución y un acceso más fácil a gran parte de alimentos por parte del público, a unos precios mucho más asequibles. Pero todo ello, también, al precio de un desconocimiento mucho mayor de los procesos productivos relativos a la alimentación. En tono irónico, un periodista expresaba hace un tiempo que “la diferencia entre los países pobres y los ricos estaba en el hecho de que los primeros no saben cuándo comerán, y en los segundos, no saben qué comen”.

Pero, por otro lado, esta producción alimentaria, hoy en día más masificada e industrializada que nunca, se ha visto al mismo tiempo afectada por una doble vía: tanto por problemas de tipo sanitario (enfermedades, infecciones, etc.) asociados a su producción (no es necesario hablar aquí de vacas locas, pollos con dioxinas y otras pandemias sanitarias), como, en consecuencia, por una cada vez mayor desconfianza de la población respecto a los ali-

mentos que consume. De este modo, hoy en día es imposible no observar de manera manifiesta las dudas y la sensación de peligro conectadas a la imposibilidad de control de amplios estratos de consumidores sobre los procesos de producción industrial. Los habitantes de las ciudades sólo tienen contacto directo con los elementos terminales de la cadena alimentaria: los últimos eslabones de la distribución (que a menudo adoptan la forma de paquete herméticamente cerrado, o de bandeja envuelta en plástico en un supermercado) y los alimentos mismos, tanto si son frescos como, muy frecuentemente, ya transformados, precocinados o cocinados. Así, el consumidor se aleja cada vez más de la producción del alimento y pierde control e información.

Este desconocimiento hace desconfiar al consumidor, y una de las principales consecuencias de este hecho es un intento cada vez mayor de recuperar el control, de volver, aunque sea mentalmente, a aquellas etapas en las que estos procedimientos eran más o menos conocidos, cuando las cosas eran “puras”, “sanas”, “naturales”, “auténticas”. “Tradicionales”, en definitiva. Esta tendencia no ha pasado desapercibida a los diferentes actores institucionales implicados en estos procesos: instituciones públicas y privadas, productores, industriales, comerciantes, publicistas, restau-





radores, promotores turísticos... No es de extrañar, en este sentido, que la publicidad, por ejemplo, haya decidido explotar ampliamente estos aspectos, ofreciendo platos “tradicionales”, “como los de antes”, “como los hechos en casa”, “de la abuela”, etc.

Desde esta perspectiva, nos viene rápidamente a la cabeza el debate (que, de hecho, no es tal, y respecto al cual se ha exagerado mucho) entre tradición y modernidad gastronómica que se ha estado dando en nuestro país en los últimos tiempos. Ciertamente, digo que no es tal debate porque, a pesar de la crisis (y todas las crisis pasan tarde o temprano), el mercado –tanto intelectual como económico– es lo suficientemente grande para acoger todas las tendencias que sea necesario. Eso sí, con unas determinadas especificaciones que hay que tener en cuenta.

Por un lado, es bien cierto que si la gastronomía (la alta, la de las *estrellas*) se ha puesto “de moda” o en boca de casi todos, últimamente ha sido gracias a la acción de determinados chefs –no hay por qué decir nombres– que han saltado a la palestra en el último par de décadas. Su acción y, sobre todo, su repercusión en los medios de comunicación han arrastrado a cierto público hacia los restaurantes de elite y han prestigiado y dado a conocer el oficio de estar tras los

fogones. A pesar de ello, no podemos olvidar que estos restaurantes y esta visión de la cocina, pese a haber sido y ser hoy en día muy influyente, no es la cocina que la gente se prepara cada día, ni tan solo aquella que la gente come diariamente en los restaurantes, y que consiste en menús del día con más o menos gracia, pero sencillos, caseros y dirigidos a un público que los pide y los quiere tal como son.

En segundo lugar, también es cierto que no podemos olvidar que la Barcelona de hoy en día no es ni de lejos aquella de principios de los años noventa, de antes de las Olimpiadas. Es verdad que los Juegos Olímpicos marcaron un antes y un después en muchos sentidos, y el turismo fue uno de ellos. Barcelona pasó de menos de dos millones de turistas en 1990 a recibir más de 7,1 millones en 2006, con más de trece millones de pernoctaciones y un turismo que representaba más de un 14% del PIB de la ciudad, con lo que es el destino urbano europeo que más ha crecido turísticamente en la última década. Está claro que el hecho turístico ha hecho cambiar a Barcelona y nos ha hecho cambiar a todos nuestra manera de vivirla y de verla. Y ha hecho cambiar también lo que comemos, así como lo que ofrecemos públicamente en nuestros establecimientos, y que en gran medida forma parte también de aquello con lo que nos representamos, de aquello que queremos que se vea de nosotros, y de aquello que pensamos que los demás quieren que les ofrezcamos.

En tercer lugar, Barcelona ha crecido y ha multiplicado su diversidad *ad infinitum*. Nuevos ciudadanos con nuevos platos, nuevos productos y nuevas formas de comer han dejado su impronta en nuestros hábitos, y han convertido lo que antes era exótico en cotidiano, lo que era extraño en *normal* (signifique lo que signifique esta palabra).

Pero tampoco podemos olvidar el llamamiento que, ante la globalización alimentaria, hacen diversas voces locales en reivindicación del producto de proximidad, estacional, que viene de cerca y se come cuando toca, y no fuera de temporada. Ni la alternativa tan específica por la que ha optado Barcelona de cara a potenciar y mejorar sus mercados municipales; el pequeño comerciante, pero también –cosa muy necesaria– el pequeño productor, y la calidez y la información que da el contacto con un vendedor “de confianza”, que a menudo acaba convirtiéndose en “de toda la vida”.

Con todo esto, pase lo que pase, tenemos que vivir y vivimos en ella. Pero no podemos olvidar que las cocinas mayoritarias de Barcelona son las cocinas de aquellos que comen cada día, en casa o fuera. Con calidad, pero también con buen precio. Con innovación, pero cocinadas *como siempre* (no es extraño que la mayor parte de los restaurantes de la ciudad sean de cocina *casera* y cocina *de mercado* y que se dediquen precisamente a eso). Con profesionales de la alta cocina que hacen espumas y *esferifican*, pero sobre todo con buenos cocineros de cada día que saben trabajar en una cocina y vivir de ella. Evolucionando día a día, porque así es la cultura –y aún más en las ciudades–, pero sin dejar nunca de saber (o de *querer saber*) qué comemos, ni quién somos. **M**

Historias de vida



Tiempo de cambio. Tiempo de incertidumbre

Texto **Gabriel Pernau**
Fotos **Dani Codina**

La cosa se puede llamar de dos maneras. Los empresarios dicen flexibilidad laboral. Para los trabajadores y para los sindicatos se trata, lisa y llanamente, de precariedad. Pero se llame como se llame, lo cierto es que la cosa existe, que crece y se hace visible bajo diferentes formas: los contratos por horas, el cambio de trabajo cada cierto tiempo, el teletrabajo, en definitiva, las nuevas formas del mercado laboral. Se han acabado los contratos para toda la vida. El trabajo flexible-precario obliga al empleado a tener mucha cintura para adaptarse con rapidez a las nuevas situaciones que se le exigen. Y estos imperativos a veces condicionan de manera decisiva su vida. Lo que hacemos o lo que dejamos de hacer en las ocho horas que pasamos en el despacho o el taller afecta al ámbito privado: desde los horarios hasta nuestras formas de ocio, pasando por la manera en que nos relacionamos, la vida en pareja, el contacto que tenemos con los amigos e incluso la decisión de tener hijos o la de dejarlo para más adelante.

A pesar de haber sido la segunda de su promoción en Historia del Arte, la experiencia laboral de Marian Cahu  en su especialidad ha sido limitadísima y marginal. En la página siguiente, Pepe Far, diseñador gráfico, que consiguió trabajar en lo que le gustaba tras haber pasado por las redacciones de cuatro diarios. En la página anterior, de arriba abajo, Isabel Villena, Mariam Cahu , Pepe Far, Jaume Verg s y Pierandrea Esposito.

Vivimos en un tiempo de incertidumbre y desde el verano pasado muchos han comenzado a temer por su situación laboral: “ perder  el trabajo?”, se preguntan. “ Empeorar n las condiciones de trabajo?  Nunca podrá tener un empleo mejor?  Y si me bajan el sueldo?”

Isabel Villena (55 años) lleva más de tres décadas como asesora laboral, en la actualidad para el Servicio de Ocupación de Cataluña. Durante ese periodo las ha visto de todos los colores. “La gente dice  la crisis, la crisis!, y yo les digo que tranquilos. Esta es la tercera crisis que vivo. En la de 1993 llegamos al 23 % de paro, ahora estamos muy lejos de esa cifra”. Villena advierte que debemos ser conscientes de que se han acabado

los tiempos en que los jóvenes decidían a los dieciocho años qué harían cuando fueran mayores, pasaban unos años formándose “y con eso tiraban hasta la jubilación”. Ahora, señala, tenemos que estar preparados para el cambio, para cambiar entre cinco y veinte veces de trabajo, y entre dos y seis de profesión. Triunfar n los que dominen lo que ella llama el arte del cambio, pronostica.

Pero el problema de nuestra sociedad es que ya sea en el trabajo como en las relaciones de pareja, no aceptamos la necesidad del cambio hasta que el proyecto anterior se ha derrumbado. Por eso recomienda: “Dediquemos una parte del tiempo libre a hacer planes, a observar con actitud de aprendizaje lo que pasa en nuestro entorno y a ver a corto, medio y largo plazo si hay nubes en el horizonte. Además, deben tomarse decisiones de carrera profesional, conocerlo todo y que todos nos conozcan. Y ya podemos asumir que habrá que hacer formación continuada hasta los 65 años, porque nos lo exigirán”.

Isabel Villena asegura que las sociedades tradicionales como la nuestra son muy seguras pero muy injustas: antes teníamos la vida pautada desde que nac amos hasta que mor amos, y la gente no se formaba, del mismo modo que tampoco decidía cuál sería su profesión. “En cambio ahora estamos entre dos puertas, entre la tradición y la modernidad. Lo que sucede es que de la modernidad sólo hemos tomado el *fashioneo*, y quien no quiere ser diseñador gráfico pretende hacer *pin culas*, y nadie quiere ser ingeniero. Nos hemos quedado con la parte superficial de la modernidad. Tenemos muchos miedos y somos refractarios al cambio, porque lo consideramos un fracaso. Es un reto cultural que tenemos de cara al futuro y al cual todos nos tendremos



“ En los mayores las situaciones laborales difíciles se traducen en estrés, angustia y depresiones. En los universitarios, en una gran decepción. En España aun existe el apoyo de la familia, que ejerce de salvavidas. En el centro y el norte de Europa, ni eso.”

que adaptar. Tendremos que reajustar nuestras ideas sobre la felicidad y el éxito”.

Joan Miquel Verd, profesor de Sociología de la Universitat Autònoma de Barcelona, señala que la incertidumbre sobre el futuro y las dificultades para planificar lo que harán pasado mañana, lleva a muchos jóvenes a alargar la juventud de manera indefinida, a vivir el presente y a quedarse en casa de los padres hasta que cumplen los cuarenta. En los mayores las situaciones laborales difíciles se traducen en estrés, angustia y depresiones. En los universitarios, en una gran decepción, Han pasado años formándose para una profesión a la que no podrán acceder. En España todavía existe el apoyo de la familia, que actúa de salvavidas. En los países del centro y del norte de Europa ni tan solo esto: los que tienen poca titulación tendrán que conformarse con pasar el resto de sus vidas con rentas de subsistencia, viviendo de subsidios o de trabajos mal pagados.

Marian Cahué (36 años) acabó los estudios de Historia del Arte con excelentes y matrículas de honor, fue la segunda de su promoción y con ese expediente académico creyó que le resultaría fácil encontrar trabajo. Un año después de acabar

los estudios, Marian comenzó a angustiarse. Se sentía frustrada, invadida por un sentimiento de inutilidad. ¿Nunca podría trabajar en aquello que había estudiado? Con la intención de salir del apuro, se marchó tres meses a Alemania con una beca, y al regresar comenzó a trabajar como contable en una tienda. Y por la tarde hacía de guía turística. El trabajo estaba tan mal pagado que no le daba reparo aceptar las propinas que algunos turistas le ofrecían.

Desde hace siete años Marian Cahué da clases: primero lo hizo en un instituto, los cuatro últimos años en una escuela de adultos. En ese período ha impartido lecciones de economía, historia, geografía, catalán, castellano, inglés y francés, y un día, sí, un día pudo dar dos horas de historia del arte. Nada más. Toda su experiencia en aquel mundo que soñaba conocer desde dentro se limita a aquellas dos horas de clase, la beca en Alemania y el haber ejercido de guía turística.

Las cosas hubieran sido diferentes si hubiese ganado plaza en alguna de las cinco oposiciones de gestión cultural a las que se presentó. En todos los casos llegó a las fases finales de selección (quedó segunda, tercera, cuarta...), pero la plaza siempre fue para alguien que acreditó la experiencia





Jaume Vergès, que trabaja como experto en recursos humanos y organización de empresas en un despacho de São Paulo. En la página siguiente, el italiano Pierandrea Esposito, instalado en Barcelona con su esposa siria, Hana Danan, después de haber residido en los Estados Unidos, Trieste y Turin.

que a ella le faltaba. Marian casi ha renunciado a seguir presentándose a más oposiciones, pero todavía mantiene un hábito de esperanza: que alguna vez la reclamen para uno de los puestos en los cuales figura como reserva.

Pepe Far (44 años) sí que consiguió trabajar en lo que deseaba. Diseñador gráfico, pasó por las redacciones de cuatro periódicos, hasta que un día se cansó “de los horarios dementales y de tener jefes. No quería un cargo tampoco, por las servidumbres que ello supone, incluso ideológicas”. Y se estableció por su cuenta.

“Podría haber montado un estudio de diseño pero no me interesó –explica Far–. He procurado que mi trabajo tuviera un valor añadido como para no verme obligado a aceptar todos los encargos que me llegaban, porque siempre he tenido otros intereses al margen del trabajo. He renunciado a cosas como tener un piso en propiedad, y a cambio me he podido permitir el lujo de elegir qué hacía y qué dejaba de hacer”. Las renunciaciones le han permitido trabajar entre cinco y seis horas diarias de lunes a jueves, y ahora que él y su compañera, Lluïsa, diseñadora de joyas y también autónoma, han tenido una niña, han reducido aún más el ritmo laboral para poder cuidarla.

¿Volver a una empresa? “Tendrían que pagarme muy bien. Eso supondría regresar al estrés y a la producción, porque la filosofía de las empresas no es la que quieren hacernos creer. Lo que pretenden es producir, producir, producir, a un ritmo brutal. Sólo me compensaría si me pagasen mucho. En ese caso estaría tres años allí y después me iría”.

María Pi (42 años) es el nombre supuesto de una mujer que se encuentra en trámite de divorcio y que prefiere ocultar su identidad. Desde que se separó su vida es un no parar. Tiene dos hijos de cinco y tres años, se declara madre vocacional y tiene un trabajo que le encanta y que la obliga a invertir en él los cinco sentidos. Trabaja como visitadora médica de especialistas, pasa las mañanas en los hospitales –cada día en uno diferente– y tiene frecuentes comidas de trabajo y alrededor de diez congresos por año.

¿Cómo se adapta? “Mi vida es una maratón desde que me levanto hasta que me acuesto. Cada día he de tener la logística perfectamente preparada, y por suerte mis hermanas me ayudan. Por la tarde comienza la segunda jornada laboral, y por la noche, después de bañarlos y acostarlos, ceno yo y me ocupo de las faenas domésticas, porque el sueldo no da para más. Hacia la una me acuesto”.

María Pi se encuentra atrapada entre su deseo de ser competitiva en un mundo laboral que raramente tiene en cuenta la situación de las madres, y la voluntad de cuidar a sus hijos. “Las empresas necesitan trabajadores rentables y yo intento serlo. Si no lo fuera contratarían a un hombre. No espero que la empresa me haga ningún favor particular por el hecho de ser madre. Intento contentar a todos, como en un juego de balanzas. Aprovecho todas las horas, ¡y ojalá tuviese más! El trabajo me exige mucho tiempo, y, por otro lado, los niños necesitan todo el tiempo del mundo. A veces te sientes culpable: piensas que no eres ni buena madre ni buena profesional”.

En situaciones como la descrita, la palabra ocio suena a ironía para una persona que hace cinco años que no va al cine. “Lo que ahora quiero es dedicar tiempo a mis hijos –asegura María Pi–. Después ya reharé mi vida. No pasa nada”.

Jaume Vergès (32 años) estudió ciencias políticas y apenas acabó la carrera comenzó a prepararse para el doctorado. Pero pronto lo dejó. El ambiente que se respiraba en la universidad le decepcionó. Tuvo la impresión de que para llegar a ser alguien había que formar parte de algún grupito y en la actualidad trabaja en una consultoría norteamericana con doscientas oficinas repartidas por todo el mundo. Tras cuatro años en la empresa, se le ha presentado la oportunidad de ampliar sus horizontes profesionales. Desde finales del 2008 trabaja como experto en recursos humanos y organización de empresas en un despacho de São Paulo.

Con frecuencia las empresas fuerzan a sus empleados a trasladarse a otro país y las opciones de negarse son pocas. En el caso de Vergès la elección ha sido voluntaria. Semanas



antes de marchar hacia Brasil explicaba que el traslado no era un sacrificio, sino una oportunidad. “Buscaba una ocasión para probarme fuera de mi área de comodidad habitual, que me aportase experiencia, currículum y mejor sueldo. Así viví una experiencia internacional. Me permitirá madurar, y sobre todo es un reto personal para demostrarme que también me sé mover en un entorno diferente al acostumbrado. Tengo ganas de ver qué hay detrás de la puerta”.

El viaje de Pierandrea Esposito (47 años) ha sido más largo. De Italia se dirigió a los Estados Unidos, donde conoció a su mujer, y después de vivir algunos años en Trieste y en Turín, la pareja decidió finalmente establecerse en Barcelona. Esposito y Hana Danan (49 años), siria de Damasco, son químicos farmacéuticos. Él trabaja en investigación y desarrollo en biotecnología farmacéutica; ella tiene una consultoría farmacéutica. Un día vieron en una revista que una empresa de Barcelona buscaba un experto con sus aptitudes, y no se lo pensaron dos veces.

“Buscamos un cambio de vida, de ciudad, tener un nuevo proyecto. Estábamos acostumbrados a los cambios y Barcelona nos gustaba”, responden a una sola voz. Al fin y al cabo los dos proceden de países bañados por el Mediterráneo. En su caso, el Mare Nostrum ha unido a un italiano del norte con una musulmana de Damasco, y la pareja ha decidido hacer de Barcelona su casa. ¿Definitiva? No se puede asegurar, aunque a la vista de la contundencia con que exclaman “¡Ya hemos hecho bastantes cambios!”, podría ser.

Igual que Maria Pi, Josep Ribes (59 años) también quiere evitar que alguien pueda reconocerlo. Durante dos décadas trabajó en unas pistas de esquí. Pasaba ocho meses en la montaña, y el resto del año tenía otras ocupaciones. Su modo de vida se interrumpió de forma súbita a mediados del 2007, cuando una lesión le obligó a abandonar las pistas. “La empresa me hizo *mobbing*. Me dijeron abiertamente que a mi edad no podía continuar y me arrinconaron, creyendo que me marcharía. Pero aguanté hasta que se hartaron: pactamos una indemnización y me echaron”, explica.

Josep Ribes se sintió maltratado por una empresa que lo dejó de lado cuando se pusieron mal las cosas. A los 57 años tenía que comenzar de nuevo. En el momento de afrontar aquella nueva etapa, la experiencia en el esquí ya no le servía. Podía hacer valer el tiempo que había trabajado como comercial, ¿pero quién contrataría a un hombre de su edad?

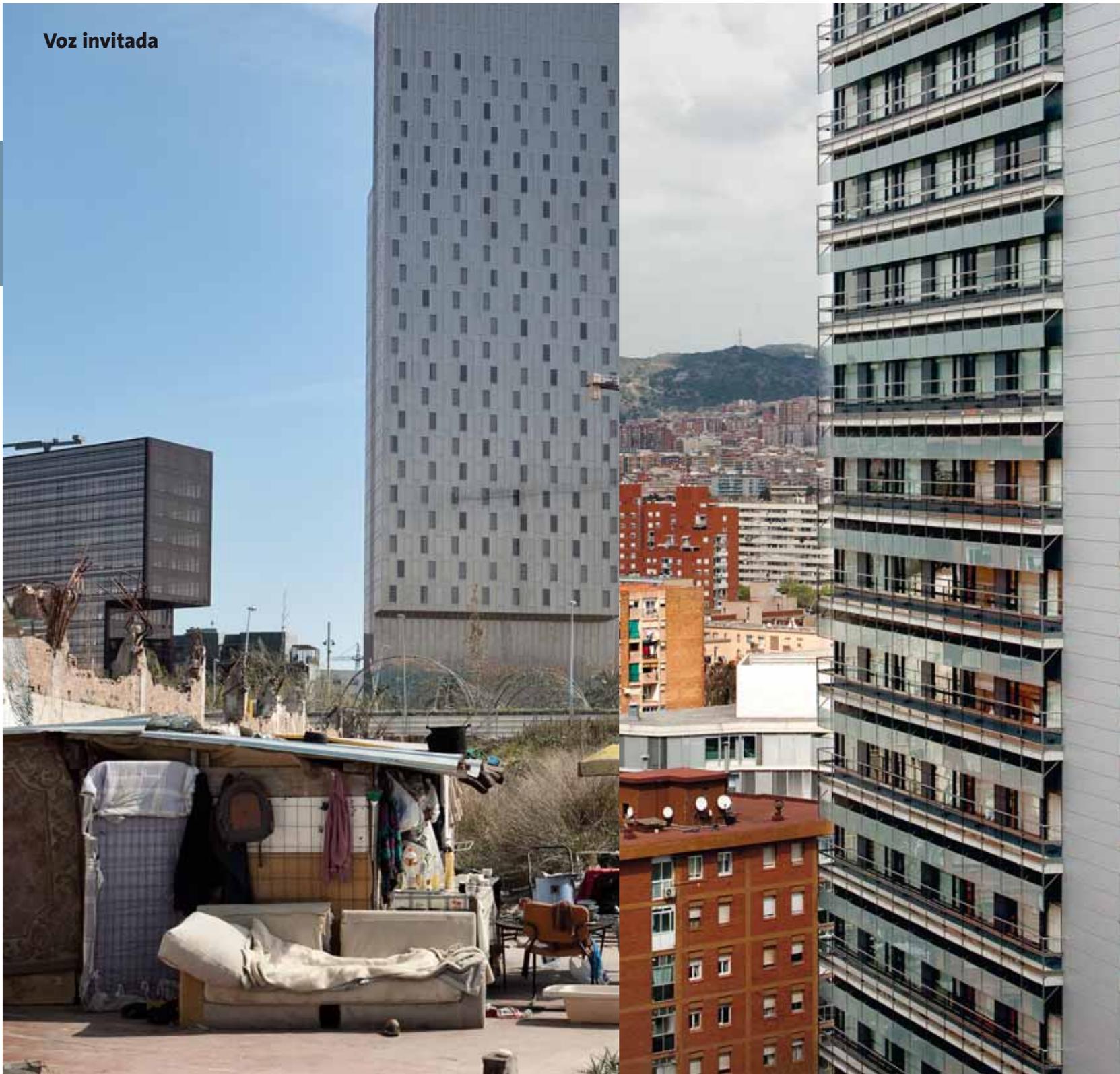
“Regresé a Barcelona y ya puedes imaginártelo: enviar currículum tras currículum, y siempre las mismas respuestas: ‘no das el perfil’, ‘eres demasiado mayor’... No hubo manera. Por primera vez sentí la angustia del *freelance*. Con lo cual te tienes que montar la vida por tu cuenta. Y ahora mismo estoy tapando agujeros: hago auditorías y colaboro con una empresa a tanto la pieza, todo en negro y sin haberme dado de alta como autónomo”.

¿La jubilación? “Estoy convencido de que mi paga será cero, ja, ja, ja –estalla en una muy sonora carcajada-. Cobraré 500 o 600 euros. No he tenido hijos, al menos me queda esta tranquilidad. Y no me arrepiento del camino que he elegido. Hay gente de mi edad que se ha roto los cuernos para hacerse con una carrera y están igual que yo. Esta es una de las cosas tristes de nuestra sociedad. En los pueblos ancestrales se valoraba a la gente mayor, por sus conocimientos y su sabiduría. Aquí la estamos enterrando. Resulta que vivimos mucho más, pero no sé para qué, porque después no les damos los medios para que puedan disfrutar”.

A pesar de las dificultades, lejos de la montaña, el veterano monitor de esquí no arroja la toalla. Es consciente de que tendrá que trabajar mientras el cuerpo aguante, y haciendo gala de un espíritu juvenil que por la edad no le correspondería, explica sus planes e ilusiones más inmediatas: “Ahora me muevo en temas comerciales, y pienso que tal vez la empresa con la que colaboro me pondrá fijo. También me muevo mucho en temas de internet, recalificándome en negocios que se pueden hacer en el plano comercial, como las empresas multinivel, el *network marketing*...”

Tiempo de cambio. Tiempo de incertidumbre. 

Voz invitada



Fragmentos de tres fotografías

La ciudad entre la desposesión y la reconquista

Texto **Jordi Borja** Director del programa Gestión de la Ciudad.
Universitat Oberta de Catalunya

Fotos **Guido Manuilo**



Barcelona es reconocida mundialmente como una ciudad muy atractiva, y ofrece una calidad de vida a sus habitantes, que la colocan en los primeros puestos del ranking europeo. Sin embargo, el placer de vivir aquí es agri dulce: se es más sensible a los problemas cotidianos que a los nuevos proyectos urbanos, los cuales, con frecuencia, ni por su concepción ni su arquitectura, generan entusiasmo o asentimiento como los de antes. El éxito en lo global no se reproduce en el ámbito local.

A una pregunta televisiva, imprevista y en directo, sobre cómo definiría el “socialismo” después de 1989 (cae el muro de Berlín y se desmorona el bloque soviético), Mitterrand respondió escuetamente: “Es la justicia, es la ciudad”. La ciudad, pues, es una metáfora de la izquierda, en su doble dimensión individual y social, lírica y épica. La ciudad es cálida y es el contrapeso a la democracia, que es frígida (1, Dahrendorf, 1992). La ciudad, como el socialismo, tiene por vocación maximizar la libertad individual en un marco de vida colectiva que minimice las desigualdades. La ciudad humaniza el ideal socialista abstracto, introduce el placer de los sentidos en la racionalidad sistemática, los deseos íntimos de cada uno modulan los proyectos colectivos. En la ciudad el héroe es el personaje de Chandler que responde a la señora que le dice que es un duro pero con un fondo de ternura: “Si no fuera duro, señora, no estaría vivo, y si no pudiera ser tierno, no merecería estarlo”.

La ciudad como metáfora de la cultura democrática igualitaria nos interesa especialmente, pues permite enfatizar algo que es común o necesario a ambas: la dimensión sentimental y sensual, cordial y amorosa, individualizadora y cooperativa, plural y homogeneizadora, protectora y securizante, incierta y sorprendente, transgresora y misteriosa. Y también porque vivimos una época en la que no es casual que ciudad física, densa, diversa y democratización ciudadana sean una promesa incumplida; ambas parece que se nos pierden cuando más ilusiones ofrece el discurso, como si se disolvieran en el espacio público, en sentido material y cultural. Si la ciudad es el ámbito generador de la innovación y del cambio, es, en consecuencia, el humus en el que la democratización

vive y se desarrolla, en tanto que fuerza con vocación de crear futuros posibles y de promover acciones presentes. La ciudad es a la vez pasado, presente y futuro del progreso. Y el hecho de no tener un proyecto y de que exista una acción constante de construcción de la ciudad, que se nos hace y se nos deshace cada día, es un lento suicidio de la democracia y del progresismo.

Asistimos hoy a un lento proceso de disolución de la ciudad. La revolución urbana que vivimos es una de las principales expresiones de nuestra época. No nos extenderemos sobre una temática ampliamente tratada, incluso por el autor de esta nota (2, Borja, 2004). Las nuevas regiones metropolitanas cuestionan nuestra idea de ciudad: son vastos territorios de urbanización discontinua, fragmentada en unos casos, difusa en otros, sin límites precisos, con escasos referentes físicos y simbólicos que marquen el territorio, de espacios públicos pobres y sometidos a potentes dinámicas privatizadoras, caracterizada por la segregación social y la especialización funcional a gran escala y por centralidades “gentrificadas” (clasistas) o “museificadas”, convertidas en parques temáticos o estratificadas por las ofertas de consumo. Esta ciudad, o “no ciudad” como diría Marc Augé (3, 1994), es a la vez expresión y reproducción de una sociedad heterogénea y compartimentada (o “guetizada”), es decir, mal cohesionada. Las promesas que conlleva la revolución urbana, especialmente la maximización de la autonomía individual, están solamente al alcance de una minoría. La multiplicación de las ofertas de trabajo, residencia, cultura, formación, ocio, etc., requieren un relativo alto nivel de ingresos y de información, así como disponer de un derecho efectivo a la movilidad y a



la inserción en redes telemáticas. Las relaciones sociales para una minoría se extienden y son menos dependientes del trabajo y de la residencia, pero para una mayoría se han empobrecido, debido a la precarización del trabajo, el tiempo gastado en la movilidad cotidiana, la segregación social a una escala territorial mayor y discontinua y el empobrecimiento del espacio público relacional (4, Amendola, 2000; Ascher, 1995 y 2003; Borja, 2007; Harvey, 2008).

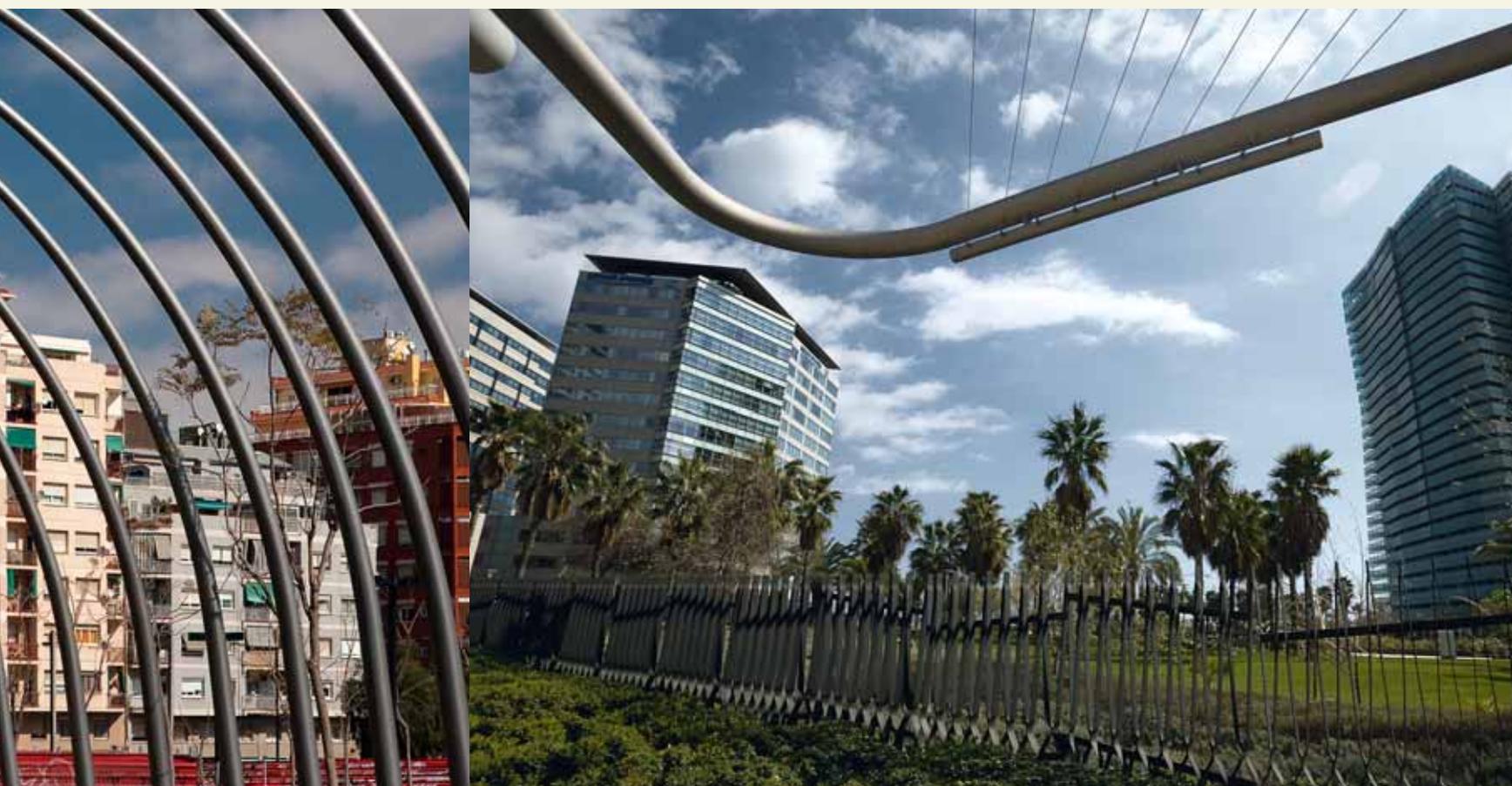
Barcelona, en este ambiente que profetizaba la “muerte de la ciudad” (5, Choay, 1994), emergió en los años ochenta y noventa del siglo recién acabado como la promesa renovada de la ciudad moderna y democrática. ¿Es hoy aún un referente urbano global o ha sido una estrella fugaz en este firmamento y actualmente es una realidad local de nuevo banalizada?

La crítica urbana y la ley del péndulo

La literatura sobre la transformación de la ciudad es muy numerosa, conocida y en gran parte elogiosa, y en este amasijo los textos oficiales del Ayuntamiento se confunden con los libros y artículos de revistas de expertos europeos y americanos. Durante dos décadas, desde mediados de los ochenta hasta el Fórum Universal de las Culturas de 2004, el discurso urbano sobre Barcelona es positivo, autosatisfecho en la producción local y algo cortés cuando se trata de autores extranjeros que fueron bien recibidos y atendidos. Pero es indiscutible que este discurso no se hacía sobre el vacío: la transformación de la ciudad, la calidad de los espacios públicos, el renacimiento económico y cultural y el consenso ciudadano eran visibles. No todo era perfecto, pero las luces eran tan fuertes y novedosas que no se percibían las sombras.

Como hay una especie de ley del péndulo de la crítica, con el cambio de siglo se multiplicaron las visiones críticas, la mayoría más o menos matizadas, la minoría radicalmente críticas. Un análisis sintético y muy equilibrado lo ofreció el geógrafo Horacio Capel (*El modelo Barcelona, un examen crítico*, 2005). En el ámbito internacional, entre otros, el profesor británico Tim Marshall (*Transforming Barcelona*, 2004, que recoge un conjunto de textos relativamente críticos en su mayoría). También la revista *Domus* (2005) y, más tarde, la revista *Área* (2007) en sendos y extensos dossiers sobre Barcelona rompieron el fuego de la crítica internacional, en italiano y en inglés, pero con bastante moderación y pluralismo. Otras publicaciones, conocedoras de la ciudad, han mantenido un juicio positivo pero con reservas, como las francesas *Traits Urbains* (2007) y *Projet Urbain* (1998). Es curioso, en cambio, el entusiasmo del americano P.G. Rowe (*Building Barcelona*, 2006), aunque en este caso el visitante, como antes Ken Hughes, fue seducido, y en su caso editado, por los profesionales y las instituciones locales. En Barcelona el Fórum radicalizó las críticas de matriz antisistémica (Delgado, *Elogi del vianant*, 2004, y *La ciudad mentirosa*, 2007; Unió Temporal d'Escribes, *Barcelona marca registrada*, 2004; Varios autores, *La otra cara del Fórum de las culturas*, 2004), a las que recientemente se añadió una crítica hiperculturalista (Resina, 2008). Quizás es más significativo que en estos años se hayan convertido en críticos aquellos que habían defendido el urbanismo de los ochenta y noventa (como J.M. Montaner en sus numerosos artículos en la prensa y en revistas, y Borja y Muxí en el libro *Urbanismo del siglo XXI, las grandes ciudades españolas*, Borja y Muxí eds., 2004, o, también, en el informe sobre *El model Barcelona. Debat sobre l'o-*

Al pie de estas páginas, de izquierda a derecha, campo deportivo en la zona de las Glòries, la nueva plaza de Europa de la Gran Vía y el parque de Diagonal Mar, obra de Enric Miralles y Benedetta Tagliabue. En las páginas anteriores, también de izquierda a derecha, barracas en Diagonal Mar con el Hotel Torre Nova de Dominique Perrault al fondo, nuevo edificio de viviendas en la confluencia de Taulat y Diagonal, y gran edificio de viviendas de los años 60 en Travessera de les Corts / Numància.





càs d'un urbanisme de consens, publicado en esta revista, 2007) (6). Hay que destacar la línea crítica que conjuga la reflexión general con el análisis de casos concretos de la revista *La Veu del Carrer* y de los *Quaderns del Carrer* (Federació d'Associació de Veïns de Barcelona, ver referencia más adelante).

No compartimos del todo la idea de que hay un urbanismo globalmente bueno que va desde la transición hasta después de los Juegos Olímpicos y otro globalmente negativo que se podría iniciar con los *new projects* (1994) y las polémicas operaciones Diagonal Mar y Fórum 2004. Tampoco nos parece un discurso satisfactorio el énfasis, sobre todo en los medios del gobierno municipal, en la "continuidad" de todo el urbanismo de la democracia, pues se sobrentiende que se trata de un proceso acumulativo en el que las discontinuidades y las contradicciones no existen. Si bien hay argumentos para defender ambas posiciones, nos parece que no nos proporcionan una explicación suficiente. Hay elementos de continuidad y otros de ruptura. Hay errores y, especialmente omisiones, que ya se dieron en los ochenta (en vivienda, por ejemplo) y actuaciones positivas dignas de lo mejor del período preolímpico, de la última década del siglo pasado y de la primera de este (Nou Barris, Ciutat Vella, el planteamiento de 22@). Es perceptible una relativa satisfacción ciudadana unida a un creciente malestar difuso. La realidad es gris, ni blanca ni negra, como contestó una vez Churchill a un diputado opositor que había presentado un cuadro catastrófico de las condiciones de vida de gran parte de la población británica a inicios de los años cincuenta ("Usted tiene razón en lo que dice, todo esto existe, pero no es todo, la realidad es como una chaqueta gris; usted solo ha mostrado los hilos negros, la chaqueta se ha quedado blanca"). Si solo se expone el blanco o si solo se denuncia el negro, se corre el riesgo de que el lector se quede con la parte del cuadro que no se ha presentado. Por ello este artículo pretende presentar luces y sombras de nuestra realidad urbana a lo largo de los últimos treinta años.

Apropiación y desposesión de la ciudad

Barcelona se ha transformado muy deprisa en los últimos veinticinco años. Los ciudadanos se apropian de su ciudad lentamente, progresivamente, la hacen suya conquistándola en el presente, sumergiéndose en su pasado, participando en su progreso hacia el futuro. Los cambios rápidos, promovidos por dinámicas sociales que les superan, por voluntades políticas ambiciosas que les convierten en espectadores, por circunstancias históricas aceleradas, generan tanta perplejidad como ilusión, algunas expectativas positivas, pero también incertidumbres y ansiedades, cuando no frustraciones.

La ciudad es un espacio que contiene el tiempo, y borrar las huellas del mismo es un empobrecimiento colectivo que llevado al límite significa la muerte de la ciudad. La arquitectura sin historia, no integrada a sus entornos, no vitalizada por un uso social intenso y diverso, es un cuerpo inerte, es arquitectura-cementerio (7, Ingersoll, 1996). El corazón, los sentimientos y las emociones de los ciudadanos expresan el flujo vital necesario entre contenidos y contenidos de la vida ciudadana. La ciudad existe en la medida en que sus habitantes se apropian de ella, progresa por la interacción

“El movimiento asociativo se ha mostrado capaz de construir un discurso crítico y propositivo que, para oponerse a algunos de los proyectos y actuaciones del presente, utiliza los valores que orientaron y legitimaron el urbanismo de la democracia”.

entre personas y grupos distintos que desarrollan algunas pautas y lenguajes comunes. En la ciudad la cohesión es a la vez un proceso sociocultural y otro que es el de la apropiación del sentido invisible que los ciudadanos atribuyen a los referentes físicos que marcan simbólicamente el territorio.

En Barcelona (y en muchas otras ciudades catalanas y del resto de España) se generó en los años setenta un interesante proceso de reapropiación de la ciudad por parte de sus habitantes. La dictadura, al terminar la guerra civil, se apropió del espacio público, el elemento definitorio de la ciudad, la condición de ciudadanía. Tres personas juntas en un espacio abierto podían ser disueltas o detenidas, una reunión familiar de más de veinte personas en un local cerrado debía ser autorizada por el Gobierno Civil. Progresivamente los ciudadanos fueron ocupando el espacio urbano para hacerlo público, de uso colectivo, polivalente. Fue un proceso lento, casi imperceptible en los años cuarenta e intermitente, festivo y cultural en los cincuenta. En los sesenta la socialización y el asociacionismo se hicieron más presentes y se expresaron esporádicamente reivindicativos. En los setenta el movimiento social de los barrios se apoya en estructuras organizadas (asociaciones vecinales principalmente) y en una visión crítica del urbanismo oficial, expresa protestas y demandas, propone alternativas. Barrios centrales y barrios periféricos, colectivos sociales arraigados en barrios tradicionales y poblaciones venidas del resto de España que habitan en barrios que acumulan déficits, incluso de autoconstrucción y sin urbanización básica: en todos ellos se generan procesos de reapropiación del espacio que se convierte en espacio público, en sentido físico y también en su acepción política. La apropiación fue fruto de un movimiento de oposición y reivindicación, encontró en la crítica urbana que desarrollaron los sectores profesionales progresistas un apoyo y una legitimación, los habitantes se hicieron ciudadanos, no por ser titulares *a priori* de derechos, sino por su capacidad de conquistarlos *de facto*, aunque fuera por interiorizarlos como legítimos, frente al orden político y jurídico excluyente (8, Federación de Asociaciones de Vecinos de Madrid, 2009).

A lo largo de la transición y en los primeros años de la democracia los ciudadanos consolidaron su protagonismo, o por lo menos así lo vivieron. Pudieron expresarse colectivamente en cada barrio, votaron a sus representantes, que en muchos casos les eran próximos y les escuchaban, sus reivindicaciones orientaron gran parte de las políticas públicas, participaron del éxito de la candidatura olímpica, se identificaron con las grandes obras de entonces y vivieron con orgullo la celebración de los Juegos Olímpicos. Fue el momento culminante del proceso de apropiación de la ciudad por sus habi-

tantes. Ya se sabe que, una vez en la cima, el siguiente paso es bajar, volver a la tierra baja, donde dominan los grises.

La ciudad de los años noventa había consolidado sus cambios: el marco físico en muchas zonas ofrecía un nuevo aspecto, se había hecho cotidiano, pero aún no se podía sentir como propio. También eran nuevos los comportamientos; ocupaba la escena una nueva generación que no había vivido en el franquismo, que desconocía la ciudad sórdida del pasado, el lento acceso a la ciudadanía de los mayores. Pronto afluyeron los turistas y luego los inmigrantes. Los promotores privados, tan poco presentes en los años setenta y ochenta, multiplicaban sus intervenciones y se permitían abusos que indicaban que el gobierno municipal solo controlaba a medias el nuevo urbanismo (recuérdese la lamentable recalificación del viejo campo de Sarrià). Empezaba a nacer un cierto sentimiento de desposesión.

“La ciudad cambia más deprisa que el corazón de sus habitantes”, dijo, aproximadamente, Baudelaire, uno de los más sensibles observadores de la ciudad moderna. Barcelona, su gente, empezó a sentir un cierto malestar urbano, que con el tiempo se ha acentuado; a pesar de que tanto los indicadores objetivos como las encuestas indican un grado de satisfacción global bastante estable, algunas entrevistas en profundidad revelan inquietudes, incertidumbres, miedos y desconfianza. El encanto de los años ochenta, el momento mágico del 92, el consenso activo que tuvo el urbanismo de entonces era ya pasado. No hay duda de que la ciudad es hoy reconocida mundialmente como muy atractiva y ello debe redundar en la autoestima de los ciudadanos. Y tampoco es exagerado afirmar que ofrece una calidad de vida a sus habitantes, que la colocan en los primeros puestos del ranking europeo. Sin embargo el placer de vivir aquí es agridulce, se es más sensible a los problemas cotidianos que a los nuevos proyectos urbanos, los cuales, con frecuencia, ni por su concepción ni su arquitectura generan el entusiasmo o el asentimiento de los de antes. El éxito en lo global –pues a pesar de las críticas, la ciudad conserva una buena imagen– no se reproduce en el ámbito local.

Un factor explicativo, aunque no el único, es el citado sentimiento de desposesión (9, Borja, Quórum, 2005). Los ciudadanos se sienten progresivamente desposeídos de su ciudad. Los grandes proyectos no parecen hechos para ellos, por ejemplo, el Fórum). La discutible “arquitectura de objetos singulares” no es aún un elemento identitario: véase el polémico –interesante pero ¡qué mal que cae en el suelo!– edificio Agbar de Nouvel en la desgraciada plaza de las Glòries. La ciudad “central”, histórica, monumental y cívica –véase la Rambla– es ocupada por turistas y por las “atracciones” a

En la página anterior, de arriba abajo, interior del Bar Masia, de la calle Elisabeths, en Ciutat Vella; el edificio de la Moritz en la Ronda de Sant Antoni, y una histórica farmacia en el chafalán Comte Borrell / Gran Via.



ellos destinadas: comercios-souvenir, *fast food* very typical, estatuas humanas y pseudoartesanías globalizadas. Algunas transformaciones en los barrios tradicionales son percibidas por los colectivos sociales más sensibles, con más o menos razón, como operaciones de prestigio o de negocio poco acordes con las necesidades y demandas de la población residente: en el Poblenou-Besòs, en Sant Andreu-Sagrera, en Les Corts, en algunas zonas del Eixample. La inmigración concentrada en barrios visibles, Ciutat Vella especialmente, refuerza involuntariamente este sentimiento de desposesión, a pesar de que contribuye a su manera a revitalizar áreas degradadas y crea unos interesantes ámbitos de diversidad. No hay duda de que en los barrios citados se han producido cambios positivos notables respecto al pasado y también que en algunos casos las reacciones sociales tienen un componente excluyente, como fueron las reacciones sociales respecto a los oratorios musulmanes o a los centros de atención de drogadictos. La mejor calidad de vida se ha “naturalizado” y ahora emerge también la cultura del “no en mi patio trasero”. Sin embargo, cuando los ciudadanos han podido reivindicar el proceso de cambio y participar en él, en Nou Barris, en el Poblenou histórico, se ha superado o no se ha desarrollado el sentimiento de desposesión.

De la desposesión a la reconquista

En los territorios donde se han manifestado más abiertamente las contradicciones de estos procesos de cambio se ha producido tanto un renacimiento innovador del movimiento asociativo como una efervescencia de debates más o menos críticos en el plano intelectual, profesional y político (10). La desposesión ha sido seguida por una lenta reconquista del entorno por parte de minorías activas de la ciuda-

danía. Todo ello en términos muy relativos puesto que el debate político-intelectual crítico y la movilización social no ha alcanzado ni mucho menos la importancia que tuvo en los años setenta, pero, en cambio, la tendencia es creciente. Y en los procesos colectivos la tendencia es más importante que el nivel alcanzado en un momento dado.

La conflictividad urbana es muy diversa y en algunos aspectos responde a valores e intereses antagónicos. En unos casos puede ser conservadora, incluso insolidaria, al expresar una oposición a una intervención pública de interés ciudadano o a favor de sectores de población excluida: el caso de la narcosala de Vall d’Hebron, el rechazo de oratorios musulmanes, la peatonalización de una calle o el rechazo de equipamientos o locales de ocio que causan molestias inherentes a su lógica localización (por ejemplo, La Paloma). Pero la mayoría de los conflictos son propios de la cultura ciudadana democrática aunque partan de intereses de base muy local. Es el caso de los habitantes del Carmel afectados por el hundimiento de sus viviendas, o del abandono durante años del *forat de la vergonya* en Ciutat Vella. En otros casos, la oposición a un proyecto urbanístico se justifica por considerar que causa perjuicios a los habitantes o al conjunto de la ciudad y que no responde a sus demandas sociales: hoteles de lujo en tejidos residenciales populares o medios, operaciones de alto contenido especulativo como la reconversión del Miniestadi en conjunto de viviendas (el 60% de mercado libre), o la demolición de elementos identitarios para facilitar una operación inmobiliaria (como Can Ricart en el Poblenou). También causan irritación y protestas actuaciones públicas o privadas ostentosas, propagandísticas, a veces propias de nuevo rico: la arquitectura urbana gratuita, tanto de autores locales (plaza Lesseps, edificio de



Gas Natural en la Barceloneta) como de divinos globales (Ghery en Sagrera, Nouvel en Poblenou). Hay un cierto cansancio ciudadano respecto a las campañas publicitarias municipales, que pasaron del acierto del “Barcelona més que mai”, cuando se quiso estimular la autoestima a la vez que se iniciaba un proceso de cambio visible y deseado en toda la ciudad, a los eslóganes recientes, similares pero en un momento en que las circunstancias han cambiado, con lo cual lo que antes tenía sentido, ahora, en la Barcelona actual, cae en el vacío, como la película perpetrada por Woody Allen, cuyo éxito internacional no es óbice para que sea considerada una de las peores obras del cine de todos los tiempos y no justifica que recibiera una importante subvención pública (un millón de euros).

Sea cual sea el carácter de la protesta de rechazo a una iniciativa pública o privada o la reivindicación ante un déficit del barrio, los movimientos vecinales tienen siempre una dimensión positiva, expresan una necesidad, una voluntad de intervenir en la construcción o protección de la ciudad; quizás no siempre tienen razón, pero siempre tienen razones que hay que escuchar. Estos movimientos adquieren con frecuencia una dimensión ciudadana, bien por su fuerza o continuidad o bien por su potencial de generalización. Y refuerzan el asociacionismo y la coordinación de los movimientos, generando incluso nuevas formas de organización que, a su vez, impactan en el conjunto de la política ciudadana. En algunos casos han generado plataformas que han renovado los objetivos y las formas de acción de los movimientos ciudadanos, como la del derecho a la vivienda o la del derecho al transporte público.

El movimiento asociativo de base territorial no solo ha implicado a las asociaciones de vecinos, sino también a otras

entidades, antiguas o de reciente creación, a colectivos informales y a ciudadanos que se han movilizado regularmente para debates o acciones reivindicativas o de protesta. Lo que nos llama especialmente la atención son dos aspectos: primero, la capacidad para construir plataformas o coordinadoras que reúnen a barrios contiguos que se enfrentan a la misma situación (y oportunidad) de cambio, así como la aparición de nuevos liderazgos, y, segundo, la capacidad de construir un discurso crítico y propositivo que, para oponerse a algunos de los proyectos y actuaciones del presente, utiliza, muchas veces con inteligencia, los valores que orientaron y legitimaron el urbanismo barcelonés de la democracia.

Este discurso crítico nos parece que se sustenta en la crítica a la desposesión o, si lo prefieren, en la aspiración a la reapropiación del territorio, de su identidad y de su cohesión. Del Raval a La Mina, del Poblenou a Sant Andreu, del Maresme a la Sagrera, aparecen los mismos temas. La vivienda (para los residentes y sus familias, además de las destinadas a otras demandas) y los equipamientos y servicios locales, es decir, destinados a la población del territorio. La calidad del espacio público, su ampliación y mantenimiento, la convivencia y la seguridad en un sentido amplio. La supresión de las fronteras, visibles e invisibles, la articulación de las distintas partes del territorio, la accesibilidad y la visibilidad del conjunto. La formación de la población para nuevas o renovadas actividades y los programas sociales integradores. La preservación de los elementos identitarios, del patrimonio físico y cultural, de las tramas y de las relaciones sociales. La denuncia del urbanismo especulativo, del negocio a cualquier coste colectivo, de la ruptura de las continuidades de la trama de la ciudad compacta (las torres aisladas, la arquitectura aparatosa, la fragmentación y segregación urbanas, la

En estas dos páginas, de izquierda a derecha, exterior del Museu d'Art Contemporani, en Ciutat Vella; la biblioteca Joan Oliver, en el barrio de Sant Antoni, y la cubierta del mercado de Santa Caterina, con las torres de Marina en último término. En las páginas siguientes, perspectiva de Barcelona con Ciutat Vella y los edificios de la plaza de Catalunya en primer plano.

“El poder municipal se ha caracterizado por la escasa autocrítica, sustituida por la autosatisfacción y la arrogancia. Ahora se quiere volver a los barrios, un retorno que puede confundirse con el electoralismo”.

ausencia de proyectos de calidad destinados al ámbito local –y no al público “externo”–). El discurso sobre los derechos ciudadanos se hace más complejo, la reivindicación vecinal inmediata y casi particularista se combina con el discurso sobre el proyecto de ciudad, casi de vida. Se asume la confrontación cívico-política, se pide diálogo y concertación a las administraciones públicas, se denuncia la arrogancia del poder, se recupera y se desarrolla el discurso participativo.

Este renacimiento asociativo encuentra apoyo y legitimación en la progresiva crítica intelectual y profesional a algunos de los proyectos urbanos más significativos de la última década, a su concepción en unos casos y a su implementación en otros. Aunque la importancia de los encargos públicos limita considerablemente la capacidad crítica de los profesionales más relevantes o conocidos. Veamos algunos casos para terminar esta reflexión sobre el movimiento ciudadano.

En Ciutat Vella ha prevalecido una crítica muy ideológica y minoritaria, denunciadora de una “gentrificación” relativamente modesta y de algunos proyectos considerados “especulativos” mientras que la población se preocupa de problemáticas más inmediatas (y, si me lo permiten, más reales) sobre la vivienda, la pobreza, la limpieza y la seguridad y la convivencia entre distintos tipos de población.

En Sant Andreu-Sagrera el debate ha sido hasta ahora entre instituciones por una parte (proyecto Estación Sagrera) y entre vecinos y Ayuntamiento por otra (urbanismo local: equipamientos y vivienda). Ahora, ante el desarrollo del Plan Sant Andreu-Sagrera, el debate intelectual y profesional adquirirá mayor relevancia, como ya ha ocurrido en Poblenou-Besòs, con el intenso debate crítico sobre el Fórum, la fragmentación de los planes y actuaciones en la zona sudeste (Sud-oest Besòs, La Mina, La Catalana, Lluç-Taulat), el desarrollo indeciso del 22@, el patrimonio industrial, la recuperación de oficios y habilidades para la renovación económica, las tramas urbanas y la inserción del urbanismo de torres, etc.

En Les Corts el conflicto enfrenta dos “sociedades civiles” con intereses opuestos: el Futbol Club Barcelona, entidad ciudadana que es un factor importante de la calidad de nuestra oferta urbana, y la plataforma de entidades de la zona. El club quiere hacer una operación inmobiliaria que justifica por la necesidad de mejorar unos equipamientos deportivos de interés general. Las entidades vecinales defienden el carácter también residencial de un barrio de sectores medios al que le faltan equipamientos y quieren limitar la operación inmobiliaria de nuevas viviendas destinadas al mercado libre. En este caso, el gobierno de la ciudad hace de mediador y poco más.

En Nou Barris la existencia de una red asociativa potente

ha permitido que la relación con el gobierno municipal se planteara entre fuerzas relativamente equilibradas y, en consecuencia, las distintas situaciones conflictivas que se han generado han tenido una salida negociada: diseño de los espacios públicos y nuevos equipamientos, construcción de un gran aparcamiento para evitar que se utilice el espacio público para este fin, rehabilitación del parque de viviendas, etc. Es una de las zonas de la ciudad en las que el movimiento vecinal ha afrontado problemas difíciles con creatividad y eficacia: la conversión de la Planta Asfáltica en ateneo popular y escuela de circo (en el inicio para colectivos juveniles en situación de riesgo) o la convivencia entre el vecindario arraigado y los nuevos inmigrantes (asociación Nou Barris Acull). (11)

En definitiva, vivimos un momento de confrontación de valores culturales, de políticas y derechos ciudadanos, de modelos urbanos, de modos de gestión y de participación. En resumen, la arquitectura *for export* ha sustituido al urbanismo ciudadano. La ciudad se ha hecho “global” y los ciudadanos “locales” se sienten expropiados.

Conclusión: la ciudadanía como conquista

Permítanme que para terminar vuelva de nuevo al tema de la desposesión y de la reapropiación del territorio por parte de los ciudadanos. Las contradicciones de la urbanización necesariamente derivan en conflictos, puesto que en la ciudad se confrontan valores e intereses, aspiraciones colectivas generosas y comportamientos defensivos particularistas.

Las demandas se multiplican *ad infinitum*: las demandas de vivienda para los residentes, de equipamientos y servicios para el barrio; de accesibilidad y de visibilidad externas y de integración interna, de preservación de tramas y edificios; de recuperación (modernizada) de actividades y de oficios; de valorización de la imagen, las tramas, la monumentalidad y la cultura urbana específicas del barrio o de la zona, etc. Las demandas y las críticas pueden tener con frecuencia un sabor muy “localista”, de campanario, de querer mantener o conseguir unas ventajas de posición, de inmovilismo incluso, de rancio tradicionalismo a veces. Puede ser, pero no siempre es así, y sea lo que sea no solo hay que tenerlo en cuenta, sino que hay que convertirlo en fuerza positiva.

Todo ello, las críticas, las reivindicaciones, responden evidentemente a necesidades particulares y colectivas inmediatas, y en muchos casos también a una cierta resistencia al cambio debido a la adhesión a un pasado más o menos idealizado y por las incertidumbres y los temores respecto al futuro. Pero estas necesidades, estos sentimientos de adhesión a elementos del pasado, estos miedos al futuro, no solo son comprensibles y legítimos, sino que también pueden ser un factor de transformación, de movilización y de integración positivas.





Las reacciones sociales y las críticas intelectuales que hemos relatado sintéticamente expresan un malestar ante una desposesión que no por el hecho de ser vivida subjetivamente deja de tener aspectos muy reales, muy "objetivos", que cuestionan, por lo menos en parte, las políticas públicas y en especial el urbanismo barcelonés reciente. Se hace "ciudad" hacia fuera, para consumidores externos.

Se hace urbanismo buscando inversores que elaboren proyectos para demandas solventes que fragmentan la ciudad y la sociedad. Se ha tenido poca sensibilidad hacia el patrimonio físico y social, en especial a lo que es la herencia de la sociedad industrial y de la Barcelona trabajadora. Se ha mantenido la dicotomía entre la ciudad-municipio y la ciudad metropolitana, con lo cual las migraciones de los jóvenes hacia los municipios del entorno se viven como expulsión, como deportación. Se ha exagerado hasta la saciedad la arquitectura espectáculo y el discurso triunfalista. Se ha tardado mucho –y se han perdido gran parte de las oportunidades posibles– en plantearse la cuestión de la vivienda en la ciudad. El poder político municipal se ha caracterizado por su escasa capacidad de autocrítica, mal sustituida por la autosatisfacción y la arrogancia y por una progresiva dificultad para abrir espacios de diálogo abierto con los colectivos sociales, hasta el extremo de que, en ciertos casos, se ha hablado de autismo oficial.

Ahora se quiere volver a los barrios. Nunca es tarde si la intención es buena, aunque este retorno puede confundirse con el electoralismo. Estar cerca con la sonrisa preparada según las recetas a la moda del "talante". Sin embargo, el difuso malestar urbano y el renacido ambiente crítico requieren algunas respuestas que no dependen únicamente de estas amables intenciones municipales.

Si aceptamos la hipótesis de la **desposesión**, es legítimo y necesario plantearse entonces la movilización social y las consiguientes respuestas políticas para hacer posible la reapropiación. Y para que esta dialéctica no se resuelva únicamente en función de relaciones de fuerza locales con el riesgo de la arbitrariedad y del trato diferenciado, es necesario replantearse los derechos de la ciudadanía. Se trata de desarrollar conceptos como el derecho a la ciudad, al lugar, a permanecer allí donde se eligió vivir, al espacio público, a un entorno que transmita certidumbres y sentidos, a la movilidad, a la centralidad, a la formación continuada, a la identidad sociocultural específica, al salario ciudadano, a la participación deliberante y al control social de la gestión urbana.

Hoy los ciudadanos se plantean demandas y reivindicaciones que para ellos son vitales, que forman parte de su proyecto de vida y de su forma de ser ciudadanos, pero que no tienen casi nunca un marco legal en el que sustentarse,



puesto que en el mejor de los casos se trata de derechos programáticos genéricos y, por lo tanto, muy interpretables.

Mientras tanto, conviene insistir en algo que nos parece fundamental en nuestra época: la importancia de la resistencia a la globalización mercantilista, dominada por gobiernos imperialistas y empresas multinacionales sin otra alma que el negocio, caracterizada por procesos culturales homogeneizadores y empobrecedores y por procesos políticos cada vez más alejados de ciudadanos y territorios. Una resistencia que encuentra su base de apoyo en los ámbitos locales, en los lugares con significado, en las ciudades complejas, que poseen, reconstruyen y reutilizan la memoria, la identidad y la cohesión sociocultural. Estos espacios de esperanza (12), si son complejos y cohesionados, podrán ser dinámicos e integradores.

La ciudad se presenta con frecuencia como “el problema” y los medios de comunicación refuerzan esta supuesta fatalidad derivada de los “excesos” de tamaño y de población. Durante unos meses me fijé en titulares de periódicos sol-

ventes de España, Francia y Reino Unido. Los calificativos más frecuentes eran: la ciudad infinita, insostenible, ingobernable, violenta, caótica... incluso “asesina” (en *El País*). *The Economist* publicó una portada hace unos años de fondo negro y grandes letras que decían “*The hell is the city*” (la ciudad es el infierno). Jaime Lerner (13) acuñó una respuesta afortunada: la ciudad no es el problema, es la solución, es desde donde se pueden afrontar los problemas más directamente. Por dos razones, nos permitimos añadir: la primera, los problemas aparecen mezclados, interdependientes, y es posible y necesario, como dice el propio Lerner, que los gobiernos locales los afronten como problemáticas integrales, “un proyecto o cualquier actuación urbana no debe servir para resolver un problema, sino varios problemas a la vez”. Y, segunda razón, el potencial de exigencia concreta de los ciudadanos de ver reconocidos y materializados sus derechos. Las libertades se conquistan primero en la ciudad.

La cuestión clave en nuestra época es, pues, reconstruir el concepto de **ciudadanía** entendido como **status** que con-



Las singulares torres de oficinas y hostelería de la plaza de Europa, el nuevo portal de acceso a Barcelona. En la página anterior, viejas construcciones en espera de derribo en el área tecnológica 22@ de Poblenou.

fiere derechos (y deberes, tema complementario, pero que no es objeto de este trabajo) y como **proceso** de exigencia colectiva que los legitima, los “legaliza” y, sobre todo, busca su realización mediante las políticas públicas.

Si la ciudad actual es hoy una realidad nueva, los **derechos ciudadanos** también deben renovarse (14). En el caso de Barcelona la democracia ciudadana es imperfecta, puesto que no consideró los efectos perversos o no deseados del exitoso urbanismo de los ochenta y noventa, por las dinámicas excluyentes del mercado y por la incapacidad de los poderes públicos de plantear políticas integradoras de ámbito metropolitano. El progreso en el futuro inmediato dependerá más de la fuerza de la sociedad civil para imponer el reconocimiento efectivo de los derechos ciudadanos que de la iniciativa propia de las instituciones. La ciudadanía nunca se consigue del todo, el progreso genera nuevas contradicciones y desigualdades, pero también las fuerzas para enfrentarse con ellas. La ciudadanía es una conquista permanente. **M**

Notas bibliográficas

- Dahrendorf, R.** (1992). *La democracia in Europa*, a cargo de Lucio Caracciolo, con la participación de Geremek, B. y Furet, F. Editori Laterza.
- Borja, J.** (2003). *La ciudad conquistada*, Alianza ed., Madrid.
- Augé, M.** (1994). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la modernidad*. Ed. Gedisa, Barcelona.
- Amendola, G.** (2000). *La ciudad postmoderna*. Celeste Ediciones, Madrid.
Ascher, F. (1995). *La Metapolis. Ou l'avenir des villes*. Odile Jacob, París.
Ascher, F. (2003). *Nuevos principios de urbanismo*, Alianza ed., Madrid.
Borja, J. (2007). “Revolución y contrarrevolución en la ciudad global”. En *Revista Eure*, nº 100, diciembre, pp.35-50, Santiago de Chile.
Harvey, D. (2008). “El derecho a la ciudad”, *New Left Review*, diciembre.
- Choay, F.** (1994). “Le regne de l'urbain et la mort de la ville”. En *La ville. Art en Architecture en Europe 1870/1993*. Ed. Centre George Pompidou, París.
- Capel H.** (2005). *El modelo Barcelona: un examen crítico*. Ediciones del Serbal, Barcelona.
Marshall, T. (ed.) (2004). *Transforming Barcelona*. Routledge, Londres.
Rowe, Peter G. (2006) *Building Barcelona. A second Renaixença*. Barcelona Regional, Actar, Barcelona.
Delgado, M. (2005 y 2007). *Elogi del vianant. Del “model Barcelona” a la Barcelona real*. Edicions de 1984, Barcelona.
La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del modelo Barcelona. Ediciones Catarata, Madrid.
Poli, M.; Zardini, M. (eds.) (2004). “Urban Investigations: Barcelona Fórum 2004”, *Domus* 866, enero, pp 26-47, Milán.
Delbene, G.; Pizza, A.; Scarnato, A. (eds.) (2007). *Critical Barcelona. Area nº 90*, febrero, Milán.
(2007). “Barcelona, difficile d’être un modèle”. *Traits Urbains*. Innovapresse, París.
(1998). “Barcelone, la deuxième renaissance”. *Projet Urbain*. Ministère de l’Équipement, París.
Borja, J.; Muxí, Z. (eds.) (2004). *Urbanismo en el siglo XXI. Bilbao, Madrid, Valencia, Barcelona*. Edicions UPC, Barcelona.
- Barcelona. Metròpolis Mediterrània** (2007). “El model Barcelona. Debat sobre l’ocàs d’un urbanisme de consens”. *Barcelona. Metròpolis Mediterrània*, núm. 69.
Unió Temporal d’Escribes (2004). *Barcelona marca registrada. Un modelo para desarmar*. Virus Editorial, Barcelona.
Col·lectiu Ariadna - Institut Català d’Antropologia (2004). *La otra cara del Fórum de las Culturas S.A.*, Edicions Bellaterra.
- Ingersoll, R.** (1996). “Tres tesis sobre la ciudad”. *Revista de Occidente*, nº 185, Madrid.
(2004). “La mort de la ciutat”, conferencia en el ciclo “Traumas urbanes”, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 8 de julio de 2004.
- Federación de Asociaciones de Vecinos de Madrid** (2009) *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*. Obra colectiva, editores: Vicente Pérez Quintana y Pablo Sánchez León. Ediciones Catarata. Incluye un artículo sobre Barcelona de Borja, J., “El movimiento vecinal en busca de la ciudad futura”.
Borja, J. (2007). *Espai públic i memoria democràtica*. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional sobre Políticas Públicas de la Memoria, organizadas por el Memorial Democràtic-Generalitat de Catalunya (octubre de 2007). Publicado en la revista *Mirades*, nº 1 (2008), por el Grupo ICV-EUiA-EPM de la Diputación de Barcelona.
- Borja, J.** (2005). “Un futur urbà amb un cor antic”, en el catálogo de la exposición Quórum. Comisaria: Rosa Pera, ICUB.
- FAVB** (1991, 1998 y 2007): *Barcelona i els barris* (tres ediciones de un libro-informe sobre los movimientos vecinales; cada una actualiza la anterior). Otras publicaciones de la FAVB: ver la colección de *La veu del carrer* (revista bimensual) i *Quaderns del carrer*: números 1, 2 y 3, publicados en 2006, 2007 y 2008)
- Iglesias, M.; Ciocchetto, A. y Jacques, A.C.** (2007). *Gent de Nou Barris 1897-2007*. Ajuntament de Barcelona.
Pradas, R. (ed.) (2008). *Viviendas del Gobernador*, epílogo de Borja, J. “Nous Barris, de la marginació a la ciudadanía”. Ed. Generalitat de Catalunya.
- Harvey, D.** (2003). *Espacios de esperanza*, Ediciones Akal, Madrid.
- Jaime Lerner fue a lo largo de tres mandatos el exitoso *prefeito* de Curitiba (Brasil) y posteriormente gobernador del estado de Paraná. Ha sido también presidente de la Unión Internacional de Arquitectos. Las frases entrecuilladas corresponden a sus intervenciones en coloquios compartidos.
- Borja, J.** (2004). *Los derechos ciudadanos. Estudios*, nº 51. Fundación Alternativas. Madrid. Incluye una amplia bibliografía.

Ciudades, energía y cambio climático

¿El gran negocio del siglo XXI?





El actual despilfarro energético y su efecto, el cambio climático, sólo son posibles a cambio de trasladar una astronómica deuda a las generaciones futuras. De la crisis se sale con una economía baja en carbono si no queremos volver a situarnos en la casilla de salida.

¿Qué estamos aprendiendo?

Texto **Jordi Ortega**

Filósofo. Universidad Carlos III. Director de EXPO CO₂

Al final de *Quemar después de leer*, con la fina ironía de los hermanos Coen, el jefe de la CIA se pregunta “¿Qué hemos aprendido?” Podemos preguntarnos qué lecciones sacamos del cambio climático. A la sociedad le ocurre lo mismo que a Napoleón, que era un loco que se creía Napoleón. Las sociedades son sociedades que imaginan con éxito que son sociedades, algo que los politólogos no deberían despreciar. ¿Cómo estas sociedades pueden responder a un desafío como el cambio climático? Si la política es el arte de lo posible, deberíamos evitar la intromisión de los excesos de lo imposible. El cambio climático resulta un objeto desmesurado. Hoy ocupa el centro de lo que llamamos cuestiones planetarias, pero tiene una nota distintiva. No es sólo la aparición de una megapolítica, sino que estamos decidiendo cuestiones a largo plazo. Y a las dificultades para legitimar una política de alcance global, añadimos una nueva complejidad, unas políticas con horizontes a largo plazo, como el año 2050.

¿Cómo es posible que los gobiernos puedan tomar decisiones que afectan al Gobierno y, por qué no decirlo, al ejercicio de la soberanía por parte de generaciones futuras? Ya no decidimos sobre el cambio climático, sino nada más ni nada menos que sobre la historia. Sólo Habermas, como el último hegeliano, puede creer en el avance imparable del derecho internacional, transformado, ahora, en derecho cosmopolita.

La razón histórica tiene sus patologías. La política internacional supone domesticar las políticas nacionales. También, descubre el potencial de ejercer un liderazgo político más allá de las fronteras, en el que el cambio climático ha tenido un potencial sucesorio, como en el caso de Gordon Brown, que ha agitado el cambio climático como bandera con el apoyo inestimable de Nicholas Stern. Aunque con respecto al cambio climático, más que ante una vuelta repentina a la historia, de raíz historicista, estamos ante algo que dijo Agustín de Hipona: “Dios, hazme casto, pero no ahora”.

Los mercados de carbono no son muy distintos de esas primeras bolsas aparecidas en Ámsterdam en 1602. Las ope-

raciones hoy no se hacen en bares y tabernas, sino en sofisticadas redes inteligentes. Las operaciones en ventas al descubierto (*short selling*) ya estaban inventadas y prohibidas; José de la Vega en *Confusión de confusiones*, escrito en 1688, describe a través de un curioso diálogo el funcionamiento de los *Forward, Call o Put*. ¿Qué hemos aprendido desde la primera burbuja de tulipanes?

Los criterios éticos de una sociedad están codificados en su economía. La polémica de Stern y Nordhaus en torno a la tasa de descuento y la tasa de interés no es académica, sino ética, de equidad, y de valoración de los derechos de las generaciones futuras. Los riesgos del cambio climático están codificados en el coste del carbono.

Del mismo modo que creemos que la esencia del agua está en los grifos, consideramos que el fundamento de la energía está en los enchufes. Hoy sabemos que la energía, gracias a la termodinámica, ni se crea, ni se destruye: las sociedades modernas despilfarran la energía. Si observamos la demanda energética, descubrimos que los picos de consumo en el Reino Unido corresponden a los intermedios de los partidos de fútbol, en los que se prepara té, de forma rápida, en electrodomésticos con resistencias ineficientes. ¿Qué cuestan esos picos de consumo?

La aportación de este Cuaderno central es ofrecer una visión panorámica sobre qué efectos tiene la nueva señal del cambio climático. Si la señal de coste del consumo energético no llega al consumidor, ¿qué efecto puede tener incorporar en este coste el coste variable de las emisiones de CO₂? No vamos a analizar aquí las consecuencias de que el mercado de carbono, que favorece las tecnologías más bajas en carbono, forme parte del mercado energético; sólo vamos a mostrar ciertas paradojas. Mantenemos el sacrosanto principio de garantía de suministro energético. Nadie aplicaría este principio en las operaciones salida de las ciudades en automóvil: ¡multiplicar los carriles de salida de las autopistas! Gestionamos la demanda, escalonamos las salidas. El



© Spainpix / Prisma

El cambio climático provocado por los gases de efecto invernadero, en una economía definida por el despilfarro energético, ocupa el centro de las cuestiones planetarias de hoy en día.

actual despilfarro y su efecto, el cambio climático, sólo son posibles si trasladamos una astronómica deuda a las generaciones futuras. Hemos invertido la imagen del padre que controla el despilfarro de su hija, ahora serán la hija o la nieta las que pagarán en el futuro el temible déficit tarifario que hemos acumulado.

La crisis financiera ha destapado las trampas del solitario que hemos ido haciendo. Hace no mucho, se mostraban las virtudes del nivel de apalancamiento alcanzado por nuestra economía: el dinero no da rentabilidad; es mucho mejor tener deuda, y cuanto más, mejor. Tanto, que ha estrangulado el crédito. La estrategia de minimizar los riesgos de inversión, activos tóxicos de la burbuja inmobiliaria, ha tenido el efecto contrario: la expansión de inversiones de alto riesgo o “basura”. ¿Podemos descubrir los incentivos mal diseñados o lo que podemos llamar incentivos perversos? Nick Stern ha tenido el valor de considerar el cambio climático como el gran fracaso del mercado, cuando Alan Greenspan todavía era aclamado por los mismos que hoy le repudian.

¿Cómo abordamos el cambio climático? ¿Se puede hacer compatible el *business as usual* (BAU) del siglo XXI con el largo plazo? El futuro no es lo que fue. Karl Marx pensó que el desarrollo capitalista aboliría la división del trabajo: uno podría ser pescador por la mañana, cazador tras la comida y crítico de la crítica por la noche; olvidó un tiempo para especular con el carbono. Reconozcamos que tenía más imaginación; hoy solo somos capaces de imaginar el futuro con más aviones, más carreteras...

El cambio climático requiere una respuesta inversa: más lentos, más suaves y más profundos. Hoy se habla de I+D, y

no somos capaces de pensar en otra cosa que en más autopistas, más aeropuertos, en lugar de pensar en infraestructuras tecnológicas de la comunicación. No es un cambio tecnológico, sino político. Quizá las políticas del clima sobrevaloran la capacidad de aprendizaje por medio de incentivos económicos. Cierto. Pero la crisis ha mostrado que las respuestas a estímulos perversos han sido extraordinarias. Quizás el comercio de emisiones pretenda ser una perversión privada y virtud ya no publica, sino con el clima.

Cuando se planteó este Cuaderno Central, su director me propuso una opción B. En el Consejo Europeo de otoño se dijo que el clima quedaba relegado por la crisis. *El País* me preguntó al respecto, con fácil respuesta: las próximas tormentas financieras serán las de los activos tóxicos de carbono. Diversos colaboradores aportan argumentos a esta idea. De la crisis se sale con una economía baja en carbono; lo contrario es volver a situarnos en la casilla de salida.

Otro objetivo del Cuaderno Central es salirse de propuestas predecibles. Con respecto a la respuesta a la crisis, climática, económica, energética, etc., uno tiene la sensación de estar ante la autocrítica a terceros. Otra aproximación posible es la que se extrae de la narración de Groucho Marx como protagonista de las locuras de 1929, en la que sacaba de la cama a Harpo y decía: “¡Si esperamos a que te vistas, pueden haber subido diez enteros!” La escena explica con ironía la compra de activos físicos de una fábrica de automóviles inexistente. Nada nuevo ni viejo, si tenemos en cuenta que hoy se venden pasivos de CO₂ como si se tratase de activos. Y la historia acaba igual, alguien llama y anuncia con cuatro palabras: ¡La broma ha terminado! ¿Habremos aprendido? 

Ciudades, energía y cambio climático

Una nueva cultura



El cambio climático es un peligro social menospreciado y que no se comprende en su totalidad; ni siquiera está claro que las sociedades democráticas se encuentren en disposición de poner en práctica las medidas que consigan evitar el peligro o mitigar sus efectos.

Dos escenarios ante el cambio climático

Texto **Harald Welzer** Director del Center for Interdisciplinary Memory Research. Universidad de Witten

A principios de 2007 el Consejo de Medio Ambiente de las Naciones Unidas sobresaltó a la opinión pública mundial con tres informes. La conmoción que provocaron se centraba en que si las emisiones de CO₂ continuaban como hasta ese momento, el clima no era sostenible, aunque se colaborase a corto o largo plazo, porque, entre otros motivos, como quedó claro con rapidez, las consecuencias del calentamiento del clima se repartirían de forma muy desigual. Mientras que los países del Sur padecerían con frecuencia sequías, inundaciones, pérdidas de suelo, etc., en el Norte, donde se encuentran los países más ricos, podrían aparecer efectos totalmente positivos para el turismo, la agricultura y la industria, siempre que aplicasen una tecnología ecológica. El informe del antiguo economista jefe del Banco Mundial, Nicholas Stern, demostraba con claridad que un cambio rápido en el rumbo del aumento irrefrenable de las cada vez más crecientes emisiones dejaba al descubierto los costes futuros del cambio climático y mostraba al mismo tiempo sus consecuencias positivas específicas a nivel regional; y en el día a día político este informe erosionaba cualquier compromiso espontáneo con el clima a causa de los argumentos habituales: ¡los puestos de trabajo!, ¡la industria del automóvil! Y, mientras tanto, la crisis financiera sirve como excusa muy bienvenida para situar el tema del clima al final de la lista de prioridades políticas.

Todo esto demuestra que las dimensiones del problema del cambio climático aún no se han valorado en su justa medida con respecto a las condiciones de vida sociales y culturales en el futuro. Antes como ahora parece que se ha llegado a la conclusión mayoritaria de que el modo de vida occidental de utilización y derroche inconsciente de recursos naturales es globalizable y que, en ese contexto, dentro de veinte años podremos disfrutar como hoy de la misma cultura de consumo y derroche. El cambio climático es, desde muchos puntos de vista, un peligro social menospreciado y al que incluso no se comprende en su totalidad; y en la actualidad ni siquiera está claro que las sociedades democráticas se encuentren en disposición de poner en práctica las medidas que consigan evitar el peligro o

mitigar sus efectos. Esta situación tiene que ver con todas las cuestiones económicas y sociales que se derivan de la doble presión resultante de un agotamiento de los recursos, por un lado, y un aumento de las emisiones, por el otro, a lo que hay que añadir el tema explosivo de las injusticias generacionales y todos los problemas que se derivan de la cuestión de la seguridad. Después de un breve comentario sobre este último y complejo problema, me gustaría plantear a continuación dos escenarios de futuro: uno, en el que las opciones y las actuaciones siguen siendo las mismas que en la actualidad; y otro, que plantea las posibilidades para un cambio radical del estilo de vida y de la naturaleza de las sociedades occidentales ricas.

El cambio climático y la violencia en el futuro

Pudiera ser que el proceso de desarrollo de la humanidad, desigual y sin planificación, haya llegado, con el irrefrenable desarrollo del clima, a una dinámica negativa respecto a la cual las formas de percepción, de interpretación y de resolución de los problemas que se hayan desarrollado durante décadas y siglos han quedado rezagadas. En este sentido, se ha hecho patente la hasta el momento inexistente capacidad para enfrentarse al problema de una amenaza global en todas sus dimensiones, así como la extendida indolencia para enfrentarse a las consecuencias de violencia y poder que están relacionadas real y potencialmente con el cambio climático. Y es evidente que lo que impedirá un acuerdo conjunto para frenar el calentamiento global son los intereses completamente diferentes desde una perspectiva internacional. La recuperación de los procesos industriales en los países en desarrollo, la ininterrumpida hambre de energía en los Estados industrializados y la extensión global de unos modelos de sociedad basados en el crecimiento y en el despilfarro de recursos hacen que sea poco realista pensar que se pueda detener el calentamiento del clima en dos grados más hasta mediados de siglo. Y esto es un resumen que se centra en un tratamiento lineal de los acontecimientos; en él no se han tenido en cuenta procesos autocatalíticos que pueden llevar a

una aceleración de la aparición de consecuencias sociales del clima y a una escalada de la violencia.

A escala geopolítica pueden aparecer procesos no lineales que podrían agudizar radicalmente el problema del clima, como podrían ser la liberación de metano en cantidades incalculables por parte de los suelos de permafrost, lo que puede influir en el clima, o cuando la pérdida de bosques o la contaminación del agua del mar lleguen a un punto crítico y provoquen un efecto dominó que, en la actualidad, es imposible prever. Lo mismo vale para el ámbito social: cuando los conflictos en torno a las materias primas provoquen guerras con la consiguiente migración de refugiados y la agudización de los conflictos fronterizos, se puede producir una escalada incontrolable de la violencia, tanto dentro de un Estado como entre Estados. La lógica de los procesos sociales no es lineal; esto también es así para las consecuencias del cambio climático. En la historia de la violencia de los hombres no hay nada que indique que un período de paz lleve indefectiblemente a una situación social estable y duradera; toda la historia demuestra que el uso masivo de la violencia “siempre” es una opción a tener en cuenta. En la actualidad, la acentuación de las asimetrías globales se puede describir exactamente igual

Debajo, plantación de arbustos para estabilizar las dunas y evitar el avance del desierto cerca de Lingwu, en la región autónoma china de Ningxia Hui. En la página de apertura del artículo, plataforma británica de extracción de gas a 180 kilómetros de la costa de Tailandia.

que unas guerras que tienen su causa última en el cambio climático y que pueden llevar a formas completamente nuevas de una violencia sin fin, como, por ejemplo, en Darfur. Puesto que las consecuencias más duras del cambio climático golpean a las sociedades con menos recursos para enfrentarse a él, las migraciones mundiales crecerán dramáticamente a lo largo del siglo XXI y llevarán a algunas sociedades a plantearse soluciones radicales cuando consideren como una amenaza la presión de las migraciones. Sin embargo, hasta el momento parece totalmente inimaginable que un fenómeno descrito por las “ciencias naturales” como el calentamiento del clima pueda provocar catástrofes sociales como el hundimiento del sistema, guerras civiles, genocidios; al menos por el momento, cuando parece que todo sigue en orden.

Escenario 1: “Business as usual”

Entonces, ¿qué podemos hacer? Una de las opciones es tan fácil como asequible: seguir como hasta ahora. Esta posibilidad prevé seguir con el crecimiento de la economía, lo que implica proseguir con la utilización de energía fósil y otras materias primas importadas, y que a medio plazo lleva a una limitación sistemática de la ayuda y de las posibilidades de



“Cuando cada año la industria petrolera quema más de 150 mil millones de metros cúbicos de gas natural, el ahorro individual se convierte en una nota a pie de página”.

apoyo a las sociedades que tengan cada vez más dificultades. Semejante estrategia de futuro considera, por ejemplo, que el combustible para los coches llevará una mezcla cada vez mayor de combustible biológico de modo que se alargará el plazo en el que el petróleo siga estando disponible. Esta estrategia apuesta por que se dedique suelo al cultivo de plantas oleaginosas, y esto es lo que ya están haciendo en muchos países de América del Sur y Asia¹, y con frecuencia trae consigo la ocupación violenta de tierras y la expulsión de los pobladores locales. Si a ello añadimos las revueltas por hambre que estallaron en la primavera de 2008 en grandes ciudades africanas y de América central, resulta cada vez más evidente la estrecha relación entre las estrategias comerciales en una parte del mundo y las consecuencias en el otro extremo del mismo. Esta combinación se conoce generalmente como “globalización”.

La alternativa de seguir como hasta ahora se fundamenta también en una estrategia económica y de política exterior, que se centra en conseguir acuerdos y contratos con otros Estados para asegurarse el abastecimiento a medio plazo, en los que no se tienen en cuenta ni los derechos humanos ni el mantenimiento de unos niveles medioambientales aceptables. A medida que se reducen los recursos, aumenta el peso político de los Estados que actúan como productores o distribuidores de combustibles fósiles. Sin embargo, esta ventaja, como demuestra el caso de Georgia, puede ser altamente explosiva cuando un Estado es rico en materias primas o puede fijar las condiciones para que éstas atraviesen su territorio, pero es al mismo tiempo débil desde el punto de vista militar, de manera que crece su vulnerabilidad ante Estados vecinos mucho más poderosos y con necesidades de estrategias geopolíticas y energéticas propias. Además, la estrategia de seguir como hasta ahora debe tener en cuenta que los recursos humanitarios para intervenir en las crisis a medio plazo tienen que estar relativamente limitados, como en la actualidad, porque tanto el número de conflictos como el de refugiados crecen y ello supone una reducción considerable de los recursos disponibles para la supervivencia.

Por eso habrá que ajustar el reparto, lo que en definitiva significa que algunos países y regiones quedarán excluidos de dicha ayuda. Todo esto no son procesos que se desarrollen en el escenario de la vida social, sino que pertenecen al conjunto de condicionantes que se dirimen en el trasfondo, de manera que algunas decisiones negativas de este tipo no tienen ningún potencial de escándalo y no plantean ningún problema político. Una estrategia de *business as usual* puede considerarse incluso racional hasta que las consecuencias del cambio climático a causa del aumento de las emisiones provoquen mayo-

res padecimientos en los países hasta el momento poco afectados por el mismo, ya sea por efectos medioambientales en sentido estricto o bien por las resonancias económicas que provocan guerras y conflictos en otras partes del mundo, por obra del terrorismo y de la presión creciente de las migraciones. O incluso pueden surgir, como consecuencia de este problema, conflictos dentro de la propia sociedad derivados del hecho de que las futuras generaciones no podrán disfrutar de condiciones de vida de las que sí está disfrutando la generación que lo ha provocado. El sociólogo Norbert Elias ha señalado que los conflictos generacionales son las fuerzas motrices más poderosas de las dinámicas sociales², en los que la frustración de sueños y ambiciones desempeña un papel tan importante como la limitación de las posibilidades de crecimiento y, evidentemente, de las oportunidades de supervivencia. De esta manera se plantea otro tema de futuro en la política interior y de seguridad de los países occidentales: el foco de conflicto que plantea la distorsionada justicia entre generaciones relacionada con las consecuencias del cambio climático.

Pero todo esto puede tardar todavía un par de décadas, y para las personas de mediana edad que viven en la actualidad y que forman también el núcleo de las elites que toman las decisiones, la estrategia de seguir como hasta ahora sigue siendo una decisión totalmente racional. Por eso, dicha estrategia puede parecer incluso elegante porque no plantea ningún problema moral; porque, puesto que el Estado-nación no se trata de un actor individual, sino de un representante, en las relaciones entre los Estados resultan irrelevantes categorías de comportamiento individual como egoísmo, brutalidad o indolencia. Precisamente por eso los miembros de las distintas sociedades se pueden considerar como personas que actúan de manera moral aunque el conjunto del que forman parte se comporte de manera amorala.

Esto hace que las asimetrías en las situaciones de igualdad y de justicia en el mundo globalizado aparezcan de forma discreta y sin hacer ruido, y por eso alguien que se sienta responsable de la miseria de una persona al final de una cadena comercial de la que él es el principio, en el mundo occidental se considera como alguien irracional en vez de responsable. Por eso, la posibilidad de que en los países privilegiados se opte por otra estrategia que no sea la de seguir como hasta ahora es muy reducida. Las consecuencias son principalmente un aumento imparable de los costes de la energía, por una parte, y el crecimiento irrefrenable de las emisiones que provocan el cambio climático, por otra, lo que se traduce concretamente en un peligro creciente para los fundamentos económicos y sociales de la democracia y significa un alejamiento radi-

cal de la perspectiva de que se pueda frenar el calentamiento global en los dos grados más que todavía se consideran manejables. A partir de ahí se abren las puertas a un nuevo desarrollo, cuya dinámica y consecuencias no se pueden prever según el estado actual de nuestros conocimientos. Lo único que pueden señalar los modelos climáticos es que la diferencia entre dos y cuatro grados más, por poner un ejemplo, no representan un aumento “gradual” de las disparidades de las condiciones climáticas, sino que afectan a todo el sistema Tierra como sistema funcional, de manera que hay que enfrentarse al hecho de que, en comparación con la actualidad, reinarán condiciones de vida “completamente diferentes”.

el nivel y la complejidad de los aspectos de responsabilidad y de obligación relacionados con el cambio climático. El supuesto, falso pero muy sugerente, de que los cambios sociales empiezan con un pequeño paso se convierte en ideología cuando sirve para eludir la obligación de los actores corporativos y políticos, y se vuelve irresponsable cuando mantiene que se puede hacer frente al problema con pequeños cambios de comportamiento. Pero desgraciadamente no se puede reducir de forma individual toda esa energía que se dilapida sistemáticamente. Cuando la industria petrolera quema anualmente de 150 a 170 mil millones de metros cúbicos de gas natural⁴ –lo que equivale al consumo en un año de dos



© Reuters / Corbis



© Lou Dematteis / Reuters / Corbis

Los que consideren este escenario inaceptable, ya sea por motivos de justicia entre generaciones, ya sea por el sentido racional de supervivencia de la especie humana, tienen tres posibilidades de actuación para mejorar las relaciones, posibilidades que no se excluyen entre sí, sino que pueden combinarse. La primera y la más querida es la “individualización del problema y su resolución”. Un libro sobre el cambio climático que acaba de aparecer bajo el título de *Die Klima-Revolution*³ (*La revolución del clima*) da una lista con un centenar de consejos para salvar el mundo, entre los que figuran: educar a los niños para que protejan el clima (consejo 10), no poner en marcha el lavavajillas hasta que esté lleno (consejo 35), compartir el coche (consejo 56) o reciclar las basuras (consejo 95), lo que, evidentemente, también es bueno para reducir el calentamiento del clima.

Este tipo de consejos no sólo tienen una relación grotesca con las dimensiones del problema al que nos enfrentamos, sino que también, al individualizarlos, reducen radicalmente

naciones industrializadas como Alemania e Italia juntas–, el ahorro individual se convierte en una nota a pie de página. Además, la gestión de las emisiones de grandes y medianos consumidores privados es ineficaz con respecto al clima, pues los contingentes ahorrados son más manejables y, por otro lado, permiten niveles de contaminación más elevados. Este inexplicable mal funcionamiento de la gestión de las emisiones provoca que las reducciones de consumo individuales sean como sumar cero a una cifra, aunque pueda servir para hacer que la persona sea más consciente en cuanto al problema del clima y para mejorar las finanzas del hogar.

Las dificultades a “nivel internacional” son bien conocidas: no existe ninguna organización supraestatal que pueda obligar a los Estados soberanos a emitir menos gases de efecto invernadero de los que consideren necesarios. Lo mismo se aplica a la contaminación de los ríos, la construcción de presas, la tala de bosques. Tampoco existe ningún monopolio de la violencia entre Estados que pueda sancionar la soberanía nacional por

traslados forzosos y expulsiones dentro de un Estado, expropiaciones y ocupaciones de tierras o por actuaciones contra los derechos humanos por una política sin respeto por el medio ambiente. Puede existir una división de poderes dentro del Estado, pero no entre Estados; sólo el derecho penal internacional está dando los primeros pasos para lograr una regulación supraestatal que sea capaz de llevar ante los tribunales internacionales a los responsables de masacres, genocidios, etc.⁵ El desarrollo de las instituciones supranacionales y, sobre todo –como demuestra el ejemplo de la ONU–, su dotación con medios sancionadores se encuentra en estos momentos tan lejos del calentamiento del clima que ni siquiera lo toca.

fica que las condiciones de vida no son iguales, sino que también representa un reparto desigual de las “oportunidades futuras”. Para una sociedad que está anclada cultural y políticamente en la tradición de la Ilustración, eso no es aceptable. Además, si nos identificamos con esta tradición, deberemos enfrentarnos de manera diferente al problema del cambio climático, no sólo para fundamentar nuestra propia razón de supervivencia, sino también nuestra propia “identidad”. Se trata, pues, de la autoimagen social.

De ahí que si todo el problema del cambio climático se pudiera definir como una cuestión cultural, se podría proyectar otro punto de vista sobre el asunto. De ahí que muchos de



© Thomas Dworzak / Magnum Photos / Contacto

De izquierda a derecha, obreros venezolanos tratan de contener la llegada al lago Maracaibo del petróleo procedente de un oleoducto atacado por la guerrilla colombiana en octubre de 2001; protesta de indios ecuatorianos contra la contaminación causada por las prospecciones de la Texaco en la Amazonia, y un barrio popular de Nueva Orleans inundado tras el paso del huracán Katrina en septiembre de 2005.

Queda el “nivel de actuación de la nación-Estado”, en el que, desde los informes del IPCC, muchos países han desarrollado actividades. Puesto que las divergencias internacionales sobre el tema del clima y el carácter de las emisiones y sus consecuencias no se detienen en las fronteras nacionales, es evidente que los efectos de las soluciones nacionales son limitados, lo que no significa, sin embargo, que no sean de gran ayuda: por ejemplo, las estrategias innovadoras de actores colectivos individuales pueden modificar las relaciones dentro del entramado en el que se interrelacionan las sociedades, al menos de forma gradual; y, además, el papel del pionero siempre es inspirador.

Escenario 2: La sociedad buena

El desarrollo histórico de las fuerzas productivas es equiparable al desarrollo de las desigualdades en los niveles de vida y en las relaciones comerciales. La cada vez más extendida globalización no ha conducido a una nivelación, sino que, en parte, ha provocado mayores disparidades. Eso no sólo signi-

los cercanos problemas ecológicos no sean en el fondo problemas de la naturaleza indiferente, sino única y exclusivamente de las culturas humanas, que a través de ella ven amenazada su permanencia. También la preocupación sobre las formas y posibilidades de la supervivencia en el futuro es una cuestión “cultural” y, por eso, se refiere a la estructura de la sociedad y del entorno propios. Se las puede diferenciar: ¿puede una cultura tener éxito a largo plazo cuando se fundamenta en la explotación sistemática de los recursos? ¿Puede sobrevivir si excluye sistemáticamente a las siguientes generaciones? ¿Puede ser semejante cultura un modelo para cualquiera que se tenga que ganar su sustento? ¿Resulta irracional que semejante cultura se vea desde fuera como exclusiva y rapaz y, por eso, sea rechazada?

La traslación del problema climático a un contexto cultural representa una oportunidad cualitativa de desarrollo que, junto con el análisis del problema, plantea también la identidad colectiva de los miembros de la sociedad. Pongamos cua-

“Una sociedad que permite la participación y el compromiso de los ciudadanos se encuentra en mejor disposición para resolver sus problemas que una que deja indiferentes a sus miembros”.

tro ejemplos: Noruega invierte los ingresos públicos procedentes de los recursos energéticos en un suministro de energía que protege el clima y en inversiones que se seleccionan según criterios éticos. Suiza ha creado el sistema de transporte público más denso del mundo, aunque su punto de partida para ello como país montañoso era bastante difícil; cada suizo realiza una media de 47 viajes en tren al año, y la media en la UE es de 14,7. Estonia garantiza el acceso gratuito a Internet como un derecho básico: la promoción y la generalización del acceso a las comunicaciones no sólo reduce la burocracia y permite potencialmente formas directas de democracia, sino que también se ha convertido en un elemento impulsor de la modernización, en especial en todo lo que se refiere a los miembros más jóvenes de la sociedad. El Gobierno federal alemán se negó en el año 2003 a unirse a la alianza militar contra Irak, entre otras razones por el papel tan negativo que había desempeñado Alemania en las dos guerras mundiales del siglo XX. Este es un ejemplo práctico de las lecciones que se pueden aprender de la historia.

Todas estas decisiones políticas que se refieren a temas muy diferentes se fundamentan en un componente de “identidad política”. Los cuatro casos se basan en la autoidentificación de una comunidad política, que no sólo decide sobre un problema concreto, sino también sobre lo que quiere “ser”. Y en ese elemento me parece que se encuentra algo que es extremadamente importante para el problema de la gestión cultural del calentamiento del clima, pues la cuestión de qué hay que hacer y cómo hay que hacerlo no se puede plantear sin responder antes a la pregunta de cómo quiere vivir en el futuro la sociedad a la que pertenecemos. Permanecer desorientado e intrascendente en el universo sin razón de ser de un capitalismo globalizado no es suficiente para responder a esa pregunta. Pero también sería ilusorio pensar que las personas se comportarían de otra manera con el mundo si les dijésemos que este en algún momento va a estar un poco menos amenazado que ahora. Algo así no funciona desde el punto de vista psicológico, porque se dejan de lado los resultados tangibles del esfuerzo propio y al final sólo queda el conocimiento de todo a lo que se ha renunciado. Se trata más bien del desarrollo de un proyecto cultural que permita alejarse de la cultura dominante del derroche con todas sus limitaciones y que a su vez haga que parezca atractiva la remodelación de la forma de vida. Bajo esa luz, por ejemplo, las crecientes exigencias de movilidad no se verían como un progreso, sino que se señalarían como un desarrollo erróneo, que grava tanto a los individuos como a su entorno.

Los presupuestos para semejante proyecto cultural se encuentran en el ámbito de la riqueza material, que está a dis-

posición de los países occidentales, y de las responsabilidades que implica semejante riqueza desde una perspectiva internacional. En otras palabras, el cambio climático se debe considerar una oportunidad para utilizar ámbitos de actuación que en una o dos décadas puede que hayan dejado de existir.

Pues la cuestión de qué hay que hacer y cómo hay que hacerlo tampoco se puede plantear sin responder antes a la pregunta de cómo queremos vivir. Esta pregunta no se puede contestar con un “no”, pues incluso seguir como hasta ahora es una respuesta que considera que hay que seguir en la dirección que nos ha llevado hasta el problema que estamos intentando solucionar. Esta respuesta se basa, como ya hemos señalado con anterioridad, en la acentuación de las actuales asimetrías, desigualdades e injusticias que el cambio climático trae consigo tanto entre Estados como entre generaciones. Y cada respuesta excluye a otras posibles.

Cómo queremos vivir en el futuro en la sociedad de la que formamos parte es, de hecho, una cuestión cultural, pues nos obliga a debatir sobre quiénes cuentan para esta sociedad y cómo debe establecerse la participación, cómo deben repartirse los bienes materiales e inmateriales como los ingresos y la educación, etc. Hay que llegar a un acuerdo sobre si debemos subvencionar el uso de energías fósiles o la extensión del sistema educativo, si tenemos que fomentar puestos de trabajo en industrias obsoletas o si se potencian a través de mejores escuelas; y todas ellas son cuestiones culturales y responden parcialmente a la pregunta de cuál es el sentimiento colectivo y si las ciudadanas y los ciudadanos se sienten identificados con él. Las respuestas a dichas preguntas culturales pueden orientarse de forma imperativa en función de si limitan o no “el potencial de desarrollo en el futuro”.

Los presupuestos para un modelo social participativo y abierto, de una sociedad en potencia, se encuentran en el ámbito de la riqueza material, que está a disposición de los países occidentales, y de las responsabilidades que implica semejante riqueza desde una perspectiva internacional.

Una sociedad buena debería orientarse inicialmente para evitar decisiones irreversibles. Esta debería ser la principal conclusión si queremos evitar las lamentables consecuencias medioambientales de la primera industrialización y si hemos aprendido la lección de las decisiones irreversibles, que han tenido como resultado el despilfarro de los recursos disponibles, las injustas cargas intergeneracionales de tratamiento como en el caso de la energía nuclear, etc.

Incluso las decisiones que se refieren al desarrollo social, decisiones sobre seguridad, derechos, educación y política social deben cumplir este criterio de reversibilidad para pro-



© Arno Balzarini / Epa / Corbis

Viaducto sobre el río Landwasser en Wiesen, cerca de Davos, Suiza, durante el paso del Maratón Alpino, en julio de 2008. Suiza ha creado el sistema de transporte público más denso del mundo, y cada habitante del país realiza una media de 47 viajes en tren al año, frente a 14,7 en la UE.

picar una sociedad con una estructura permanentemente abierta. Otro criterio de bondad de una sociedad son las oportunidades de participación que ofrece, lo que se refiere tanto a la cuestión de la inmigración como al derecho de asilo o a la participación ciudadana en amplios procesos de decisión. En definitiva, se trata de aumentar las posibilidades de participar en debates y decisiones sobre cuestiones relevantes para el futuro, y en una época de grandes facilidades de comunicación, los modelos de participación no necesitan en ningún caso constreñirse a los ciclos de las elecciones. Si se tiene en cuenta el ejemplo estonio del acceso a la comunicación como derecho básico, se pueden plantear nuevas formas de debate extraparlamentarias y se pueden desarrollar formas directas de democracia.

A su vez, una mejora en las comunicaciones y en las posibilidades de participación permitiría una mayor identificación de las ciudadanas y los ciudadanos con la sociedad a la que pertenecen. Y esto vuelve a ser la base para un mayor compromiso con el sentimiento colectivo. Volviendo a la problemática del clima y al inventario de las propuestas de solución que se han planteado, esto significa que el “proyecto cultural” de la sociedad buena se aleja de la ilusión de que las personas se van a comportar de otra manera con el mundo si les decimos que este en algún momento va a estar un poco menos amenazado que ahora. El concepto de la sociedad buena no favorece la renuncia, sino la participación y el compromiso en la sociedad por un clima mejor, y una sociedad que permite más participación y mayor compromiso se encuentra en mejor disposición para resolver los problemas urgentes que una que deja a sus miembros indiferentes.

El equivalente a este concepto de compromiso social en la psicología individual se llama *empowerment* y describe la estrategia para utilizar las competencias y fortalezas con

que cuenta una persona e intentar potenciarlas. En este sentido, el concepto de la sociedad buena utiliza el potencial de sus ciudadanas y ciudadanos, les ofrece más participación, y usa los recursos del compromiso y de los intereses de una forma mucho mejor y más duradera que los estilos políticos tradicionales. En otras palabras, una sociedad así plantea una estrategia consciente para una modernización mucho más reflexiva.

A diferencia del pasado de la primera modernidad y de la segunda modernidad de la actualidad, que han entendido el progreso como un crecimiento cuantitativo de la calidad de vida y con ello han hecho del consumismo una forma de identificación, la sociedad buena tendría un fundamento más reflexivo de su identidad. Explica una nueva historia sobre sí misma. 

Notas

- 1 En las islas indonesias de Sumatra y Borneo hasta el momento se han convertido unos cinco millones de hectáreas de selva tropical en tierras de cultivo para conseguir aceite de palma, principalmente a través de quemadas. De esa manera se liberan al año unas cien mil millones de toneladas de CO₂, alrededor del 15% de las emisiones mundiales de CO₂ (véase <http://www.umweltschutz-news.de/266artikel1376screenout1.html?besucht=66cecb92>). A esto hay que añadir que el combustible biológico es ecológicamente contraproducente: es neutral con el clima en lo que respecta al dióxido de carbono, pero no en lo que se refiere a la emisión de óxido nítrico, cuyo efecto invernadero es 1,7 veces superior al gasoil normal (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 2/10/2007, pág. 1).
- 2 Norbert Elias, *Studien über die Deutschen*, Frankfurt del Main, 1989, pág. 315. [*Estudios sobre los alemanes*].
- 3 Anschöber/Ramsauer, *Die Klimarevolution. So retten wir die Welt*, Munich, 2007, págs. 166 y ss. [*La revolución del clima. Así salvamos el mundo*].
- 4 Anselm Waldermann, “Profitdenken schlägt Umweltschutz”, *Spiegel-online*, 06/09/2007, en: <http://www.spiegel.de/wirtschaft/0,1518,504278,00.html>
- 5 Sin embargo, es el reconocimiento del individuo como sujeto del derecho internacional lo que ha hecho posible el desarrollo de un derecho penal internacional y ha permitido acusar a responsables políticos o militares. En el caso contrario, el ataque inicial de los Estados contra individuos permite introducirse en el derecho de soberanía (Gerhard Werle, *Völkerstrafrecht*, Tübinga, 2003, págs. 2 y ss. [*Derecho penal internacional*]).



ciudades, energía y cambio climático

El coste eléctrico



El comercio de derechos de emisión supone la internalización de los costes medioambientales, lo que incentiva la racionalidad en el consumo y la inversión en renovables. A la hora de organizar este mercado en España, sin embargo, se han cometido tres errores.

Distorsiones en el mercado de emisiones

Texto **Luis Albentosa** Consejero de la Comisión Nacional de Energía de España

La electricidad se produce principalmente con dos familias de tecnologías: las térmicas y las no emisoras (la nuclear y la mayor parte de las renovables –hidráulica, eólica y fotovoltaica–); estas últimas no emiten CO₂. Por el contrario, en el caso de las tecnologías térmicas (nuclear, de carbón, de fueloil, de gas natural –convencional y ciclo combinado–), todas, salvo la nuclear, emiten CO₂, aunque es cierto que unas más que otras.

Para construir una central de generación eléctrica hay que hacer frente a unos costes fijos, y para ponerla en funcionamiento hay que hacer frente a unos costes variables: los costes laborales y el de los combustibles. Las centrales eléctricas de distintas tecnologías no se diferencian de modo decisivo por los costes laborales. Sin embargo, con frecuencia se dejan de utilizar preponderantemente centrales de una tecnología para utilizar las de otra. Esto ocurre cuando se producen cambios, de distinta intensidad, de los precios de los combustibles. Si se abarata (o se encarece) en términos relativos el precio de, por ejemplo, el gas natural, se modifica la utilización tanto de las plantas generadoras que utilizan este combustible como la de otras tecnologías. Desde 2005, el valor de los derechos de emisión se ha convertido con carácter permanente en el tercer componente de los costes variables de las centrales eléctricas. Por eso, a la hora de ordenar (de menor a mayor) los costes variables de las centrales eléctricas, hay que tener presente el valor de los derechos de emisión que cada central necesita para producir: es decir, el número de derechos de emisión que tal central tiene asignado multiplicado por el precio de tales derechos. La incorporación del valor de los derechos de emisión a los costes variables de las centrales eléctricas se denomina “internalización de los costes de contaminación”. En este punto, cabe preguntarse cuál es el precio que debe utilizarse para calcular el valor de los derechos de emisión y, en definitiva, para calcular el incremento de los costes variables que sufre cada central eléctrica.

Para responder a esta pregunta debe tenerse en cuenta que los derechos de emisión sólo consiguen reducir las emisiones de GEI (gases de efecto invernadero) cuando su precio es posi-

tivo, ya que, si éste fuese cero, el valor de los derechos de emisión sería nulo, sin afectar a los costes variables. El hecho de que los derechos de emisión (todos o en parte) sean concedidos a las empresas gratuitamente equivale a que éstas reciban una subvención, pero no significa que el precio de tales derechos sea nulo; cuando se recibe un bien valioso –como regalo, donación o herencia–, no por ello se dice que el precio de tal bien es cero. Una vez rechazado que los derechos de emisión recibidos gratuitamente tengan un precio nulo, también debe descartarse que los derechos de emisión comprados en el mercado deban valorarse al precio de adquisición. Tanto los derechos recibidos gratuitamente como los adquiridos en el mercado deben valorarse a su “coste de oportunidad”, ya que el valor de un bien es su coste de oportunidad. Coste de oportunidad es el valor que se puede obtener del bien con el mejor uso alternativo posible, de entre los muchos que tiene. El coste de oportunidad de cualquier cosa viene dado por lo que cualquiera está dispuesto a pagar por esa cosa.

Por lo tanto, a la hora de internalizar los costes de contaminación, el número de derechos que tiene una empresa deben valorarse (multiplicarse) por el precio que en cada momento rija en el mercado; en ningún caso debe asignarse un precio cero a los recibidos gratuitamente, ni el precio de adquisición a los comprados en el mercado. Imaginemos a un joven que recibe de sus padres el regalo de 1.000 acciones de una compañía; en el siguiente semestre este joven adquiere 500 acciones de la misma empresa a un precio de 8 euros. Transcurrido otro semestre estas acciones cotizan a 10 euros. El joven debe valorar todas sus acciones (1.500) a su coste de oportunidad, que no es otro que el mayor valor que puede obtener de entre todos los posibles; en este caso el coste de oportunidad es el precio del mercado bursátil (10 euros). Por ello, el valor de la cartera de valores de este joven es de 15.000 euros; si la vendiera por una cantidad inferior, incurriría en un lucro cesante.

La obligación que desde 2005 tienen las centrales emisoras de GEI de entregar a las autoridades unos derechos de emisión significa que los costes variables de tales centrales han aumen-

tado en una cantidad igual al número de derechos multiplicado por el precio del derecho vigente en cada momento.

La Unión Europea establece el reparto gratuito de los derechos de emisión porque tales derechos suponen un aumento de los costes variables, que inciden de modo negativo en la competitividad exterior de los sectores afectados; de no existir dicha subvención, los productos de estos sectores perderían cuota de mercado, ya que la UE importaría productos de países no firmantes del Protocolo de Kioto. La gratuidad de los derechos de emisión compensa, pues, la pérdida de competitividad originada por la internalización de tales derechos.

Cinco efectos del mercado de derechos de emisión

La asignación de derechos de emisión a las centrales eléctricas que emiten GEI y la existencia de un precio para tales derechos generan dos primeros efectos: por un lado, la contaminación producida por estas instalaciones se convierte en un coste económico nítidamente cuantificado; por otro, tal coste es internalizado (tenido en cuenta en sus decisiones económicas) por las centrales contaminantes. Sin embargo, el principal efecto de la incorporación del valor de los derechos de emisión a los costes variables es que tal internalización incentiva la sustitución de tecnologías contaminantes por otras que contaminan menos o que no contaminan (tecnologías limpias). El comercio de derechos de emisión estimula a las empresas a incorporar innovaciones técnicas que reduzcan las emisiones de CO₂. Y esto es así porque los beneficios de las empresas eléctricas aumentan por la diferencia entre los ingresos obtenidos de la venta de los derechos de emisión innecesarios y el coste de los equipos incorporados; si el coste de estos equipos es superior a tales ingresos, la empresa no adquirirá tales equipos. Así, pues, cuando el precio de los derechos de emisión alcanza determinado nivel (y no sólo cuando cambian los precios relativos de los combustibles), el volumen de producción eléctrica de cada tecnología aumenta o disminuye, con lo que se logra el objetivo perseguido de reducir emisiones al mínimo coste.

Además de estos tres efectos, los derechos de emisión producen otros dos adicionales: el encarecimiento de la electricidad y el aumento del beneficio agregado de las empresas generadoras de electricidad, aunque tal incremento se distribuye desigualmente entre las distintas tecnologías.

El cuarto efecto –el encarecimiento de la electricidad– se produce porque la internalización de los derechos de emisión hace que las compañías de generación eléctrica reduzcan (o encarezcan) su oferta: para cada precio, las compañías eléctricas están dispuestas a producir (ofrecer u *ofertar*) menos electricidad o, lo que es equivalente, tales empresas sólo están dispuestas a producir una cierta cantidad de electricidad a un precio más alto que el que hubiera supuesto su producción si no existieran los derechos de emisión. El precio de la producción eléctrica coincide con los costes variables de la última instalación que ha tenido que entrar en funcionamiento para satisfacer la demanda: esta instalación (central o tecnología marginal) es la que determina el precio, al que, por otra parte, se paga toda la electricidad producida, independientemente de los costes en los que incurran las distintas centrales. Aunque la oferta de las instalaciones no emisoras (nuclear y parte de las renovables) no se encarece, los derechos de emisión de los GEI produ-

cen inevitablemente un encarecimiento de la electricidad, ya que la central que fija precio suele ser térmica. Por lo tanto, puede afirmarse que desde 2005 el precio de la electricidad ha crecido por la aparición de los derechos de emisión.

El quinto efecto producido por los derechos de emisión consiste en que los beneficios de las empresas variarán. Si todas las centrales ingresan por cada unidad de electricidad (kWh) el mismo precio, puede concluirse que los beneficios de las centrales eléctricas variarán de modo distinto según cual sea la tecnología con la que operan. Esto es así porque los costes variables de algunas centrales se incrementan y otros no, y porque, entre los costes variables que crecen, unos lo hacen más que otros. Los costes variables de las energías renovables y de la energía nuclear no crecen y los de las restantes tecnologías crecen más o menos, según la cantidad de derechos de emisión que les hayan sido asignados. Si la central que fija precio es una térmica, el precio de la electricidad crece tanto como el valor de los derechos de emisión que le hayan sido asignados a esa central. El beneficio de las distintas centrales térmicas aumentará o no, dependiendo de que la cantidad de derechos de emisión asignados a la central que fija precio sean mayores, iguales o menores que los derechos asignados a la central térmica de la tecnología de que se trate. El beneficio de las instalaciones de generación eléctrica que no emiten GEI aumentará, ya que los costes variables de estas centrales no varían, al no tener asignados derechos de emisión, pero el precio que perciben aumenta en la cuantía equivalente al valor de los derechos de emisión que recibe la central que fija precio. Es evidente que empresas eléctricas que tengan un parque de generación con una presencia relativamente importante de las energías limpias obtendrán mayores beneficios que aquellas otras en cuya potencia instalada predominen las tecnologías térmicas.

Los derechos de emisión en España

El Gobierno español, a través del Real Decreto Ley 3/2006, decidió minorar los ingresos que, en concepto de retribución, perciben las compañías generadoras de electricidad; tal minoración, practicada durante los tres años del primer PNA, se estableció como equivalente al valor de los derechos de emisión de los GEI asignados gratuitamente. Para que esta medida siga vigente en los cinco años del segundo PNA, se promulga el Real Decreto Ley 11/2007. Estos dos Reales Decretos Ley establecen que las empresas de generación eléctrica (pero no las de los otros sectores afectados) deben “devolver los derechos de emisión recibidos gratuitamente”.

Expuestos sumariamente los hechos, cabe preguntarse, en primer lugar, si es razonable que el Gobierno español exija a las empresas eléctricas que devuelvan el valor de los derechos de emisión que habían recibido gratuitamente, diferenciando así a este sector del resto de los sectores afectados. Hay que señalar, primeramente, que es la UE la que establece que los derechos de emisión deben ser asignados gratuitamente a todos los sectores afectados, aunque serán subastados en el PNA (2012-2020). En segundo lugar, el Real Decreto Ley 3/2006 constituye una actuación regulatoria sin precedentes en la UE, ya que la Comisión Europea se ha opuesto a cualquier modificación del valor de los derechos inicialmente asignados a cada instalación. No obstante, dejando a un lado consideraciones jurídicas y judiciales, desde un punto de vista estrictamente económico

hubiera estado justificado que la Comisión Europea hubiera discriminado a la generación eléctrica –no habiéndole asignado gratuitamente los derechos de emisión o, después de haberlo hecho, obligándole a devolverlos–, ya que el sector eléctrico de la UE (y el español aún más), por su aislamiento técnico, no necesita ser subvencionado (recibir derechos de emisión gratuitos) para protegerse comercialmente de la producción eléctrica de un país no firmante del Protocolo de Kioto. Por lo tanto, tiene lógica económica (aunque quizá no tenga fundamento jurídico) que las empresas generadoras tengan que devolver el valor de los derechos gratuitamente recibidos.

¿Por qué las autoridades energéticas de entonces dictaron esta orden ministerial?

En primer lugar, la razón que lleva a adoptar esta medida es hacer frente al denominado déficit tarifario, originado por la negativa de las autoridades energéticas a repercutir sobre los consumidores las importantes alzas de los precios de la producción eléctrica. Una razón adicional es que la subida de precios de la producción eléctrica está ocasionada fundamentalmente por los derechos de emisión, y no por la baja hidraulicidad ni por el elevado encarecimiento de los combustibles, especialmente del gas natural.



© Raga / Prisma

Vista nocturna de Las Vegas. En la página de apertura del artículo, central transformadora en la comarca catalana del Baix Llobregat, y campo de heliostatos en el complejo solar que la empresa Abengoa construye en Sanlúcar la Mayor (Sevilla) y que será capaz de generar suficiente electricidad para una ciudad como la capital andaluza.

Sin embargo, la Orden ministerial ITC/3315/2007, quizá yendo más allá de lo que debe realizar una disposición que aspire exclusivamente a desarrollar el Real Decreto Ley 3/2006, establece que las empresas generadoras en régimen ordinario deben “renunciar a ingresos tales para que las rentas obtenidas por el funcionamiento del mercado de emisiones desaparezcan”, lo que, más que probablemente, es diferente a lo establecido por el Real Decreto Ley 3/2006. Tales devoluciones se exigen tanto a las instalaciones a las que se han asignado derechos de emisión –que son las que emiten GEI– como a las que no contaminan; además, las instalaciones emisoras deben devolver ingresos tanto si emiten muchos GEI como si emiten pocos. Sólo las empresas generadoras en régimen especial están exentas de devolver los beneficios de los derechos de emisión, lo que sólo puede entenderse por razones calificables de populistas.

En segundo lugar, lo importante, sin embargo, es que el Real Decreto Ley 3/2006 no pretende enmendar el error de la Comisión Europea ni, por ello, eliminar el carácter gratuito de los derechos de emisión asignados a la generación eléctrica. Como pone de manifiesto un informe aprobado por la mayoría del Consejo de Administración de la CNE, la Orden ITC/3315/2007 persigue reducir los ingresos de las instalaciones generadoras –emitan o no GEI– en la cuantía derivada de la subida del precio de la electricidad, ocasionada a su vez por la internalización de los costes (derechos) de emisión de GEI. Buena prueba de ello es que, aun cuando las instalaciones emisoras son las únicas que debían haber devuelto ingresos, son todas las centrales de generación eléctrica en régimen ordinario las que lo hacen; por lo tanto, resulta que instalaciones en régimen ordinario que no emiten GEI, y que no han recibido gratuitamente derechos de emisión, devuelven



© Carbon Expo 2008 / Feria de Colonia

Panel de cotización de emisiones en un stand de la Carbon Expo de 2008, celebrada en la ciudad alemana de Colonia.

ingresos. La razón por la que esto ocurrió es que, para el redactor de la Orden ITC/3315/2007, el hecho relevante es el aumento de ingresos de (todas) las empresas eléctricas, provocado por la aparición de los derechos de emisión, y nada más. Estos ingresos, que el Gobierno exige a las empresas generadoras y que utiliza para reducir el déficit tarifario, suelen ser, impropia y peyorativamente, etiquetados de “ingresos sobrevenidos” o *windfall profits*. Resulta obvio que la Administración energética tiene un problema (déficit tarifario) y observa que, como consecuencia de la suscripción por parte de España del Protocolo de Kioto, las empresas eléctricas registran un incremento de beneficios. La Administración y el regulador independiente consideran que una ocasión como ésta no puede desaprovecharse y deciden instrumentalizar el mercado de emisiones para reducir el déficit tarifario acumulado. A este respecto cabe señalar los siguientes puntos.

En primer lugar, en ámbitos profesionales cercanos a la generación eléctrica (en España especialmente) existe una cierta tendencia a contemplar ciertos fenómenos, que están presentes en todos los sectores productivos, como específicos del mundo eléctrico. Uno de estos fenómenos es la existencia de distintos procesos productivos (tecnologías), que presentan estructuras de costes (costes fijos-costes variables) muy diferentes aun cuando el producto obtenido (electricidad) sea uno de los más homogéneos que existen. Con excesiva frecuencia se desconoce o se olvida que el precio de un producto es un atributo de dicho producto, y no de los procesos productivos en los que se obtiene ni de los costes necesarios para obtenerlo. Tres piezas de acero que sean suficientemente iguales tienen el mismo precio, aunque una de ellas haya sido

obtenida en unos altos hornos, otra en una acería eléctrica y la tercera en una moderna acería compacta y aunque los costes de las tres piezas sean bien diferentes; el precio viene fijado por la demanda y por los costes de la tecnología más cara. En la situación de este ejemplo puede ocurrir que los costes de la tecnología más cara aumenten, haciendo lo propio el precio de la pieza y los beneficios de las otras dos tecnologías. A nadie se le ocurre afirmar que los beneficios –tanto los iniciales como los posteriores al encarecimiento de la tecnología que fija precio– que obtienen las otras tecnologías son *windfall profits*; pues bien, las autoridades energéticas que promulgaron la Orden ITC/3315/2007 no sólo lo hicieron, sino que también decidieron que tales beneficios fueran devueltos para paliar el déficit tarifario acumulado. Además de esto, lo que también hicieron fue anular los efectos derivados de la existencia y funcionamiento del mercado de emisiones.

Situaciones como éstas se producen cuando las falacias campan a sus anchas. Falacias son argumentos erróneos, nociones falsas sobre el universo, apreciaciones incompletas de los problemas complejos, errores lógicos, engaños, argumentos erróneos, sofismas, defectos que vician. Aunque son fáciles de descubrir, las falacias sobreviven en los ambientes más respetables y son difíciles de erradicar. Muchos puntos de vista sobre los problemas económicos son falacias.

Los derechos de emisión de los GEI son costes que se han incorporado “con carácter permanente” a las empresas de los sectores afectados. Un incremento del precio del derecho de emisión, que se produzca por la razón que fuere, puede provocar un beneficio en otras empresas, que puede calificarse como se quiera, pero no de *windfall profit*.

“Un instrumento de política ambiental se ha usado perversamente para intentar remediar problemas del sector eléctrico, lo que ha causado graves distorsiones”.

En segundo lugar, en el mercado eléctrico español, en buena parte de las 8.760 horas que tiene un año, las centrales que fijan precio dependen de ciclos combinados que utilizan gas natural importado. Supongamos que por cualquier circunstancia (por alteraciones de los mercados internacionales, por ejemplo) se produce un aumento del precio del gas natural, de modo que el precio de la electricidad se eleva un 10%; como es sabido, con este precio –un 10% superior– se retribuye toda la electricidad, sea producida con una u otra tecnología. Así, las centrales nucleares, las hidráulicas y las de cualquier otro tipo recibirán por la electricidad producida un precio que será un 10% superior al que recibían antes de que se registraran los incidentes internacionales. ¿Pueden catalogarse los beneficios generados por estos mayores ingresos como *windfall profits*? ¿Por qué el Gobierno no exige a las empresas eléctricas que devuelvan –para reducir el déficit tarifario o para otro objetivo tan loable como éste– el incremento de ingresos derivado del mayor precio de la electricidad, que, a su vez, se ha producido por el aumento de uno de los componentes (combustibles) de los costes variables de las centrales marginales? La respuesta a la primera pregunta es “no”; la segunda pregunta debe responderla el Gobierno que promulgó el Real Decreto Ley 3/2006 y, en especial, la Administración energética que dictó la Orden ITC/3315/2007. Si el encarecimiento de la materia prima (gas natural) no es motivo para que el conjunto de los generadores eléctricos sean obligados a devolver los mayores ingresos obtenidos por vender más cara (al nuevo precio de la tecnología marginal) la electricidad que producen, tampoco debe serlo la existencia, o el aumento, de otros costes variables como son los derechos de emisión.

En tercer lugar, si se promulgan medidas (como los Reales Decretos Ley 3/2006 y 11/2007 y la Orden ITC/3315/2007) que combaten los efectos de la internalización de los costes de emitir GEI, la sociedad no recibe indicación alguna de cuál es el coste de producir electricidad con tecnologías contaminantes, lo que impide, por un lado, que el mercado sancione a las tecnologías más contaminantes por producir a un precio superior al de las no contaminantes e impidiendo también que los consumidores reciban la señal del coste de producir esa electricidad, que incentivaría un uso eficiente de la misma. Si la internalización del coste social del CO₂ se cerceña, desaparece el incentivo para invertir en tecnologías que sean eficientes medioambientalmente, con lo que se rompe la lógica del sistema de comercio de emisiones que persigue facilitar el cambio tecnológico. La Orden ITC/3315/2007 atenta directamente contra el objetivo de promover e impulsar tecnologías menos o nada contaminantes, pues esta norma establece que los que no emiten CO₂, o lo emiten en menor medi-

da –como los ciclos combinados–, deben contribuir a sufragar los costes contaminantes de los que más contaminan.

Puede concluirse que un instrumento de la política medioambiental se ha utilizado perversamente para –intentar, sólo eso– remediar problemas existentes en el sector eléctrico. El resultado ha sido que se han provocado graves distorsiones en el sector eléctrico (que no se abordan en este escrito) y se ha inutilizado un instrumento muy importante de la política medioambiental. Demasiados y graves despropósitos causados por la voluntad de no trasladar a precios finales los mayores costes de la energía: los mayores costes de las energías primarias y los nuevos costes internalizados de las emisiones de GEI. Para rectificar y para que no vuelvan a producirse tales despropósitos, sería bueno analizar cada uno de los eslabones del proceso de elaboración de las normas; en esta cadena, a lo peor, nos encontramos con un inexistente, o deficiente, análisis de las normas o con una desequilibrada correlación de fuerzas entre dos departamentos ministeriales. ¿Hubiera impedido el Ministerio de Medio Ambiente, si hubiera podido, la promulgación de los Reales Decretos Ley 3/2006 y 11/2007 y, sobre todo, de la Orden ITC/3315/2007? En el caso de que la respuesta a este interrogante sea negativa, ¿se hizo oír el Ministerio de Medio Ambiente en la mesa del Consejo de Ministros?

En cualquier caso, debe quedar manifiestamente claro que la Orden ITC/3315/2007 establece que una parte de la factura contaminante está siendo soportada por las tecnologías menos o nada contaminantes.

En definitiva, el comercio de derechos de emisión supone la internalización de los costes medioambientales derivados de emitir GEI, provocando con ello un incremento de los costes de generación eléctrica. Estos efectos incentivan un comportamiento más racional de los consumidores eléctricos y, además, incentivan una mayor inversión en energías renovables y, en especial, en tecnologías poco emisoras. Sin embargo, en España se han cometido al menos tres errores a la hora de poner en funcionamiento el mercado de emisiones. En primer lugar, los derechos de emisión asignados a las empresas de generación eléctrica no deberían haber sido concedidos gratuitamente. En segundo lugar, a la hora de paliar el reparto gratuito de tales derechos, la detracción debía haber consistido en que los agentes asignatarios devolvieran el valor de los mismos, sin que la devolución afectara a las centrales que no recibieron derechos y que no emiten GEI. En tercer lugar, la detracción de ingresos no debería haberse utilizado para evitar las subidas de precio de la electricidad, pues haciéndolo, como se ha hecho, desaparecen los efectos sobre el consumo eléctrico. 

El objetivo de las políticas medioambientales tiene que ir más allá del mero diseño de incentivos monetarios para influir sobre el componente racional de los individuos, y adentrarse en los mecanismos que transmiten los patrones de comportamiento.

¿Pueden ayudarnos las políticas?

Texto **Eric Suñol** Economista

Hasta hace poco, en EE.UU. triunfaban los grandes vehículos todoterreno, de gran cilindrada y baja eficiencia. En Europa también proliferaron estos vehículos, pero nunca se llegó a la gran aceptación del mercado americano. Con los repuntes del precio del petróleo de los últimos dos años y la llegada de la crisis, los hábitos de consumo se han invertido y los fabricantes tienen ahora grandes dificultades para vender sus *stocks*, mientras que aumenta la demanda de coches de menor consumo. El argumento habitual para justificar la disparidad entre eficiencias medias de vehículos a uno y otro lado del Atlántico ha sido que el precio final del combustible es más barato en EE.UU. por su menor fiscalidad. Esta explicación parece adecuada, pues supone que los consumidores calculan los costes de utilizar el vehículo durante el periodo de propiedad, y los sobrecostes de una menor eficiencia de combustible se ven compensados por otros criterios, tales como el estético, el de confort o el de prestigio. Se puede afirmar que el consumidor está siendo racional en su elección. Por tanto, para reducir las emisiones contaminantes se puede diseñar una política encaminada a aumentar el precio de los combustibles, o simplemente esperar a que el precio internacional del petróleo se vuelva a poner por las nubes. Pero, ¿es esto todo lo que se puede hacer?

Las políticas de mitigación del cambio climático se centran en la corrección del coste externo (la externalidad) que produce la quema masiva de combustibles fósiles a través de la acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera. El productor contaminante no paga los costes externos de su actividad, por lo que produce y contamina más de los que le conviene a la sociedad y a su medio ambiente. En estos casos, la asignación del mercado es incorrecta, porque no considera dos problemas: el primero es que los incentivos no están bien alineados para conseguir la asignación adecuada –el productor contaminante tiene el incentivo de producir y contaminar más para poder así enriquecerse–, y el segundo es que los individuos no obtenemos información sobre las consecuencias de nues-

tras actividades –sean éstas producir productos contaminantes o consumirlos.

En las últimas décadas se han popularizado las políticas basadas en los llamados mecanismos de mercado: modificar los costes relativos de aquellas actividades y productos contaminantes para hacerlos menos atractivos. Estos mecanismos de mercado son generalmente considerados preferibles a una regulación de control directo de precios porque, en teoría, se preserva la eficiencia asignativa del mercado. La implementación del mercado de emisiones de la UE, que durante los primeros años sufrió algunos sobresaltos debido sobre todo a asignaciones de derechos demasiado generosas, o los impuestos de matriculación de vehículos basados en función de las emisiones¹ de CO₂ que están implantando varios países de la UE, son algunos de los ejemplos de mecanismos de mercado que se han implantado en los últimos años. Con menor o mayor éxito, estas políticas han contribuido a “internalizar” el coste externo, presente y/o futuro, de las actividades contaminantes; el productor debe pagar por lo que contamina, por lo que el incentivo para producir más se ve reducido por el coste de contaminar.

El trabajo de un regulador que atendiera sólo a los incentivos monetarios acabaría aquí. Sin embargo, el regulador tiene más herramientas a su disposición, aunque en ocasiones aún no lo sepa. En efecto, las asignaciones de mercado son incorrectas también por la falta de información que tienen los individuos que intervienen en él. El individuo perfectamente racional e informado, el llamado *homo economicus*, que sólo reacciona a incentivos monetarios en su proceso de elección, es tan solo una simplificación de la realidad, con el fin de explicar algunos de sus aspectos fundamentales. El comportamiento individual es más complejo, y el regulador puede influir en él para que sea más sostenible sin utilizar incentivos monetarios y aun preservando la libertad de elección.

Recientes avances en la neurología y la psicología social muestran regularidades en el comportamiento humano que pueden servir de base para un nuevo modelo de comporta-





©Dane Andrew / ZUMA / Corbis

Arnold Schwarzenegger, gobernador de California, firma una orden para la construcción de una red de suministro de hidrógeno en las autopistas de este estado norteamericano. Universidad de California, abril de 2004.

miento que desplace al tradicional modelo de elección racional. Los individuos no sólo razonan, sino que también se guían por valores culturales y principios tales como la reciprocidad en las interacciones. De hecho, la ciencia económica reconoció ya hace mucho que la destrucción de un recurso natural puede ser perfectamente racional². El objetivo de las políticas medioambientales tiene que ir, por tanto, más allá del diseño de incentivos monetarios para influir en el componente racional de los individuos, y adentrarse en los mecanismos que transmiten los patrones de comportamiento en una sociedad. La corrección de externalidades con mecanismos de mercado es importante en muchos casos, como la imposición de costes a las industrias contaminantes, pero puede ser insuficiente para encaminar el comportamiento de los individuos hacia la sostenibilidad. Si la cultura afecta al comportamiento, las políticas públicas deben incidir sobre los patrones culturales para lograr un comportamiento cooperativo dirigido hacia la sostenibilidad.

De hecho, la creciente literatura en economía experimental muestra que la imposición de incentivos monetarios puede tener un efecto perverso y limitar el comportamiento cooperativo. Por ejemplo, ofrecer dinero por donaciones de sangre provocaba un descenso en las donaciones³, o la exposición a símbolos de dinero durante los experimentos lleva a los individuos a asignar menos fondos a fines benéficos⁴. Y es que el ser humano tiene una habilidad innata para cooperar con desconocidos, muy superior a los demás primates. Durante la mayor parte de su historia, la especie humana se ha visto obligada a

cooperar en grupos para sobrevivir. La cooperación internacional entre culturas heterogéneas es más compleja que la cooperación dentro de una misma tribu. Sin embargo, la historia muestra también ejemplos de éxito en cooperación internacional como el Plan Marshall o el Protocolo de Montreal. De hecho, en todos estos casos se demuestra que es más fácil acordar acciones inmediatas que objetivos cuantitativos a largo plazo, como se hizo, por ejemplo, con los del Protocolo de Kioto. Como sugiere Schelling⁵, las acciones son observables, mientras que los objetivos lejanos no lo son.

El libro *Nudge*⁶, publicado el pasado año, es una buena introducción para el público general a varios de los aspectos del comportamiento humano que están introduciéndose en las ciencias sociales. El libro aporta numerosos ejemplos de políticas que se han llevado –o podrían llevarse– a cabo con el (ambicioso) objetivo de facilitar la vida del ciudadano, y hacerlo más feliz y sostenible. En el caso de la reducción de emisiones de CO₂ de vehículos, se propone, por ejemplo, que se obligue a mostrar el factor de emisión de cada coche en su publicidad (medida que ya se aplica tímidamente en la UE), o incluso que sea visible en el exterior del coche. Se sugiere también que el impacto medioambiental del ciclo de vida de los productos sea estimado y publicado en Internet para que todo consumidor potencial pueda conocer, si lo desea, las consecuencias de su consumo. Evidentemente, las políticas que pueden ayudarnos a conocer las consecuencias de nuestras acciones y las de los demás no aseguran que tomemos la opción más sostenible en cada una de nuestras decisiones, pero sí contribuyen a la concienciación de la sociedad y facilitan comportamientos cooperativos en cuestiones con consecuencias que no son evidentes a simple vista. ¿Cómo se ha conseguido reducir el tabaquismo en los últimos años? Aumentando el precio de los cigarrillos, pero también dando a conocer sus impactos a largo plazo.

Para combatir el cambio climático va a ser necesaria una profunda implicación colectiva, que deberá ser liderada o inducida por multitud de agentes sociales y políticos; la ciudadanía debe ser guiada –no mandada– para que pueda actuar con conocimiento de causa en la dura transición hacia una economía baja en carbono. Sólo podremos alcanzar una sociedad sostenible con la cooperación de una gran mayoría de los individuos que la integramos, y para lograr esta cooperación será necesario mucho más que los incentivos monetarios. **M**

Notas

- ¹ Se pueden entender los impuestos de matriculación de vehículos en base a las eficiencias de emisión como mecanismos de mercado indirectos, pues no corrigen la externalidad directamente aumentando el precio de la contaminación, sino que cargan un sobrecoste inicial a los vehículos menos eficientes, que contaminarán más durante su vida útil.
- ² Clark, C., Clarke, F., y Munro, G. (1979). "The optimal exhaustion of a renewable resource: problems of irreversible investment", *Econometrica*, 47.
- ³ Titmuss, R. (1971). *The gift relationship: from human blood to social policy*. Pantheon Books, Nueva York.
- ⁴ Vohs, K., Mead, N., y Goode, M. (2006). "The psychological consequences of money", *Science*, 314.
- ⁵ Schelling, T. (2002). "What makes greenhouse sense?", *Foreign Affairs*, 81.
- ⁶ Thaler, R., y Sunstein, C. (2008). *Nudge: Improving Decisions about Health, Wealth and Happiness*. Yale University Press.

La sociedad mira con ilusión las energías renovables como solución al cambio climático y a la dependencia del petróleo y del gas natural. Las renovables pueden entrar en el sistema energético como fuentes primarias o bien tener aplicación en el uso final.

El lento camino hacia las energías renovables

Texto **Emilio Menéndez** Ingeniero de Minas.
Departamento de Ecología de la Universidad Autónoma de Madrid

La Comisión Europea ha consensuado que en el año 2020 las energías renovables sean el 20% de nuestro consumo energético; en principio esto es poco si pensamos como evolucionará el clima en este siglo, pero es un buen salto si reconocemos que en la actualidad estamos en un 8% de participación, tanto en lo referente a la media europea como al dato español. Se propone que los biocombustibles líquidos supongan a esa fecha un 10% de los combustibles de automoción y transporte, y que incrementemos las aplicaciones de la energía solar y la biomasa en procesos de aporte de calor; pero el gran esfuerzo adicional es conseguir que al menos el 40% de la electricidad sea de origen renovable. Vamos a centrar la reflexión en este apartado. La generación de energía con renovables en España supone ya el 20% del total de la electricidad.

Los primeros desarrollos del sistema eléctrico fueron con una energía renovable, la hidráulica, cuyo despliegue a veces presentó aspectos negativos sociales y ambientales. En la actualidad supone casi el 10% del total de generación en España y no hay posibilidades de aumentar su presencia de forma significativa; hay que señalar que a nivel mundial sólo se recupera el 30% del potencial hidráulico disponible. La cuestión de su despliegue está ahí, y son de todos conocidos algunos ejemplos como el de la presa de Las Tres Gargantas en China, con en su doble potencial repercusión: positiva y negativa.

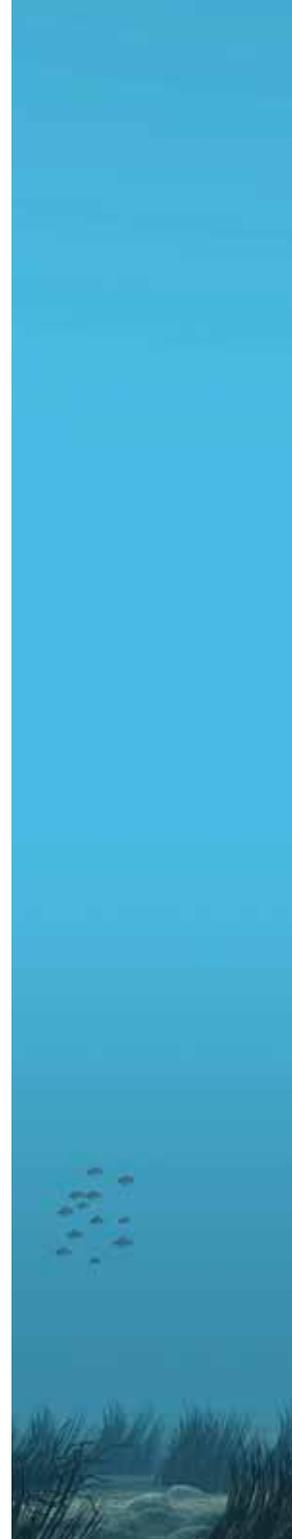
En la actualidad es la energía eólica la que se nos presenta como gran opción de desarrollo. En España ha sobrepasado en aportación de electricidad a la hidráulica. Actualmente, disponemos de 15.000 MW de potencia instalada en parques eólicos y debiéramos doblar esa cifra para el año 2020 y llevarla a unos 50.000 MW en el año 2030; para esta segunda fecha el coche eléctrico puede estar integrado en la movilidad urbana y podría ser recargado con electricidad en buena parte de origen eólico.

Tener más potencia eólica implica, en primera instancia,

disponer de más parques y más aerogeneradores. Esto choca con ciertas sensibilidades, puesto que –hay que reconocerlo– existe una agresión al paisaje. Los parques eólicos se han extendido ya en algunas regiones: Navarra, La Rioja, Galicia, Castilla y León y Castilla-La Mancha. En otras, hay menos parques por varias razones, entre ellas, porque el ciudadano urbano, cuando sale expulsado el fin de semana de su gran metrópoli, quiere ver “el campo limpio de molinillos”.

Una primera reflexión es que los parques eólicos actuales están donde hay buen viento, y sería conveniente aprovechar más esos emplazamientos; en ese sentido, una solución es retirar los aerogeneradores pequeños en ellos instalados –de entre 0,150 y 0,660 MW de potencia– y sustituirlos por las máquinas que hoy son comerciales –de 2 MW de potencia unitaria. De este modo se incrementaría la actual potencia instalada con los actuales parques y quizás se alcanzarían los 25.000 MW sin nuevas ocupaciones de terreno. Muchas de esas instalaciones ya están amortizadas o lo estarán pronto y, por tanto, no hay una pérdida económica como tal con la realización de ese cambio, aunque sí que es cierto que se dejaría de ganar el ingreso que seguirían dando si se mantuvieran junto con las nuevas instalaciones; pero los promotores eólicos me suelen decir que ellos no construyen los parques para hacerse muy ricos, sino por su vocación ambiental.

Esto no obsta para que haya que buscar nuevos emplazamientos, y entre ellos aparecen los marinos, a unas millas de la costa; en ese caso, habría que evitar las incidencias ambientales, como, por ejemplo, la afección de las praderas de *Posidonia*. Es preciso que haya estudios detallados de impacto ambiental y que los proyectos consigan una aceptación ciudadana amplia. A ese respecto, hay que decir que ver un molinillo en el mar desde la terraza de un hotel –para lo cual se precisa buena vista y un día muy claro– nos debería hacer pensar que está ahí porque nosotros gastamos y derrochamos mucha electricidad.





© Iberdrola

Molino de generación submarina de electricidad, perteneciente a un proyecto de energía de las mareas desarrollado en Escocia e Irlanda del Norte.

Otra cuestión de un amplio desarrollo eólico es la necesidad de soportar la red eléctrica frente a las oscilaciones de esta energía y los condicionantes de su transformación. Por un lado, es conveniente ampliar las redes de conexión –en nuestro caso con Francia– de forma que esos potenciales problemas se minimicen en una red más amplia. Por otro lado, hay que contar con generación térmica de rápida respuesta, bien ciclos combinados de gas natural o bien centrales de carbón de nuevo diseño; las primeras son más limpias y rápidas en su respuesta, y las segundas son más seguras en la disponibilidad del recurso energético primario, no hay problemas en el abastecimiento de carbón, pero si en el de gas, por lo que habría que contar simultáneamente con ambas soluciones.

Más arriba se ha mencionado el dinero. Las energías renovables precisan de primas para entrar en el sistema eléctrico, o que a las energías convencionales les carguemos sus costes ambientales. Las emisiones de CO₂ ya tienen asignado un valor, quizás todavía bajo y además sujeto a las

oscilaciones del mercado; pero con él los costes de generación de la electricidad desde parques eólicos o con centrales de carbón son similares, y podríamos pensar que ya no se precisan esas primas que han hecho que los parques eólicos se multipliquen; este es un tema de discusión y reflexión que no se puede olvidar.

La electricidad eólica no crece en países menos desarrollados y con mucho viento porque no pueden pagar primas; es el caso de África noroccidental o del Cono Sur americano. En ambos entornos hay intereses sociales y económicos españoles, y deberíamos pensar en cómo colaboramos para extender en ellos la energía eólica. Superar en España los 50.000 MW de producción eólica no es fácil por razones técnicas, pero sí que es factible hacerlo en esos países, donde se ahorrarían tantas emisiones de CO₂ como aquí. Ahora bien, parte de los costes los tenemos que cubrir desde aquí, desde España y desde los países que integramos el mundo desarrollado, ese que comprende la OCDE.

En la actualidad las personas amantes de la energía eólica hablan de llegar a 1.000.000 MW en el mundo en el año 2030, y esto supondrá un 7% de la demanda de electricidad prevista para esa fecha. ¿Por qué no nos planteamos el reto de que esa potencia instalada sea cuatro veces más? Sería factible y ya andaríamos por un 30% de electricidad renovable. Habría que conectarla con sistemas hidráulicos para establecer un sistema eléctrico más fiable. Y aquí volvemos a lo que se decía al principio: que hay ríos disponibles en los que, eso sí, hay que hacer bien las cosas y no como siempre. Sintamos “*el vent del món*” quizás escuchando, además, aquellas voces.

La energía solar para generación eléctrica es todavía una solución de muy elevada inversión; en España avanza porque podemos asignarle unas primas significativas, pero en esos países del Sur, con sol y grandes entornos, no hay instalaciones porque no disponen de recursos económicos para apoyar la inversión o para pagar las primas. Aquí, antes que hablar de cooperación hay que hacerlo de investigación y desarrollo; debiéramos tener un “Programa Solar de I+D”. Somos el país del sol, no sólo en las playas, sino además en centros de investigación y en empresas. Las energías renovables suponen unos 100.000 empleos en España, de ellos las actividades relacionadas con la energía solar representan unos 20.000; ya hay un buen camino iniciado.

En Europa, España incluida, quizás lleguemos al 40% de electricidad renovable entre el año 2020 y el 2030, pero a escala mundial no se va a alcanzar; ahora bien, a efectos ambientales sería mejor que en esa segunda fecha hubiéramos conseguido un 30% de electricidad renovable en el mundo frente a que en el 2020 llegáramos al 40% sólo en Europa, aparte del 25% que propone el presidente Obama para Estados Unidos.

La “nueva era”, esa que queremos dibujar, ahora debería pasar por la cooperación, aunque esto sea más fácil de decir que de hacer. El cambio climático es un problema global y las soluciones han de ser globales, evidentemente cumpliendo nuestra parte también. 



Ciudades, energía y cambio climático

Adaptarse al nuevo medio

Aun suponiendo que tengamos éxito en estabilizar las emisiones de gases de efecto invernadero, se producirán cambios considerables en el clima mundial durante el resto del siglo y más allá. Es esencial que desarrollemos políticas para adaptarnos a este cambio.

Cambio climático: un reto y una oportunidad

Texto **Anil Markandya**

Centro Vasco para el Cambio Climático

Se habla mucho del “calentamiento global” y de cómo nos va a afectar a todos, de cómo lo provocan los llamados gases de efecto invernadero, que son (mayoritariamente) producto de las actividades humanas, y de cómo tenemos que tomar medidas para reducir dichos gases si queremos contener la extensión de este calentamiento global.

Hay que perdonar al ciudadano honesto, enfrentado al creciente número de artículos y discusiones sobre este tema, si está a la vez preocupado y sin saber qué puede hacer. Creo que todos tenemos razón al sentirnos preocupados por el fenómeno popularmente conocido como “calentamiento global”, pero al que habría que referirse con más precisión como “cambio climático” (porque se trata de algo más que del mero aumento de las temperaturas y, de hecho, ni siquiera estamos seguros de que todas las regiones vayan a experimentar un aumento de las temperaturas: bajo algunas circunstancias incluso podemos experimentar un enfriamiento de las mismas). En cuanto a las acciones que se pueden emprender, creo que existen consejos razonables que se pueden dar a individuos y gobiernos.

Primero consideremos las razones para estar preocupados. La mejor forma de resumirlas es señalando que nuestro planeta no ha sufrido nunca un “experimento” como el que estamos presenciando en la actualidad, en el que la emisión continuada de gases de efecto invernadero (principalmente CO₂, pero también metano y óxidos nitrosos y algunos más) está contribuyendo a la creciente concentración de estos gases. Esta situación se espera que aumente las temperaturas medias globales, que provocará un alza de los niveles del mar al derretirse los casquetes polares. Los científicos también predicen que los cambios en la concentración de gases invernadero tendrán consecuencias mucho más amplias, como sequías en unas regiones e inundaciones en otras. Si bien se comprende de forma general que esos acontecimientos van a tener lugar, el problema es que nos enfrentamos a grandes incertidumbres sobre cuáles serán las magnitudes de sus efectos. Más aún, nuestra habilidad para predecir lo que va a ocurrir a nivel local –en una región como Cataluña, por ejemplo– es incluso

menor que las proyecciones que podemos elaborar a nivel global. Podemos hacernos una idea de hasta dónde llega nuestra incertidumbre sobre el impacto del aumento de la concentración de gases de efecto invernadero al considerar el rango de las consecuencias posibles que serían el resultado de doblar dicha concentración. La concentración actual se encuentra en los niveles de unas 350 partes por millón (ppm). Si no tomamos medidas para reducir las emisiones de los gases más relevantes, esta duplicación se alcanzará mucho antes del final de este siglo. Con semejante aumento, el incremento de la temperatura media global puede situarse en el rango de 2 a 4,5° C con una estimación optimista de 3° C, y es muy improbable que esté por debajo de 1,5° C. No se pueden excluir valores sustancialmente superiores a 4,5° C.

El Grupo Internacional sobre Cambio Climático (IPCC por sus siglas en inglés, la institución científica de más autoridad en la investigación sobre el clima) da una probabilidad del 17% de que S sea sustancialmente superior a 4,5° C. Y, basándose en el seguimiento de la distribución de los posibles cambios, existe una probabilidad del 2% de que S sea mayor a 8° C. Un incremento semejante no ha tenido lugar durante decenas de millones de años e implicará un desastre para el planeta.

Esta incertidumbre es lo que hace más necesaria la acción. No podemos correr el riesgo de legar a las futuras generaciones (empezando por nuestros nietos) un mundo que pueda estar tan seriamente dañado. Afortunadamente, hay acciones que podemos emprender para evitar este riesgo. Las investigaciones recientes muestran que si las concentraciones se estabilizan alrededor de 550 ppm, el esperado aumento en la temperatura es muy improbable que supere los 3° C. Aunque esto no excluye completamente la posibilidad de un aumento mucho más importante, la hace extremadamente pequeña. Ahora bien, para conseguir una estabilización en esos valores, las emisiones de gases tienen que llegar a su cenit en 2020 y después empezar a caer hasta un nivel que debe ser un 10% menor de lo que lo son en la actualidad. El reto para conseguirlo es de la mayor importancia. Si dividimos el mundo, en

“Las inversiones en infraestructuras que han de perdurar 50 años o más deben hacerse teniendo en cuenta los inminentes cambios en temperatura, precipitaciones, elevación del nivel del mar...”

líneas generales, entre países desarrollados y países en vías de desarrollo, las emisiones de estos últimos crecen con mayor rapidez que las de los primeros, y ellos alegan en su defensa, de forma bastante justificable, que necesitan aumentar las emisiones si quieren alcanzar el mismo nivel de vida que tienen los países desarrollados. Hay que recordar que más de 1.600 millones de personas no disfrutan de electricidad en el mundo en desarrollo. Así, si queremos satisfacer sus ambiciones y al mismo tiempo alcanzar la meta de no superar el aumento de la temperatura media global de 3° C, los países desarrollados deben recortar sus emisiones en un 60-80% hasta 2050 en función de los niveles en 1990. Al mismo tiempo, los países en vías de desarrollo (especialmente los de crecimiento rápido como China, India y Brasil) también deben empezar a emprender acciones para controlar las emisiones, de manera que su total no sea, al menos, superior en 2050 a lo que lo son en la actualidad.

¿Se puede conseguir? Se trata de un reto a muchos niveles. En primer lugar, y lo más importante, debemos preguntarnos si esos recortes en las emisiones se pueden lograr a un coste razonable, donde “razonable” se puede interpretar como un coste que la sociedad esté dispuesto a pagar. Aquí la respuesta es bastante positiva. La mayoría de los estudios muestran que el objetivo se puede conseguir a un coste del 0,5% al 2,0% del PIB en 2050. Pero no debemos subestimar la tarea. Implica nada menos que una transición completa de la energía que se emplea, de una economía basada en el combustible fósil a una que dependa sustancialmente de fuentes renovables. Evidentemente, seguiremos utilizando combustibles fósiles durante algún tiempo más, y es importante que se haga con mayor eficiencia que en la actualidad. Es necesario emprender acciones en muchos frentes, que van desde el aumento de la eficiencia energética de las tecnologías actuales hasta la adopción de tecnologías nuevas y mejoradas que utilicen energía eólica, solar, hidrúrica, etc. Y, más tarde, tecnologías basadas en el hidrógeno y en la fusión. También tiene que desempeñar un papel la mejora en la gestión de los ecosistemas que almacenan carbono, para que se pierda menos a través de la deforestación y las prácticas agrícolas que no son sensibles a la gestión del carbono.

Pero, aunque algo sea técnica y económicamente posible, eso no significa que sea adoptado. En economías modernas y sofisticadas como la nuestra, los grupos producen y utilizan diferentes tecnologías y son responsables de la forma en que se explotan los ecosistemas, de manera que es necesario darles las indicaciones adecuadas para que actúen para desarrollar y cambiar las tecnologías. Ahí es donde se unen la ciencia

de la economía y la ingeniería o gestión de los ecosistemas. En un marco interdisciplinario necesitamos estudiar cómo diseñar los instrumentos adecuados. En la actualidad se pone un énfasis considerable en las opciones “basadas en el mercado”, como el permiso para comerciar con los derechos de emisión de los gases de efecto invernadero. El incentivo para adoptar tecnologías bajas en carbono se crea mediante la limitación del número de derechos que se emiten y el comercio asegura que la reducción general de emisiones se realiza al menor coste posible. Otra opción es el uso de un impuesto del “carbono”, que también han adoptado algunos países. Otros instrumentos políticos incluyen subsidios a los desarrolladores y usuarios de tecnologías bajas en carbono, parámetros de eficiencia en el diseño de edificios, etc. Estos instrumentos crean oportunidades tremendas para los que se preocupan de explotarlas. Van desde inversiones en el desarrollo de tecnologías renovables hasta descubrir formas de hacer dinero en el mercado de intercambio de emisiones, pasando por la creación de nuevos productos destinados a los consumidores que son conscientes de su “huella de carbono”.

El otro reto para alcanzar esta meta es conseguir un acuerdo internacional. Esto se persigue principalmente a través de la Convención Marco sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas (UNFCCC, por sus siglas en inglés). El acuerdo actual (el Protocolo de Kioto) finaliza en 2012 y la búsqueda de un nuevo tratado se persigue activamente. La reunión de este año en Copenhague será un acontecimiento fundamental para conseguirlo. Dos de los objetivos más importantes de cualquier nuevo acuerdo será la inclusión de los Estados Unidos y el compromiso de los países en desarrollo para establecer algunos objetivos sobre sus emisiones.

Hasta el momento el foco de la discusión han sido las medidas para reducir los gases de efecto invernadero, que recibe en los debates sobre el clima el nombre de mitigación. Pero incluso aunque tengamos éxito en alcanzar el objetivo de la estabilización de las emisiones en 550 ppm, se producirán cambios considerables en el clima mundial durante el resto del siglo y más allá. Por eso es esencial que desarrollemos políticas para adaptarnos a este cambio. Esta adaptación presenta múltiples dimensiones. Las inversiones actuales en infraestructuras que deben perdurar durante cincuenta años o más deben hacerse teniendo en cuenta los cambios inminentes en el clima: temperatura, precipitaciones, etc. Regiones con peligro de inundación como resultado de la elevación del nivel del mar y un aumento de las precipitaciones necesitan ser desarrolladas y recibir una protección adecuada, teniendo en cuenta dichas circunstancias. Es posible que aumente la incidencia de ciertas



© Theo Allofs / Corbis



Lecho de un lago seco en el desierto de Namibia. En las páginas anteriores, el glaciar Triftgletscher, en los Alpes suizos, en dos imágenes tomadas en los meses de agosto de 2002 y 2003, que revelan claramente su retroceso.

enfermedades cuando las condiciones ambientales favorezcan a algunos vectores transmisores de infecciones y cuando fenómenos tan extremos como la oleada de calor de 2003 se vuelvan más frecuentes; las acciones para proteger al público de semejantes impactos son esenciales. Finalmente, podemos esperar cambios en la agricultura, cuando las condiciones de sequía dificulten algunos cultivos y favorezcan el crecimiento de otros. Todo esto requiere investigaciones basadas en las políticas que es necesario aplicar para minimizar el impacto negativo del clima sobre las personas y la sociedad.

Como ha mostrado este artículo, existe una importante agenda de investigación asociada al cambio climático. En el primer lugar de la lista se encuentra la ampliación de nuestro conocimiento sobre las causas y las consecuencias del cambio, para que podamos planificar a partir de un abanico más estrecho de posibilidades. En segundo lugar, se encuentra la investigación para el desarrollo de nuevas tecnologías que desplacen nuestras economías hacia una base baja en carbono (e incluso libre del mismo). En tercer lugar, necesitamos comprender qué instrumentos tienen el mejor resultado para proporcionar los incentivos más ajustados en cuanto al coste y más equitativos para realizar este movimiento. En cuarto lugar, existe un programa de investigación principal para concebir los acuerdos internacionales que sean aceptables para todas las partes, y que sean verificables y estables. Y, finalmente, necesitamos un mejor conocimiento de los impactos del cambio climático sobre los individuos y sobre la sociedad, para que se puedan introducir las medidas de adaptación correctas. Como se podría esperar, debido al tamaño del pro-

grama de investigación, muchas instituciones están comprometidas con la tarea, incluida aquella de la que soy director.

El Centro Vasco para el Cambio Climático (BC³) fue creado en septiembre del pasado año y se centra principalmente en los aspectos socioeconómicos y de adaptación del cambio climático. Actualmente estamos trabajando en políticas de adaptación de las áreas de la salud y de la agricultura, en medidas para reducir las emisiones procedentes de la deforestación y en el diseño de políticas de mitigación. El BC³ también está activamente relacionado con instituciones en India y China para comprender mejor los costes del cambio climático en aquellos países. Finalmente, el Centro trabaja en la definición de las consecuencias más próximas del cambio climático en el País Vasco, y, en un ámbito más general, en España, para que se puedan introducir las medidas de adaptación correctas. En este aspecto, nuestro interés se centra en la disponibilidad cambiante de los recursos hídricos.

Ningún centro puede tener la esperanza de enfrentarse a todos los problemas importantes del cambio climático y, aun así, es esencial que cada uno trabaje reconociendo el trabajo de los demás, de manera que no se dupliquen esfuerzos y se gane con la cooperación siempre que sea posible. Por esta razón, el BC³ está activamente relacionado con muchas instituciones europeas que trabajan sobre temas relacionados con el clima en España, Italia, Noruega y Estados Unidos. Nuestros investigadores están muy motivados y convencidos de que estamos trabajando en uno de los problemas más importantes a los que se enfrenta la humanidad, con la esperanza de hacer una pequeña contribución a su resolución. **M**

Los objetivos en materia de energías limpias, lejos de ser un freno para salir de la actual crisis, resultan una extraordinaria oportunidad. Se conocen la meta y las etapas, pero hará falta coraje y liderazgo político decidido.

La revolución de las inversiones verdes

Texto **Luis Picas Asmarats** Grupo Santander Asset & Capital Structuring

De energías verdes hemos pasado a economía verde. En el World Economic Forum celebrado en enero de 2009, en plena crisis, se acuñó un nuevo término: *green investing*¹. Existen todavía ciertas incertidumbres al respecto, y me vienen a la cabeza tres. La primera es el futuro del Protocolo de Kioto: ¿qué acuerdos se tomarán en Copenhague, a finales de 2009? No es un punto final, sino que abrirá una nueva etapa. Frente a los actuales acuerdos que concluyen en 2012, el actual Protocolo de Kioto favorece respuestas y medidas sólo a corto plazo para la lucha contra el cambio climático. El nuevo acuerdo de Copenhague permite respuestas con objetivos estratégicos a largo plazo, con horizontes incluso más allá del año 2020.

La segunda incertidumbre está, en parte, despejada por el acuerdo de Bruselas del pasado 17 de diciembre. El famoso paquete de energía y clima contiene un ambicioso compromiso de alcanzar un 20% de energía renovable en el periodo 2012-2020, un desafío que implicará un fuerte impulso de innovación para alcanzar la madurez de estas tecnologías. Falta por despejar la incógnita de qué incentivo recibirán las energías renovables. La otra parte del acuerdo es el objetivo de reducción de emisiones en un 20%, que en Copenhague pasaría a ser de un 30%, con unos mercados de carbono en que el sector energético acudirá a la subasta de permisos.

Por último, nos encontramos en una coyuntura económica compleja de falta de liquidez y crisis financiera. En este contexto, nos enfrentamos a ambiciosos objetivos ambientales. ¿Qué respuestas se están dando a este doble desafío? Quizás algunas empresas retrasen ciertas decisiones, sobre todo a corto plazo, para avanzar hacia economías bajas en carbono. Desde el punto de vista de los analistas de riesgos de inversión, el cambio climático es un riesgo a largo plazo. En este campo podemos hablar de una revolución de las inversiones².

Por primera vez, la política energética forma parte de un todo junto con la política del clima. En este paquete de energía y clima las energías renovables desempeñarán un extraordinario papel. Los objetivos en materia de energías limpias, lejos de ser un freno para salir de la actual crisis, resultan una extraor-

dinaria oportunidad. Sabemos cuál es la meta, incluso las etapas, pero necesitaremos coraje y un liderazgo político decidido que permita despejar incertidumbres para que se puedan tomar decisiones sobre qué ruta escoger para alcanzar la meta.

Existen incentivos para el desarrollo de las energías renovables, también, en países en desarrollo. La reducción de emisiones que se logran en estos países gracias a proyectos basados en energías renovables puede computarse como reducción adicional para los países desarrollados promotores de dichos proyectos. Nos referimos a los mecanismos de desarrollo limpio (MDL) que generan certificados de reducción de emisiones (CER, por sus siglas en inglés) que pueden cubrir las necesidades de derechos de emisión asignados por la Unión Europea (EUA, por sus siglas en inglés) en países desarrollados. Aquí podemos ver cómo países emergentes (Brasil, México, Chile, India, China, etc.) tienen un enorme potencial para desarrollar energías renovables.

Estos proyectos favorecen, por un lado, la transferencia tecnológica a países en desarrollo y, por otro, la financiación de los proyectos. La actual crisis está conduciendo a que la demanda de certificados de cumplimiento disminuya y el precio de los certificados sea menos atractivo.

Los acuerdos de Copenhague serán claves para mejorar los esquemas actuales de financiación. Podemos pasar de promover parques eólicos a diseñar políticas energéticas en que se desarrollen programas de energías renovables, los llamados MDL programáticos; es decir, impulsar una innovación que pase a economías de escala.

Respecto al futuro de las energías renovables en España, mi visión es positiva, pero debemos aprender del camino que ya hemos recorrido y de las experiencias vividas especialmente con los parques eólicos en 2007 y con las plantas solares fotovoltaicas en 2008, impulsadas por el Real Decreto 661/2007 de la Comisión Nacional de Energía.

¿Qué beneficios generan las energías renovables? Medioambientales, puesto que al reducir las emisiones de gases que provocan el cambio climático se evitan riesgos



© Amit Bhargava / Corbis

Campeños en una carreta de bueyes atravesando el parque eólico que la empresa Suzlon Energy Limited tiene en Dhule, India. Formado por ochocientas turbinas que producen más de 1.000 MW de electricidad, este parque es el mayor de Asia.

–también– financieros y de inversión³. Y otros como el favorecimiento de la autonomía energética, la reducción de la dependencia de combustibles fósiles y la mejora del balance de pagos. Además, tienen efectos sobre la competitividad, el desarrollo de una economía innovadora, con alto valor añadido en conocimiento, que genera empleo de calidad. Y también tienen los efectos indirectos de una economía baja en carbono. ¿Qué aspectos son claves para el desarrollo de las energías renovables? El desarrollo económico del país deberá permitir que se pueda asumir el coste que supone el pago de la prima a las instalaciones generadoras de energía renovable, incluido en el régimen especial (prima que reciben sobre la tarifa eléctrica las empresas que generan electricidad a partir de energías renovables).

La disponibilidad del recurso (viento, sol, biomasa, etc.) tiene que aprovecharse donde se encuentre. Para un recurso como es el viento no deberíamos establecer límites. En cambio, el sol es un recurso más repartido y sí que conviene establecer un límite. Tampoco es muy justificable una reserva de cuotas para unas comunidades autónomas y no para otras, a menos de que se trate de islas en las que la autosuficiencia energética sea un objetivo más importante.

Una red eléctrica sólida, interconectada y bien extendida por el territorio español mejora el abastecimiento. La REE ha creado un centro de control para una mejor gestión de la energía renovable vertida a la red. Se pueden desarrollar redes inteligentes, bidireccionales...; hay mucho por hacer.

En los últimos tiempos nos hemos encontrado con una cierta indefinición del marco regulador. Cuando se ha anunciado que el sistema de primas iba a verse modificado, la incertidumbre generada ha provocado una masiva presentación de proyectos con inversiones que, más que favorecer un

desarrollo ordenado del sector, la innovación y la mejora de su competitividad, ha tenido efectos distorsionadores.

¿Cómo resolver el déficit de la tarifa? En el año 2008 ha llegado con lo ya acumulado a los 5.000 millones. Para sacar costes de la tarifa no se puede empezar por la prima a las renovables. El modelo retributivo *feed in tariff* (incluir la prima en la tarifa de la energía) se ha demostrado acertado en España, pues al encontrarnos en un escenario retributivo claro, se ha facilitado la financiación de los proyectos.

Las energías renovables no son tecnologías maduras, y las inversiones no pueden desligarse de su innovación, lo que significa que deben diseñarse planes de I+D a largo plazo. Es imprescindible que los proyectos de energía renovable sean intensivos en capital, para que los promotores privados adquieran seguridad sobre los futuros ingresos de sus apuestas estratégicas.

De todas formas, hay que permanecer alerta y acertar en las primas, ya que si nos equivocamos por exceso –como puede ser que haya sucedido con la energía solar fotovoltaica–, se realizaría una inversión tan acelerada por parte de los inversores privados que no permitiría que la tecnología evolucionara y se alcanzara su objetivo último: una mayor eficiencia y reducción de costes, y un avance hacia economías descarbonizadas. 

Notas

- 1 World Economic Forum (2009). *Green Investing. Towards a Clean Energy Infrastructure*. Davos.
- 2 Investor Network on Climate Risk son iniciativas de inversores en riesgos de carbono. El primer informe de España del Carbon Disclosure Project, otra iniciativa, permite integrar a empresas estratégicas en cambio climático.
- 3 KPMG (2008). *Climate Changes Your Business. KPMG's review of the business risks and economic impact at sector level*. Londres.

El nivel global medio del mar ya ha subido entre unos diez y unos veinte centímetros a lo largo del siglo pasado. Se espera que en el futuro la elevación se produzca a un ritmo mucho más rápido que en el pasado reciente.

La intrusión de agua marina en las costas

Texto **Hany F. Abd-Elhamid** y **Akbar A. Javadi** Grupo de Geometría Computacional. Escuela de Ingeniería, Informática y Matemáticas. Universidad de Exeter (Reino Unido)

La intrusión de agua salada es un problema importante en las regiones costeras de todo el mundo porque amenaza la salud y posiblemente la vida de muchas personas que viven en esas áreas. Incrementa la salinidad de las aguas subterráneas y puede volverlas inadecuadas para el uso humano. La salinización de las aguas subterráneas se considera una categoría especial de polución que amenaza los recursos acuíferos subterráneos, porque cuando se mezcla una pequeña cantidad de agua salada con el agua subterránea, el agua potable deja de serlo y ello puede conducir al abandono del abastecimiento de agua potable. Dadas las elevadas tasas de crecimiento de la población en las regiones costeras, donde viven cerca de las dos terceras partes de la población mundial, el incremento de las demandas de agua ha conllevado una extracción excesiva de los acuíferos, lo que ha facilitado la migración de agua salada hacia los acuíferos. En las áreas costeras estos acuíferos se encuentran en contacto hidráulico con el mar y, en condiciones normales, el agua dulce fluye hacia el mar. Sin embargo, una sobreexplotación puede provocar una inversión del flujo de las aguas subterráneas desde el mar hacia el interior, propiciando la intrusión de agua salada. Más aún, la elevación de los niveles del mar acelera la intrusión del agua salada en los acuíferos, lo que reducirá todavía más los recursos de agua dulce subterránea. Con el impacto del alza del nivel del mar, combinado con la sobreexplotación, el problema se vuelve muy serio y exige medidas prácticas para proteger de la polución los recursos hídricos disponibles.

Así pues, la intrusión de agua salada plantea una limitación aún mayor de la utilización de los recursos hídricos subterráneos, que proporcionan un tercio del total de agua potable. Una de las mayores preocupaciones en los acuíferos costeros es la intrusión de agua salada en el agua dulce a causa de una excesiva extracción de aguas subterráneas. La intrusión de agua salada se considera uno de los procesos responsables de la degradación de la calidad del agua por-

que eleva la salinidad a niveles que exceden los límites aceptables para el agua de boca y de riego. Por eso, la intrusión de agua salada debe ser prevenida o, al menos, controlada para proteger los recursos hídricos subterráneos. Y el control se puede conseguir mediante el mantenimiento de un equilibrio apropiado entre el agua que se bombea del acuífero y la cantidad total de agua que se aporta a él. Ahora bien, la subida del nivel del mar también amenaza el almacenamiento de agua subterránea en los acuíferos costeros porque impone una presión adicional en la desembocadura marina que contribuye a que el agua salada se desplace hacia el acuífero. Así, el aumento del nivel del mar trasladará la zona de mezcla más hacia el interior. Entonces, los pozos de extracción que se localizan sobre agua dulce subterránea se encontrarán sobre agua salina y, en consecuencia, las tasas de extracción de estos pozos se verán reducidas o incluso obligarán a su abandono. Se considera que este es uno de los impactos más graves de la subida del nivel del mar sobre la intrusión de agua salada. Además, las cosechas sufrirán daños provocados por la salinización del suelo, lo que puede tener efectos económicos de gran importancia.

El cambio climático es el resultado de actividades naturales y/o humanas. La temperatura media del globo ha cambiado durante el pasado siglo debido al incremento en las concentraciones de gases de efecto invernadero, principalmente dióxido de carbono (CO_2), óxido nitroso (N_2O) y metano (CH_4). Los gases de efecto invernadero permiten que la radiación solar atraviese la atmósfera hacia la superficie terrestre, pero interceptan y almacenan la radiación infrarroja emitida desde la superficie de la Tierra. Esto conduce al calentamiento de la atmósfera. Este fenómeno se conoce como calentamiento global y se considera la causa del cambio climático. El incremento en la concentración de los gases de efecto invernadero irá asociado al aumento correspondiente de la temperatura media global, que se espera que sea más elevada a finales del presente siglo. Por



eso, el incremento de los gases de efecto invernadero debe ser controlado para proteger la Tierra y a sus habitantes de estos cambios tan importantes. El cambio climático provoca el aumento global de los niveles del mar, lo que, a su vez, tiene un efecto directo sobre la intrusión de agua salada. El aumento de la temperatura global calentará la superficie de la tierra, de los océanos y de los mares. Este calentamiento provocará el descenso de la presión atmosférica, lo que, a su vez, conllevará un aumento del nivel del agua en los océanos y en los mares. El alza del nivel del agua se producirá por una serie de razones, que incluyen la expansión térmica de los océanos y mares y la fusión de los glaciares, las nieves perpetuas y las placas de hielo. El cambio climático ya ha causado cambios en el nivel del mar durante las últimas décadas. El nivel global medio del mar ha subido entre unos diez y unos veinte centímetros a lo largo del siglo pasado, según estimaciones del Grupo Intergubernamental para el Cambio Climático (Intergovernmental Panel of Climate Change, IPCC, 1996). Se espera que en el futuro la elevación del nivel del mar se produzca a un ritmo mucho más rápido que el del pasado reciente; el aumento previsto en el alza del nivel del mar se sitúa en el rango de entre los veinte y los ochenta y ocho centímetros en los próximos cien años (IPCC, 2001).

La elevación de nivel del mar tiene muchos efectos sobre las regiones costeras a largo plazo, como el aumento de la erosión costera y la intrusión de agua del mar. La erosión costera puede conducir a la inmersión parcial o total de algunas ciudades costeras que se encuentran a un nivel muy bajo. Los efectos del cambio climático y de la subida nivel del mar sobre la intrusión de agua salada a largo plazo debe tenerse en cuenta y controlarse porque una elevación de unos pocos centímetros en el nivel del mar puede tener grandes efectos sobre la intrusión de agua salada y empujar la zona de transición más hacia el interior. Se han llevado a cabo algunas investigaciones para estudiar los efectos posibles del cambio climático y del alza del nivel del mar sobre la intrusión de agua salada en diferentes lugares del mundo. Por ejemplo, en el acuífero del Delta del Nilo, en Egipto, las investigaciones han demostrado que la intrusión de agua salada es muy vulnerable al cambio climático y a la elevación del nivel del mar. Se considera que algunas ciudades costeras pueden quedar sumergidas y que el agua salada puede penetrar nueve kilómetros en el Delta a finales del presente siglo debido al aumento previsto en el nivel del mar Mediterráneo. La intrusión de agua salada también tiene efectos serios sobre las ciudades costeras porque provoca la

Campos de arroz en la zona del Port dels Alfacs, en el Delta del Ebro. En la página siguiente, niños palestinos aprovisionándose de agua en el campo de refugiados de Khan Kunis, al norte de la Franja de Gaza; trabajos agrícolas en el Delta del Nilo, y un campesino de Bangladesh protegiendo su arrozal de la invasión del agua salada y de las riadas del deshielo del Himalaya.





© Mohammed Saber / EPA / Corbis



© Ian Berry / Magnum Photos / Contacto



© Orjan F. Ellingvag / Dagens Naringsliv / Corbis

“Un alza de pocos centímetros puede tener grandes efectos sobre la intrusión de agua salada. La erosión puede conducir a la inmersión de algunas ciudades”.

contaminación y disminución de las aguas subterráneas. Por ejemplo, en la franja de Gaza la principal fuente de agua es subterránea y la tasa de crecimiento de la población es demasiado alta. Esto ha provocado una sobreextracción del acuífero que ha conducido a un aumento dramático en la intrusión de agua salada. Con el crecimiento continuo de la población y la sobreextracción se espera que durante la próxima década el acuífero se encontrará completamente contaminado por agua salada y los habitantes de la zona tendrán que encontrar nuevas fuentes de agua. En consecuencia, el control de la intrusión de agua salada es esencial en esas áreas para proteger las aguas subterráneas. Otros países mediterráneos tienen también los mismos problemas de elevación del nivel del mar y de intrusión de agua salada, como Libia, España e Italia.

Se pueden plantear una serie de soluciones para paliar estos problemas. Para reducir la erosión costera que habitualmente está causada por las olas y acelera la subida del nivel del mar, se pueden utilizar una serie de métodos como la construcción de rompeolas alejados de la costa que ayudan a reducir la fuerza de las olas. Además, para contener el esperado aumento del nivel del mar se pueden erigir algunas estructuras, como diques, muros de contención, espigones y presas; asimismo, se puede reducir la extracción de los acuíferos trasladando los pozos más hacia el interior, utilizar barreras superficiales para prevenir el flujo de agua salada hacia los acuíferos, aumentar la recarga de los acuíferos mediante aportes superficiales o pozos de inyección para incrementar el nivel de agua dulce que frene la intrusión de agua salada, reducir el volumen de agua salada extrayendo agua salina y tratándola para su reutilización en la agricultura o para recargar el acuífero con el fin de aumentar las reservas de aguas subterráneas, o una combinación de algunas de estas técnicas. Al seleccionar el método apropiado para controlar la intrusión de agua salada deben tenerse en cuenta los aspectos económicos, el impacto ambiental y el desarrollo sostenible de los recursos hídricos en las áreas costeras.

La intrusión de agua salada es, como hemos dicho, un problema muy grave y representa retos presentes y futuros para todos los interesados en el tema. La solución a este problema no es fácil y requiere que muchas organizaciones de todo el mundo trabajen juntas para enfrentarse a los desastres futuros provocados por el aumento en la concentración de gases de efecto invernadero, el calentamiento global, el cambio climático, la fusión de glaciares, nieves eternas y placas de hielo, y la elevación del nivel del mar. **M**



© Albert Armengol

Las crisis climática, energética y económica hacen que los inversores analicen los riesgos con mayor detenimiento. Han aparecido nuevas variables que afectan el rendimiento de la inversión inmobiliaria.

La crisis, catalizadora de sostenibilidad urbana

Texto **Mario López-Alcalá** Innovest Group

2008: un año que será considerado como punto de inflexión. La crisis crediticia, la volatilidad en los mercados de materias primas y la incertidumbre económica han propiciado que los factores que se tomaban en consideración en el análisis y los riesgos de inversión, la gestión de negocios y el gasto público deban replantearse a fondo.

Las ciudades y, en general, el hábitat edificado están en el epicentro de este cambio. Con la actual crisis crediticia, detonada por las hipotecas de alto riesgo, se pone de manifiesto que los atajos financieros de corto plazo no dejan dividendos positivos en el ámbito económico, social o ambiental a largo plazo.

Las crisis climática y económica actuales han provocado que los inversionistas analicen los riesgos de inversión con mayor detenimiento. Tanto el entorno regulador como los cambios en las preferencias de los arrendatarios¹, que ahora incluyen factores de sostenibilidad, constituyen nuevas variables de riesgo que afectan a los rendimientos en las inversiones en bienes inmuebles.

Se espera que las propiedades sostenibles tengan periodos más cortos de desocupación, rentas más altas, una vida útil más larga y un mayor valor de mercado², al tiempo que facilitarán la creación de economías bajas en carbono e intensidad energética.

“La capacidad de integrar fines económicos y ambientales hace que confluya la voluntad política necesaria para poner el cambio en movimiento, lo que a la vez ofrece una respuesta a la actual crisis económica”.

Debido a que la mayoría de los activos edificados existentes permanecerán en uso a medio y largo plazo, el hecho de enfocar la financiación y remodelación de estos activos constituirá un punto crítico en el proceso de desintoxicación financiera. Esto conlleva, paralelamente, la supresión de los activos tóxicos de carbono en los mercados crediticios. Adicionalmente, es necesario que los derechos asociados a estos activos sean ejercidos y acordados de forma sostenible.

La relación entre las diferentes partes que intervienen en el ciclo de vida del activo construido debe ser dinámica y debe existir un cierto nivel de retroalimentación. Esto incluye tanto a la autoridad que establece los códigos de construcción como a quien regula los usos de suelo, e incluso al usuario final del ambiente construido³. En la ciudad de Nueva York, por ejemplo, el código de construcción incorpora los estándares establecidos por la Asociación Estadounidense de Ingenieros de Calefacción, Refrigeración y Aire Acondicionado (ASHRAE, por sus siglas en inglés) con un retraso de cinco años en promedio.

El dinamismo en la interacción de las partes interesadas, y particularmente entre el arrendatario y el resto de los actores, define en última instancia la efectividad de las prácticas sostenibles que se pretenden ejercitar. Dicha efectividad ha de ser evaluada mediante la monitorización periódica de las mencionadas prácticas. La periodicidad puede venir marcada, por ejemplo, por el surgimiento de nuevos estándares técnicos emitidos por grupos colegiados (como el caso de ASHRAE); por el momento en que se tengan que renovar los contratos de arrendamiento, cuya renegociación deberá realizarse valorando la eficacia de la propiedad en lo referente al consumo de agua y energía en función de sus elementos físicos y humanos; o por las necesidades emergentes de la sociedad. Todo esto exige mantener una evolución constante de códigos de construcción y de urbanización, que den al entorno construido el contexto financiero y ambientalmente sostenible que en la actualidad se precisa.

Esta evolución trae aparejado un resultado virtuoso en cuanto a la vida útil de las estructuras construidas: se alargará. Es decir, disminuirá la velocidad a la que un inmueble se vuelve obsoleto, pierde valor y reduce sus rendimientos financieros. Pero no sólo el inmueble, pues una infraestructura urbana sostenible también mejora su valor. Una muestra de ello es el proyecto de renovación urbana Portal Común Kasumigaseki, en el extremo sur del Palacio Imperial en Tokio, que aprovecha la infraestructura de transporte público e integra estructuras históricas con la renovación de los primeros rascacielos construidos en la ciudad.

Dicho resultado refuerza lo que la teoría propone: un activo con mejores niveles de rendimientos y riesgos, atraerá mayor inversión incidiendo positivamente en su precio y en el coste de capital⁴. Este esquema brinda incentivos adicionales para que las partes involucradas modifiquen su comportamiento encaminándose a adquirir estos activos o a mejorar su administración y operatividad. Es importante subrayar que, debido a la relativa novedad de estas propiedades, hasta la fecha no existe una documentación empírica abundante con respecto a la diferenciación en los rendimientos de estos activos⁵.

Nueva York y Tokio

Es tangible la apuesta que hacen las ciudades con respecto al largo en contra del corto plazo. La palabra clave aquí es “transición”. Podríamos visualizar esta transición como una carrera para la cual se traza una ruta, con puntos intermedios de monitorización dirigidos a la consecución de la meta.

En Nueva York se estableció el “plaNyC 2030” para planificar el futuro de la ciudad hasta 2030⁶. Este plan se enfoca en tres áreas fundamentales: crecimiento poblacional, infraestructura y medio ambiente. El plan hace notar que los edificios representan el 79% de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) de la ciudad, por lo que la modificación de los códigos de construcción para incidir en la eficiencia en el uso de energía es un hito en la ruta para mitigar la contribución de la ciudad al cambio climático. El objetivo de reducción de GEI de la ciudad de Nueva York es de un 30% por debajo de los niveles registrados en 2005.

En Estados Unidos no sólo Nueva York, en ausencia de legislación nacional, ha tomado la iniciativa para mitigar y adaptarse al cambio climático. Más de novecientas ciudades de la Unión se han adherido al Acuerdo de la Conferencia de Alcaldes sobre la Protección del Clima⁷. Este acuerdo tiene como meta fundamental que cada ciudad cumpla con los objetivos de reducción de GEI establecidos para Estados Unidos en el Protocolo de Kioto.

Si bien dichas iniciativas son notables, las ciudades estadounidenses no son pioneras en esta tendencia. Desde la década de 1990 se formó un grupo llamado Consejo Internacional para las Iniciativas Ambientales Locales (ICLEI por sus siglas en inglés) basado en los planes de Agenda Local 21. A este grupo se han unido más de mil ciudades en todo el mundo. El ICLEI cuenta con la Campaña de Ciudades por la Protección del Clima⁸.

Un punto fundamental que se contempla en estos planes de mejora urbana es que las nuevas tendencias no sólo deben servir para mantener o mejorar el medio ambiente,



© Guido Manuilo

Captadores térmicos para el calentamiento de agua en un edificio de nueva construcción de la calle de Casp, en el Eixample barcelonés. En la página inicial del artículo, piscina y captadores térmicos en el terrado del edificio de Pau Claris, 101, obra de los arquitectos Felip Pic-Aguilera y Teresa Batlle.

sino que deben tener el potencial de generar desarrollo económico mediante la renovación de edificios, infraestructura urbana, ecología urbana, administración de eficiencia energética, energías limpias, administración de agua, transporte, reciclaje y restauración de sitios contaminados. Este potencial de integrar fines económicos y ambientales hace que confluyan las voluntades políticas para poner en movimiento el cambio necesario, lo que a la vez supone dar una respuesta a la actual crisis económica.

Un ejemplo de cómo se materializa esta coincidencia de solución financiera y ambiental es la ciudad de Tokio. El ayuntamiento de la ciudad publicó el plan denominado “El Gran Cambio de Tokio: Plan de 10 años”. La característica más sobresaliente de dicho plan es la introducción de políticas públicas para “cambiar la estructura de la sociedad” de cara a disminuir el nivel de emisiones de GEI de la ciudad. Para instrumentar este cambio estructural de la sociedad, el Plan de 10 años contempla la incorporación de tecnologías de punta y el fomento de la disminución de GEI provenientes de empresas grandes, pequeñas y medianas (PYME), así como de los hogares, en función de sus posibilidades y responsabilidad. Otro aspecto sobresaliente es que debido a que la mayoría de los edificios construidos hoy estarán presentes en el año 2050, es necesario que sean construidos siguiendo las especificaciones que serán exigidas para el año 2050.

Finalmente, Tokio pondrá en marcha un mercado por emisiones de GEI en 2010. Se espera que empresas grandes compren emisiones de las PYME que sean susceptibles de conservar energía y reducir los niveles de GEI. El resultado será que se alcancen reducciones de GEI al menor coste posible, mientras que se incentivan las actividades de las PYME y las actividades ambientales⁹.

En una visita reciente a Tokio, después de conocer el “Visión Ambiental OMY: Plan de 1.000 años en el futuro”, me pareció evidente el hecho de que una ciudad no puede ser sostenible solo porque lo sean sus diferentes distritos y edificios, sino que además es necesario que sus habitantes apliquen en su práctica cotidiana un estilo de vida sostenible¹⁰. La participación de una ciudadanía concienciada es fundamental para tender un puente entre la actual realidad y una realidad sostenible. **M**

Notas

- 1 Una “elasticidad de la demanda” con respecto a la sostenibilidad.
- 2 Innovest ha realizado estudios comparativos entre los rendimientos del mercado bursátil que proveen a las empresas de bienes raíces, entre las cuales Innovest ha distinguido aquellas que están por encima de la media de su sector y aquellas que están por debajo, en cuanto a factores ambientales, sociales y de gobernanza, y ha llegado a la conclusión de que los resultados de las primeras superan a los de las segundas. Véase Hartnett, B., y Hall, A. “Green Real Estate: Big on Opportunity, Slow on the Uptake”, Innovest, *Real Estate Sector Report*, 2008.
- 3 El 80% del consumo de electricidad en la vida de un edificio tiene lugar durante la operación del mismo. El resto, durante la construcción y demolición.
- 4 Véase Ito, M., “A note on Environmental Value Added for Real Estate”, 2005, for the 10th Anniversary memorable article for the Tokyo Association of Real Estate Appraisers, Sumitomo Bank in Tokyo.
- 5 Existen, sin embargo, estudios en cuanto a los rendimientos que provee el coste adicional de construir un edificio verde en comparación con un edificio tradicional; véase, por ejemplo, Ross, B., López-Alcalá, M., Small, A., “Modeling the Private Financial Returns from Green Building Investments”, 2007, *Journal of Green Building*, vol. 2, num. 1, invierno de 2007. También existen diferentes estudios que muestran diferenciales en rentas por pie cuadrado, tasas de ocupación y precio de venta por pie cuadrado entre edificios verdes y edificios convencionales; véase, por ejemplo, *Commercial Real Estate and the Environment*, 2008, CoStar Group.
- 6 El plaNYC fue presentado en el Día de la Tierra 2007.
- 7 Véase <http://www.usmayors.org/climateprotection/>
- 8 Véase <http://www.iclei.org/>.
- 9 Véase <http://www.metro.tokyo.jp> y <http://www.japanfs.org>
- 10 OMY son las iniciales del conjunto de demarcaciones que conforma el área de negocios de Tokio y comprende los distritos de Otemachi, Marunouchi y Yurakucho.

La mejor estrategia para combatir la crisis climática es la integración de recursos y políticas, la constancia y la participación. La escala en que mejor puede gestionarse este enfoque complejo es la local.

Proteger la biodiversidad, también en la ciudad

Texto **Miquel Trepat i Celis** Director del Zoo de Barcelona

Las cebras que viven en la sabana africana tienen un traje divertido. Eso es lo que dicen mis hijas pequeñas, que todavía lo perciben como el resultado azaroso y casual de la naturaleza. Podemos encontrar diferentes respuestas que expliquen que la naturaleza les haya proporcionado un diseño tan original: ¿forma de enmascaramiento, mecanismo relacional... o sencillamente capricho de la naturaleza? No hay nada casual en la naturaleza. La combinación de pelo negro y blanco que tienen las cebras constituye una de las adaptaciones más ecoeficientes, diríamos hoy, que ha hecho la propia naturaleza. Gracias a esta disposición de rayas blancas y negras que favorecen su regulación térmica, las cebras se han adaptado de forma óptima a las altas temperaturas de su hábitat.

Este diseño de eficiencia que la naturaleza proporcionó a la cebra tuvo lugar en una adaptación progresiva. Cambios que duraron miles de años. El cambio es una constante de nuestro planeta. A lo largo del tiempo se han sucedido muchos cambios y seguirán sucediéndose, puesto que constituyen un fenómeno determinante en la evolución de la Tierra. Pero en los últimos años este gran dinamismo ha empeorado debido a un cambio global mucho más importante, caracterizado por la rapidez y la aceleración de esta transformación y por el hecho de que la humanidad sea la principal responsable.

La biodiversidad dispone de una reducida capacidad para adaptarse a cambios abruptos como los que tendrán lugar en las próximas décadas. En este contexto, la humanidad debe asumir compromisos para la preservación de la biodiversidad.

Podemos obtener muchas enseñanzas de la cebra y de su evolución. Son lecciones que necesitamos aprender para reducir la vulnerabilidad de nuestro planeta y favorecer su adaptación a los nuevos fenómenos.

Las ciudades son un sistema en expansión tanto por su creciente concentración de habitantes como por la ocupación territorial que generan. A principios del siglo XIX sólo el 3% de la población mundial vivía en zonas urbanas; en el presente, dicho porcentaje se sitúa por encima del 50%. Las ciudades constituyen un problema para el medio ambiente, a consecuencia del modelo urbano adoptado. Las repercusio-

nes medioambientales que los sistemas urbanos generan sobre los sistemas rurales y naturales son muchas. El consumo de recursos no renovables, el balance energético –la más importante por su incidencia en el cambio climático–, el tratamiento de los recursos hídricos, el tratamiento y eliminación de los residuos urbanos, la contaminación atmosférica, el ruido, etcétera.

Pero la solución de muchos de estos problemas paradójicamente se encuentra en las ciudades, en las políticas medioambientales locales y regionales y en las nuevas actitudes a asumir por los poderes públicos y los residentes de las grandes metrópolis. Cabe entonces cambiar las ciudades con el objeto de hacer posible su competitividad y desarrollo desde un compromiso firme y decidido con la sostenibilidad. La mejor estrategia para combatir la crisis climática es la integración de recursos y políticas, la constancia y la participación. La escala en que mejor puede gestionarse este enfoque complejo es la local.

Barcelona está fuertemente comprometida con la sostenibilidad. El conjunto de espacios naturales y seminaturales próximos o integrados en su ámbito, se convierten en una gran oportunidad para la divulgación, la toma de conciencia y la preservación de la biodiversidad existente en los ecosistemas propios de la matriz territorial donde se establece la ciudad. Además, la concentración de población de la ciudad de Barcelona, y su relevancia en el ámbito mediterráneo –del cual asume la capitalidad europea y mundial–, le otorgan un potencial didáctico que va más allá de la divulgación de los valores naturales de su propio entorno.

La zona mediterránea es una de las más vulnerables a los efectos del cambio global, sobre todo, la primera línea de costa. Catastrofismos al margen, la amenaza, que ya es bastante seria, va mucho más allá de los cambios de temperatura, aumentos del nivel del mar y pérdidas de biodiversidad, por citar algunos riesgos, y reclama atención desde la perspectiva de la gobernabilidad, teniendo en cuenta los enormes efectos económicos y de seguridad asociados con desastres climáticos y con nuevos fenómenos migratorios, y con la posible



© Pere Virgili

Zona donde se situará el nuevo Zoo Marino de Barcelona, entre el Fórum y la playa de la Nova Mar Bella.

generación de conflictos derivados de la necesidad de acceso a recursos básicos (agua, tierras de cultivo, pesca...). Por lo tanto, se trata de trabajar coordinadamente para prepararnos para estas nuevas situaciones, contribuyendo en consecuencia a la estabilidad geopolítica y al mantenimiento de la paz. La Unión para el Mediterráneo, con sede en Barcelona, asume en este ámbito una gran responsabilidad.

En este contexto, el nuevo Zoo de Barcelona puede contribuir de manera relevante a consolidar la estrategia de divulgación de la biodiversidad de la ciudad y a desarrollar nuevos mecanismos de toma de conciencia de la necesidad de su protección, dotándola de un componente más global, asumiendo un activo papel dinamizador y de coordinación del potencial divulgativo y conservacionista de las instituciones zoológicas del área mediterránea, que pueden convertirse en una red que vaya más allá de sus funciones tradicionales.

Las instituciones zoológicas han modificado sustancialmente su papel en los últimos años, orientándose progresivamente hacia una función más activa y decidida en cuanto a la generación de conocimiento y en la investigación aplicable a la preservación de los hábitats y las especies amenazadas, la sensibilización con la pérdida de biodiversidad y en la implicación en programas de conservación y reintroducción de especies.

Estos objetivos constituyen en el presente la razón de ser de las instituciones zoológicas, lejos del mero papel de centros de entretenimiento con el cual a menudo se los identifica. Las instituciones zoológicas –más de mil en el mundo, y con unos seiscientos millones de visitantes por año– permiten a las personas acercarse a las diversas dificultades y amenazas que padecen los hábitats de la Tierra. Al mismo tiempo, son piezas clave en la educación ambiental, puesto que a través de la interpretación y representación de los ecosistemas, y gracias a las especies emblemáticas, generan conciencia social

en la conservación y la preservación de las especies amenazadas y ayudan a explicar la vulnerabilidad de la naturaleza ante fenómenos como el cambio climático y sus efectos.

Hace tiempo que los zoológicos han dejado de ser una mera colección de fieras y de exotismos. Las nuevas instalaciones hacen posible una representación de biomas y de los procesos y las relaciones que se establecen entre los seres vivos y su medio, convirtiéndose en sedes de conocimiento y en centros para la investigación y la divulgación, así como en elementos clave para la educación y la sensibilización ciudadana.

Los parques zoológicos, como reservas de biodiversidad, conforman un observatorio privilegiado para detectar de manera anticipada cambios en los ecosistemas, y deben asumir un papel más importante como indicadores de vulnerabilidad urbana y de adaptación al cambio climático a partir del seguimiento y registro sistemático de las especies que se instalan en ellos momentánea o periódicamente, o que vivan allí de forma natural: aves, anfibios, insectos y pequeños mamíferos. Junto a los elementos de información que aporta al estudio de la biodiversidad local, la disposición de datos por parte de los diferentes centros puede favorecer el desarrollo de proyectos conjuntos entre diversos puntos de la costa (corredores migratorios, habilitación de zonas para anidar, estudio de especies invasoras...) a fin de facilitar la adopción de medidas para hacer frente a las nuevas exigencias.

Ante retos que sólo pueden abordarse desde una nueva escala regional que tiene como creciente protagonista una sociedad organizada a nivel de ciudad, la cooperación en materia de preservación de la biodiversidad y de lucha contra el cambio climático en el Mediterráneo debe convertirse en una nueva herramienta en la cual integrar nuevos enfoques que potencien la capacidad de respuesta institucional y colectiva ante los escenarios derivados del cambio global. 

El paquete climático de la UE se ha quedado corto en el establecimiento de compromisos y, en consecuencia, ha minado la credibilidad de Europa para liderar el proceso del cambio climático. Sin embargo, aún hay esperanzas de llegar a un acuerdo ambicioso.

La política climática de la UE aún se puede salvar

Texto **Monica Frassoni** Copresidenta del Grupo Verde/ALE en el Parlamento Europeo

La tinta todavía se está secando en el paquete legislativo de la Unión Europea sobre el clima, que fue adoptado por el Parlamento Europeo el 17 de diciembre. Sin embargo, no es demasiado pronto para realizar una evaluación de lo que significa para la política climática de la UE. Los Verdes estamos muy decepcionados tanto con el resultado como con el procedimiento innecesariamente precipitado utilizado para alcanzar dicho resultado.

La presidencia francesa de la UE quería claramente ganarse los aplausos por haber sido capaz de acordar el paquete climático. Sin embargo, su frenética carrera para llegar a un “acuerdo en primera lectura” ha llevado a un debilitamiento del papel del Parlamento Europeo en el proceso legislativo. Esto, a su vez, ha provocado un serio debilitamiento de la legislación que fue finalmente aprobada.

El paquete incluye leyes cuyo objetivo es implantar en la UE el compromiso obligatorio de reducir las emisiones de gases de efecto invernadero en un 20% hasta 2020, basándose en los niveles de 1990. En especial, una revisión del plan sectorial de emisiones de la UE tiene como fin la reducción de emisiones del sector energético y de la industria pesada, y una legislación específica establece cómo deben reducirse las emisiones en otros sectores (como el transporte, los edificios y la agricultura) en los Estados miembros.

La primera y más obvia observación es que el paquete climático de la UE sólo establece el compromiso de los líderes de la UE a reducir unilateralmente las emisiones de gases de efecto invernadero en un 20% hasta 2020. Sin embargo, en marzo de 2007, los líderes de la UE acordaron que este objetivo se incrementaría hasta el 30% tras la conclusión favorable de un acuerdo internacional vinculante sobre el cambio climático.

Una reducción del 30% es, claramente, lo mínimo que se le va a exigir a la UE como parte de un acuerdo internacional sobre el clima. Dado que la advertencia del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (GIECC) de las Naciones Unidas de que los países industrial-

izados necesitan reducir sus emisiones en un 35-40% hasta 2020 (para intentar limitar el calentamiento global en 2 grados) ha sido respaldada por la UE y por sus socios en la Convención Marco sobre Cambio Climático (CMCC), la UE está obligada a seguir en esta línea. Dada la significativa responsabilidad histórica de Europa como causante de las emisiones de gases de efecto invernadero de procedencia humana, el esfuerzo en la reducción de emisiones por parte de la UE tiene que situarse en la franja alta de la escala (es decir, hacia el 40%).

Los Verdes queríamos un aumento anticipado en el objetivo de reducción de emisiones de la UE que se aplicase automáticamente y que no estuviese sujeto a otro proceso legislativo. Sin embargo, el resultado de la decisión sobre el paquete climático de la UE es que la caja de Pandora se volverá a abrir tras un acuerdo internacional sobre el clima en Copenhague en diciembre de 2009, es decir, que se volverá a producir otro proceso legislativo arduo y divisivo.

Esto nos lleva a entrar en detalles del paquete climático que se ha adoptado. Claramente, el resultado es una sombra de lo que quería el Parlamento Europeo.

A pesar del trabajo fenomenal de la ponente del grupo de los Verdes Satu Hassi (parlamentaria europea), los miembros de dicha formación hemos acabado votando contra la legislación sobre la reducción de emisiones en los sectores económicos no emisores, es decir, emisiones del transporte, los edificios, la agricultura, etc. Mientras que el límite superior de emisiones era consistente con los compromisos de la UE, la legislación permitirá la externalización del 80% del esfuerzo de reducción de emisiones mediante compensaciones externas. Lo que significa que, en lugar de establecer medidas para la reducción de emisiones en estos sectores, los Estados miembros pueden sencillamente cumplir los requisitos mediante la compra de “créditos” de proyectos en los países en desarrollo que tengan por objetivo la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero. Esto no sólo es malo para la economía europea, porque retrasa las





© Harry Gruyaert / Magnum Photos / Contacto

Fábrica de papel en la región belga de Valonia. Las últimas medidas legislativas de la UE retrasan de hecho las inversiones en tecnología limpia y el abandono de las más contaminantes.

inversiones necesarias en tecnologías más limpias y su alejamiento de las tecnologías más contaminantes, sino porque en la práctica implica un visión neocolonial de la política climática. En la práctica significa que dejamos que los países en vías de desarrollo limpien el desastre producido por los ricos países europeos y evitamos enfrentarnos al núcleo del problema mediante la reducción de emisiones en Europa.

La legislación sobre un plan comercial de emisiones post-2012 (ETS, por sus siglas en inglés) también se vio seriamente debilitada por los jefes de Estado y de Gobierno. Las presiones incesantes y poco claras de las anticuadas industrias contaminantes han tenido una clara influencia en el resultado de esta legislación.

Todas las evidencias subrayan la necesidad de una subasta total de emisiones que permita asegurar que el plan funcione mediante el establecimiento del coste real del carbono y que no sea sólo un medio para que las empresas contaminantes generen beneficios extraordinarios. Mientras que el sector energético deberá obtener todos sus permisos de emisión a través de subasta (con una exención inicial para Europa central y oriental), desgraciadamente los gobiernos de la UE cedieron a las demandas de otras industrias contaminantes. Industrias que, pese a ser responsables de más del 95% de las emisiones fuera del sector energético, no tendrán que cubrir la totalidad de sus permisos a través de subasta. Esto ha sido, en realidad, un regalo de Reyes que recompensa las intensas presiones de estas industrias.

La atención debe centrarse ahora en la preparación de las conversaciones internacionales de Copenhague. La UE tendrá que aumentar claramente el objetivo de reducción de emisiones acordado en el paquete climático como parte de un acuerdo internacional sobre el clima. Esto tendrá que estar en línea con las recomendaciones del GIECC (de una reducción del 25-40% hasta 2020, basada en los niveles de 1990 para los países industrializados), pero también tendrá que ajustarse a la responsabilidad histórica de la UE en la producción de las emisiones de gases de efecto invernadero de origen humano.

Para que la UE pueda desempeñar un papel efectivo en el combate contra el cambio climático y pueda alcanzar realmente sus metas, también será necesario eliminar los principales defectos del paquete legislativo aprobado en diciembre, lo que significa garantizar la reducción de emisiones que se producen actualmente en la UE y no compensarlas meramente mediante la compra de créditos. También significa establecer la subasta de todos los permisos de emisión dentro del plan comercial de emisiones.

La UE también tendrá que desempeñar un papel dirigente contribuyendo al resto de aspectos de un acuerdo internacional sobre el clima. Un acuerdo internacional provechoso deberá incorporar provisiones para establecer fuentes de financiación independientes para la mitigación y adaptación a los países en vías de desarrollo, y se tendrá que incluir la reducción de emisiones evitando la deforestación y la degradación de los bosques en los países en desarrollo, así como el establecimiento de acuerdos vinculantes para la transferencia de tecnología de los países industrializados. Para lograrlo, la UE deberá tener la voluntad de establecer acuerdos significativos y vinculantes sobre financiación y sobre la transferencia de tecnología.

El paquete climático de la UE ha minado la reputación y la credibilidad de Europa para liderar el proceso del cambio climático. Las conversaciones sobre el clima de las NU en Poznan han quedado ensombrecidas por el paquete climático de la UE, que se ha quedado corto en el establecimiento de compromisos. Pero aún quedan esperanzas de alcanzar un acuerdo ambicioso. Sobre todo por el compromiso de los países en vías de desarrollo y de China, que han tomado el liderazgo tanto al presentar una propuesta de acuerdo climático post-Kioto como en las acciones emprendidas en casa.

También existe un cambio obvio en la nueva administración de los EE.UU., que seguramente significará el fin del obstruccionismo de este país a las políticas climáticas internacionales. De hecho, se corre el riesgo real de que Europa pierda su posición largamente reclamada de líder global contra el cambio climático. Sin embargo, aún no es demasiado tarde, puesto que cada vez es más evidente que el compromiso total con las políticas climáticas ambiciosas también será un tónico para la economía. Las inversiones en tecnologías verdes y orientadas al futuro (ya sean energías renovables, transportes sostenibles o edificios eficientes) no sólo generará empleos y situará a nuestras economías en camino de un crecimiento económico más sostenible, sino que, además, reducirá nuestras emisiones que dañan el clima. Los Verdes ya no son los únicos que apoyan esta posición.

Políticas climáticas y energéticas ambiciosas constituyen un escenario ganador para Europa. Ahora es el momento de plantear estas políticas. **M**

Los países más vulnerables a los impactos del cambio climático son los más vulnerables a todo tipo de cambio en las condiciones de partida. Por ello la aplicación de políticas de desarrollo aparece como la mejor forma de encarar su adaptación.

El desarrollo limpio en América Latina

Texto **Leónidas Osvaldo Girardín** Director del Programa de Medio Ambiente y Desarrollo de la Fundación Bariloche-Argentina*

América Latina fue una región pionera en el desarrollo temprano del mecanismo de desarrollo limpio (MDL), antes de su aplicación en otras regiones, hoy muy activas, principalmente China, India y el sureste asiático. Las oficinas gubernamentales en Latinoamérica se han mostrado muy dinámicas en la promoción de proyectos que facilitan aplicar el mecanismo de proyectos, identificando opciones de mitigación en sectores clave para atraer inversiones.

Paradójicamente, transcurrido ya un tiempo de funcionamiento del MDL, se aprecian dos fenómenos. En primer lugar, las experiencias más exitosas en el MDL no dependieron tanto del apoyo de los Estados, como de que se dieron en países cuyo “sector privado” se mostró más dinámico en aprovechar dichos mecanismos. El caso más claro en América Latina es Brasil, que no cuenta con una Oficina de Promoción del MDL, sólo con una Autoridad Nacional Designada. En segundo lugar, la región sufre, en parte, la “lógica perversa del MDL”, que es la que retrasa la aplicación de medidas de mitigación, pues al determinar dichas medidas la “línea base”, hacen que los proyectos no puedan considerarse adicionales si se comparan con los de las regiones que postergaron la aplicación de dichas medidas.

Las posibilidades de emprender acciones de manera más inmediata están en aquellas actividades que influyen sobre las cantidades netas de GEI que se emiten. Aquí estaba puesta una cuota importante de esperanza en que el MDL pudiera contribuir a que las pautas de consumo y producción que acompañaran mayores niveles de desarrollo en los países no incluidos en el Anexo I no fueran necesariamente las que siguieron los países industrializados para alcanzar su grado actual de desarrollo económico.

Cada acción concreta que se adopte en función de limitar las emisiones de GEI implica cierto tipo de sacrificios sobre las economías que las implementen. No es casual que uno de los puntos más conflictivos en la negociación internacional sobre estos temas esté relacionado con la distribución de los costes

de mitigación entre los diversos países. Los problemas que cada sociedad tiene que enfrentar son distintos y los intereses de los diversos actores pueden ser conflictivos según sea la modalidad adoptada para hacer frente al cambio climático.

Desde el punto de vista económico, hay dos temas fundamentales: (a) “quién debe pagar” y (b) “qué uso debe ser priorizado” para asignar los limitados fondos que están disponibles. Dado que los recursos dedicados a determinadas acciones no van a estar disponibles para otros usos alternativos, los países menos desarrollados tendrán que decidir entre asignar recursos para la adaptación o bien para la mitigación.

La heterogeneidad en la distribución geográfica de los efectos del cambio climático va a sumarse a otras ya existentes, en otros ámbitos, no sólo entre los diversos países, sino también entre regiones, sectores, actividades y grupos sociales. Más allá de los esfuerzos de mitigación de emisiones de GEI que hagan países como, por ejemplo, Argentina (que, a pesar de ser el cuarto emisor en volumen de América Latina, emite bastante menos del 1% del total mundial), se verán obligados a adaptarse a los impactos que indefectiblemente van a sufrir y tendrán que hacer frente a considerables costes de adaptación.

No obstante, la mayor parte de los fondos disponibles a escala internacional lo están para actividades vinculadas con la mitigación (principal responsabilidad de los países más desarrollados) en lugar de las dedicadas a la adaptación (principal urgencia de los países menos desarrollados), lo que constituye una barrera adicional que dificulta aún más que los países más vulnerables puedan hacer frente a los desafíos del cambio climático.

El principal argumento de los países desarrollados para justificar la falta de financiación para las actividades de adaptación en los países en desarrollo parte de considerar la adaptación como un tema de índole local, en lugar de tomarla como un problema global, que es lo que hacen en el caso de la mitigación. Así, nunca se va a dedicar una suma significativa a estos fondos.



© Toño Labra / Age Fotostock



Planta de producción de energía de origen geotérmico en Los Hornos, México.

La creación de un mercado de carbono no es otra cosa que la asignación de derechos de propiedad sobre el medio ambiente. Más allá de las cuestiones éticas, existe la duda de si darle un papel fundamental al mercado para solucionar el problema del cambio climático global no sería como convocar al pirómano para que ayude a apagar el incendio. No hemos llegado a la situación actual por falta de mercado, sino por exceso del mismo. Que el mercado tiene serias limitaciones lo muestra la evolución del valor de las unidades atribuidas en el Esquema de Comercio de Emisiones (Emission Trading Scheme, ETS) de la Unión Europea, que pasaron de valer más de 30 euros a sólo céntimos.

El argumento de que un mercado de permisos de emisiones difundido a nivel global puede llevar a la solución buscada, basándose en que el mercado de permisos de emisiones de SO₂ en Estados Unidos y el ETS de la UE, es falaz. Internacionalmente, los países no reconocen ninguna otra autoridad superior a la que hayan delegado la atribución de aplicar sanciones, como sí lo hicieron en los dos sistemas citados. Es evidente que, en un sistema de este tipo, si alguien no cumple con las reglas del juego y no es penalizado, desaparece el incentivo.

Hay dos cuestiones a tener en cuenta para entender qué está pasando: (a) el propósito del Kioto es reducir y limitar las

emisiones de GEI para estabilizar sus concentraciones atmosféricas, tal como fue acordado en la Convención Marco de la Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), y no la creación de un mercado de carbono; y (b) la reducción de emisiones requerida en el período 2008-2012 a las partes del Protocolo será notablemente inferior a la disponibilidad de créditos. En estas condiciones es poco lo que se puede esperar del MDL. Habría que ver cuál será el futuro papel de Estados Unidos, que aún no está definido, pero esto representaría agregar otra especulación a las muchas que ya existen.

El MDL no incorpora el proceso de transferencia de tecnología y su contribución al desarrollo sustentable en los países anfitriones. La mayoría de los CER emitidos se originan en proyectos de eliminación de metano con rellenos sanitarios, de reducción de óxido nitroso en el manejo de residuos animales o eliminación de gases HFC.

Existe, además, otro punto poco tratado. El mecanismo de proyectos tiene razón de ser mientras los países en desarrollo no asuman compromisos cuantificados de reducción de sus emisiones. De lo contrario, estarían entregando a bajos costes sus mejores opciones de mitigación, y se quedarían para ellos las más caras y difíciles de implementar.

Si tenemos en cuenta que los países más vulnerables a los impactos esperados del cambio climático son los más vulnerables a todo tipo de cambio en lo referente a las condiciones de partida (el proceso de globalización de los negocios, de precios de las materias primas y de los precios de los energéticos, etc.), la aplicación de políticas de desarrollo aparece como la mejor forma de encarar la adaptación al cambio climático. Una sociedad más justa, más igualitaria, mejor educada e informada, con mejores niveles de salud, está mucho más preparada para hacer frente a todos estos los desafíos.

Es importante integrar el MDL con las necesidades de adaptación y la reducción de vulnerabilidades. Sería ridículo que la única relación entre MDL y adaptación fuese la contribución del 2% del valor de los CER, que nutre los fondos de adaptación, con la paradoja de que se alimenta de proyectos en países pobres.

Hay alguna esperanza en los Programas de Actividades (PoA); pero si bien estos amplían un poco el abanico de posibilidades, no solucionan los problemas de fondo. El MDL debería relacionarse con un profundo proceso de colaboración que favoreciera el desarrollo y la transferencia de tecnología. Existe una renta de la que se apropian los países del Anexo I mediante el aprovechamiento del MDL, ya que hay un diferencial de costes notable entre lo que les costaría reducir una tonelada de CO₂eq con medidas domésticas y hacerlo con los CER. Quizá el problema sea que, en un primer momento, se crearon demasiadas expectativas: se pensaba que estos mecanismos de proyectos iban a actuar como un Robin Hood que redistribuyera recursos de los ricos a los pobres, y hasta ahora ha sido una especie de *Hood Robin* que ha hecho ricos a una serie de *brokers* e intermediarios. **M**

Nota

* Investigador del CONICET-Argentina. Miembro del IPCC. El autor es responsable absoluto y único de las opiniones vertidas en este documento, no comprometiéndolo por ello la opinión de las instituciones a las que pertenece.

Con la llegada de Barack Obama a la presidencia de EE.UU. se abre una nueva era en la lucha contra el calentamiento global. Una cuestión que mencionó en numerosos discursos, tanto durante su etapa de senador como en la carrera presidencial.

El cambio “climático” de Barack Obama

Texto **Mónica Pérez de las Heras** Autora de “El secreto de Obama”¹

“Cambio” ha sido una palabra clave en la campaña de Barack Obama. Un cambio que se notará en muchos frentes: economía, educación, sanidad, terrorismo, guerras y... clima. Por primera vez en la historia, el presidente de Estados Unidos realizó un discurso de investidura² en el que aludió tres veces a dicho problema ambiental. La primera en el tercer párrafo: “Muchos usos de la energía fortalecen a nuestros adversarios y ponen en peligro el planeta”.

La siguiente fue más directa: “Trabajaremos sin descanso con viejos amigos y antiguos enemigos para disminuir la amenaza nuclear y hacer retroceder el espectro del calentamiento del planeta”. La tercera fue más genérica: “[...] ni podemos consumir los recursos mundiales sin tener en cuenta las consecuencias”.

¿Fue casual que el presidente mencionara esta cuestión o tiene una preocupación real por el tema? Después de haber leído más de doscientos discursos de Barack Obama, uno se da cuenta de que la lucha contra el cambio climático es una de sus prioridades. Hay numerosas intervenciones dedicadas en exclusiva al tema de la energía; y este tema ha sido uno de los puntos fuertes de su programa electoral.

Así, el 23 de abril de 2005, celebrando el Día de la Industria Agrícola en Illinois, Obama habló de la importancia de apostar por los biocombustibles frente al uso del petróleo: “El futuro de la energía en este país no puede permanecer en los desiertos de Oriente Medio; podemos encontrarlo en los campos de maíz de Illinois y a través del Medio Oeste”. Unos meses más tarde, el 15 de septiembre, pronunciaba en Washington D.C. un discurso titulado: “Asegurar nuestro futuro energético”. En él habló de un tema que le preocupa y que mencionaría en numerosas ocasiones: la servidumbre que EE.UU. tiene al petróleo: “Dependemos de algunos de los países más volátiles políticamente de Oriente Medio... No importa si son democracias en ciernes, regímenes despóticos con intenciones nucleares o refugios para las *madrasas* que plantan semillas de terrorismo en las mentes de los jóvenes: consiguen nuestro dinero porque necesitamos su petróleo”.

Obama tiene tan claro que la dependencia del petróleo es también una cuestión de seguridad, que en varias ocasiones ha incluido una cita de Osama bin Laden en este sentido. Así, el 28 de febrero de 2006, el entonces candidato mencionó la siguiente frase del terrorista: “Enfoquemos nuestras operaciones en el petróleo, especialmente en Irak y en el Golfo, esto les provocará la muerte”.

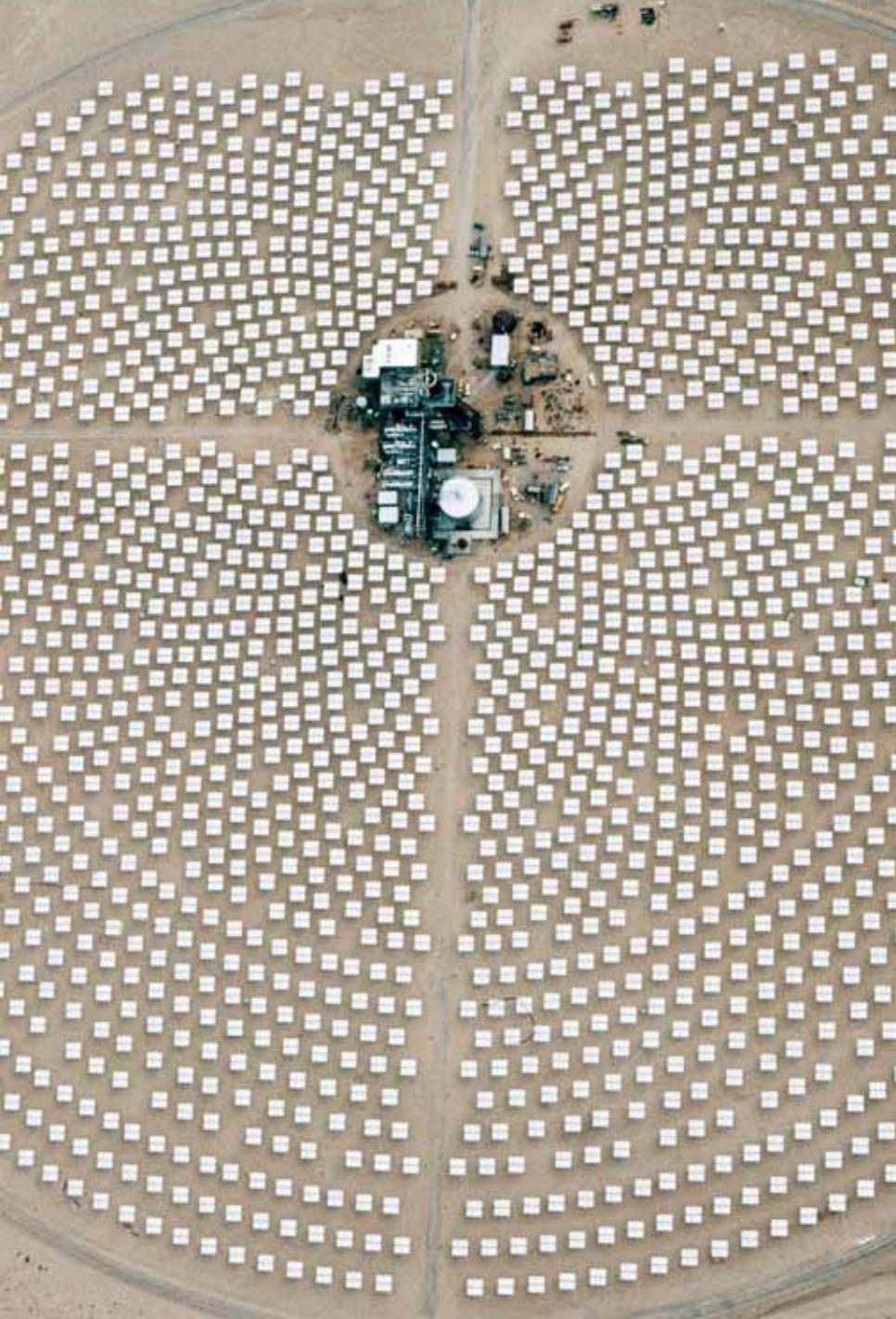
Además de sus alusiones al problema energético, Obama siente una preocupación especial por el calentamiento global y cómo éste repercute en los seres humanos. El 3 de abril de 2006, en la comida anual de Associated Press, dedicó su intervención a la “independencia energética y la salvación de nuestro planeta”. Comenzó contando la historia del pueblo de Shishmaref. Según explicó, en esta pequeña localidad de Alaska hacía quince años que notaban que algo extraño ocurría. La capa de hielo que les rodeaba y protegía era más y más fina, y cada año comenzaba a hacer frío más tarde y el hielo se derretía más pronto.

Como la situación fue empeorando de forma alarmante, el pueblo perdió su protección y se volvió más vulnerable a las tormentas. En 2002 los habitantes de Shishmaref se vieron forzados a trasladarse hacia el interior, abandonando sus casas para siempre. La historia “del pueblo que desapareció”, como lo llamó Obama, es un ejemplo de lo que puede ocurrir en muchos lugares del planeta.

Y Obama llega aún más lejos. Explicita –y hay que tener en cuenta que estaba hablando para una audiencia de periodistas– que la Administración Bush encargó un estudio sobre cambio climático a expertos y científicos, para después omitir del mismo las conclusiones en las que se establecía que el calentamiento global estaba ocasionado por los seres humanos. Comentó: “Esta es la Administración que intentó silenciar a un científico de la NASA para que no nos dijera que sí, que el cambio climático era un serio problema”.

El 10 de febrero de 2007 en el discurso en el que anunció su candidatura a la Casa Blanca, Obama realizó dos menciones al cambio climático. Una, indicando que hasta ahora se les





© Georg Gerster / Age Fotostock

Central térmica de producción de electricidad a partir de la energía solar recogida y concentrada por centenares de espejos, situada en Daggett, California.

había dicho a los estadounidenses que este problema era un “engaño”. Por otra parte, habló de un término que ha empleado mucho en la campaña: “Seamos la generación que finalmente libere a EE.UU. de la tiranía del petróleo”. Explicando la importancia de apoyar la fabricación de coches más eficientes energéticamente, empleando los biocombustibles. Incluso lo comentó frente al Club Económico de Detroit, la principal ciudad estadounidense en la fabricación de coches, el 7 de mayo de 2007. El demócrata dijo que, con uno de cada diez puestos de trabajo dedicado a la fabricación de automóviles, había que tratar de conservar esos empleos. Hablando de la crisis económica, les explicó la importancia de apostar por coches más eficientes energéticamente. Asimismo, afirmó la importancia de empezar a apostar por el etanol y de que los agricultores produjeran biocombustibles en sus campos. Como él reconoció más adelante, el público no le aplaudió mucho, pero no tuviera más remedio que escucharle.

Pocos meses antes de las elecciones, el 24 de junio de 2008, en Las Vegas, Barack Obama ofreció un discurso sobre “Una política energética seria para nuestro futuro”. Habló sobre la importancia de las energías renovables: “Sabemos que hay países como España, Alemania y Japón que ya nos han sobre-

pasado en cuanto a tecnología en energías renovables. Alemania, un país con tantas nubes como el noroeste del Pacífico, es ahora líder mundial en la industria de la energía solar y se han creado un cuarto de millón de empleos”. Y explicó su programa político indicando que invertiría 150.000.000 de dólares durante los próximos diez años en energías alternativas y biocombustibles, inversiones que generarán cinco millones de empleos nuevos. Durante la campaña electoral se explicó el plan llamado Nueva Energía para Estados Unidos³, que consiste, además de en las cifras dadas sobre energías renovables, en los siguientes objetivos: poner en la carretera, para 2015, un millón de automóviles híbridos; asegurarse de que para 2012 el 10% de la electricidad proviene de fuentes renovables de energía, y el 25% para 2025; reducir las emisiones de efecto invernadero en un 80% para 2050; apoyar la compra de vehículos más ecológicos; promover un uso más responsable del petróleo y el gas natural –estas medidas ayudarán a reducir las importaciones actuales de petróleo de Venezuela y de Oriente Medio–; y promover la eficiencia energética. Y algo que es de gran importancia: Obama se ha comprometido a convertir a Estados Unidos en un líder mundial en materia de cambio climático.

Las decisiones tomadas en materia de energía durante el periodo de transición parecen haber gustado a los ambientalistas de todo el mundo. Ecologistas en Acción, por ejemplo, felicitó al presidente electo por la elección de Jane Lubchenco para la dirección de la Administración Oceánica y Atmosférica de EE.UU. (NOAA), una entidad que realiza las investigaciones sobre cambio climático. Precisamente, Lubchenco es una bióloga marina dedicada a la investigación y la divulgación, con una larga experiencia en dicho tema. Además, la Secretaría de Energía será dirigida a partir de ahora por el Dr. Steven Chu, premio Nobel de Física en 1997, un científico que ha destacado por sus estudios para conseguir soluciones frente al calentamiento global.

Por otra parte, algunos gobernadores estadounidenses hace ya años que están trabajando en estas cuestiones. El propio Arnold Schwarzenegger le pidió al presidente el 21 de enero de 2009 que reconsiderara la Ley del Aire Limpio, presentada a la Administración anterior y rechazada, por la cual el Estado de California reduciría la contaminación de vehículos de transporte de pasajeros.

Con la decisión de la Unión Europea, en diciembre de 2008, de un nuevo conjunto de medidas para combatir el cambio climático, como el recorte de emisiones de dióxido de carbono en un 20% para 2020, la mejora de la eficiencia energética en un 20% y que el 20% de la energía que se consuma proceda de fuentes renovables, y con el “cambio” sobre la problemática del clima en la Casa Blanca, parece que comienza una nueva era en la que la humanidad, por fin, empezará a atajar un problema ocasionado por ella misma. **■**

Notas

- 1 El libro *El secreto de Obama. Descubra las claves de su oratoria y conozca al presidente de EE.UU. se puede adquirir por Internet en la web: <http://monicapezdelasheras.bubok.com>*
- 2 El discurso de investidura de Barack Obama tuvo lugar el 20 de enero de 2009. Disponible el video en inglés en el blog: <http://elsecretodeobama.blogspot.com>
- 3 El plan Nueva Energía para Estados Unidos está disponible en la siguiente dirección de Internet: http://www.whitehouse.gov/agenda/energy_and_environment/

Propuestas/ respuestas

Para Cristina Narbona, la crisis ofrece la ocasión de llevar a cabo lo que se tendría que haber hecho tiempo atrás: promover la ocupación y la actividad económica en aquellos ámbitos que pueden garantizar el bienestar de los ciudadanos sin destruir la base material de la economía. Mercedes Pardo considera imprescindible la participación pública en la definición y la gestión de las políticas que han de afrontar los riesgos vinculados al cambio climático. Nicholas Stern, por su parte, hace una llamada a salir de la recesión de un modo que reduzca los riesgos para el planeta y desencadene una oleada de nuevas inversiones que creen una economía más segura.

La crisis, oportunidad hacia el futuro

Texto **Cristina Narbona** Ex ministra de Medio Ambiente. Embajadora de España en la OCDE

Hace unos días almorzaba con José Vidal Beneyto en uno de los rincones más inesperados del París bohemio, en el barrio de La Butte-aux-Cailles, el último reducto de la Comuna. Un entorno muy adecuado para hablar de la crisis, desde posiciones consideradas utópicas hasta hace poco y que cada vez –espero– resultan más realistas. Y es que hoy aparecen con nitidez las inmensas fallas por las que se diluyen los “principios básicos” del capitalismo financiero: la corrupción de los laxos reguladores del sistema, la inexistente precaución y prevención en la relación entre economía y ecología, la inmensa acumulación de riquezas en los paraísos fiscales... Razones más que suficientes para contribuir al debate sobre la urgencia de una economía diferente, al que contribuyen incluso expertos e instituciones nada radicales, desde la evidencia de las fallas detectadas. Hoy, un número creciente de ciudadanos espera respuestas nuevas, que ojalá se materialicen, por ejemplo, en las propuestas con las que los partidos políticos concurrirán a las próximas elecciones europeas. La relevancia democrática de dicha cita se ve acrecentada por la pérdida de credibilidad de las instancias públicas que no supieron –o no quisieron– evitar el desencadenamiento de la crisis, así como por la necesaria consolidación de un espacio político europeo, en el que se defiendan determinados valores en la escena mundial frente a la emergencia de modelos autoritarios y poco respetuosos con los derechos humanos.

En ese sentido, cabe saludar con satisfacción propuestas sobre la desaparición gradual pero efectiva de los paraísos fiscales –como la contenida en el primer documento de la Fundación Ideas– o las numerosas incitaciones a un *new green deal*, que permita relanzar la economía mundial sobre bases más duraderas y más responsables.

En el último informe de la OCDE sobre la respuesta estratégica ante la crisis¹ se señala acertadamente que “los planes de recuperación económica deben incluir incentivos para la inversión en tecnologías ambientales, necesaria para evitar los costes económicos asociados con las consecuencias del cambio climático y garantizar, de forma más segura, el crecimiento a largo plazo”. Por su parte, la Agencia Internacional de la Energía urge a los gobiernos a aprovechar los planes de relanzamiento de sus economías para acelerar la “necesaria revolución energética”, sin que la drástica reducción de los precios del crudo se convierta en un pretexto para retrasar el avance hacia una economía baja en carbono. Puede sorprender esta opinión por parte de organismos

cuyo análisis se ha centrado más en la economía que en la ecología. En realidad, la actual crisis financiera responde exactamente a las mismas causas que han provocado la crisis ambiental, cuyo síntoma más evidente es el cambio climático. Ambas crisis son el resultado de un modelo de crecimiento en el que no se han evaluado adecuadamente los riesgos de su propio funcionamiento, despreciando los efectos negativos, cada vez más visibles, de la codicia, el despilfarro y la corrupción, e ignorando la complejidad derivada de la creciente interdependencia a escala planetaria.

El rápido enriquecimiento de segmentos amplios de la población, sobre todo –pero no únicamente– en los países más ricos, ha alimentado el espejismo de una dinámica aparentemente positiva, ocultando los verdaderos costes de dicho proceso. Todavía hoy es imposible conocer el alcance de la “contaminación” del sistema financiero..., al igual que sucede en cuanto a la contaminación y la destrucción, en algún caso ya irreversible, de los ecosistemas naturales.

Para superar la crisis financiera es preciso devolver la confianza a aquellas instituciones públicas y privadas que han perdido toda su credibilidad, sancionando sus fallos e introduciendo más y mejor regulación, más y mejor control público, más y mejor capacidad de respuesta por parte de todos y cada uno de los ciudadanos... En síntesis, avanzando hacia una democracia de mayor calidad en la que se incentiven comportamientos responsables y beneficiosos para el interés general. Solo en esas condiciones, el enorme volumen de recursos públicos inyectado obtendrá los objetivos deseados. Para ello, además, es imprescindible que las reglas sean globales, consolidando la coordinación de las iniciativas emprendidas en la reunión del G20 en Washington.

Las mismas consideraciones son válidas para enfrentarse a la crisis ambiental, que requiere, ante todo, ser reconocida y valorada adecuadamente por los líderes políticos y sociales. Afortunadamente, Obama parece dispuesto a demostrar que la superación duradera de la crisis económica y financiera exigirá un compromiso de los poderes públicos para reorientar el sistema productivo hacia pautas de mayor sostenibilidad ecológica. La prueba está en su anuncio de inversiones anuales de 15.000 millones de dólares para desarrollar rápidamente un modelo energético más limpio y más seguro, y para contribuir a la lucha internacional contra el cambio climático, dentro del plan de relanzamiento de la economía norteamericana.

Un auténtico *new green deal* requiere canalizar el enorme volumen de recursos públicos hacia actividades y tecnologías menos contaminantes y más eficientes, generando así las economías de escala que permitirán reducir los costes de mercado de dichas opciones. Se trata, en síntesis, de llevar a cabo, bajo la presión de la crisis, lo que debería haberse hecho hace tiempo: promover el empleo y la actividad económica en aquellos ámbitos de la “economía real” que garantizarán más bienestar para un número mayor de ciudadanos, sin destruir la base material de la economía, aprovechando los avances científicos y tecnológicos.

La industria del automóvil constituye un ejemplo evidente de esa necesaria reorientación. Desde hace décadas, las grandes empresas norteamericanas seguían, impertérritas, su patrón de producción –grandes vehículos, de gran consumo y elevadas emisiones– totalmente en contra de las exigencias crecientes de descongestión y de calidad del aire en las ciudades. El apoyo público acordado por la Casa Blanca deberá favorecer una innovación tecnológica acelerada, que, entre otras cosas, les permita competir con las empresas asiáticas que ya lideran la producción de coches eléctricos e híbridos.

Esta es también la hora de la transformación energética de los edificios y de las ciudades, que, gracias a criterios de máxima eficiencia y a la introducción generalizada de energías renovables, podrían contribuir notablemente a la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero. En el caso de España, por ejemplo, resulta crucial acelerar la inversión pública ya prevista para introducir las exigencias del Código Técnico de la Edificación a las viviendas ya construidas, y aplicar parte del fondo creado para financiar actuaciones municipales en mejoras energéticas en los edificios y en transportes públicos.

Hay que insistir, sin embargo, en la dimensión ética de esta crisis. No se trata solo de dirigir los recursos públicos hacia inversiones más sostenibles, de acuerdo con una nueva racionalidad basada en el conocimiento científico, y hasta ahora minusvalorada en aras de un enfoque economicista de corto plazo. Resulta imprescindible reconocer, como se señalaba al inicio, la ausencia de valores que ha conducido a la catástrofe actual. Solo así se podrá redefinir el modelo económico, en el marco de una gobernanza global, capaz de garantizar de forma duradera los derechos de todos los ciudadanos del planeta. **M**

Nota

1 Documento del Consejo de la OCDE, C(2008)191/REV3.



Propuestas/respuestas

El cambio climático como riesgo socionatural

Texto **Mercedes Pardo Buendía** Universidad Carlos III de Madrid. Presidenta del Comité Español de Investigación en Cambio Global (CEICAG)

El cambio climático y su debate científico, político, económico y social están siendo un excelente “laboratorio social” de cómo las sociedades económicamente desarrolladas se plantean la cuestión del riesgo –en definitiva– a poner en peligro el *statu quo* de estas sociedades. Si no fuera porque estamos ejerciendo de “aprendices de brujo”, sería un ejercicio fascinante.

A pesar de que la mayoría de los riesgos son conceptualmente incontrolables –ya que nunca se pueden conocer plenamente todos los antagonismos ni las sinergias que pueden producirse a corto, medio y largo plazo, ni saber si se está haciendo lo suficiente para prevenir un daño–, sí que son, en cambio, socialmente controlables, mediante lo que el sociólogo Anthony Giddens denomina la “colonización del futuro”.

Académicamente se suele distinguir entre peligro y riesgo: el “peligro” se refiere a alguna amenaza sobre las personas y sobre las cosas que tienen valor para las personas (incluyendo la naturaleza), mientras que por “riesgo” se refiere a la medida de dicha amenaza en términos de la probabilidad (estadística) de pérdidas asociadas al fenómeno que se presente y la vulnerabilidad específica del elemento expuesto.

Un aspecto a destacar es que el riesgo, o los efectos esperados, no solamente dependen del fenómeno de que se trate, sino también del medio receptor, en este caso, de la fortaleza (o resiliencia) o vulnerabilidad de la sociedad, por lo que la gestión social del riesgo se presenta como clave para su prevención.

Conviene también tener en cuenta que el riesgo se “construye”, como producción de ciertas incertidumbres (fabricadas en ocasiones) –algunas funcionales al mantenimiento del *statu quo*– que pueden tener consecuencias para la “vida” en el sentido más amplio del término. Así, lo esencial del riesgo no es tanto que algo dañino vaya realmente a ocurrir, como “lo que pudiera ocurrir”.

La “magnitud” del peligro es una variable relevante. La cuestión reside entonces en ser capaces de calibrar (en capacitar) socialmente el grado de riesgo que se está dispuesto a tomar y/o aceptar. Esa circunstancia remite a un avance en el conocimiento de múltiples asuntos, siendo la condición *sine qua non* el desarrollo de una conciencia social del peligro que se trate. Si no existe tal conciencia, para la sociedad no existe el riesgo. Pero ello no significa necesariamente que el riesgo no exista; probablemente lo que suceda es que el riesgo sea trasladado desde aquellos lugares legalmente controlados a otros donde existe menor conciencia (o menor conflicto) y menor control social (y, por lo tanto, ese riesgo tenga más probabilidades de aumentar).

“Los análisis de riesgos no suelen tener en cuenta las relaciones del impacto tecnológico con los sistemas sociales ni con las construcciones simbólicas sobre los peligros, ni tampoco la distribución social del riesgo”.

Pero esa necesaria concienciación no es un asunto exclusivamente individual, sino, sobre todo, colectivo, correspondiente al nivel de reflexividad de las sociedades. Así, cuando hablamos de riesgo, en su sentido más fundamental, nos referimos a las adaptaciones (o no adaptaciones –el riesgo también puede ser conceptualizado por la no acción–) culturales (cambios sociales) para “controlar” los desastres naturales y los descubrimientos científicos y tecnológicos. En definitiva, de lo que se trata es de los sistemas sociales.

El riesgo presenta otra característica importante: es diferencial o relativo, es decir, no afecta por igual a todas las sociedades, ni a todos los individuos. El concepto de “vulnerabilidad” es relevante para ese análisis. Por vulnerabilidad entendemos la capacidad de una sociedad –o de una parte de esa sociedad– para anticiparse, sobrevivir, resistir y recuperarse ante el impacto de una amenaza. Por ello, es preciso considerar los aspectos distributivos del riesgo para una plena comprensión del fenómeno, así como para su control social. Se ha acuñado al respecto el término “clases medioambientales”.

Paradójicamente, los análisis de riesgos no suelen tener en cuenta las relaciones recíprocas del impacto tecnológico con los sistemas sociales, ni con las construcciones simbólicas (imágenes, concepciones...) que las personas elaboran en su vida cotidiana sobre los peligros a los que están sometidas, ni tampoco la distribución social del riesgo. En algunos casos se llega a considerar el riesgo sobre las vidas humanas, la salud y los valores económicos, pero se relegan otros aspectos valiosos y necesarios de la existencia humana, de la “fábrica” social, como son el impacto en las redes de las instituciones sociales y los sistemas colectivos. La especialización del riesgo tiende a oscurecer este aspecto.

La *incertidumbre* sobre el riesgo requiere hacerla inteligible conceptual y prácticamente, ya que va más allá de las racionalidades y técnicas de análisis del riesgo, normalmente basadas en estadísticas “objetivas”. Las diferencias entre los expertos y la población no experta son grandes. Por lo general, los expertos miden el riesgo en términos de probabilidad. Para las poblaciones afectadas, en cambio, la percepción del riesgo es más amplia y difícil de explicitar en términos estadísticos, que es lo que demandan los expertos. Esa brecha entre ambos sectores requiere cambios importantes, como, por ejemplo, mejorar la traducción del conocimiento científico al vernacular de la opinión pública y de la política para hacer de la evaluación de riesgos una parte del sentido común de cada ciudadano. Y lo contrario tam-

bién es cierto: se necesita mejorar la traducción al campo de los expertos de los valores de la ciudadanía. Cuando se habla de riesgo, seguridad, incertidumbre y aceptabilidad, de lo que se está tratando es de cómo organizar mejor la sociedad.

La “irresponsabilidad organizada” hace referencia a que, a pesar de la gran organización burocrática característica de las sociedades contemporáneas, cuya finalidad es justamente garantizar el funcionamiento “normal” de la vida cotidiana, no es posible tal garantía por la imposibilidad de localizar la responsabilidad nítida del riesgo, precisamente por la propia naturaleza de los riesgos (es el caso del cambio climático). Por otra parte, al tratarse de un sistema complejo de responsabilidades, esto posibilita que ninguna de las partes tenga la responsabilidad total (ni sobre el conjunto de asuntos) y, además, permite tender a externalizar la responsabilidad hacia fuera, a otro subsistema (que puede que no sea el de menor riesgo, sino muy probablemente el de menor atención). En resumen, riesgo y responsabilidad están intrínsecamente relacionados.

La “corresponsabilidad organizada” pudiera ser una alternativa. Aunque con distintos niveles de responsabilidad: quienes causan los problemas/quienes los padecen; quienes deben solucionarlos/quienes pueden solucionarlos, quienes intermedian para que se puedan solucionar, etc., todos y cada uno tienen el derecho y el deber de aportar, con el fin de maximizar recursos y crear sinergia positiva. La corresponsabilidad organizada trata de fomentar, apoyar y crear redes sociales de carácter permanente, que profundicen en los contenidos y que asuman las acciones. Estas redes son la base para las políticas de coordinación entre las diversas instituciones públicas y privadas, ya que es necesario que los diversos agentes sociales asuman su responsabilidad, pero no de forma aislada, sino mediante acción coordinada. La democracia y la transparencia son condición imprescindible para el desarrollo de procesos de corresponsabilidad.

Por todo ello, la participación pública en la gestión del riesgo implica asuntos como la planificación consensuada, el desarrollo de políticas participativas, el establecimiento de redes sociales dirigidas a dicha gestión, la gestión de la configuración del sistema de gobernabilidad del riesgo, en definitiva. Se trata de crear mayorías para una mejor definición y gestión de las políticas a desarrollar. La gestión social del riesgo requiere *a priori* aceptación y consentimiento social, lo que remite a su tratamiento con un enfoque integral y, sobre todo, con desarrollos del principio precautorio y de participación social democrática. **M**



Propuestas/respuestas

Sostener el crecimiento y proteger el mundo

Texto **Nicholas Stern** Economista. Ex director económico del Banco Mundial. Autor de “The Economics of Climate Change”

Hay dos lecciones fundamentales que debemos aprender de las turbulencias financieras que el mundo ha estado experimentando. En primer lugar, esta crisis viene gestándose desde hace veinte años y muestra muy claramente que cuanto más tiempo se olvida el riesgo, más grandes serán las consecuencias; en segundo lugar, nos enfrentaremos a un largo período de recesión en los países ricos y de bajo crecimiento en el mundo en su conjunto.

Aprendamos las lecciones y aprovechemos la oportunidad de la coincidencia de la crisis con la creciente concienciación del gran peligro que supone no gestionar el cambio climático. Ahora es el momento de sentar las bases para un mundo de bajas emisiones de carbono. Este momento es de especial importancia, no sólo por la oportunidad que supone, sino también porque nos encontramos en el ecuador del camino entre la cumbre de Bali, donde se iniciaron las negociaciones, y Copenhague, que albergará la crucial reunión del Convenio Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) a finales de este año, cuando el mundo deberá construir y acordar un pacto global sobre cambio climático que sustituya el acuerdo de Kioto.

Si las cosas siguen igual, a mediados de siglo el alto crecimiento de emisiones de carbono habrá llevado las concentraciones de gases de efecto invernadero a un punto en el que un gran desastre climático será muy probable. Corremos el riesgo de una transformación del planeta tan radical que implicaría desplazamientos masivos de población y conflictos generalizados. Dicho de una manera más prosaica, el alto crecimiento del carbono ahogaría el crecimiento. A fin de gestionar el clima de forma razonable, debemos reducir las emisiones mundiales por lo menos en un 50 por ciento para el año 2050, tal como se reconoció en la cumbre del G8 en Japón este año. Habida cuenta de que las emisiones de los países ricos están muy por encima de la media mundial, sus recortes deben ser al menos de un 80 por ciento, tal como se reconoce claramente en Europa y en el Reino Unido con la adopción gubernamental de este objetivo antes de Poznan.

No sabemos cuánto durará la recesión en la que ya hemos entrado, pero es poco probable que sea corta. Se están poniendo en marcha las políticas pertinentes para evitar que nos sumemos aún más en una crisis y para empezar a construir un

“La reforma de la estructura de la red eléctrica será necesaria para permitir decisiones descentralizadas y locales sobre la generación, tales como la eólica, la solar y la producción combinada de calor y electricidad”.

sistema financiero más sólido. Sin embargo, mientras los bancos reconstruyen los balances y buscan mayores ratios de capital, tendrán que restringir los préstamos. Es poco probable que la política monetaria por sí sola, pese a su importancia, nos saque de la recesión en un futuro próximo: la política fiscal para ampliar la demanda debe desempeñar un importante papel. Sin embargo, cualquier aumento del gasto público no sólo debe centrarse en impulsar la demanda a corto plazo: tenemos que promover un crecimiento que pueda ser sostenido.

El próximo período de crecimiento deberá basarse firmemente en infraestructuras que generen bajas emisiones de carbono y en inversiones que no sólo sean rentables, con las políticas adecuadas, sino que también permitan una economía y una sociedad más seguras, más limpias y más tranquilas. Y si, como es nuestro deber, detenemos la deforestación, fuente del 20 por ciento de las emisiones de gases de efecto invernadero, al mismo tiempo también podremos proteger y mejorar nuestros sistemas de biodiversidad y de agua. La Agencia Internacional de Energía calcula que, previsiblemente, la media de las inversiones mundiales en infraestructuras energéticas será alrededor de 1 trillón de dólares al año durante los próximos veinte años. Si la mayoría de estas infraestructuras producen bajas emisiones de carbono y se adelantan algunas de ellas, será una excelente fuente de demanda de inversiones. También lo serán las inversiones en la eficiencia energética, muchas de las cuales pueden ser intensivas en mano de obra y estar disponibles de inmediato.

Está claro que se puede organizar un programa que aumente la demanda a corto plazo y augure un crecimiento eficiente, fuerte y sostenible a medio plazo. El programa debe ser cuidadosamente estructurado y tanto el sector público como el privado deben participar en su elaboración. El sector privado será el que realice la mayoría de las inversiones, pero el sector público debe determinar los incentivos y el clima de inversión que permita que la inversión tenga lugar. Eso significa trabajar con la UE y con el CMNUCC en Copenhague para sostener un precio para el carbono, mediante el uso del comercio de carbono y de los impuestos. Y ello implica la regulación, por ejemplo, de las emisiones de los automóviles para dar señales claras que permitan economías de escala y reducir la incertidumbre.

Sin embargo, no se trata sólo de la motivación correcta para el sector privado y de la escala adecuada y la estructura del gasto público. El clima de inversión debe ser adecuado también. Podría haber un límite temporal definido para las decisiones de planificación y una estrategia energética nacional que informe las decisiones. Deberíamos tener una actitud muy abierta hacia la tecnología y dejar que los mercados decidan qué elegir, sin poner obstáculos en el camino que pudieran surgir a raíz de una antipatía hacia una tecnología en particular. La demostración de captura y almacenamiento de carbono para el carbón y el gas a escala comercial en la generación de electricidad debe ser una prioridad especial, habida cuenta de la probable preponderancia del carbón en el futuro crecimiento de muchos países. La reforma de la estructura de la red eléctrica será necesaria para permitir decisiones descentralizadas y locales sobre la generación, tales como la eólica, la solar y la producción combinada de calor y electricidad. Y la estrategia energética debe tener en cuenta factores tales como la seguridad energética y la demanda máxima del suministro. Con políticas racionales todo esto es posible, en consonancia con tecnologías bajas en carbono.

Los próximos años presentan una gran oportunidad para sentar las bases de una nueva forma de crecimiento que pueda transformar nuestras economías y sociedades. Salgamos de esta recesión de una manera que reduzca los riesgos para nuestro planeta y desencadene una ola de nuevas inversiones que creen una economía más segura, más limpia y más atractiva para todos nosotros. Y al hacerlo, vamos a demostrar a todos, en particular al mundo en desarrollo, que el crecimiento bajo en carbono no sólo es posible, sino que también puede ser una vía productiva y eficiente para superar la pobreza en el mundo. 

MI ODA A BARCELONA

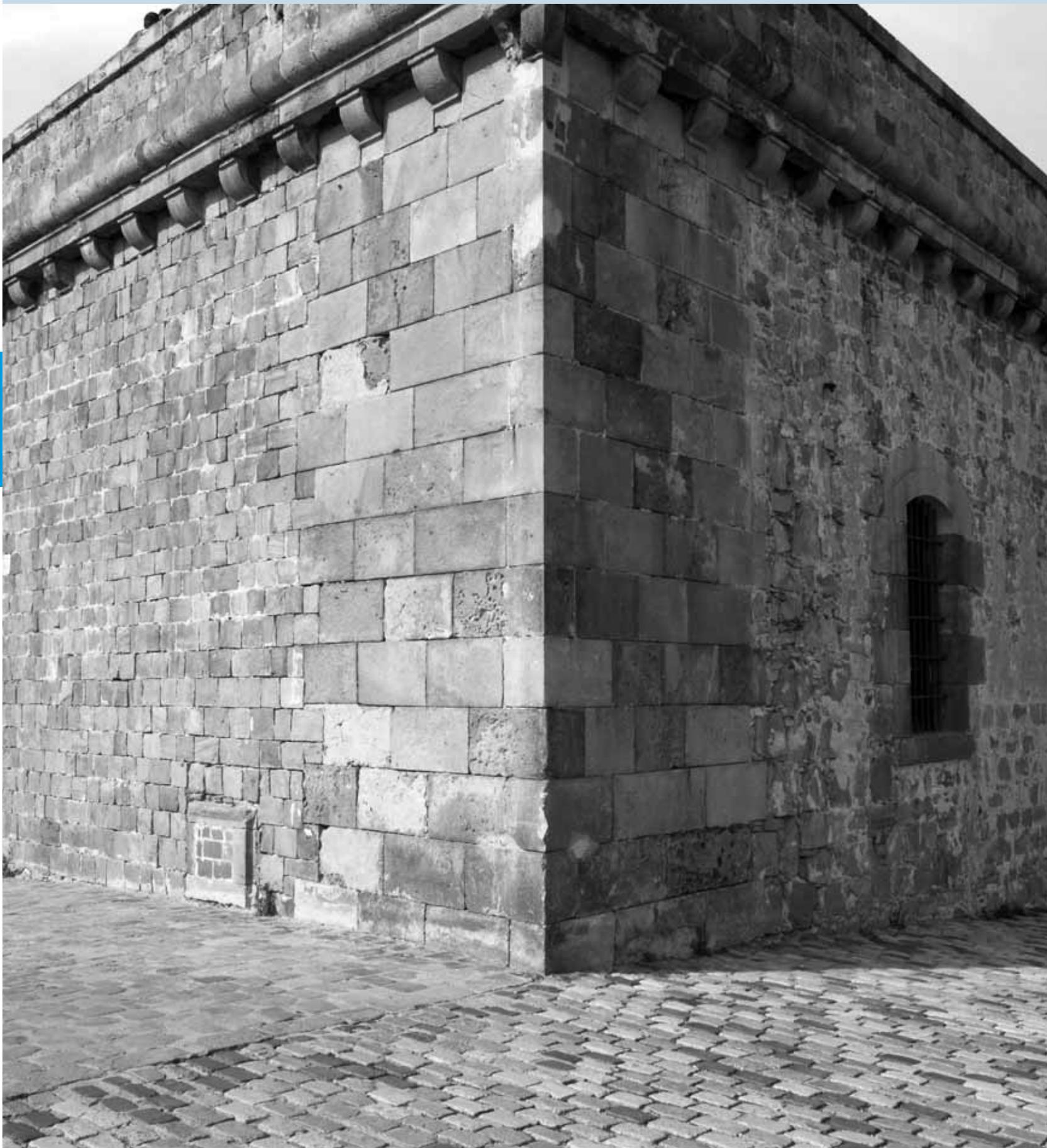
La ciudad irá donde tú vayas. Kavafis

Aquí no sentí nunca la ternura
de la lengua materna, ni el amparo
de tradición alguna, tan sólo la contienda
civil, en donde empieza mi pasado.
Cuando he buscado sin tener dinero
su dudoso calor, ni me ha mirado.
De ella me enamoré en mi juventud,
pero hoy los dos nos conocemos bien:
ni ella puede engañarme cuando sale
con los ojos pintados de crepúsculo,
ni yo puedo engañarla con poemas.
No vendría conmigo si me fuese.
Y para estar más lejos cada vez,
ni irme necesito. Pero a veces,
cuando menos lo espero, alguna noche,
siento un escalofrío oyendo el eco
de pasos que se alejan ante mí
por las calles desiertas.

© Joan Margarit
Barcelona, amor final
Raval Edicions, S.L.U., Edicions Proa
Barcelona, 2007



OBSERVATORIO



CSI Barcelona:

El caso de la ciudad resquebrajada

Texto **Carles Geli**

Para conocer el estado del espíritu del pueblo –y al propio pueblo– de Cataluña durante los primeros meses de la Guerra Civil, Jaume Miravittles, responsable del Comisariado de Propaganda de la Generalitat, empleaba medio en broma medio en serio las ventas del famosísimo *El més petit de tots*, que costaba tres pesetas. Según cálculos aproximados, se habían vendido 60.000 muñecos que llevaban la *senyera*, 20.000 llevando la bandera negra y roja de la CNT, 15.000 ondeando la comunista y 5.000 la republicana. “Es el primer sondeo político conocido”, comentaba el irrepitible periodista. Otro colega, Carles Sentís, en su famoso reportaje seriado *Viatge en Transmiserià*, publicado pocos años antes, en 1932, en el semanario *Mirador*, hablaba de la “Nova Múrcia” para referirse al barrio de la Torrassa en el que, según sus datos (erróneos), de los 22.000 habitantes, 20.000 provenían de aquella región. Más adelante, la historia, con algunos de sus más totémicos representantes, ha dejado la fotografía fija de una Barcelona de 1936 obrera e interclasista por popular, unificada en el frente republicano antifascista que se tradujo en las no menos homogéneas milicias que salieron a la calle y se convirtieron en la primera tropa de choque contra los sublevados en 1936; casi al margen de la instantánea, se ve un intento de revolución social paralelo.

Con poco más de quinientas páginas (el lugar común siempre cuesta de desarticular), el catedrático de Urbanismo de la Universitat Politècnica de Catalunya, José Luis Oyón, ha desmontado y matizado gran parte de todos estos tópicos en *La quiebra de la ciudad popular* (Ediciones del Serbal). Así de claro: por percepción política, por procedencia geográfica, por formas de vida cotidiana y por ubicación en la ciudad, ni la unidad interclasista ciudadana y obrera era tal, ni aquel movimiento fue tan popular (entendido como mezcla) ni el corto verano de la anarquía fue una sandez extremista de unos pocos sino una verdadera revolución de los más pobres.

Se puede empezar por el final: el 71% de los anarquistas fusilados por los franquistas en el Camp de la Bota acabada la guerra eran obreros inmigrantes, nacidos de familias de la inmigración foránea. Exactamente el mismo perfil mayoritario de los milicianos catalanes, que apenas alcanzaban los veinticinco años, procedentes en muy buena parte (casi un 80%) de lo que Oyón bautiza como nuevas periferias de Barcelona (Torrassa, Sant Adrià, Santa Coloma..., gente que en sus tres cuartas partes no tenían origen catalán) y en una pro-

porción mucho menor de los barrios tradicionales del obrerismo barcelonés (Sants, Hostafrancs, Poblenou, Gràcia...). Y un detalle a tener en cuenta: en su casa acostumbraban a vivir seis personas (4,7 era la media de la ciudad). El miliciano de la anarquista CNT mostraba alguna especificidad más: tenía una edad aún algo menor (entre 20 y 24 años), era un obrero poco cualificado (presentaba una tasa de analfabetismo más alta que la media), estaba vinculado a la inmigración llegada hacia relativamente poco a la ciudad (máximo, veinte años), procedía más del ámbito de la minería que del campesinado y, una vez más, otro tópico roto: sólo en un 1,5% eran mujeres.

Averiguar de dónde venían y en qué condiciones vivían los revolucionarios que salieron a la calle a parar el golpe fascista es el objetivo alcanzado de Oyón en este viaje, en el que utiliza los medios de transporte más inverosímiles: desde el padrón de viviendas de la ciudad en 1930 hasta los telegramas que los soldados enviaban a sus familias y que recogía el diario anarquista *Solidaridad Obrera*, pasando por los desahucios de los juzgados, los expedientes de comprobación catastrales, las historias de vida, las actas matrimoniales, etc.

Gracias a este trabajo de *CSI Las Vegas* televisivo aplicado a Barcelona y a las ciencias sociales, se puede asistir al vertiginoso y casi traumático cambio que sufrió la ciudad en poco más de veinte años, entre 1914 y 1936. Unas cifras siempre ayudan; por ejemplo, las del paso de los 600.000 habitantes de 1914 al millón de 1930 o el 1.200.000, con los municipios dependientes, en 1936. Sí, nunca la ciudad había crecido demográficamente tanto como entonces. La expansión económica resultado de la Primera Guerra Mundial y la demanda de mano de obra para las grandes políticas de infraestructura pública (especialmente el metro y la Exposición de 1929) explican una población tan numerosa, en la que seis de cada diez habitantes eran obreros (146.000 trabajadores manuales en 1905, pero 233.000 ya en 1930).

La primera consecuencia de todo ello es lógica: el número de edificios en la ciudad crece un 32% entre 1920 y 1930 y el centro histórico se densifica hasta la vergüenza, más de mil habitantes por hectárea en barrios como la Barceloneta, Santa Caterina, el Raval del Barrio Chino... Estos espacios densificados del centro histórico son el mejor ejemplo del inicio del cuarteamiento de la ciudad. La semimarginalidad, la figura del realquilado, el amontonamiento de estos espacios, rompen

El estudio de los vertiginosos cambios sufridos por la ciudad en el periodo de entreguerras del siglo pasado pone de manifiesto que la ausencia de reformas significativas en las condiciones de las viviendas crearon un contexto ideal para los estallidos revolucionarios. En la página anterior, el castillo de Montjuïc, una presencia constante en la historia de Barcelona y de sus conflictos políticos y sociales.

una característica predominante de Barcelona: los artesanos y los obreros cualificados actuaban como cemento social de los barrios, creaban una cierta homogenización social que también impactaba en la política. Ahora, por primera vez, los trabajadores no cualificados se segregaban claramente del resto de clases sociales, dibujándose tres escenarios obreros diferentes en la ciudad: estos barrios del centro histórico con claras bolsas de lumpenproletariado; los suburbios populares (partes de Poblenou, Gràcia...), donde aún existe una cierta mezcla de obreros de oficio, artesanos y algún cuello blanco (oficinistas), y las segundas periferias, de predominio absoluto del obrero inmigrante y sin cualificación laboral.

El obrero vive donde puede y como puede. El alquiler medio de un piso en Barcelona a principios de los años treinta del siglo pasado es de 55,2 pesetas al mes, casi una tercera parte del sueldo del trabajador no cualificado. Una barbaridad. No existe un gran parque inmobiliario pese al crecimiento. Se hace difícil encontrar casas baratas. Resulta fácil, por tanto, inventarse de todo: los famosos *tres de ocho* para dormir por turnos en un piso o en una fonda; el realquiler; la cohabitación, ya sea familiar o no (una de cada cinco familias obreras en la ciudad vive así); los “cuartos de casa” (28 metros cuadrados) de la Barceloneta; los cuatro pisos por rellano en los edificios de Ciutat Vella... Y las barracas, claro está: 3.859 (19.984 personas) en 1922, 6.500 en 1929. Y es que son veinte metros cuadrados de media con un máximo de dos dormitorios: por unas veinte pesetas al mes por lo visto no se puede pedir mucho más.

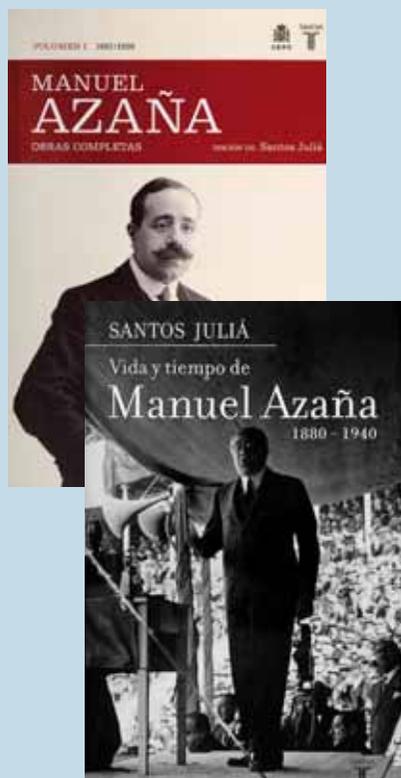
El meticuloso trabajo de Oyón baja hasta la arena de la vida cotidiana y de barrio. Fija, por ejemplo, en tres los kilómetros que recorre un obrero cualificado para desplazarse al trabajo, mientras que el obrero sin categoría laboral se traslada dos, y la mujer trabajadora, sólo uno: es la pervivencia de la movilidad aún *ochocentista*, a pie de casa al trabajo, porque se vive en muchos casos cerca de la fábrica, que marcará el lugar en el que vivir; una situación a la que tampoco es ajeno el precio de los billetes y la falta de medios de transporte en las segundas periferias de la ciudad. O sea, los obreros que más ganan salen del binomio “barrio en el que vivir-barrio en el que se trabaja”; los que tienen menos dinero, no. De algún modo pasa lo mismo a la hora de casarse; la endogamia geográfica es brutal: cuanto más pobres son los obreros, menos distancia (de los 400 metros a vecinos de escalera) entre los futuros miembros del matrimonio. El círculo se va haciendo más y más concéntrico; la vida de barrio es capital: en los barrios obreros, por ejemplo, disminuye mucho menos el número de lavaderos que en el resto de la ciudad. Es el caso, por ejemplo, de la Barceloneta, que de los 285 que había en la ciudad, en 1933 acaparaba ocho, uno de los cuales es el mayor de todos, en la calle Atlàntida, con ochenta plazas.

Son tiempos de militancia y afiliación sindical importantes, y el autor no deja pasar la ocasión para analizarlo en clave de espacio urbano. Es evidente que la CNT ya no tendrá jamás la fuerza que demostró entre 1910 y 1920 como consecuencia de un descenso de filiación que, en parte, viene dado por su postura beligerante con la República. Pese a ello, es fácil adivinar que seguirá siendo abrumadoramente predominante en su nuevo gran vivero, los barrios periféricos, en los que por cada trabajador de la socialista UGT hay seis de la CNT. En cambio, ya no son hegemónicos en los barrios obreros del centro histórico (ahora es más un territorio del POUM, por ejemplo) y en los suburbios populares, que han sido suyos entre 1918 y 1923 sin discusión. La cosa está más reñida, y es por ello por lo que en los suburbios populares por cada trabajador de la UGT hay *tan sólo* dos de la CNT. ¿Es necesario recordar además que entre los fallecidos en las barricadas de los famosos Hechos de Mayo de 1937, el 64% eran de fuera de Cataluña (Aragón, Valencia, Murcia y Andalucía)? ¿O que, seis meses después, el 60% de los detenidos anarquistas en la cárcel Modelo de Barcelona (el 90% del total de los presos) eran militantes de segundas periferias y de las bolsas del centro histórico densificado? El círculo queda, por tanto, cerrado del todo. Y muy resquebrajado...

Quien sepa hacerlo, puede extraer mucho de *La quiebra de la ciudad popular*. Aunque ese no es nuestro caso, daremos un par de muestras de ello. Una: comprobar que la ausencia de reformas significativas en las condiciones de las viviendas de la ciudad en los quince años del periodo de entreguerras se convirtieron en el contexto ideal para el mantenimiento y posterior crecimiento de expectativas revolucionarias que acabaron rompiendo un ecosistema social. Nos vienen a la memoria los discursos y avisos de necesaria revolución *lampedusiana* que, de algún modo, desde finales del XIX y principios del XX habían dirigido a la burguesía barcelonesa personajes como Joan Mañé i Flaquer, Joan Maragall o, incluso, Agustí Calvet, Gaziel. Y la otra: aunque no lo parezca, de qué manera marca la vida de uno el hecho de vivir en un lugar de la ciudad y en unas circunstancias determinadas, como lo sufrieron las gentes de la Colònia Castells o del grupo de casas de Eduardo Aunós, por poner dos ejemplos del libro.

Y aun daremos una tercera: ¿qué recuerdo guarda la ciudad de todo ello? ¿Qué ha sido de este pasado, institucionalmente? ¿Qué pruebas en piedra quedan, por ejemplo? Puesto que hoy volvemos a escandalizarnos de los pisos patera (tanto para inmigrantes como para turistas), inventados hace ochenta años, y puesto que el libro de Oyón no ha ganado el premio Ciutat de Barcelona, quizás tendría que ser de lectura obligada en más de una junta directiva de patronal, cúpula sindical y despacho municipal. Para evitar futuros resquebrajamientos, vaya... **M**

OBS ZONA DE OBRAS



Obras completas de Manuel Azaña

Edición de Santos Juliá

Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Editorial Taurus
Madrid, 2008
Ocho volúmenes

Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)

Santos Juliá

Editorial Taurus
Madrid, 2008
552 páginas

Todo empezó hace años en las calles de Sevilla. Todo surgió, a la manera republicana, de una conversación peripatética. El maestro de historiadores que fue Ramón Carande le recomendó a un joven Santos Juliá la lectura de Max Weber y de Manuel Azaña. Desde entonces que el profesor Juliá está en ello. El resultado de ese ir y venir a la figura y a la obra desperdigada de quien fuera presidente de la Segunda República –Weber

no es quien aquí nos ocupa– ha sido doble y admirable. Por un lado, la recopilación sistemática de la obra de Azaña. Ya hubo un primer intento en esa dirección. Muy significativamente, el compilador primero fue un hombre del exilio, Juan Marichal, y los cuatro volúmenes de esa edición aparecieron en el México de mediados de los años sesenta. Es a él a quien Juliá leía a finales de los sesenta y primeros setenta del siglo pasado. Las limitaciones con las que Marichal tuvo que abordar su labor, epitome de las que afrontaba la memoria del republicanismo histórico en la España tardofranquista, hacían imprescindible un nuevo y metódico ejercicio filológico con el fin de recuperar, para la España democrática, la palabra completa y compleja de Azaña. Como la mayor parte de intelectuales doblados de políticos en la España del primer tercio del siglo XX, el artículo periodístico, el ensayo fugaz, las notas y los discursos, eran, tanto o más que el libro y la labor reposada, medios a través de los cuales se daba a conocer la palabra, el ideario. Reencontrar, contextualizar, organizar, facilitar al lector de hoy todo ese material disperso no resultaba tarea fácil. Eso, y no otra cosa, es lo que el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales publicó a finales de 2007 como *Obras completas de Manuel Azaña*. Ocho volúmenes perfectamente anotados, en cuidada edición crítica, por Santos Juliá. Restituir la palabra a un republicano es, reconozcámoslo, tanto como restituírle la vida.

No contento con esta labor, Juliá da a la imprenta, ahora, una *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940*. Tampoco es el primer acercamiento del historiador al político, al personaje histórico. Sí que parece ser el definitivo. En el anterior, atrapado por las propias palabras de Azaña –¿quién no reescribe su biografía?–, Juliá se ocupó de los tiempos republicanos, preferentemente de los años treinta. Durante mucho tiempo Azaña se negó a él mismo en sus años mozos. No obstante, las cosas empeza-

ron mucho antes. Hay un siglo, el liberal del ochocientos, y un tramado de relaciones familiares –que cubren, por cierto, toda la geografía peninsular imaginable– tras el Azaña que nace, en 1880, en Alcalá de Henares. Hay un proceso formativo, complejo y rico, en el que la religión y la familia, el entorno ciudadano y las relaciones de amistad juegan, como no podría ser de otra manera, un papel central. Hay un descubrimiento. O varios. El de El Escorial y sus paisajes. El de Madrid. El de las tertulias y el del Ateneo. El de las plurales vocaciones. El de los intereses intelectuales, el de las soledades y el de las amistades.

Ese mundo entra en crisis en la segunda década del siglo XX. Las instituciones parlamentarias funcionan mal. No sólo en España. La labor de Azaña irá encaminada a encontrar una salida, en sintonía con el liberalismo social, lejos de cualquier tentación autoritaria. Se hace preciso nacionalizar –es decir, integrar en el cuerpo de la nación de ciudadanos a todos aquellos que se sientan ajenos al mismo– sin renunciar a la democracia y haciendo frente a las sucesivas luchas de su tiempos –la Primera Guerra Mundial, la crisis de 1917, el advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera, el despertar de una nueva esperanza republicana–. El episodio del Partido Reformista de Melquiades Álvarez, por su hondura, explica mucho del posterior Azaña, del reformador del primer bienio republicano, del posterior presidente de la República.

Todo ello, además de lo que quizás fuese algo más conocido, el quehacer de los años republicanos, queda argumentado, recogido, articulado, en una historia de vida que se define desde dentro, desde la propia experiencia, y también desde la mirada de los otros. En cualquier caso, los mitos del provincianismo y de la molicie azañistas quedan reducidos a eso, a mitos sin sustancia. A imágenes pergeñadas por quienes serían sus enemigos. Las preocupaciones intelectuales del joven Azaña son

“Los mitos del provincianismo y de la molicie de Azaña quedan reducidos a eso, a mitos sin sustancia, a imágenes pergeñadas por quienes serían sus enemigos”.

las de la época: las multitudes, la libertad de asociación, la agitación social y las perspectivas de reforma; el peso del clericalismo, la necesidad de retornar a la ciencia y a la educación, la conveniencia de civilizar la política y modernizar al ejército. Cuestiones que definen una época. Cuestiones que ponen en solfa el legado que proviene del siglo XIX y que obligan a repensar el liberalismo. Son los años que en el mundo cuaja una síntesis novedosa de liberalismo preocupado por la cuestión social, progresista y reformador. Un liberalismo del que participa Azaña. Lo imprescindible no es la república, lo necesario del todo es la libertad responsable y la participación ciudadana. Lo mantendrá siempre. O, como mínimo, hasta 1923, momento en el que queda claro que la monarquía no está dispuesta, ella, a transitar por el camino de la democracia. Es entonces cuando se hace republicano. Antes, siempre, ha sido demócrata. Funcionario diletante e intelectual combativo a favor de un patriotismo cívico, de ciudadanos, en el que la historia sólo se justifica como encuadre para un presente de libertades, de derechos y de deberes.

Aliadófilo, francófilo, reformista, dispuesto a entenderse con todos aquellos que en España estén dispuestos a transitar por el camino de la legalidad y de la libertad. Acabará harto de algunas compañías, de las socialistas y, en particular, de las catalanas. Aunque, en el fondo, nunca renunciará a las mismas porque entiende que sin ellas no es posible la España plenamente liberal y liberada a la que ha dedicado sus energías.

Como pueden comprobar los lectores de esta breve nota, la biografía de Azaña que ha pergeñado Juliá, por su calidad literaria y por su rigor, así como por una no menos evidente empatía contagiosa del autor para con el biografiado, pueden llegar a tener un efecto adicional. No sólo facilitar al lector una mejor comprensión de los avatares de la España que va del desastre de 1898 al

de 1939, sino también el activar la curiosidad por ir a la obra de Azaña. Directamente. La biografía, en ese sentido, constituye el mejor complemento a la edición de las *Obras completas*.

Ángel Duarte



Urbanización

Paisajes comunes, lugares globales

Francesc Muñoz

**Editorial Gustavo Gili
Barcelona, 2008
216 páginas**

Poco después de las Olimpiadas, cuatro arquitectos y un abogado aficionado a la arquitectura nos entrevistamos con el flamante nuevo alcalde de Barcelona. El motivo: hacer presente nuestra preocupación por lo que parecían inquietantes nuevas partes de ciudad en construcción e informarnos, si era posible, sobre el nuevo estado de cosas.

Conocíamos el proyecto Diagonal Mar con un cierto detalle. Sabíamos que habría torres, un parque privado que se tragaba alguna calle del Eixample. Sabíamos que no habría más tiendas que una panadería y un estanco, para propiciar así la compra en el centro comercial de la misma empresa. No comprendíamos el autismo agresivo de

la operación hacia la trama Cerdà, ni la privatización del espacio de diversas calles, ni las maravillas descontextualizadas del parque, etcétera.

El alcalde nos hizo comprender la cuestión clave: se había acabado el dinero público que había permitido la transformación de Barcelona en los ochenta y todo lo relacionado con las Olimpiadas. Sin dinero público se detenía el motor que había hecho posible el gran cambio y también, aproximadamente, el modelo Barcelona. El dinero público había permitido diseñar el vacío, el espacio que prefigura el emplazamiento, las reglas de juego, antes o simultáneamente a la forma de los edificios adecuados al conjunto. El Ayuntamiento prefirió “continuar creciendo” a consolidar lo conseguido con éxito pero un tanto demasiado rápido. Continuar pero cambiando el motor: si el dinero no podía ser público habría de llegar de manos privadas. Para obtenerlo era preciso organizar las cosas de otra manera. Era necesario que la iniciativa privada se sintiera cómoda. Y para ello, pocos obstáculos y gran visibilidad a sus intervenciones, que iban a ser edificios, que es lo que produce rentabilidad privada. Primero obtendrían dinero privado, y por medio de él, imagen, notoriedad. Después vendría el turismo y las plusvalías. Al final harían el espacio público, que llegaba después, o no llegaba nunca, como ha sucedido con la torre Agbar.

Así pues, mucho antes de que se pasasen físicamente las consecuencias, Barcelona cambió su denominado modelo. Dio su primer paso en el camino de la banalidad y, sí, probablemente, en su versión *branding*, que es la que otorga a Barcelona Francesc Muñoz en su *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*. Un libro brillante, con prólogo de lujo (Saskia Sassen), que incluso puede sugerir que los geógrafos, algún geógrafo al menos, pueden estar tomando la antorcha que se consideraba que sostenían los arquitectos hasta

hace poco tiempo, hasta que fuimos sistemáticamente castigados en la medida en que invadimos terrenos políticos. Ahora hay geógrafos con muy altas responsabilidades de gobierno y planificación del futuro de Cataluña; hay geógrafos, totalmente resistentes a la depresión, que “observan el paisaje”; y hay también geógrafos, como el propio Muñoz, que enseñan, discuten en público, piensan y agitan.

Su libro no sólo aborda específicamente la urbanidad banal, sino que afronta otros fenómenos de actualidad que se entrecruzan con el tronco principal del libro y ayudan a explicarlo. No es extraño que las reflexiones sobre cosas que están vivas necesiten de digresiones, *by-pass* explicativos y diversas cabriolas. Eso pasa por montar caballos vivos en lugar de disecados.

El primer capítulo habla principalmente de los flujos, de la gran movilidad actual como elemento decisivo para comprender la urbanización actual. Define como *territoriante* a quien habita varias ciudades al mismo tiempo de diversas maneras (si algo reprocharía a Francesc Muñoz es su pasión triunfal por los neologismos).

El segundo explica cómo estas formas de ocupación del espacio transforman la ciudad y sus interrelaciones. El tercero y el cuarto abordan propiamente la temática que da título al volumen: explicando qué se puede entender por *urbanización* y estableciendo cuatro modelos: Barcelona, Berlín, Buenos Aires y Londres. El quinto cambia de escala y habla de los paisajes banales, y el último se posiciona en contra del problema central, la *urbanización*, oponiéndole categorías como la contextualización, el espacio público, la diversidad funcional y la muy interesante de la necesidad de los tiempos lentos (*¿tempo lento maestoso* podríamos decir?).

Comentaré lo que considero el núcleo duro del libro, la parte que tiene que ver con el lenguaje de formas y signos, que es la que me parece más inte-

resante y novedosa. En efecto, la imagen de la ciudad puede ser banal por 1) repetida, 2) ubicua, 3) trivial, 4) premeditación digamos científica. Esta es quizá la acepción que me interesa más.

Antoni de Moragas me explicó hace ya años una anécdota relativa a las consecuencias de la lógica capitalista de la ocupación del espacio: dos quioscos en una playa pasaban de una primera implantación regular (cada uno de ellos en el centro de una mitad de la playa) a situarse tocándose en el centro del fragmento de costa. Así mantenían la clientela garantizada de la izquierda o la derecha de la playa, según la situación de cada uno, y optaban, además, a disputarle la clientela al otro. La lógica de la lucha por el mercado no coincide forzosamente con la lógica de satisfacer mejor las necesidades del ciudadano.

Aplicado a las formas construidas, la consecuencia del proceso es que se filtran las alternativas hasta que quede sólo una, la que sea apta para vender más. Así acontece con la reiteración de edificios, y, sobre todo, de episodios urbanos que nunca dejan de tener una intención conservadora de un orden social favorecedor del negocio.

Las imágenes de la ciudad actual son banales porque las ciudades actuales, gracias a la facilidad de flujos que Muñoz explica, compiten más que nunca, y para ello tienen que incorporar algún elemento de éxito que pueda exhibir otra competidora, y, a la vez, eliminar todo lo que no convoque el consenso masivo del gusto. Sí, las ciudades se banalizan, y al hacerlo, se asimilan. Las ciudades se asemejan por las mismas razones que los coches. Además de parecerse, las imágenes de las ciudades también tendrán que cambiar, porque el sagrado mandamiento del constante flujo de capital es su constante aceleración. Nada lo puede detener en su permanente “creación de riqueza”, en ninguna parte puede descansar.

Entonces, ¿por qué fijarse en unas arquitecturas que en la *sociedad del espec-*

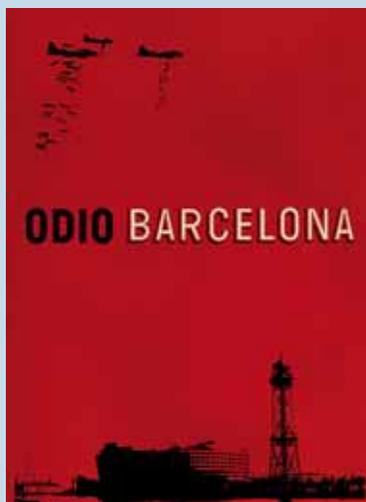
táculo se consumirán rápidamente? ¿Por qué detenerse en una forma determinada por efectivo que sea su *branding*? el paso final será el de las arquitecturas sin cara: rostros lisos, aptos para recibir el maquillaje del momento. Ciudades-soporte de imagen variable, sin el peso de inmanencia alguna o de pasado, sin sorpresa y sin peligro. ¿No comenzáis a cansaros de tanta Torre Agbar, aunque se disfrace de mil maneras para fin de año?

Al texto que ahora se publica, que deriva de la tesis doctoral previa del propio Muñoz, le ha sucedido algo infrecuente, que sólo se da en períodos de extraordinaria aceleración histórica. Trataba entonces de hechos de estricta actualidad, y proyecciones acordes con las dinámicas de la mitad del presente decenio. Estos procesos ya no son los que nos ocupan unos meses después.

Si los tiempos que vienen fueran tan diferentes del todavía presente como se presume, si la competencia no se mantuviera como el nervio principal de la nueva situación, ¿habríamos aprendido algo de la banalidad, como decían Robert Venturi y Denis Scott Brown que hacían con Las Vegas? Quizás no deberíamos creernos obligados a inventarlo todo en cada ocasión; a reconocer sustratos comparables, situaciones paralelas, soluciones técnicas extrapolables, por ende, soluciones genéricas, como por ejemplo, en otro período global concibió Palladio a partir de Roma, construyendo, por fortuna, el lenguaje áulico básico del mundo anglosajón, todavía operativo.

Al fin y al cabo, como nos muestran Venturi o Carver, ¿nosotros mismos no somos banales la mayor parte del tiempo? Lo mejor será tener radicalmente en cuenta todo cuanto sea específico en las personas y las cosas, pero sin irse por las ramas (y el dinero será poco); hacer arquitecturas genéricas, casi banales, pero minadas con pozos de significado, picadas de especificidad concentrada. **Eduard Bru i Bistuer**

“Antes de que se palpase físicamente los efectos, Barcelona cambió su denominado modelo y dio el primer paso en el camino de la banalidad, en versión ‘branding’, que es la que Francesc Muñoz le otorga”.



Odio Barcelona

Diversos autores

Ed. Melusina
Barcelona, 2008
198 páginas

Todas las editoriales quieren vender libros, y si creen que no están vendiendo bastante, entonces inventan unos cuantos más. Asimismo, traman un concepto o un título bastante transgresor para atraer la mirada errática del lector potencial (*Odio Barcelona*, por ejemplo), pero no tanto como para ofender a algunos (tal como pasaría si el libro se intitulara *Odio Bilbao*, pongamos por caso, o bien *Odio Salamanca* o –ahora que lo pienso– *Odio cualquiera de las ciudades españolas que no sea Barcelona*). A continuación, la editorial, con este concepto y/o título precocinado en mano, pregunta a los autores que considera adecuados si querían contribuir con un texto. Y como a los escritores en general nos vale cualquier excusa para escribir, lo más normal es que se diga que sí. A partir de aquí el reto principal es el de escribir algo que supera las limitaciones casi siempre muy engañosas del título/concepto servido en bandeja por la editorial.

En *Odio Barcelona* la gran mayoría de sus doce autores lo ha superado con

creces. Hay allí una amalgama objetivamente satisfactoria de estilos y técnicas, desde la voz falsamente pomposa –y graciosa– de la diatriba de Javier Blánquez contra los coladores del metro, hasta el texto/cuento autocriticamente sincero sobre el miedo, de Hernán Migoya. De hecho, en ninguna parte hay claras demostraciones de odio (yo al menos habría agregado al título signos de interrogación: ¿*Odio Barcelona?*). Aunque se plasmen no obstante algunos disgustos provocados por ciertos aspectos de la ciudad, como la actual degradación turístico-delictiva de Las Ramblas (un tema recurrente) o la conversión de Barcelona en una “World City” plácida y banal (ídem). Phillip Engel –que está un poco de vuelta de todo– incluso se burla del libro en el cual sale, imaginando una fiesta literaria más que aburrida para celebrar la “Promoción *Odio Barcelona*”. Habría que destacar el texto de Lucía Lijtmaer, lleno de frases tan sencillas como incontrovertibles, que resultan más demoledoras que toda una retahíla de quejas explícitas: “Hay una exposición en el Centre Cultural Contemporánea [sic] sobre la periferia urbana de Brasil. Los jóvenes intelectuales van a esa exposición”.

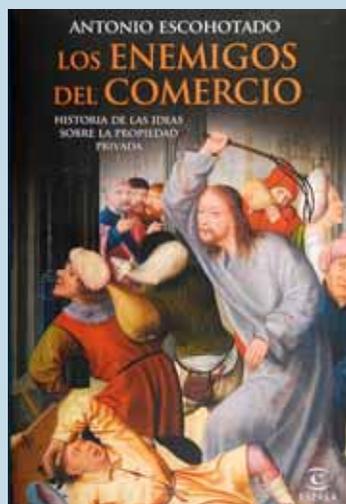
Lástima por los tres ensayos que no son nada más que eso, ensayos salpicados con los nombres de rigor de ciertos intelectuales extranjeros; uno de estos adolece del tipo de hermetismo fantástico que caracteriza, por ejemplo, a los últimos textos experimentales de Manuel de Pedrolo. El último ensayo cae en la trampa de hablar (de manera brutalmente previsible) del supuesto conflicto lingüístico barcelonés, un no tema –gracias a los dioses– para el resto de los autores.

Mi Palma de Oro particular se la lleva la autora más joven, Carol París, que convierte el antiguo Dispensari Antituberculós de Sert en el punto de partida de una gira delirante de la Barcelona contradictoria que todos

vivimos, desde el Tibidabo (“te daré”, en latín) –desde donde los ricos, según C. París “nos darán y podemos intuir por donde”– hasta las bicicletas Bicing que parecen sacadas “del catálogo de Fisher-Price”. El texto funciona tan bien, en buena medida, gracias a los conocimientos considerables que tiene la autora de la historia de la propia ciudad.

Lo contrario del diseñador de la portada, que ha optado por mostrar un bombardeo de Barcelona como complemento visual del título. Un diseñador que, por lo que se ve, es un seudotransgresor que ha fallado el tiro, o bien es un ignorante empedernido que no sabe que Barcelona fue bombardeada de verdad, una y otra vez, la más reciente por los nacionalistas de Franco, hace tan sólo unos setenta años: en aquella ocasión murieron 2.700 ciudadanos, otros 7.000 resultaron heridos y vaya uno a saber cuántos miles más traumatizados de por vida. Rara vez he visto una portada de libro que produzca tanta vergüenza ajena que hasta consigue descalificar al propio libro que ilustra. Y no, no exagero ni pizca, en absoluto.

Digamos. Yo no odio Barcelona, pero Londres sí. La odio de todo corazón; de hecho, cuando voy a Londres tengo que beber el triple de lo que normalmente bebo, sólo para mantener la calma, de tanto odio que siento por aquella maldita mierda de ciudad. Pero si contribuyera con un texto para un libro titulado *I Hate London* y luego descubriera que el ilustrador había puesto imágenes de la *Blitzkrieg* nazi junto al título, habría tomado el libro hipotético y lo habría lanzado al contenedor más próximo. Que es exactamente lo que acabo de hacer con mi ejemplar, nada hipotético, de *Odio Barcelona* (a pesar de la calidad ya comentada de los contenidos). En fin, todos odiamos alguna cosa. En mi caso, además de Londres, odio la estupidez en estado puro. **Matthew Tree**



Los enemigos del comercio
Historia de las ideas sobre la
propiedad privada
Volumen I. Antes de Marx
 Antonio Escotado

Espasa-Calpe
Madrid, 2008
615 páginas

De un modo pormenorizado hasta niveles inauditos, el último libro de Antonio Escotado relata la historia de las ideas y las instituciones sociales que han determinado la prosperidad o la pobreza colectivas desde la antigüedad. En esencia, estamos ante un ejercicio antropológico, histórico y sociológico sumamente ambicioso que indaga en las razones por las que los hombres se ha sumado a llamamientos colectivos a la igualdad extrema o bien han promovido la aparición de instituciones que han redundado, a su vez, en el progreso material y moral de generaciones enteras. El propio autor describe al comienzo del libro su empeño como una investigación en torno a la cuestión de por qué muchos han considerado a lo largo de la historia que la propiedad privada no es más que “pecado” y “robo”, lo cual le obliga a trazar un retrato simultáneo y entrelazado –“como las espirales del ADN”–

de su contrario, es decir, las ideas y las instituciones liberales.

Por las páginas del libro se suceden los escritos de Platón; la polis ateniense y el orden social espartano; un apasionante relato del auge y la caída del Imperio Romano, que entronca con una no menos interesante –y descarnada– descripción del cristianismo primitivo y del posterior oscurantismo medieval; las posturas del judaísmo y del islam respecto al comercio; el fanatismo milenarista; las revoluciones sociales de los siglos XIV y XV; la aparición de la burguesía y de la sociedad mercantil; la industrialización; las revoluciones americana y francesa... La construcción social del llamado “pobrimismo” y las consecuencias políticas y sociales de tal “programa” se constituyen en el hilo conductor de un relato que al tiempo se beneficia de la detallada reconstrucción histórica de tipos y acontecimientos como queda algo perjudicado por esa misma prolijidad, que en ocasiones provoca que nos preguntemos por la relación que guardan ciertos pasajes o retratos con la cuestión central de la que se ocupa el autor en esta obra.

Un proyecto como este, probablemente una empresa inédita en España, aunque no fuera de ella –el propio autor cita en varias ocasiones la obra de David S. Landes *La riqueza y la pobreza de las naciones*, a la que podríamos sumar, por ejemplo, *Propiedad y libertad*, de Richard Pipes, libros ambos con los que comparte objetivos y afinidades–, posee, cuando menos y en una enumeración que reconozco como personal y quizá algo apresurada, tres virtudes. En primer lugar, el contenido en sí, ilustrativo como pocos de fenómenos e instituciones sociales que asociamos desde la antigüedad a la prosperidad y al desarrollo, o bien al estancamiento y al declive. En segundo lugar, su pertinencia. En tiempos de una grave crisis económica que está provocando una

profunda reflexión sobre elementos básicos de nuestra vida colectiva como el mercado, el capitalismo o el Estado de bienestar, el ejercicio intelectual plasmado en este libro debiera ser muy útil para evitar que, con algunas propuestas de refundación de ciertos mecanismos económicos y sociales, *arrojemos al niño con el agua del baño*. Por último, algo que apreciarán particularmente aquellos lectores que conozcan bien la trayectoria del autor. Con independencia de la aparición de otras en el futuro, esta obra culmina con una coherencia absoluta toda una vida de trabajo –desde *La conciencia infeliz* y, en especial, el “ciclo” que se inicia con *Caos y orden*–, en cuya línea argumental destaca un aprecio ilimitado por la libertad humana y un desprecio parejo por la aversión a estudiar sin apriorismos aquello que la promueve o la obstaculiza.

Llegados al final del libro es conveniente recordar las preguntas que el propio autor plantea en la introducción. ¿Conocemos, tras su lectura, cuáles son los motivos políticos y antropológicos –dicho de otro modo, los argumentos históricamente transversales– del “odio a la riqueza”? ¿Sabemos ahora qué fundamenta esencial e históricamente el proyecto colectivista, como algo opuesto al individualismo liberal, y qué tipo de racionalidad subyace al mismo? Mi conclusión preliminar es que debemos esperar al segundo volumen para responder a ciencia cierta a ambas cosas, aunque algo de esto recomienda el autor en los primeros compases del libro. En todo caso, un ensayo fascinante y necesario. *It was high time* –que dirían los anglosajones–, ya era hora de que apareciese un trabajo así entre nosotros. **Francisco Beltrán**

“El autor indaga en las razones por las que los hombres se han sumado a llamadas colectivas a la igualdad extrema, o bien han promovido la aparición de instituciones que han redundado en el progreso material y moral de generaciones enteras”.



© Dani Codina

Flavio Morais, reciclaje que se recicla

inspiración totémica y tribal. Le surge el deseo de ir a África, pero después piensa en regresar a Brasil, concretamente a Bahía, una ciudad de profundas raíces africanas. Allí pasa dos años que califica de muy importantes en su vida. No tiene un céntimo ni forma alguna de vender obra. Esta experiencia marcará su futuro como artista de reciclaje. “En Bahía hay mucha pobreza y eso hace que no se tire nada. Durante todo el año la gente guarda y clasifica cualquier cosa. Cuando llega el carnaval es increíble ver como lo que parecen telas lujosas son adornos hechos con el celofán de los paquetes de tabaco”. Con este aprendizaje regresa a Barcelona, donde se instala de manera definitiva y encuentra que en la ciudad (estamos en la segunda mitad de los ochenta) hay un creciente interés por el arte realizado con materiales de desecho. Es el momento en que se crea la asociación Drap Art, que impulsará festivales de reciclaje, y que todavía hoy se encuentra en actividad. Un ambiente excelente para su creación hecha con llaves, maderas encontradas y mucho color. Morais alterna la ilustración y la creación artística. Es un momento en que también el diseño se apunta al reciclaje coincidiendo

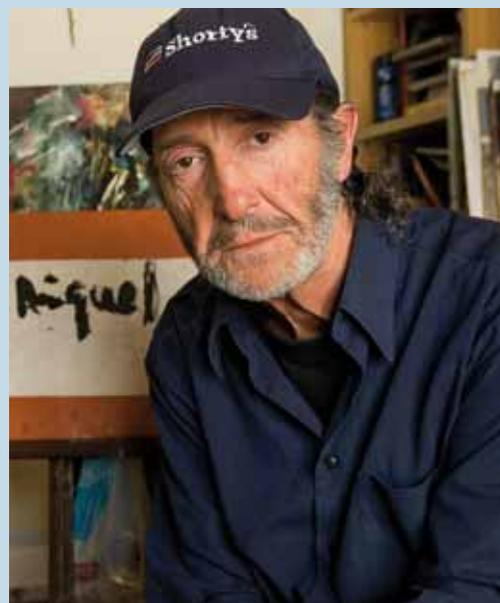
do con el hecho de que las ideas de sostenibilidad arraigan en la sociedad. Desde los años noventa hasta ahora, estas prácticas creativas se consolidan como otra opción artística. Además del componente ideológico y económico, el arte reciclado recoge la tradición de *l’objet trouvé*, de las vanguardias del siglo XX.

Posteriormente Flavio Morais empezó a orientar sus afanes creativos en otra dirección. El resultado se podrá ver en la primavera de 2009 en la galería Víctor Saavedra de Barcelona. Se trata de lo que el artista llama “dibujos con tres dimensiones”. “Siempre he tenido esta sensación de dibujar de manera no plana. La tenía cuando hacía escultura, que me parecía dibujo con volumen, o cuando pintaba, porque la pintura también tomaba forma volumétrica”, explica. La obra consiste en dibujos en acetato, que el artista sitúa en planchas de metacrilato. El dibujo completo se hace en capas, lo que da la sensación de profundidad. Este trabajo tiene la singularidad de reactualizar el arte de siempre. Es artesanía, pintura, dibujo y arte conceptual. Cada una de las pequeñas piezas que Morais denomina cajas son juegos de complicidades referenciales con el espectador.

Miquel Fuster y los fantasmas del pasado

Había superado los cuarenta años, y desde que era un chaval, cuando entró como aprendiz en la Editorial Bruguera, Miquel Fuster se había ganado los garbanzos como dibujante de historietas. Vivió los momentos potentes del sector, en los años sesenta y setenta, cuando había un importante mercado de trabajo por encargo para el extranjero. El editor Joseph Toutain había abierto un puente entre las editoriales europeas y Cataluña, donde se concen-

traban, sobre todo en el área metropolitana de Barcelona, la mayor parte de dibujantes de todo el estado, todos ellos profesionales con talento y disponibilidad para dibujar los guiones que les llegaban traducidos de afuera. Se trataba de obras de género, como por ejemplo el policiaco, de guerra o el western. Pero donde había más demanda de los editores extranjeros era en el campo del género romántico dirigido sobre todo a los adolescentes. Miquel



© Dani Codina

Fuster dibujó muchas historietas románticas. Y durante un tiempo le fue muy bien. Los agentes que lo representaban cobraban en divisas, y eso hacía que en pesetas significara un trabajo muy bien pagado. Esto lo condujo a una vida fácil. Dinero rápido que fundía con entusiasmo juvenil. Hasta que pasó el tiempo, dejó de ser tan joven y el mercado evolucionó. En los años ochenta esta clase de comic decayó, y a partir de los noventa Miquel Fuster se encontró alcoholizado, con la familia deshecha y un ritmo de vida que no era el más oportuno

para llevar una vida estable. Diversas circunstancias lo condujeron a perder el piso de Sants donde vivía. Y así, como si se tratara de una pesadilla, Miquel Fuster se encontró en la calle. Fuster se convirtió en un mendigo de aquellos que la gente ignora que ha tenido un pasado de persona corriente. Los quince años fueron de sufrimiento, soledad y dolor. Hasta que un día dijo ya está bien y se dejó ayudar por voluntarios de la asociación Arrels. Inició la lucha contra su adicción al alcohol, que había sido el único compañero de viaje en el trans-

curso de tantos años, e intentó rehacer su vida. Todo su bagaje profesional nunca fue olvidado, y eso lo animó a escribir y a dibujar en estos quince años de supervivencia en la calle. La obra, hasta ahora el trabajo más auténtico y de mayor calidad que ha hecho, está prácticamente terminada. El dibujo le ha servido para alejar (y revivir), cuando ya pasa de los sesenta años, todos los fantasmas de un duro pasado. (miquelfuster.wordpress.com)

Mejorar el mundo mediante el humor

En uno de los chistes gráficos de Kap (Jaume Capdevila, Berga, 1974), recogidos en el libro *Sense Kap ni peus*, una mujer dice a su marido: “¡Mira, mira lo que me he comprado en rebajas!”; el hombre se sorprende: “Pero si es una mierda”, dice. “¡Sí, pero a mitad de precio!”. Eso podría llamarse ironía o humor absurdo. Pero su autor no está del todo de acuerdo. “Lo que realmente es absurda es la vida, mucho más que el humor. El humor es lo que nos hace soportable la vida”.

Kap es humorista gráfico y un gran estudioso del tema. Publica en *La Vanguardia*, *El Mundo Deportivo* y *Regió 7*. También se pueden ver sus chistes en “El web negro” (www.elwebnegre.com). Trabaja en su oficio, dice, “porque la vida me ha llevado a hacer lo que tenía que hacer”. Según confiesa, el humor siempre le ha gustado. Era el clásico gracioso de clase en el buen sentido del concepto. “Siempre he sido un poco comediante, me gusta hacer reír porque soy una persona de buen humor y me complace que a mi alrededor la gente también lo sea”, explica. Sus referentes son Quino y Perich. “Aunque he leído comics de toda clase, cuando se descubrió a Quino y a Perich me di cuenta de que lo que quería hacer, lo más próximo a mí, era explicar algo con un dibujito”. Kap ha sido el ganador del premio de humor Gat Perich

2009, creado precisamente para preservar el legado de su autor de referencia.

Kap, que vive a caballo entre Barcelona y Berga, considera que el humorista debe ser gamberro. “Con frecuencia se dice, como si fuese un elogio de los humoristas gráficos, que en un diario el chiste gráfico es como el editorial. Pero nosotros no podemos ser editorialistas, debemos decir la nuestra. No podemos ser políticamente correctos, los dibujantes que lo son tienen que ser muy buenos para que tengan gracia. Son tan pocos que los podríamos contar ‘con los dedos de una oreja’, como diría Perich”.

Mucha de la obra de Kap se encuentra recogida en libros. Uno de los últimos es *Manar!, Manar!* (que se ha de pronunciar con la entonación de la música de *Barrio Sésamo*), una obra de Angle Editorial que hace referencia a los políticos y al poder. “Aunque los políticos son uno de los principales objetos del humor, la destinataria de mi trabajo es la sociedad, porque, aunque suene presuntuoso, el objetivo de mi trabajo es hacer una sociedad mejor”.

Su estimación por el humor gráfico le produce avidez de conocimiento. “El humor gráfico es un producto que se debe tomar fresco, por eso, para comprenderlo, debes conocer el período en que el chiste se ha creado. No es el



© Dani Codina

mismo humor el de la transición que el actual, ni el del franquismo”, explica. Kap se siente orgulloso de pertenecer a una tradición como la catalana que antes de la Guerra Civil española, con publicaciones como por ejemplo *El Bé Negre*, *Papitu* o *L'Esquella de la Torratxa*, tenía un gran nivel de calidad, que hace que los estudiosos sitúen la prensa satírica catalana de entreguerras en un tercer lugar detrás de Francia y Alemania. “Ahora hemos perdido este nivel porque los catalanes vivimos un momento de desconcierto en que no sabemos qué baile bailamos”.

Como estudioso ha publicado recientemente, con su nombre auténtico, Jaume Capdevila, *Canya al borbó* (Llibres de l'Índex), una recopilación histórica de cómo ha tratado la prensa satírica a la monarquía española.

Los orígenes de un aniversario feliz

En el teatro catalán estamos de aniversario. Un aniversario feliz. La Sala Beckett, situada en la calle Alegre de Dalt, en el barrio de Gràcia, en Barcelona, cumple veinte años.

La Beckett se había gestado en la cabeza del dramaturgo José Sanchis Sinisterra, alma de la compañía El Teatro Fronterizo (ELF), un grupo que había nacido al abrigo de la transición a la democracia, y del espíritu de cambio cultural que la nueva situación política en el Estado español parecía augurar. Corría el año 1977 y en el manifiesto fundacional de *El Fronterizo*, entusiasmado por el clima de aquel momento, se afirmaba: “El contenido está en la forma. El teatro sólo puede incidir en las transformaciones que engendra el dinamismo histórico desde una transformación de la teatralidad misma”. Traducido todo esto en hechos, en los diez años siguientes El Teatro Fronterizo apostaría por la autoría de casa, la del propio Sanchis Sinisterra y la de la escuela que este dramaturgo supo poner en marcha, pero a partir de una renovación que acudía a los autores internacionales fundamentales en las revoluciones teatrales y literarias del siglo XX.

Teatro de texto, confianza, todavía, en la palabra y en su poder para decir cosas sobre un mundo cambiante. En un contexto, el nuestro, donde las compañías que triunfaban, Els Joglars, Comediants, La Fura dels Baus, limitaban la palabra a un papel secundario, donde la única alternativa que se consolidaba sobre el teatro de texto, el Teatro Lliure, optaba por el gran repertorio del teatro universal traducido al catalán. Con *El Fronterizo*, Sanchis dramatiza la narrativa de Joyce, *La noche de Molly Bloom* (1979); Kafka, *El gran teatro natural de Oklahoma* (1980), o *Sábado, Informe sobre ciegos* (1982), y apuesta sobre todo por Beckett, *Primer amor* (1985), *Oh! Els bons dies* (1987), *Mercier y Camier* (1989).

A los diez años de su fundación, en 1987, El Teatro Fronterizo publica otro manifiesto en el cual se reflejaban luces y sombras. Titulado provocativamente *Crónica de un fracaso*, comprobaba que “(hoy) se debe hacer un teatro que agrade a todos los públicos, que gratifique todos los estómagos, que no moleste a nadie”. Desde la Generalitat se apostaba entonces por un teatro complaciente que buscaba el populismo sin rodeos desdeñando toda función crítica de las artes escénicas y optando por el entretenimiento, de calidad, pero únicamente evasivo en última instancia. A pesar de todo, lejos de la lamentación estéril, El Fronterizo lanzaba un ambicioso programa que pasaba por el alquiler de unos locales en la calle Alegre de Dalt, que dos años después se convertirían en la Sala Beckett.

“Sede de un equipo teatral, sí, pero no plataforma de una compañía (...) obrador para eternos aprendices (...) un centro de estudio de reflexión y de aprendizaje (...) Beckett (el nombre de la sala) denota una operación dura, radical, rigurosa por el quehacer artístico menos complaciente, menos condescendiente con las solicitudes de la industria cultural, con los reclamos del mercado” (del manifiesto fundacional de la Sala



© Ferran Mateo

Beckett). Meses antes de morir, Samuel Beckett autorizaba que la sala teatral llevara su nombre. La sala se inauguró el 30 de octubre de 1989 y tres días después se estrenó *Bartleby l'escrivent*, una dramaturgia de Sanchis Sinisterra sobre el texto de Melville. En aquella primera temporada se ponía en marcha un ciclo de teatro breve, con nombres como Josep Pere Peyró, Pilar Alba, Benet i Jornet y Harold Pinter; en la segunda temporada un *Memorial Beckett*, con siete puestas en escena a cargo de directores como Pierre Chabert, Frederic Roda, o (¡atención!) Sergi Belbel. Beckett y Harold Pinter también: debe recordarse el “Otoño Pinter” de 1996, una operación que implicó a casi toda la Barcelona teatral.

Pero lo más importante ha sido ofrecer el espacio para los primeros pasos de autores dramáticos del país. Hemos mencionado a Peyró y Belbel, pero también debería hablarse de una primera hornada con gente como Lluïsa Cunillé o Manuel Dueso, que inician una nómina que se multiplicará hasta convertir la dramaturgia catalana en una de las más ricas y diversas del panorama europeo actual. La contribución de la sala también ha sido decisiva para que consolidaran su profesión directores teatrales, nombres que ahora son el presente de nuestro teatro, como Xavier Albertí o Calixte Bieito, Carlota Subirós o Àlex Rigola, Rafael Duran o Magda Puyo, el propio Toni Casares (ahora director de la Beckett), deben a este espacio buena parte de su realidad artística. No obstante, en este reconocimiento no deberíamos dejar de lado a los espectadores de la Sala Beckett que son en último término quienes explican su existencia.

Roger Aixut

o el arte de reinventar instrumentos

Cuando Roger Aixut (Barcelona 1975) fundó el grupo Cabo San Roque, en 2001, no podía imaginar que de esa diversión inicial saldría una dedicación exclusiva al reciclaje musical. Pero así ha sido. Desde el primer baúl que reconvirtió en contrabajo, Aixut ha inventado, construido y probado casi todos los más o menos cuarenta instrumentos con que Cabo San Roque ha desarrollado un universo sonoro propio, experimental e inclasificable. Y ahora, después de haber publicado tres discos y haber conmovido al público con el espectáculo *La Caixeta*, prepara un nuevo montaje basado en su última creación: una orquesta mecánica completa. Será la última máquina inventada por este arquitecto, músico y lutier autodidacta que en los inicios, según él mismo confiesa, “no sabía ni colgar un cuadro”. La afición a la música y la fascinación por la historia de los instrumentos mecánicos lo condujo a reunir a un grupo de amigos –arquitectos, ingenieros, un diseñador industrial y una geóloga– en una banda sin jerarquías, donde todos aportaban instrumentos y los intercambiaban entre ellos. Con el tiempo él se reservó el trabajo en el

taller, probando y experimentando con nuevos tonos y sonoridades, a partir de instrumentos reciclados, juguetes y objetos abandonados.

En la sala de ensayos de Cabo San Roque, un viejo almacén de la calle de França Xica, en Poble-sec, Aixut acumula todos los artefactos que hicieron sonar en más de doscientas actuaciones en directo. Los hay de toda clase, y del todo inverosímiles: desde el maletófono –a medio camino entre la maleta y el xilófono–, la pianoleta de noche –un teclado adosado al cajón de una mesilla de noche–, o el laúd de lata de membrillo, hasta el trombón de ducha, el Vernel de varas o la guitarra de disolvente; y así hasta cuarenta. “Todos tienen una sonoridad especial, y una historia personal, desde las del contrabajo que da nombre al grupo (un baúl de madera que encontró en la calle Notariat, con tres cuerdas) hasta la pianola, el primero que hizo con secuenciadores mecánicos con una cierta solvencia rítmica”, explica Aixut. Entre los primeros “bichos”, tal como los llama el lutier, destaca el banjo reciclado con la caja de la primera batería y el mástil de la primera guitarra eléctrica de dos componen-

tes del grupo. Y entre los últimos, el cajón con goma elástica –“da unos graves muy interesantes”– y el erizo, un bidón de café con barras metálicas que “hace sonar unos armónicos aleatorios según donde toques”.

Con esta base, el proceso creativo de Cabo San Roque vive una constante realimentación. “Todo está conectado, desde el objeto encontrado hasta el instrumento recreado, el sonido y la composición final”, afirma Roger Aixut, para quien las piezas musicales surgen del juego de equilibrios entre los instrumentos convencionales y los de nueva creación. “A veces fabricas un instrumento buscando un sonido determinado, pero a menudo tenemos bastante con el stock acumulado”. En relación con los objetos, la recogida se ha vuelto selectiva, y cada dos años deben hacer limpieza de material en desuso, así como de los instrumentos que no pasaron el control de calidad.

Este verano, además de las actuaciones programadas en el Museo Picasso, en Santander y posiblemente en México, Cabo San Roque se encerrará para componer con el último invento de Roger Aixut: una orquesta mecánica completa, con secciones propias de viento (con cobre y PVC), cuerda y percusión. Funcionará con un sistema de electroválvulas y aire comprimido, procedentes de una antigua fábrica de galletas que les cedió toda la cadena de montaje. “En realidad será como un trozo de fábrica –explica Aixut–, y la complementaremos con otros instrumentos solistas y acompañantes”. Será la base de un nuevo espectáculo, *Tom de nit*, que se estrenará en octubre, en el festival Temporada Alta de Girona.

El invento aportará por primera vez un instrumento de viento mecánico al repertorio; pero también la incertidumbre de cómo sonará, y si posibilitará el montaje de una o varias composiciones. Una incógnita que siempre ha viajado con Roger Aixut: “Nunca sabes bien qué controlas y qué no. Igual que nunca habíamos pensado que seríamos un grupo profesional, quién sabe que nos ofrecerá el futuro...”.





La consagración telúrica de Roger Mas

© Dani Codina

El año 2009 está siendo el de la consagración de Roger Mas. Su actuación del 8 de enero juntamente con George Moustaki en el Palau de la Música posiblemente marca el punto de inflexión. En principio programado como telonero, a causa de la enfermedad del veterano cantautor grecofrancés, Mas tuvo que asumir el peso de la sesión, y en lugar de limitarse a llenar el expediente, consiguió suscitar el entusiasmo de los dos mil espectadores presentes en el histórico recinto modernista. Tres meses y medio después, y con toda la mercancía vendida de antemano, Mas confirmaba su ascenso imparable ofreciendo un memorable concierto en el Auditorio, acompañado de un cuarteto de cuerda, una banda de blues-rock y dos fiscornos.

No deja de resultar curioso que este reconocimiento masivo haya llegado al cantautor de Solsona después de publicar su disco en principio más difícil: *Les cançons tel·lúriques*. “En este disco –explica Mas– no hay ninguna canción mía, pero acaba siendo una culminación de mis influencias. Desde la música popular que escuchaba de niño hasta la tradición anglosajona de la adolescencia, así como mi período al lado de Luis Paniagua (*Oriente-Occidente*) con quien conocí los cantos con armónicos tibetanos”. Mas, que cree, con Eugeni d’Ors, que lo que no es tradición es plagio, realiza una extraordinaria versión de los *Goigs de la Mare de Déu del Claustre de Solsona*, en la que añade influencias de los cantos espirituales del mundo. Según él: “hay una nueva generación que busca toda la espiritualidad en otras tradiciones, porque la nuestra no nos la da. La tradición musical europea, sea religiosa o no, no se utiliza para llegar a un estado mental de tránsito. Estos Goigs tienen una preciosa melodía arabizante, y entiendo la Virgen como el culto a la fertilidad, en el sentido primigenio de Venus”.

El disco también incluye una interpretación minimalista del *Ball de l’aliga de la Patum de Berga*, junto a la musicalización de seis poemas extraídos de *Al Cel*, de Jacint Verdaguer. “De este personaje histórico me interesa sobre todo –subraya Mas– la dicotomía entre el hombre y el capellán. Cuando Verdaguer se deja ir por parajes alucinantes, enseguida hay un castigo. Me fascina esta dualidad. Y a veces, como ocurre en *Plus Ultra*, me recuerda las canciones de inocencia de William Blake.”

En el transcurso de su concierto triunfal en el Auditorio, con todo el público de pie, ovacionándolo, Roger Mas acompañó *Les cançons tel·lúriques* con una impecable recreación del cantautor italiano Fabrizio Di André (*Amore che vieni, amore che va*): “Es un referente incluso en el mismo disco, puesto que la diversidad estilística es total. Pienso como Fabrizio que el cantautor no debe tener un estilo concreto, sino que tiene que contar una historia y debe estar acompañado de los músicos necesarios. La originalidad es inaccesible, y la mejor manera de hacer una cosa genuina es convertirse en ermitaño y prestar atención a la naturaleza. Pero en la vida debes estar abierto a todo y una obra, cuando tiene tres influencias, se convierte en una cosa original”.

Por el mismo precio el cantautor de Solsona también nos regaló en directo una estimulante *Oda a Francesc Pujols*, entre los “bravos” del público: “Lo que más me gusta de él es el tema de la verdad. La verdad es, ha sido siempre y será. Esto da tranquilidad, porque aunque te manipulen y te enreden, la verdad está ahí. La verdad es como un río subterráneo, como una máquina del tiempo, porque nos conecta con la dimensión cósmica”. Como decía Francesc Pujols y suscribe Roger Mas, ciertamente la verdad no necesita mártires.



© Dani Codina

Isaki Lacuesta, en busca de los rastros perdidos

Isaki Lacuesta es uno de los cineastas catalanes más originales y relevantes de la actualidad... aunque sus películas no hayan sido vistas por grandes masas. Antiguo alumno del Màster de Documental Creatiu de la Universitat Pompeu Fabra, sus compañeros ya lo consideran un maestro. En la carrera cinematográfica de este gerundense de 34 años sólo se encuentran dos largometrajes, *Cravan vs. Cravan* (2003) y *La leyenda del tiempo* (2006), de vocación claramente documental pero con rasgos propios de la ficción. En la actualidad ultima tres proyectos de naturaleza bien diferente, pero que comparten un mismo tema: la búsqueda del pasado, de lo invisible, de la memoria. Por un lado, aquello que puede hacer que Lacuesta sea a partir de ahora un apellido familiar, su primera película cabalmente de ficción, *Los condenados*, sobre el reencuentro de dos ex guerrilleros que inician la búsqueda del cuerpo de un tercer compañero desaparecido. Rodada en Argentina y Perú, tal como nos explica, “en la película nunca se habla de espacio geográfico ni tiempo concretos, pero el espectador hispanohablante la verá como una película argentina porque todos los actores son de allá. De los conflictos latinoamericanos me interesaba el hecho de que son extrapolables a otros lugares, pero que tienen una circunstancia propia que no sirve en otros casos por razones de cronología”. Además, quería que la película tuviera “el espíritu de las novelas de Joseph Conrad y Herman Melville: plantean dilemas morales e invitan al espectador a preguntarse qué haría él”.

El reparto es argentino, excepto la actriz madrileña, pero hija de exiliados, Bárbara Lennie, vista en *Mujeres en el parque* y *Obaba*: “En principio me daba un poco de miedo que Bárbara fuera demasiado guapa. Pero vi en Youtube una entrevista grabada con cámara doméstica, sin iluminación y hablando sin guión y me gustó; parecía una persona normal”.

Junto a esta primera aventura total en la ficción, Lacuesta está trabajando en el montaje de otra película, un encargo del canal TCM, un documental más próximo a sus películas precedentes. Se trata de una investigación basada en la relación de Ava Gardner con España, idea que tiene su origen en el libro *Beberse la vida* de Marcos Ordóñez. “Es un documental con tono de ensayo y biopic. Será un *collage* de películas y de testimonios de personas que la han conocido. Me interesa ver la historia de la gente de Hollywood en la España de Franco, y también ver la historia no a partir de los grandes personajes sino desde, por ejemplo, el portero de la plaza de toros de Girona, de técnicos, actores secundarios...”. Ambas películas están previstas para otoño.

Si en los dos proyectos anteriores está en busca del rastro de un personaje, en el tercero, la pista a seguir es la de los lugares que no salen en la, en principio omnipresente, Google Earth. Se trata de *Goggle Earth* (sic, juego de palabras: *goggles* significa anteojos largavistas), una video instalación realizada conjuntamente con Isa Campos, coguionista de *Los condenados*, que se estrenará el 1 de octubre en la Fundación Suñol. “Esto sale de *La leyenda del tiempo*. La rodamos en una magnífica playa que ya no existe. Se la han cargado para construir tres bloques de pisos de veinte plantas. Queríamos seguir las obras desde afuera y no pudimos porque no aparecían en Google Earth. De aquí se nos ocurrió. En este caso fue simplemente porque no renovaron la página, pero hay otros motivos: campos de refugiados, seguridad militar, playas nudistas...”

La herencia y transformación de las ideas, el rastro de la memoria oral y la representación oficial del mundo. Tres conceptos que vertebran tres proyectos sobre la desaparición y un creador que investiga las fracturas de la realidad.

Los miércoles poéticos del Horiginal

Texto **Gregorio Luri** Fotos **Christian Maury**



En el cruce de las calles Lluna y Ferlandina un hombre de unos cuarenta años, apoyado en una muleta, habla a gritos con una mujer que come pipas mecánicamente. Es imposible no escuchar lo que le dice mientras paso a su lado camino del Horiginal: “¡Tú me tocas a mis hijos y yo te meto una ‘opa’ que te doy fuego!”. Hoy es miércoles, y si es miércoles, toca poesía.

Sigo adelante cruzándome con varios filipinos que hablan en grupillos junto a un mural con un poema de Bertolt Brecht. “Hay muchas maneras de matar / pueden clavarte un cuchillo en el vientre / quitarte el pan...”. Alguien ha escrito tras el último verso un contundente “muerte al policía violento”. Atravieso Joaquim Costa y sigo por Ferlandina hasta desembocar frente al MACBA. A la izquierda unas cuantas personas charlan animadamente en las mesas de una terraza tranquila, bajo el mural de Chillida que cierra por poniente la Plaça dels Àngels. Otra mano anónima ha dejado aquí también su huella literaria: “El tiempo es el fuego que nos consume”. ¿Qué fue antes: el grafiti o la ciudad? Los batacazos de los monopatines de los *skaters* que hacen piruetas circenses por la plaza son ensordecedores. A mi derecha, en el número 29 de Ferlandina se encuentra la entrada del restaurante Horiginal. En el escaparate se tienta al paseante con tapas, bravas, rabas, croquetas y poesía. Un “paqui” que lleva varias cervezas en la mano me ofrece una Estrella. Le digo que no y entro en el restaurante. Al fondo

se encuentra el “Obrador de Recitacions i Noves Actituds Literàries”. Para entendernos: el “Orinal”.

El Orinal es un híbrido de gruta de las ninfas, mansarda de Ronsard, taberna portuaria, tertulia literaria y café teatro. Es, también, una apuesta radical por la independencia. Aquí ni se reciben subvenciones ni se paga un céntimo de euro a los poetas que vienen a recitar. Aquí se hacen las cosas por amor al arte. Pero, si como ha dejado dicho Wallace Stevens, “*Poetry is the subject of the poem*”, la joven poesía catalana es la protagonista de este espacio, donde se autocongrega cada miércoles a partir de las ocho de la tarde. Esto no quiere decir que por el Orinal no pasen de vez en cuando poetas maduros o que entre el público escaseen las canas. Un martes de enero en que recitaba Ferran Aisa, me senté junto a un anciano que sorbía un Cacaolat con una pajita. Me aseguré que estaba a punto de cumplir ochenta años y que se descubrió a sí mismo como poeta en 1993. Desde entonces escribe una carpeta de poemas por año. “Me van mejor los amorosos –me dijo–. Por la noche, después de cenar, compongo dos. Los que más me gustan son los de ‘te quiero’- ‘me quieres’, que me salen fácilmente. Primero los escribo con lápiz y luego los paso a máquina”. A lo largo del recital me susurró comentarios muy atinados sobre la extensión de cada poema. “Este es largo”, “este es corto”, etc.

Ferran García (Quirky) y Josep Pedrals son los encargados de mantener el Orinal en ebullición. Su presencia es palpable

en el punto de entusiasmo espontáneo y cordial con que aquí se vive el desgranarse del tiempo, de verso en verso, de vaso en vaso y, por supuesto, de beso en beso. Subal, bloguero mítico, me comenta refiriéndose a Quirky: “Este hombre es sencillamente increíble. Hay una generación de poetas que no sabe cuántas cosas le debe”. Le debe un espacio de acogida para toda la poesía, desde las nuevas formas, que andan moviéndose entre los ritmos *hip-hop* de los rapsodas callejeros y la estética *indie* o la lírica más destilada (clásica o

Pero me temo que comparten también su rotunda negativa a considerarse miembros de grupo poético alguno.

No tengo ni idea de cuánto tiempo se mantendrá encendida en Barcelona la vitalidad de esta llama poética, pero sí sé, sin ninguna duda, que si el Orinal echa un día –esperemos que aún lejano– el cierre, se clausurará el lugar que con más fe y más honestidad ha apostado por los jóvenes poetas catalanes en toda la ciudad. Y –*quand vous serez bien vieille*– le agradeceremos melancólicamente el regalo espléndido de



postmoderna), hasta las eses enroscadas de Cassasses (porque aquí hasta los poetas mediáticos son bienvenidos si ya vienen remangados). El Orinal, de hecho, se está convirtiendo en un centro de irradiación poética. “*Aut Orpheus aut nihil*”, gritó un día Jordi Florit desde el escenario. Y no hubo ni un gesto de escepticismo entre el público.

La influencia lírica del Orinal se extiende, contagiosa, por la ciudad (los viernes poéticos del café El Sortidor) y su periferia (los martes poéticos del Vins i Divins del Masnou) y sus ecos son celebrados con complicidad en las tierras del Ebro y en las Baleares. Tiene también, como no podía ser menos, sus ramificaciones en Internet. No en vano es el refugio de la que podríamos llamar –con el permiso de críticos más juiciosos– la “bite generation” de la poesía catalana. Me refiero a un grupo de poetas que anda en torno a la treintena integrado por Josep Pedrals, Francesc Gelonch, Joan Todó, Eduard Escoffet, Núria Martínez Vernis, Jaume C. Pons, Max Besora, Jordi Nopca, Jordi Florit... Me parece claro que comparten un sentimiento deportivo del oficio de poeta, una extraordinaria capacidad creativa para jugar con imágenes semánticamente muy ricas y enfrentarlas a sus contraimágenes, de ahí que sea en ellos tan frecuente el oxímoron, la aliteración y, especialmente, la ironía de la onomatopeya y el juego de palabras. Tienen, además, suficiente desvergüenza como para, si es preciso, disfrazar a Orfeo de Jimi Hendrix y servirle las mieles de Ronsard con espárragos frescos de La Boqueria.

aquellas noches en las que la poesía se apoderó de nosotros como el entusiasmo de los antiguos rapsodas y fuimos bacantes y sátiros de la lírica, y mecidos por sus ritmos nos dejamos arrastrar más allá del compañero de mesa, amigo o desconocido, más allá de la carne entrevista y vibrante, más allá del vaso de cerveza, hacia ese lugar donde sólo se habita como palabra entre las palabras y donde todo resuena vivo, vibrante y verdadero y –me dice Subal– “entonces un calor que no sabes de dónde viene, pero que de pronto comprendemos que es lo que veníamos a buscar, nos recibe con los brazos abiertos”. Se trata, claro está, “*d’aquell cech foch qui ls amadors s’escalfen*” al que cantaba Ausiàs March. 

L’Horiginal: Café + poesía + restaurante.

Los recitales poéticos tienen lugar los miércoles a las 20 h.
Ferlandina 29 (delante del MACBA)
horiginalpoesia@gmail.com

El blog de l’o.r.i.n.a.l. (Obrador de Recitacions i Noves Actituds Literàries): <http://horinal.blogspot.com>



En tránsito

David Rieff

“La diplomacia, sin la habilidad de desplegar una fuerza militar, no sirve para nada”

Entrevista **Ana Alba**

Fotos **Pere Virgili**

Cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial, los países europeos y los Estados Unidos prometieron que “nunca más” permitirían que se cometieran genocidios ni matanzas de civiles, y para asegurar la paz en el futuro y el diálogo entre los Estados crearon las Naciones Unidas. Pero si volvemos la mirada hacia las últimas seis décadas contemplamos una historia llena de guerras, masacres y atrocidades, algunas de ellas cometidas en el mismísimo corazón de Europa. David Rieff (1952, Boston), escritor, periodista y analista político, conoce de primera mano algunos de estos conflictos. Las guerras, la pobreza y el hambre se han multiplicado en los últimos años, a pesar de las promesas de los gobiernos occidentales, a los que Rieff critica con dureza por su desidia ante los conflictos que se suceden en diversos puntos del planeta. Las terribles situaciones que vivían algunas poblaciones y la falta de acción de los Estados para solucionarlas provocaron el nacimiento de organizaciones e instituciones dedicadas a la asistencia humanitaria, la ayuda de emergencia y la cooperación al desarrollo. El campo del humanitarismo ha vivido un auge increíble en los últimos veinte años. En su polémico libro *Una cama para una noche: el humanitarismo en crisis* (Taurus Ediciones, 2003), Rieff afirma que las organizaciones humanitarias, frustradas por su incapacidad para paliar con efectividad las catástrofes humanas o para cambiar las condiciones políticas que las producen, han sacrificado en muchos casos su integridad e independencia para pasar a formar parte de operaciones políticas y militares y lamenta que los actores políticos manipulen el mensaje humanitario en beneficio propio.

Hijo de la escritora norteamericana Susan Sontag, fallecida en 2004, Rieff ha centrado hasta ahora su obra en temas como la inmigración, los conflictos internacionales y el humanitarismo. Sus títulos más conocidos, además del ya citado, son *Slaughterhouse: Bosnia and the failu-*



re of the West (Simon & Schuster, 1995) y *Crímenes de guerra: lo que debemos saber* (Debate, 2003). Autor de numerosos artículos de *The New York Times*, *Los Angeles Times*, *The Washington Post*, *The Wall Street Journal*, *Le Monde* y *El País*, Rieff ha publicado recientemente el libro *Un mar de muerte* (Debate, 2008), un homenaje a su madre y a la última batalla de esta contra el cáncer.

Usted ha cubierto diferentes guerras como reportero. Entre otros lugares, estuvo en Bosnia, donde murió mucha gente porque el mundo tardó cuatro años en reaccionar. De hecho, el mundo sigue sin reaccionar a muchas otras guerras. ¿Por qué esta pasividad?

Es muy duro ser compasivo y especialmente con los extranjeros. Nunca me ha sorprendido que la gente no sea compasiva; lo que me sorprende es que lo sea porque me resulta antinatural. Pides a la gente de Barcelona que se preocupe por la de Zenica (Bosnia): las dos están en Europa, pero hay un gran camino entre ellas, emocionalmente y en términos culturales. Y si puede ser difícil simpatizar con la gente de Zenica, imagínate preocuparte por la de Ruanda o la de Birmania. Todo esto de la compasión es para hacernos sentir bien. Después de la Segunda Guerra Mundial, en los países de Europa occidental, menos en la península Ibérica, donde teníais vuestras dictaduras, hubo una necesidad de reescribir el pasado, de hacerlo menos doloroso psicológicamente. Por ejemplo, se dijeron cosas como que Charles de Gaulle había sido un resistente. Todo este tipo de mitología duró años y no fue hasta finales de los setenta cuando la gente comenzó a desafiar esta versión. En Alemania, la gente tuvo que enfrentarse a la culpa. Entonces se pronunció la frase “nunca más”, pero se dijo para sentirse mejor, porque no había ninguna razón para pensar que nunca volvería a ocurrir nada similar. En el libro que escribí sobre Bosnia dije que “nunca más” significaba que nunca más los

alemanes matarían judíos en Europa en los años cuarenta; no tenía nada que ver con otras masacres. Y ha habido muchas matanzas desde entonces. Pienso en el genocidio de Camboya en los setenta, en Ruanda, en el Congo, donde han muerto unos cuatro millones de personas entre 1992 y 2000. Lo que pasó es que en Europa, que estaba en guerra por lo menos cada treinta años, las guerras parecían haberse detenido de pronto. Como vivimos de forma próspera, es difícil imaginar una guerra entre países europeos ahora. Si en Cataluña el pueblo escoge la independencia en un referéndum, no creo que el Ejército español saque los tanques a la calle. Tampoco lo hará el Gobierno de Bruselas si Flandes se escinde. Las condiciones a través de las cuales nació esta Europa pacífica no se han reproducido en ningún otro lugar. No hay razón para pensar que no habrá guerras en Asia, en África, en Oriente Medio. El “nunca más” es solamente para nosotros.

Solamente para los llamados occidentales...

Sí, solamente para nosotros. Por lo tanto, no me sorprende que no se reaccione a las guerras y que no se reaccionara a la de Bosnia. Yo estaba triste porque pensaba entonces –y sigo pensándolo ahora– que la Bosnia de 1992 tendría que haber sido defendida política y moralmente; con independencia de lo corrupto que fuera antes el sistema, y en algunos aspectos cruel y antidemocrático, era mejor que el Estado sangriento que trajo Slobodan Milosevic después de la caída del comunismo. Milosevic fue un hipócrita total y un oportunista, usó el nacionalismo para sus propósitos políticos. Europa tenía interés en detener la guerra, pero era una mala época; estaba el Tratado de Maastrich y la reunificación alemana y, como suele pasar, los países europeos no se ponían de acuerdo, y al final, la solución dependió de los americanos. Europa se queja de los americanos, pero cuando hay problemas, quiere que los americanos los resuelvan. La diplomacia sin

la habilidad de desplegar una fuerza militar no sirve para nada y la mayoría de los principales países europeos están reduciendo sus fuerzas; incluso en Francia y el Reino Unido, donde todavía hay una gran lealtad a la idea de un gran ejército poderoso, la fuerza militar se está reduciendo. En el Este, todos tienen grandes fuerzas militares: Rusia está reconstruyendo su poder militar, y China, también.

¿Está usted a favor de las intervenciones militares “por razones humanitarias”?

Los alcohólicos anónimos no dicen que estás dejando de beber, sino que eres un alcohólico en recuperación, y yo soy un intervencionista en recuperación. Estuve muy a favor de la intervención en los años noventa, en Bosnia, en Ruanda y en Kosovo. Aún defendería el caso de Bosnia, pero no estoy seguro de si tenía razón en los casos de Ruanda y de Kosovo. La ideología oficial de Occidente de alegar la defensa de los derechos humanos es hipócrita y la lógica de intervenir por los derechos humanos es imperial. Y, por supuesto, lo que mi país ha hecho en Afganistán y en Irak me preocupa mucho; utilizaron de forma muy fácil el pretexto de los derechos humanos. Es toda mentira. Quizás algunos miembros del Gobierno de los Estados Unidos o del Reino Unido se lo creían, pero nunca he entendido, desde el punto de vista del interés propio, por qué el gobierno español se implicó en la guerra de Irak. Bush sonrió a vuestro presidente y ¡hala, ya está! La posición española, sin meterme en la moral, sólo teniendo en cuenta las razones de Estado, nunca tuvo sentido para mí. Pero los británicos y los americanos entonces, y ahora especialmente los americanos y los franceses con su nuevo *love affaire*, son los primeros aliados y todos utilizan los derechos humanos cuando les conviene, y me pone muy nervioso. Siempre puede haber excepciones, tanto en la política como en la vida privada, y puede ser que se rompan principios, pero ha de ser de forma muy excepcional. En el caso de los derechos humanos, se violan demasiado fácilmente.

Precisamente para que quienes violan los derechos humanos no queden impunes se creó el Tribunal Penal Internacional (TPI). ¿Cree usted en este tipo de instituciones?

No, tampoco creo en el proceso de Nuremberg, así es que me resulta fácil estar en contra del TPI. De hecho, no es que esté en contra de este tribunal porque existe y hace cosas –no me cabe la menor duda de que la mayoría de la gente que acusa el TPI es culpable–, pero no apruebo este tipo de justicia. Ya sabemos qué va a pasar de antemano: si inculpan a alguien, lo meterán en la cárcel. No es justicia porque sabemos que solamente los Estados débiles se van a enfrentar a él, quiero decir que ningún general americano estará jamás en el TPI por Guantánamo y según las leyes de la guerra tendría que estarlo. Tampoco veremos nunca en el TPI a un general ruso que haya estado en Chechenia o a un ministro del Interior chino. El TPI está solamente hecho para monstruos débiles. La gente de los movimientos pro derechos humanos diría que esto es cierto, pero que por lo menos es un primer paso. Yo soy más escéptico; espero que ellos tengan razón.

¿La gente corriente se puede convertir en criminal de guerra?

Sí, sí, por supuesto. Adolf Eichmann, responsable de la logística y los detalles prácticos de la masacre de los judíos europeos en la Segunda Guerra Mundial, hablaba de la banalidad del mal. Era un hombre corriente, solamente un burócrata. La gente es capaz de hacer mucho bien y mucho mal, tenemos en nuestro interior la posibilidad de hacer las dos cosas. Hay poca gente en los dos extremos y en medio hay mucha gente que actúa según sopla el viento. La gente

es así, y es normal que en los malos tiempos como en los de la Alemania nazi o de Ruanda durante el genocidio, la gente se comportara así, no haciendo el mal sino dando su conformidad.

Pero es muy difícil entender cómo la gente puede llegar a cometer atrocidades contra sus compatriotas, vecinos, conocidos...

Creo que suele suceder en sociedades en las que la gente tiene miedo, entonces es cuando ocurren cosas realmente terribles. Los genocidios generalmente son imaginados por la gente que los comete como actos radicales de autodefensa, la amenaza de la gente peligrosa que acabas matando es tan grande que los tienes que matar, esta es la manera en que los alemanes mataron a los judíos, los hutus a los tutsis, etc. A veces también hay una dimensión económica, como en Alemania y probablemente en Ruanda por el tema de las tierras; a veces es cuestión de dinero, como en Yugoslavia. Por ejemplo, me pregunto: ¿si no hubieran tenido esa inflación tan terrible, en los ochenta en Yugoslavia, hubiera pasado todo esto? Hay gente que no mataría les hicieran lo que les hicieran, que prefieren morir que matar, y hay gente que mataría por el pretexto más simple, pero entre los dos extremos hay mucha gente que ni una cosa ni la otra.

¿Cree que la filantropía y el humanismo se están perdiendo?

No, creo que cada época tiene sus propias dificultades y las de esta época son diferentes de las de antes. No creo en el progreso, pero tampoco necesariamente en el decrecimiento. La historia es una especie de ciclo. Hay cosas en la Edad Moderna realmente horribles, pero otras son probablemente mejores; el pasado no es una carta de platos a elegir: no puedes pedir jamón y pescado, tienes que pedir todo el menú. Hay cosas en las comunidades que son peores de lo que eran hace cien años, pero hay cosas que son mejores.

Hay gente que intenta resolver las cosas mal hechas colaborando con ONG, trabajando por el respeto de los derechos humanos...

Sí, en cada época hay gente intentando hacer algo bueno. He sido muy crítico con lo que se ha hecho hasta ahora a diversos niveles humanitarios, pero esto no significa que sea del todo crítico. Cada época tiene sus dificultades y sus glorias, vivimos uno de los más grandes momentos en la historia de la ciencia, estamos en un tiempo interesantísimo de descubrimientos, estamos aprendiendo un montón, cosas inimaginables treinta años atrás.

Como usted mismo apuntaba, es muy crítico con el campo del humanitarismo, la cooperación al desarrollo, el papel de las ONG...

En su libro *Una cama para una noche: el humanitarismo en crisis* (Taurus Ediciones, 2003) expone estas cuestiones abiertamente.

¿Cree que las ONG realmente realizan un trabajo efectivo?

Depende de la ONG. Apoyo lo que hacen las agencias de ayuda de emergencia, pero soy muy escéptico con respecto a la ayuda internacional, aunque creo que muchas ONG medioambientales de ámbito internacional han hecho un gran trabajo; Greenpeace está llevando a cabo una labor importante en todo el mundo. Por lo que respecta al tema del desarrollo, es un gran desastre, ha sido un fracaso.

¿Todavía existen algunos tipos de cooperación, algún sector humanitarista que perpetúan de alguna manera el colonialismo?

Los orígenes intelectuales de estas actividades se encuentran en el colonialismo, en la actividad misionera, sobre todo en la cristiana, pero esto no significa que todo esté mal. El tema del desarrollo es lo que ha tenido menos éxito. No me creo nada cuando, cada cinco años,

“Ningún general americano estará nunca ante el Tribunal Penal Internacional por Guantánamo, ni ningún general ruso por Chechenia, ni ningún ministro chino de Interior. El TPI solo está hecho para monstruos débiles”.

una persona significativa del mundo de la cooperación al desarrollo dice: “Esta vez sabemos cómo hacerlo correctamente”. Hace 35 años que lo dicen, son como los planes quinquenales de la antigua URSS.

En los conflictos, a menudo, además de los que trabajan en ONG, en el campo del humanitarismo, los únicos testigos externos de las atrocidades son los periodistas. Con la guerra de Irak apareció el nuevo concepto de periodistas integrados. ¿Qué papel cree que debe desempeñar la prensa en los conflictos?

Vi el sistema de los integrados porque cubrí la guerra de Irak el primer año, hasta que mi madre se puso enferma. Estaba cubriendo Oriente Medio y les dije a mis editores que no quería regresar a la zona; estoy harto de Oriente Medio y ya no tengo nada más que decir sobre esta parte del mundo. Los periodistas están en una situación imposible, los ejércitos se han dado cuenta de que dejar que los periodistas sean independientes es arriesgado; ahora, si quieres, puedes ir integrado, pero tratar de hacer algo más por tu cuenta es un problema, tienes que ir con la unidad. Psicológicamente es muy complicado; yo lo hice solo una vez en Irak. Estaba en una unidad con esos pobres chicos a los que no quieres fastidiar. Además, sientes gratitud hacia ellos porque de repente un chico de veinte años del sur de Texas te protege con su cuerpo cuando los morteros comienzan a caer. Entonces, ¿qué vas a hacer? Sería fácil criticarlos si se tratara de un torturador, pero no estás en Guantánamo, sino en una unidad normal de combate que no hace nada terrible: la mayoría de los crímenes de guerra no los suelen cometer estos chicos; no hablo de bombardeos, eso es otra cosa. En el otro bando, probablemente te van a matar y no puedes cubrir su lado de la historia; o sea, que no puedes hacer tu trabajo de forma correcta. Y no considero tan importante el periodismo de opinión. La objetividad es una ambición, no una realidad, lo sé yo y todos los que hacemos este trabajo. Y para crear opinión no es necesario irse a Irak; lo puedes hacer por Internet o SMS desde tu casa. Por lo que respecta a la parte comercial de la prensa, los periódicos quieren menos historias, los propietarios y los que llevan los periódicos están muy desmoralizados; saben que el futuro es la web, pero no saben cómo ganar dinero con ella. Vivimos momentos difíciles para ser periodista.

Las secciones de internacional de los periódicos españoles hablan constantemente de Bush, Obama y los Estados Unidos en general...

Sí, los americanos obsesionan a la gente. América no es tan fuerte como antes, pero aún es más fuerte que nadie militarmente y tiene un buen ejército. Todo el mundo quiere la reconciliación entre los americanos. Solo los demócratas liberales dicen que los clichés de la política americana han de cambiar, que se tiene que dar marcha atrás, que el imperio americano no se puede concebir como una empresa criminal, que es en gran parte lo que ha hecho George W. Bush. Estoy fascinado con la gran ilusión que genera Barack Obama.

¿Pensaba que Obama llegaría a la Casa Blanca? ¿Qué le parece la fascinación que ha generado, la llamada obamamania, y las esperanzas de cambio?

No creo que Obama sea un mal tipo y yo esperaba que ganara; será mejor, aunque tampoco creo que sea mucho mejor en política exterior excepto en términos de estilo. Será un poco mejor porque está rodeado de liberales imperialistas en lugar de neoconservadores y los primeros son preferibles a los segundos. El ambiente será mejor, Obama no hará esos discursos tremendos de Bush. Es una persona que se controla, lo mejor de su temperamento es la calma, es un hombre civilizado, bien educado, con estudios. Obama parece honesto, pero lo que me fascina es ver, incluso aquí, en España, el apoyo que tiene. Paseando junto a la Facultad de Historia, en el centro de Barcelona, he visto en los muros mensajes de apoyo a Palestina, contra el imperialismo, etc. Muchos estudiantes simpatizan con el movimiento antiglobalización, son de movimientos de izquierdas, etc. Y estos mismos estudiantes son entusiastas de Obama. ¿Pero cómo puede ser? Está muy bien ser entusiasta de Obama, ¡pero no puedes ser fan del lingüista, filósofo y analista Noam Chomsky y de Obama al mismo tiempo! O uno o el otro, ¡pero los dos no! Obama es un político de centro. Bromeaba con unos amigos españoles y les decía que en términos españoles ¡Obama representaría el ala izquierda del Partido Popular! ¡No estaría ni en el PSOE! Los de izquierdas adoran a Obama, pero no está muy lejos de Mariano Rajoy.

Bueno, supongo que la gente que se muestra tan entusiasta con Obama aquí o en Europa en general es porque piensa que será mejor que George Bush...

Sí, sí, yo también lo pienso, y si es todo lo que piensan, lo entiendo, ¡pero es que están entusiasmados! Creo que la gente desea tanto el cambio, que por eso Obama ha generado estas expectativas.

Su madre, la escritora norteamericana Susan Sontag, fue a menudo crítica con la política de su país y una mujer preocupada por las guerras y el sufrimiento. Usted acaba de publicar el libro *Un mar de muerte*, donde habla de la enfermedad de su madre y de sus últimos meses de vida. ¿Cómo influyó ella en su visión del mundo?

No lo sé... Teníamos muchos intereses comunes, en este sentido solíamos bromear. Pero yo no estoy tan cultivado como ella en los aspectos político e histórico. También hay un montón de cosas que a ella le gustaban y a mí no, y viceversa, aunque ella sí podía estar interesada también en estas cosas, porque de alguna manera estaba interesada en todo. Pero alguien que me conozca bien sería mejor juez que yo mismo. La influencia en tu trabajo es un tema complicado. A mí me pasa un poco como sucede en la película *El Padrino*; nací en una familia dedicada a un negocio, el negocio de la escritura, aunque yo también quería ser escritor desde siempre. Mi madre era una escritora famosa, mi padre también era escritor –escribió algunos libros importantes en su campo en su época–, y cuando eres hijo de gente así y quieres ser escritor, sabes que tienes que escribir sobre cosas que ellos no escriban; así es que supongo que hubo un efecto negativo, en el sentido de que me convertí en corresponsal de guerra porque ellos no escribían sobre eso. Seguro que mi madre influyó en mí de la misma manera que espero que yo influyera en ella también. 



Ilustración: P. Villuendas

La Plaça del Monestir

Texto **Daniel Vázquez Sallés**

El hombre del parche en el ojo se llamaba Moshe Dayan. El de la *kefia*, Yasser Arafat. Conocíamos su existencia por las discusiones familiares de sobremesa que suscitaba la guerra del Próximo Oriente, por las portadas de los periódicos y por los telediarios en blanco y negro. Corrían los primeros años setenta y de política se hablaba mucho, casi siempre desde la militancia clandestina y bajo el yugo del gerifalte del Pardo. A pesar de Franco, de ese caudillo mil veces inmortalizado en estatuas de bronce mil veces cagadas por palomas, la sociedad letrada estaba extremadamente politizada y la gresca política se trasladaba a los patios de la escuela. Recuerdo las caras de los niños ahora convertidos en padres y madres de otros vástagos. Entonces nos dividíamos en dos grupos: el más numeroso defendía la causa de Israel; el menos, a ese Arafat con cara de poyuelo recién salido del huevo. Tras una intensa batalla sobre el arenal, volvíamos a clase con las rodillas sucias y las mejillas coloreadas. Eran juegos, y de los pocos recuerdos que guardo de AULA.

No era fácil ser hijo de una familia atea y de izquierdas en las postrimerías de la España del Nudo. Con Dios todopoderoso gobernando el firmamento, y otro dios menor y con párkinson controlando todo lo que acontecía en la Celtiberia descrita por Carandell, estudiar a salvo de la vara de los curas era una epopeya. Salvados de Dios, el problema de los docentes

de AULA era también espiritual, obsesionados por alcanzar la eternidad nutriendo el mundo de genios, una obsesión que convertía las horas de estudio en un *apartheid* entre buenos y malos, niños fuertes y niños demasiado sensibles. Si tu sensibilidad era negra, lo más cercano a la felicidad era cuando daban las cinco, hora de vuelta a casa, al piso de Les Corts.

La huida se hacía por un sendero al estilo de los del Vietcong, que nacía en la trastienda del magno edificio docente y daba a la calle Montevideo. Siguiendo esa vía, pasada la casa de Salvador Pániker y la promesa de un próximo verano en Pals junto a Gregorio y su madre, la hermosa Nuria Pompeya, un arco daba la bienvenida a la Plaça del Monestir, un rincón escondido del tiempo y de los males de una ciudad con los cimientos *porciolizados*. Me gustaba detenerme en ese lugar, con los pies armados sobre los adoquines y la mirada iluminada por la luz que se colaba por las enormes ramas de los plátanos. Enfrente estaban las paredes del monasterio de Pedralbes que guardaban el claustro majestuoso y las estancias de la reina Elisenda de Montcada. Casi nunca llegaba a tiempo de oír las campanadas de las cinco, pero el silencio era tan precioso que uno podía viajar al pasado sin tener en cuenta la fila de Simcas, Seiscientos o Dos Caballos aparcados. A la derecha de la puerta de la iglesia había una entrada. Por allí veía ingresar a algunos amigos de juegos de gue-

rra. Era una puerta prohibida, solo permitida a los que estudiaban catequesis. Obligación que no entendí hasta años más tarde: muchos de los que estudiaban en AULA no era por el carácter laico de la institución, si no por que querían hacer de ellos, sus padres y el espíritu santo, grandes genios de la humanidad.

Ese interludio duraba unos minutos, los suficientes para descargar la mala hostia, tras el cual reanudaba la vuelta a casa cruzando el arco que separa el Museo de Historia y el *conventet*, puerta de entrada al mundo real que vomitaba a la avenida de la Victoria, la suya, una, grande y libre, hoy bautizada avenida de Pedralbes. Esos efímeros recogimientos desaparecieron cuando me largué de AULA. Lo único importante de ese lustro son pequeños recuerdos que forman parte de la patria de mi infancia, rincones que había guardado inconscientemente en los cajones de la memoria.

Un siglo más tarde, una visita al monasterio de Pedralbes haciendo de anfitrión de unos amigos de Ferrara, abrió de nuevo esa guarida que permanecía sellada desde los setenta. No sé si fue por la conjunción de una fragancia, por el silencio oculto o por la luz tenue filtrada a través de las hojas amarillas, pero de repente volví a ver a algunos de los pequeños soldados de Moshe Dayan y de Arafat entrar por la puerta dispuestos a iniciar su hora de catequesis. Desde esa tarde, la Plaça del Monestir se convirtió en una visita obligada. **M**

“La ciudad es *la nueva naturaleza*. La antigua naturaleza es ya sólo nuestra prehistoria, algo que conviene que conservemos por razones que están a medio camino entre la melancolía y la supervivencia, pero que ocupa todo otro lugar en nuestra representación imaginaria del mundo. Ya no es *el exterior* que rodea los espacios humanizados (un exterior que todavía parecía estar presente en expresiones como ‘salir al campo de excursión’), sino a la inversa. Y, así, hablamos de *reservas naturales* o proponemos leyes que regulen *el acceso a la naturaleza* (expresión que invierte la imagen clásica: es ahora la naturaleza la que está rodeada –aunque tal vez fuera mejor decir asediada– por la ciudad).”
(Del editorial)

Núm. 75

Verano 2009

www.bcn.cat/publicacions

www.barcelonametropolis.cat

